

se

VICTOR CANNING

LA SALAMANDRA DE ORO



Lectulandia

Una noche tormentosa, un automóvil azotado por la lluvia, un descubrimiento inesperado y surge una apasionante historia de contornos puros, encuadrada en un pueblo de la costa argelina, de casas resquebrajadas por el sol calcinante.

Víctor Canning ha sabido plasmar en un relato palpitante todo el patetismo de una lucha inhumana, llevada a cabo con resignación y placidez por todos los habitantes de un pintoresco villorrio árabe. Luego, como un lenitivo, la imagen de Anna, saliendo del mar azul y brillante, que también encierra horribles pesadillas...

La fatalidad ha hecho surgir un detalle que ha transformado el sonriente panorama en un infierno. Todas las pasiones y los horrores que flotaban en la pesada atmósfera se han precisado de golpe; los odios se han desatado y la salamandra de oro, que parece encerrar en su hermoso cuerpo flexible un maleficio, contempla fríamente esa lucha ciega de los hombres.

Cada uno de ellos, al enfrentarse con su enigmática belleza, se ha encontrado a sí mismo. Unos han hallado la felicidad, otros, el horror de la muerte, algunos, quizá, el perdón.

Y por encima de ese fragor de hoguera, que una chispa ha bastado para encender, el suave murmullo del Mediterráneo, lleno de luz, que prosigue su eterno ir y venir sobre la arena quemante.

Lectulandia

Victor Canning

La salamandra de oro

EVASIÓN - 34

ePub r1.0

Titivillus 07-09-2019

Título original: *The Golden Salamander*
Victor Canning, 1949
Traducción: Delia Piquerez
Portada: Armando Páez Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La salamandra de oro](#)

[Prólogo](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[Sobre el autor](#)

SOLAPA LIBRO

Por las peculiares dimensiones del mundo en que se desenvuelve, hecho de imaginación, pero de imaginación sujeta a reglas lógicas e inexorables, por la cabal satisfacción que da tanto al razonamiento como a la fantasía, la novela policial se ha convertido en el género de lectura preferido por vastos sectores de público. Podría afirmarse que la mejor novela policial es aquella que resuelve razonablemente el planteo más absurdo. El hombre actual no quiere renunciar a su razón, pero tampoco quiere renunciar a su partícula de misterio; traslada entonces la razón a un plano de irrealidad; todo lo que ocurre allí es rigurosamente lógico, salvo el plano mismo, distinto del de la vida cotidiana, meta de una evasión consumada con toda elegancia, y sin desmedro para la inteligencia. Durante un par de horas el autor nos transporta a otro mundo, pero lleva consigo el infalible silogismo, sin el cual tanto él como nosotros nos sentiríamos incómodos. Así nace la novela policial, como respuesta a una necesidad indudable de la vida moderna: la necesidad de escapar de las cosas previstas, uniformes, cotidianas.

A mi esposa.

I

El ruido de los limpiaparabrisas era una queja trabajosa y asmática. Momentáneamente el arco de vidrio se despejaba ante sus ojos, dejando ver la noche, vacilante cortina de sombras dorada por los faros del automóvil y desgarrada por las largas y coléricas espadas de la lluvia. Luego, una nueva salpicadura de agua empañaba el semicírculo, y el conductor quedaba otra vez prisionero, confinado en aquel mundo traqueteante del pequeño automóvil que avanzaba despacio, abriéndose paso a través de la negrura.

David Redfern alzó una de las manos del volante para frotarse los ojos, que le dolían de tanto forzarlos para horadar la noche. Tenía sueño, porque había conducido todo el día; pensaba que hubiera debido quedarse en Bóne. Le habían dicho que la lluvia duraría. Pero él había insistido, ansioso por irse, por comenzar a trabajar. Dos días en Bóne habían sido demasiado. El Cónsul le ayudó a conseguir un automóvil de alquiler, entrevistó con él a las autoridades francesas, y por fin ratificó sus credenciales ante un quisquilloso funcionario oficial que había volado desde Argel con el propósito de entregarle documentos e instrucciones para el trabajo que debía realizar en Kabarta. El francés se había alojado en el mismo hotel, y en un comienzo se mostró resentido, casi infantil en su determinación de no perdonarle el haber desembarcado en Bóne, en lugar de hacerlo en Argel. Pero después halló consuelo en la compañía de la hotelera, y cuando Redfern se dispuso a partir pareció lamentarlo, advirtiéndole que aquella lluvia desencadenada por la mañana no sería un simple aguacero. Duraría, se volvería torrencial, los caminos se tornarían intransitables, habría derrumbamientos, probablemente el automóvil no era digno de confianza... David sonrió fugazmente al recordar los anteojos relucientes del funcionario, y detrás de él la figura rubia de la hotelera reclinada contra el descascarado marco de la puerta del comedor...

—*Madame*, persuádalo usted...

Pero *Madame*, Circe gordinflona y soñolienta, se había limitado a sonreír, encogiéndose de hombros. Y cuando el francés insistió, dió media vuelta y se fue.

Todas las profecías del funcionario se habían cumplido, menos los derrumbamientos. Había llovido todo el día, una lluvia densa y oleosa que bruñía el recio follaje de los alcornoques, enlodando los caminos con un barro amarillo, inundando los entreliños de las vides. El automóvil había resultado ser indigno de confianza. Aflojaba en las cuestas, resollaba y escupía en las curvas y cada vez que David hacía los cambios se empacaba en un paroxismo de cólera, rechinando los dientes de sus engranajes en señal de protesta contra la perversidad que dispensaba trato tan vergonzoso a su vejez.

Era difícil ver el camino. De tanto en tanto el joven distinguía a la derecha el brillo blanquecino de postes pintados, pero era más fácil atenerse a las negras rocas que bordeaban el costado opuesto. El camino declinaba a la izquierda, barrido por un ancho y espumoso torrente de agua de lluvia, jaspeado a la luz de los faros como la piel de una serpiente. Cuando las ruedas encontraban un bache, levantaban un gran abanico de agua cuyas varillas azotaban el parabrisas del automóvil. David escrutaba cuidadosamente el camino. Calculaba que en poco tiempo dejaría atrás los cerros, y entonces sólo unos kilómetros lo separarían de Kabarta, situada en el extremo opuesto del valle. Llevaba el mapa grabado en la mente como un viejo objeto familiar, traducido en formas substanciales: cerros y caminos, valles y ríos, y el confín distante del mar..., invisibles en la oscuridad, pero ciertos y bien conocidos para él. Era el pequeño milagro que obran los mapas para quienes los entienden y estudian con paciencia y afecto, haciendo que un extranjero en medio de la oscuridad, se sintiera como en su casa. En los últimos seis años, los mapas habían desempeñado un papel fundamental en su vida; merced a ellos había visto convertirse la extrañeza de un nombre en la familiaridad de un lugar; una estriada maraña de contornos, en la áspera falda de un cerro o en un bolsón entre un repliegue de colinas cubiertas de polvorientos olivares y tamarindos de perezosos dedos, mientras se oía, lejos o cerca, el repiqueteo de las ametralladoras o el estallido de las explosiones... Ahora, a su derecha, sabía que existía un río, el Oued Mabeuse, y más allá, donde el río desembocaba en el mar, estaba Kabarta, puertecillo de unos doscientos habitantes, envuelto en ese momento en la oscuridad y la lluvia, acurrucado a orillas del Mediterráneo... Desconocido, y al mismo tiempo familiar.

El pequeño torrente a la izquierda del camino se apartó bruscamente de la negra hilera de rocas, dibujando a través de la carretera un cinturón de blanca espuma. Redfern frenó el automóvil; las ruedas traseras patinaron suavemente, tratando de morder el barro.

Miró a través del parabrisas. A la luz de los faros, velada por la lluvia, vio el camino áspero, deformado por los escombros. Se frotó los ojos, dispersando los fantasmas del cansancio. Buscó su linterna en el bolsillo del automóvil y bajó, agachándose para enfrentar la tormenta; sintió el viento que le azotaba el impermeable, sacudiendo sus faldones, y el duro tamborileo de la lluvia en su mejilla. Avanzó cautelosamente iluminando el terreno con su linterna.

El francesito, pensó, estaría en su cama. Y la última de sus profecías se veía cumplida. La lluvia había aflojado la tierra de uno de los cerros vecinos, y una gran porción del mismo, al desmoronarse, bloqueaba el camino con una masa informe de rocas, fango, brezos, y enebros arrancados de raíz.

David clavó los ojos en el obstáculo, y al avanzar sus pies se hundieron en el fango pegajoso. Explorando con el haz de luz de la linterna, comprobó que el desmoronamiento tenía más de diez metros de extensión. Regresó y se detuvo junto al automóvil. Tendría que abandonarlo y hacer el resto del camino a pie. Kabarta no podía estar lejos.

Renegando entre dientes, sacó del asiento trasero su portafolios y su maleta, y se puso en marcha.

Bajó del camino, hacia la derecha, describiendo un semicírculo en torno al derrumbamiento, y volvió luego a la carretera. Hacia el norte, sobre el mar, la llama suave y pálida de un relámpago fulguró un instante, lamiendo los bordes de hinchados nubarrones que atravesaban veloces el cielo nocturno. Siguió avanzando con los pies hundidos en el agua, ya inservible el impermeable, que al azote del viento parecía morderse a sí mismo, con ese chasquido irritante de contra tela húmeda.

Sintió necesidad de encolerizarse, de maldecir la noche y su mala suerte, pero se esforzó por reprimir ese impulso.

A fin de aliviar la molestia de caminar luchando contra el viento (como antaño solía aliviar la esclavitud de las largas marchas y conjurar el clamor del hambre) hizo trabajar su memoria y comenzó a recitar los nombres de los gigantes de Rabelais: Chalbrot, Erix, Gabbara, Gargantúa, Gemmagog, Grangousier..., Hapmouche. Pero al llegar a Hapmouche se encontró con un nuevo derrumbamiento, y debió abandonar el camino para abrirse paso a través de una maraña de arbustos y espesas matas de escaramujos que absorbían el agua como esponjas.

Subió al camino, jadeante, con la linterna en una mano, aferrando incómodamente en la otra el portafolios y la maleta. Recordaba un juego, un juego de memoria, tortuoso y erudito, en que solía ejercitarse con sus

compañeros de la Universidad. Los gigantes formaban parte de ese juego, formaban parte del entusiasmo, la juventud, la inteligencia que ardían orgullosamente en lo interior, y que necesitaban esos instantes de grave expansión. Mucho tiempo atrás, en un mundo que había parecido tan promisorio, en la falsa paz entre las dos guerras..., Corflambo, Cormorant, Geryoneo, Grantortó, Orgoglio...; éstos eran de la “Reina de las Hadas”, de Spenser. Sentía un ardor en el talón del pie izquierdo, el calcetín húmedo le irritaba la piel. Orgoglio, ése era un hermoso nombre, pleno de sonoridad. Una noche Benson había hecho trampa en el juego, desconcertando a todo el auditorio con una fantástica lista de nombres sacada de una mítica epopeya árabe, engañándolos con tanta gracia, con tal sabor de autenticidad, que cuando confesó la verdad todos se sintieron defraudados. Fue por intermedio de Benson que conoció a Julie...

Al llegar aquí, quiso poner freno a su pensamiento, volviendo su atención a la noche que lo circundaba y a la elipse de luz de su linterna. Julie estaba muerta. La idea persistía. Su esposa estaba muerta, hacía seis meses que había muerto (se esforzó en seguir pensando; sabía que era la única manera de escapar a la obsesión), y él la había matado, él era tan culpable de su muerte como si le hubiera pegado un tiro o le hubiera clavado un cuchillo en el corazón.

Sentía el agua entre los dedos de los pies, fría y desagradable, y el chorro frío que caía del ala de su sombrero y entraba por el cuello de su impermeable, y la humedad extendiéndose sobre sus hombros en una mancha húmeda y tibia le daban una sensación de incomodidad. Advirtió de pronto que estaba blasfemando en alta voz, maldiciendo la noche, la lluvia y el peso de la maleta cuyas manijas le laceraban la palma de la mano.

El camino desapareció ante su linterna. David Redfern se detuvo. A la borrosa luz, advirtió que estaba al borde de un cráter no muy hondo. Durante cierto trecho, que el haz de luz de su linterna no alcanzaba a determinar, el camino se había deslizado hacia la derecha, como si uno de aquellos gigantes del juego le hubiera arrancado una tajada. A la izquierda había una abrupta escarpa rocosa, y a la derecha una informe masa de lodo y piedras, que dejaba escapar turbulentos chorros de agua. Bajó a la depresión y avanzó por ella, levantando dificultosamente los pies del cieno. Cincuenta metros más adelante el terreno comenzó a ascender, y David alcanzó a percibir fugazmente el borde quebrado del camino. Alzó la linterna, buscando un paso fácil. La luz tropezó con algo negro y reluciente, después el ojo redondo de la linterna se reflejó en un vidrio que lo miró parpadeando.

Ante él había un camión. Las ruedas delanteras y la cabina habían franqueado el borde del camino cortado, y reposaban ahora en una pila de rocas; el vehículo estaba inclinado en un ángulo inverosímil hacia la parte exterior de la carretera.

Redfern se encaramó al borde del camino, allí se detuvo y examinó el camión a la luz de la linterna. En seguida comprendió lo que había ocurrido. El vehículo venía por el camino y sus ruedas delanteras se habían deslizado suavemente por el leve declive del cráter. La caja del camión se había ladeado, y dos o tres cajones de madera habían rasgado el podrido toldo de lona cayendo al borde del camión. Allí estaban, mojados, extrañamente blancos, y uno de ellos se había abierto.

Dió una vuelta alrededor del camión, alumbró el interior y vio que bajo el toldo había otros cajones. La cabina estaba vacía, y al asomar la cabeza al interior sintió el aire frío y húmedo y un rancio olor a tabaco. Probablemente hacía varias horas que el camión estaba allí. Volvió junto a los cajones caídos en el camino y los examinó. Sólo estaban marcados con números: 15, 34 y 7. El número 7 era el que se había roto, y al bajar la linterna advirtió que su contenido se había volcado y yacía en el fango. La parte superior del cajón había contenido azulejos, cuadrados de color pálido, manchados por el cieno y la lluvia, dispersos sobre la carretera. Acercó la linterna al suelo, mientras su voz formulaba quedamente su pensamiento. Es raro... Repitió las palabras, como si en ellas se encerrara la clave del enigma. Por un momento lo sorprendente y lo extraño se le presentaron con tal naturalidad que apenas si podía disfrazar su verdadero significado, y comprendió que él estaba de más allí, en aquel camino.

Alzó la linterna y alumbró el camión. Era un viejo Dodge que parecía del ejército norteamericano. Percibió el letrero de la portezuela, borroso a la débil luz, ininteligible hasta que se acercó y leyó: *Entreprise Générale de Kabarta*.

Volvió junto al cajón reventado, y como si sólo el sentido del tacto pudiera infundirle la convicción definitiva, se inclinó y recogió uno de los revólveres que en número de una docena o más se habían desparramado por el fango, y junto con él una de las cajas de balas que la lluvia, al empapar el cartón, había abierto. Los proyectiles y las armas habían estado ocultos bajo la capa de catorce centímetros de gruesos azulejos, cuyo propósito evidente había sido disimular el verdadero contenido de los cajones. Empuñando el arma sintió renacerán sus dedos el gesto automático del soldado: limpió el cañón con la manga, abrió el revólver, hizo girar el tambor. Era nuevo, aún conservaba una espesa y pegajosa capa de grasa. Era del tipo de los Colt, un

revólver automático de seis balas, y el calibre señalado en la caja de balas era el 45. Pero no era un Colt. La luz de la linterna sobre el acero húmedo reveló dos palabras españolas: Armas Automáticas.

Con el revólver y la caja de proyectiles en la mano, miró vagamente en torno suyo en la noche lóbrega y lluviosa. Después se encogió de hombros, desligándose de toda responsabilidad. Eso ya no era asunto suyo... Ahora vivía en una confusión más íntima que la del mundo exterior, de la cual pugnaba por salir. Los grandes problemas del mundo no podían reclamarlo, pues ahora se reservaba el derecho de ocuparse de sus propios asuntos, aun cuando lo hiciera mal.

Habría dejado caer el revólver y las balas, rechazando toda intervención, devolviéndolos al barro y a la lluvia de donde los había sacado si en aquel momento no hubiera visto los faros de un automóvil que se acercaba por el camino, y por sobre el clamor del viento y de la lluvia no hubiera oído el ruido de un motor. El instinto lo obligó a moverse rápidamente, como si hubiera sido transferido al pasado y estuviera observando en aquel instante, desde un camino contiguo a Elbasan, las luces de un convoy enemigo que bajara por el camino ribereño del Shkumbi en dirección al Adriático... cuatro años en el tiempo, dos segundos en la memoria y la acción. Se apartó de la ruta, las valijas bajo el brazo, apagada la linterna, y el revólver y las balas en un bolsillo del impermeable.

Descendió la cuesta y se detuvo a cincuenta yardas de distancia, y cobijado bajo las ramas bajas de unos alcornoques. No era difícil adivinar lo que estaba ocurriendo. Había descubierto uno de los innumerables conductos por los que se escurrían armas y municiones al Medio Oriente. Cualquiera fuese el veredicto de las demás naciones, los árabes y los judíos seguirían luchando, y no se podía luchar sin armas. Desde aquel lugar, alejado de Palestina, el contrabando, siguiendo por mil oblicuos canales, se deslizaría hasta precipitarse, ya veloz y potente, en el mar de la refriega. De pie en la oscuridad, Redfern comprendió que estaba resuelto a no inmiscuirse en el asunto; tenía para ello razones suficientes y claras. Atacar aquella transitoria manifestación sería atacar el síntoma e ignorar la verdadera enfermedad, para la cual aún no existía panacea alguna. Y sus años de guerra le habían convencido de la futilidad de querer establecer una justicia capaz de sobrevivir a la movible trama de las circunstancias. Él había luchado, había vivido como un salvaje, había introducido armas en Yugoslavia, clandestinamente. Ahora no podía juzgar a otros por lo que él mismo había hecho. El bien y el mal se habían convertido en términos sin substancia. Todo lo que hiciera sería inútil.

Volvió a sus oídos un eco de la sala de profesores, tan impregnado de salvaje verdad, que costaba recordar que era una cita de Pater: “No el fruto de la experiencia, sino la experiencia misma es el fin...”. Que tuvieran ellos su experiencia, pensó Redfern, porque el fruto estaba muerto antes de ser arrancado. Él, sólo quería gozar de libertad para realizar su trabajo en Kabarta, sin convertirse en delator ni en juez en aquel asunto de un camión de armas españolas enviadas a los judíos, a los árabes, o a cualquier otro bando. Ya quería olvidar el incidente, como quería olvidar otras cosas.

El otro automóvil se acercaba lentamente por la larga cuesta, y se detuvo junto al camión embarrancado. Oyó gritos de hombres, de una cuadrilla que venía a hacer un trabajo, renegando del torpe accidente, luchando contra la lluvia, el barro y el viento. Vio cuatro siluetas que pasaban ante los faros; después un hombre permaneció un instante recortado en plena luz, alto, sin sombrero, con el cuello de un viejo impermeable levantado sobre la nuca. Volvió la cabeza, mirando inquisitivamente a uno de los componentes del grupo, pero a Redfern, oculto en el refugio de los árboles oscuros, le pareció que era a él a quien miraba. Tenía una cara alargada y sensitiva, de ojos y boca sombreados, joven, provista de un encanto sonriente y despreocupado. El hombre permaneció así un instante, perplejo, aguardando instrucciones; y David descubrió en la expresión de aquel rostro cierto parecido que lo atrajo inmediatamente, una semejanza que por el momento no logró determinar. El hombre tornó a sumirse en la oscuridad, y David dió media vuelta, no queriendo ver ni oír más.

Manteniéndose alejado de la carretera, la siguió paralelamente por espacio de kilómetro y medio, después subió nuevamente a ella. Sus zapatos estaban empapados, tenía los pantalones desgarrados y los faldones del impermeable pesados de barro y de abrojos. Al volver a la dura superficie de la carretera, comenzó a recitar las estrofas de un poema favorito; cualquier cosa con tal de permanecer en el hechizo de la irreflexión. Pero a través de las débiles imágenes del poema surgía una imagen más fuerte, el rostro de aquel joven iluminado por los faros. Comprendió lentamente por qué persistía en su memoria. Era el rostro de Julie. No en sus rasgos, sino en lo que sugería, en su extraño toque de suavidad femenina, en la forma de mirar de soslayo, perpleja, expectante... Entonces, abruptamente, comprendió en qué residía esa semejanza. Era el rostro de un niño, débil, pero atrayente y confiado.

Recordó a Julie, que decía:

—Pero, David, aún no comprendo por qué...

Ella nunca comprendía por qué, ni siquiera después de la más paciente explicación, porque el comprenderlo la habría obligado a hacer otras cosas de las que quería hacer. Antes de casarse él no había sido ciego a esa debilidad, aunque muchos de sus amigos creyeran que sí. Uno de ellos le había dicho:

—Julie no pertenece a tu mundo, David. Es una niña, ávida de emociones, de movimiento, de cualquier cosa que le permita no pensar. Siempre ha conseguido lo que se ha propuesto, y ahora eres tú el objeto de su capricho. Sabe Dios por qué. Acaso tiene curiosidad por saber qué sensación se experimenta al estar casada con un profesor de la Universidad. Quizá anhela representar el papel de culto anfitrión a la hora del té... Dile que deje de fastidiarte.

Pero se habían casado, y Julie había entrado en la vida universitaria sin la menor vacilación, como si ése fuera su ambiente natural. Habían sido felices y se habían reído juntos del papel que ella representaba, y que asimilaba cada vez más. Sí, se amaban. Esa indudable circunstancia era precisamente la que despojaba de toda apariencia racional a lo que sucedió después.

Al estallar la guerra, David descubrió que un hombre como él, que dominaba tres o cuatro idiomas europeos y conocía la Europa Oriental, podía ser valioso desde el punto de vista militar. Se entrenó en los cursos de “comandos”, y eventualmente fue lanzado a la lucha en los Balcanes, donde debió aceptar una vida en que la fuerza, la astucia y la destrucción deliberada dieron un extraño sesgo a su personalidad. Por espacio de tres años no vio a Julie, pero el amor que le profesaba era como una impaciencia interior que lo apartaba de las demás mujeres en aquellos días de estrecha camaradería y en aquellas largas noches cargadas de tensión. Al volver comprendió en seguida que Julie le había sido infiel, más de una vez, y que tampoco había guardado fidelidad a sus amantes. Por un tiempo se sintió desconsolado, pero no se encolerizó, y su amor por ella no se extinguió. Al casarse con ella no había ignorado cuál era su verdadera naturaleza. Comprendió que ella no había podido resistir la tensión de las largas soledades impuestas por la separación. Serenamente, él explicó su actitud para con ella. No se trataba de perdón...; sólo se puede perdonar una traición, y en realidad ella no lo había traicionado. En el fondo de su corazón, él había previsto que ella le sería infiel. La había dominado el irracional deseo de reemplazarlo, de resucitar el duro contacto físico entre ellos. Ahora todo eso había terminado, podían borrarlo de la memoria. Ella aún lo amaba. Eran seres civilizados. Reiniciarían su vida y dejarían que la llaga cicatrizara con el tiempo. Pero estaba en un error. Por espacio de un año, mientras él titubeaba en la elección de su trabajo, habían

tratado desesperadamente de reconquistar la vieja felicidad, alcanzándola a veces para perderla en seguida, viviendo en una tensión que a él lo dejaba silencioso y perplejo, y provocaba en ella estallidos de cólera y reproches, estimulados ambos por la esperanza pueril e irracional de hallar alguna vez la palabra salvadora.

Una noche en que ella quería salir para bailar, y comer y aturdirse en el torbellino de la excitación de los demás, él se negó. Ella no se sentía bien, y él sabía que al regresar caería en un estado de quejumbroso agotamiento.

—Pero yo quiero ir, David. No comprendo por qué no he de hacerlo.

Vestía un traje blanco de fiesta, y se golpeaba el codo con un cigarrillo, en gesto que le era característico.

—No estás en condiciones de salir, Julie. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo...? —La había tomado del brazo, para atraerla hacia él, pero ella se había apartado.

—¿Por qué no dices que no quieres acompañarme? Antes de la guerra habrías venido...

—Julie... —En aquella pausa ella lo había mirado, y él comprendió que estaba muy apartada de la verdad. Él la quería aún, la deseaba con más impaciencia que nunca. Ella, apoyada contra el respaldo de la silla, modelado su pecho por la seda blanca del vestido, estaba hermosa.

—Es cierto. —Ahora la embargaba la cólera porque sabía que no era cierto, que la verdadera realidad permanecía oculta para ambos.

—Bien sabes que no lo es. Te acompañaré, si insistes, pero creo que es más sensato quedarnos. Has tenido un resfrío muy fuerte, y aún no te has repuesto. Sé sensata, querida, y quédate aquí.

—¡Oh, por amor de Dios, no seas siempre tan razonable! ¿Qué importa que no me sienta bien? Quiero ir. Y tú no quieres ir. No quieres ir porque no quieres estar conmigo. Te quedas ahí, como una columna de hielo, chorreando palabras razonables, como lo has hecho siempre. ¡Eres demasiado civilizado para ser verdadero!

—¡Tonterías! —Había intentado reír, para sacarla de aquel estado de ánimo—. En estos últimos años he sido muy poco civilizado..., los alemanes me enseñaron. No obstante, si quieres, iremos.

—No. Iré sola. Quiero divertirme. Ahora no quiero que me acompañes.

Era una derivación ilógica, que él sólo podía contrarrestar con su propio afecto, tratando de volverla a la razón.

—Julie, querida...

Trató de retenerla, pero ella se arrancó de sus manos.

—Déjame sola. Eres un pez, un pez frío y pegajoso. Quiero alguien que no sea tan malditamente razonable. Alguien que esté vivo, no una momia de museo.

Se había ido, desdeñando sus esfuerzos para detenerla, y él no llegó a saber si había encontrado a alguien que estuviera vivo y que no fuese tan razonable. Su automóvil se había estrellado en la helada niebla de aquella noche de noviembre; se la trajeron a las tres de la mañana con el vestido blanco manchado de barro y de sangre.

Después de su muerte la soledad fue como un dolor cuya intensidad nunca disminuía y lo perseguía siempre el pensamiento de que debió acompañarla, sin discutir, y comprender que la intransigencia de Julie se mantenía firme en la misma determinación que él abrigaba de hallar nuevamente aquello que se hallaba junto a ellos, y que si lograban asirlo les brindaría todo lo que en un tiempo había existido entre ambos. El amor que los unía, se decía, nunca había muerto. Era la incompreensión, esa incompreensión que ni siquiera el perdón más completo podía disipar, lo que los separaba.

Después de aquello, por espacio de cinco meses la alternativa de reanudar su vida universitaria o empezar a trabajar en Londres le había sido casi indiferente. Aún tenía que resolverse. Cuando finalizara esta misión temporaria, debería optar... Le pareció ver nuevamente el rostro de Julie que lo miraba, las diminutas arrugas de su entrecejo fruncido, su expresión de perplejidad..., y detrás de él, en la lluvia, un muchacho en quien por un instante había visto la misma expresión.

Sobre el mar distante los relámpagos fulguraban con mayor frecuencia, con un tinte violáceo que transmutaba el camino y los árboles mojados en vívidas y crueles formas rojas y azules, provistas de una intensidad de color que hacía pensar en los cuadros del Greco.

David pensaba que había obrado bien, que había obrado como debía, como un hombre civilizado y razonable, pero que algo había salido mal. En algún momento se había equivocado, y ahora ese sentido de la falibilidad de la ética, presidía todos sus pasos en la vida, y lo abandonaba inseguro ante todos los problemas.

De pronto sus pasos resonaron sordos sobre un puente, y su sonido hueco fue a perderse en el clamor del viento. Más allá del puente un sonido nuevo se apoderó de la noche, el rumor de las olas del mar extendiéndose sobre la arena y estrellándose contra las rocas. Un relámpago tiñó un instante de luz violácea la pared blanca y sin ventanas de una casa, en la que David vio pintada una palabra: Kabarta:

David sacó la linterna, abriéndose paso a través de la oscuridad, en la que ahora se sentía un olor a carbones encendidos, y un aroma dulzón y desagradable de residuos empapados por la lluvia. Aparecieron ventanas iluminadas, deformes hendidias amarillas a lo largo de postigos de madera, y al no sentir el viento en la cara comprendió que había doblado una esquina y que estaba al abrigo de las inclemencias del tiempo. Tenía que encontrar el “*Café des Amis*”. Alzó la linterna; el café debía de tener algún letrero. Se sintió feliz de buscar algo que sabía debía encontrar, y avanzó silbando suavemente. El viento, la lluvia y el camino desmoronado quedaban atrás...

II

Redfern se detuvo en la puerta, entornando los ojos para acostumbrarlos a la cruda luz. Vio el salón como a través de una linterna mágica, percibiendo la escena de proporciones reducidas y artificiales. Aquello era como el espectro y la esencia de cien lugares semejantes que viera antes. Las grandes y gastadas losas del piso estaban cubiertas de arena. Frente a él se hallaba el mostrador de madera, en el que había pirámides de vasos y botellas. En un extremo una pequeña vitrina con unos cuantos paquetes de cigarrillos. Reconoció los anuncios colgados de las paredes como si fueran viejos amigos que lo estuvieran esperando: Cinzano, Amer Picon, Vert Gallant, Dubonnet, Loterie Algérienne. Del piso y de las restregadas tapas de las blanca mesas de madera brotaba un olor a vino, crudo y áspero.

En el extremo opuesto del salón, detrás de una puerta con cortinas que daba a una escalera, un piano con frente calado de raso rojo, ocupaba el ángulo que formaban las paredes; ante él había un hombre sentado oblicuamente; sus manos se deslizaban perezosas por las teclas. Alzó apenas la cabeza y miró a Redfern a través de la tenue espiral de humo que ascendía de su cigarrillo; el movimiento hizo caer las cenizas sobre su chaleco de punto azul.

—Adelante, *monsieur*, y deje afuera la noche...

Hablaba en francés. Levantó una de sus manos hasta la parte superior del piano y tomó un vaso de vino tinto a medio vaciar. La otra, solitaria y delicada, siguió vagando por las manchadas teclas.

Redfern empujó la puerta con firmeza, se encaminó al mostrador y dejó caer las valijas sobre el piso enarenado.

—¿Es usted el propietario? He reservado habitación telegráficamente.

El hombre rió, meneando la cabeza, movimiento que hizo caer nuevas partículas de ceniza. Luego bebió, quitándose el cigarrillo de entre los labios con los dedos que le quedaban libres de la mano que sujetaba el vaso.

—¡Dominic! —llamó.

Fue casi un grito agudo y penetrante, que se desvaneció hasta convertirse en un murmullo, y de pronto su actitud recordó a David un lirón arrancado bruscamente de su letargo. Redfern se quitó el sombrero, sacudiendo las gotas

de lluvia sobre la arena, y mientras observaba al pianista sintió, con desagrado, el agua que le corría por los zapatos y los pantalones. El cabello del pianista era ralo y gris, su cara alargada, de grandes ojos; era la suya una pesada cabeza de anciano colocada torpemente sobre un cuerpo delgado y raquítico que podía pertenecer a un escolar excesivamente desarrollado.

—En seguida bajará alguien. Le aconsejo que se beba un *brandy* para quitarse el mal tiempo de los huesos.

Se volvió hacia el piano, olvidando a Redfern, y comenzó a tocar, canturreando en voz baja. Era evidente que estaba algo ebrio. David escuchaba, entre impaciente y divertido. Ahora tenía frío y quería que se ocupasen de él; se preguntó si aquel sería el único hotel de Kabarta. El cónsul de Bóne se lo había recomendado, telegrafiando para reservar una habitación. Si no era el único, entonces debía ser el mejor. La cansada voz del pianista sonaba débilmente en la extensa sala; una ráfaga de viento y agua estremeció la puerta.

*“Je suis seul ce soir
Avec mes rêves...”*

Sintiendo un creciente deseo de entrar en calor, de beber algo, David buscó el *brandy* entre las botellas del mostrador. La voz del pianista, abrupta y clara, dijo:

—En el extremo a la izquierda.

Después reanudó la canción, mientras David se servía un vaso:

*“Le temps passe
La nuit s’achève
Tout se brise
Dans mon coeur lourd...”*

David bebió, reaccionando a la quemante bebida con un estremecimiento, y al bajar el vaso vió en su reloj que sólo eran las nueve y media. Lo temprano de la hora le produjo una pequeña conmoción. El viaje, la noche, la lluvia le habían parecido una infinidad de tiempo.

Se abrió una puerta detrás del mostrador y apareció una muchacha. Miró con sorpresa a Redfern, y después al pianista.

—¿Llamaste, Agno? Dominic está ocupado.

Agno asintió.

—Para que atiendan a *monsieur*; acaba de llegar.

La muchacha miró interrogante a Redfern, y él tocó su vaso.

—Le debo el importe de un *brandy*. Quisiera otro.

La muchacha alargó el brazo para tomar el vaso; en aquel momento advirtió el estado de sus ropas. Una expresión de inquietud y curiosidad se reflejó en su rostro.

—¡Pero, *monsieur*, qué mojado y embarrado está usted! ¿Qué ha ocurrido?

David se echó a reír.

—No es nada. Por lo menos, no es nada que no puedan remediar un *brandy* y una muda de ropa limpia. No se alarme tanto, *mademoiselle*.

—Sí, *monsieur*; haremos por usted lo que sea necesario. —Mientras hablaba llenó el vaso y se lo tendió—. ¿Tiene que ir muy lejos en semejante estado?

David sonrió. Meneó la cabeza y bebió, observándola. Advertía que la joven estaba impaciente para hacer algo por él, que sus ojos azules reflejaban una amistosa preocupación.

—Este es el fin de mi viaje, *mademoiselle*. —Rió para sus adentros al ver la sorpresa reflejarse en el rostro de la muchacha. Esa joven demostraba una cordialidad, una franqueza que le resultaron agradables. Observaba el cabello rubio, peinado a la manera de un muchacho, que le dejaba el cuello y las orejas descubiertos y caía por detrás en sueltos rizos, el cuerpo joven lleno de ansiosa vivacidad y de suave gracia inconsciente; pensó que en la figura de la niña asomaban ya los encantos más firmes de la mujer—. Me quedo aquí —prosiguió depositando su vaso—. ¿No recibieron mi telegrama? Lo envié ayer, desde Bóne.

—¿Usted telegrafió? No, no...; no lo recibimos.

—No podíamos haberlo recibido —terció Agno perezosamente—. La línea está cortada desde hace dos días. Debieron decírselo.

—¿Quiere decir que piensa quedarse aquí?

David dejó escapar una leve risa. Su llegada, la llegada de cualquiera era evidentemente un acontecimiento en el lugar.

—Por unos cuantos días, si no hay inconveniente. Lamento que mi cable se haya extraviado. ¿Podré quedarme?

La duda implícita en la pregunta despertó una nueva actitud en la muchacha.

—*Mais oui*, para eso estamos aquí... —Y agregó, con expresión amistosa —: Perdóneme, *monsieur*, pero tengo que disponer algunas cosas.

Salió apresuradamente, y Redfern la oyó gritar:

—¡Georgette, Dominic!

En los fondos de la casa se oyó rumor de movimiento, voces, apresurados pasos. De pronto, aquel lugar que había parecido tan tranquilo y soñoliento, pareció llenarse de actividad. Una mujer corpulenta y rubicunda entró con los brazos llenos de ropa de cama, desapareciendo después por la escalera contigua al piano. Al pasar, lanzó a Redfern una rápida mirada de curiosidad.

—Como usted ve —dijo Agno—, no recibimos visitas a menudo..., salvo los pocos clientes regulares que se quedan una noche y después se van. Toda la población de Kabarta le quedará agradecida.

—¿A mí?

—A usted, *monsieur*. Usted nos dará algo nuevo de qué hablar. En aguas muertas como estas un nuevo tema de conversación es un presente de los dioses. —Cuando terminaba de hablar, regresó la muchacha.

—Su cuarto estará listo en seguida, *monsieur*. Si hubiera sabido que venía...

—Está bien.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Cuando se haya cambiado, le tendremos la comida preparada. Arriba hay un comedor, pero será mejor que cene aquí porque hace menos frío. Pero, ¿cómo...?

—Ya ve usted, *monsieur* —interrumpió Agno—, empieza nuestra curiosidad. La misma Anna no puede contenerse. ¿Cómo se embarró tanto? ¿Cómo se mojó así? ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Cómo...?

—¡Agno!

—No se enfade, *ma petite*. La curiosidad es cosa natural.

David acudió en ayuda de Anna.

—Un desmoronamiento me bloqueó el camino, en el valle. Tuve que dejar allí mi automóvil y seguir a pie. Me extravié, y estuve ambulando por las laderas de los cerros, tratando de llegar a Kabarta. Y aquí estoy. Tengo un trabajo que hacer en Kabarta.

—¿Un trabajo? La muchacha dejó escapar la pregunta, sin poder reprimirla, y al ver que Agno se reía lo miró con el ceño fruncido; pero, al encontrarse su mirada con la de Redfern olvidó su enojo y sonrió serenamente. —Haremos lo posible por que esté usted cómodo, *monsieur*.

—Estoy seguro de que así lo hará. Es usted muy bondadosa, *mademoiselle*.

La joven introdujo la mano bajo el mostrador, sacó un registro y un formulario oficial, de color amarillo, y los empujó hacia David.

—Es una formalidad, *monsieur*.

Redfern llenó el formulario, firmó el registro, y los devolvió.

Ella, tomando el formulario, lo leyó en alta voz:

—Redfern, David Redfern. *Et vous êtes anglais? Imaginez, Agno, un anglais...* —Se contuvo, y Redfern tuvo la sensación de estar viendo el conflicto entre su juvenil entusiasmo y el grave sentido de su responsabilidad como propietaria del hotel.

—Sí, soy inglés.

—Ni siquiera su buena pronunciación francesa puede disimularlo —dijo Agno, y balanceándose suavemente de costado saludó a Redfern con una leve inclinación de cabeza—. *Monsieur* Redfern, sea usted bienvenido a Kabarta.

—Te vas a caer del taburete —dijo la muchacha, y explicó, volviéndose a Redfern—: No haga caso a Agno. Está...

—Un poco ebrio, nada más, *monsieur*, pero no me haga caso; a mí nadie me hace caso.

David sonrió, sintiendo que su viaje nocturno se convertía ya en mero recuerdo, y que se familiarizaba rápidamente con el ambiente nuevo, gracias a su hábito, largamente practicado, de aceptar con naturalidad los nuevos ambientes y los nuevos rostros.

La rubicunda mujer descendió las escaleras.

—*C'est tout arrange* —dijo, añadiendo con una mueca de consternación al ver las ropas de Redfern—: ¡*Sainte Mere*, qué empapado está *monsieur*! Debería darse un baño caliente... Pero justamente hoy a Dominic se le ocurrió desarmar el calefón. —Pasó a la trastienda, hablando consigo misma.

—Mañana el baño estará en condiciones, *monsieur*.

—Mi estado no es tan malo como ustedes se imaginan —dijo David levantando las valijas, mientras la muchacha daba la vuelta al mostrador y se encaminaba hacia la escalera. David subió tras ella. La voz perezosa de Agno los seguía:

“*Je suis seul ce soir
Avec ma peine
J'ai perdu l'espoir
De ton retour*”.

Anna le mostró su cuarto, una habitación pequeña en la parte trasera de la casa. Los postigos de la ventana estaban cerrados. Contra una de las paredes pintadas de azul había una angosta cama de hierro, con un mosquitero recogido. Un tocador desnudo, manchado de amarillo y provisto de un

mármol veteados parecía acurrucarse en un rincón como un enano viejo y obscuro. Sobre el piso se extendía una alfombra árabe; una silla de caña, y junto a la cama una pequeña cómoda para guardar la ropa completaban el mobiliario.

La muchacha lo miró mientras él escrutaba la desagradable habitación.

—Si usted baja su ropa —dijo vivamente—, yo se la haré secar esta noche en la cocina. Usted debe comprender, *monsieur*, que esto difícilmente puede llamarse un hotel. No es más que un café, pero tenemos tres o cuatro piezas para huéspedes.

David la observaba mientras hablaba. Desde que había perdido a Julie, su actitud hacia las mujeres se había tornado defensiva; su incertidumbre mataba toda curiosidad. Ahora, a solas con esa muchacha, comprendió que ella le interesaba, y se preguntaba por qué. Era completamente distinta de Julie. Era joven y fresca, mientras que Julie había tenido plena conciencia de sí misma como mujer, manteniendo siempre una actitud de sofisticado desafío hacia todos los hombres. Julie había observado el mundo, preguntándose qué pensaba el mundo de ella, “posando” para el mundo. Esta muchacha también observaba el mundo con sus grandes ojos ansiosos, pero olvidándose de sí misma en su interés por los variados detalles. Y entonces él comprendió que no necesitaba defensa contra ella. Ella lo veía solamente como un extraño, mojado y enlodado, que había aparecido en medio de la noche, como una bienvenida alteración de la rutina; pero su curiosidad era impersonal, y habría sido idéntica si él hubiera sido viejo o joven, francés o italiano...; lo veía como un acontecimiento, no como una personalidad. Si hubiese sido Julie, habría representado su papel de mujer, tratando de aparecer en todo momento en primer plano; pero esta muchacha seguía siendo lo que era.

David se apartó de ella y depositó su valija sobre la silla de caña.

—Llevaré mi ropa mojada cuando baje a cenar —dijo.

—La cena estará lista dentro de media hora. Es lástima que no hayamos sabido que venía. Georgette habría preparado una buena comida.

—Me conformaré con cualquier cosa.

La joven se marchó, y David oyó el ruido de sus sandalias en las losas del corredor. Cerró la puerta. De un gancho clavado en la hoja de la puerta, colgaba una tarjeta con los reglamentos del hotel. La tarjeta estaba firmada “Théodore Tabour”, pero el nombre había sido tachado y alguien había escrito debajo con letra firme y grande: “Anna Tabour”.

Un poco más tarde bajó a la cocina y entregó su ropa húmeda a Georgette. En el alargado salón del café, halló la cena preparada. Agno estaba aún

sentado ante el piano, pero ahora había otros dos hombres en la mesa de al lado, contra la pared. Hablaban los tres, y si bien respondieron a su inclinación de cabeza, no le prestaron mayor atención. Redfern advirtió que uno de ellos era el joven a quien había visto a la luz de los faros del camión.

Anna había desaparecido. Detrás del mostrador estaba sentado un anciano de anteojos, que leía un mugriento ejemplar del *Sport*. La mesa de Redfern estaba cerca del mostrador; lo servía la mujer de cara gorda y sudorosa, que llevaba delantal a cuadros azules y despedía un suave aroma de *anisette* y ajos. Debajo de la frente roja y chata, un par de ojos pardos lo observaban con curiosidad. Era Georgette, y el hombre sentado detrás del mostrador era su esposo, Dominic. Al entrar y salir con los platos, la mujer dirigía a Dominic indescifrables observaciones en voz baja y con tono vagamente insultante, poniendo de relieve el contraste entre su laboriosidad y la holgazanería de su esposo. Dominic no le hacía caso. Más tarde, sin embargo, dejó su revista y se acercó a David con una botella de vino blanco. Llenó un vaso y esperó mientras David lo probaba.

—¿Bon?

David asintió.

—*Bien*. —La palabra expresaba la satisfacción del deber cumplido. Después añadió, con impersonal ferocidad—: Mañana arreglaré ese condenado calefón. Quédese tranquilo, *monsieur*.

Volvió a su asiento y prosiguió la lectura. Más tarde David se enteró de que Dominic sólo reconocía dos virtudes en la conversación: la franqueza y la brevedad. Georgette, en cambio, era muy voluble, pero por el momento respetaba discretamente el hambre de David.

Georgette trajo sopa y pescado, que David comió con placer. El pescado le era desconocido, y cuando la mujer le trajo el café, le preguntó cómo se llamaba.

—*Loup de mer*.

—Estaba exquisito.

—*Monsieur* se conforma fácilmente. Era demasiado tarde para preparar una buena cena. Mañana verá usted... —Sonrió sirviéndole el café, y David advirtió que la mujer rebosaba amabilidad.

Cuando se marchó, David encendió un cigarrillo y se reclinó contra el respaldo de la silla. Estaba cansado, pero había entrado en calor y tenía deseo de acostarse. Como si aquel movimiento fuese para Agno la señal que indicaba el momento propicio de abordarlo (momento postergado hasta entonces por esa comprensiva delicadeza que se abstiene de fastidiar a un

hombre cansado y hambriento hasta que termine de comer), el pianista le dirigió la palabra.

—¿Se siente mejor ahora?

David asintió.

Los dos hombres que acompañaban a Agno se volvieron, arrastrando las sillas contra el piso en semicírculo; los faldones de su impermeable rozaban la arena del suelo.

Es una lástima que no nos haya encontrado en el camino, *monsieur* —dijo uno de ellos—. Se nos atascó un camión en el derrumbe, y llevamos otro para remolcarlo. Si lo hubiéramos encontrado a usted, lo habríamos traído aquí.

—Perdí el camino por completo, y sólo volví a encontrarlo al llegar al río, junto al puente.

Mientras hablaba, David observaba a su interlocutor. Tenía una cara desagradable, surcada de profundas arrugas, y sus ojos oscuros y vigilantes estaban como replegados bajo las espesas cejas. Una barba desaliñada le rodeaba la boca espesándose en la mandíbula, y la comisura izquierda de los labios estaba marcada por la cicatriz blanca de una vieja cuchillada. Cuando hablaba, la cicatriz se levantaba dando al rostro una expresión colérica y feroz, como la de un perro que frunce el hocico amenazante previniendo la menor demostración de hostilidad. Era difícil decir si su expresión era una sonrisa o una mueca. Su enmarañado cabello negro asomaba por debajo de una pequeña boina, y el cuerpo grande y macizo, envuelto en un raído traje azul y una campera de cuero amarillo, estaba atravesado sobre la silla en incómoda posición. Su voz era vagamente gutural, teutónica, pero, sonora y profunda.

—Es una lástima. Podíamos haberle ahorrado una larga caminata.

—Fue una suerte que encontrara el camino. El Oued Mabeuse podía haberlo arrastrado al mar. —Agno se volvió hacia el piano, como si considerase finalizado su papel en la ceremonia de las presentaciones, y comenzó a tocar lenta y pensativamente, con un solo dedo, una canción de cuna.

—Me arreglé perfectamente, aunque me embarré bastante. Pero mañana tendré que ocuparme de mi automóvil, que quedó allí.

—Nosotros se lo traeremos cuando reparen el camino.

El hombre más joven, alto, elegante en el tranquilo abandono de su cuerpo esbelto, con las piernas cruzadas y echadas hacia delante, habló por primera vez, y en su expresión casi indiferente Redfern captó la inflexión del aplomo y la buena educación. La lluvia había humedecido su cabello castaño claro, y

los bajos de su pantalón gris estaban cubiertos de una costra de lodo. Llevaba al cuello un pañuelo de seda verde que formaba como un pedestal oscuro al rostro largo y delicado, de ojos sombreados y boca amable y ansiosa; era un rostro que en conjunto tenía una leve semejanza con el de Julie.

—¿Verdad que sí? —El joven se volvió a su compañero, transmitiéndole la pregunta como una señal, que parecía encerrar algo más que las simples palabras.

—Por supuesto.

—Gracias.

—Es un placer, *monsieur*...

—Redfern —dijo Agno, volviendo la cabeza. Sonrió brevemente en respuesta a la sonrisa de Redfern—. Redfern, David Redfern. Y estos dos caballeros —señaló primero al más viejo, después al otro— son *Monsieur Rankl* y *Monsieur Grivel*, de la *Entreprise Générale de Kabarta*. En este hermoso pero aburrido retiro representan a la industria, y yo, aunque ellos me consideran un empleado, yo represento... Ea, ¿qué represento yo, Max? —dijo volviéndose hacia Grivel.

—Depende de lo que haya bebido.

Rankl se echó a reír, dejando ver momentáneamente la parte interior del labio, de color blancuzco. Después sacó del bolsillo una navaja y un tarugo, y con los ojos clavados en la madera, que trabajaba con pericia arrancándole delgadas virutas, dijo con calma:

—¿Así que no vio usted nuestro camión embarrancado en la carretera?

Redfern no demostró sorpresa ni consternación. La pregunta había estado esperando el momento oportuno para ser formulada, y ahora que lo había sido, él estaba preparado para responderla. No quería intervenir en la vida ajena, en secretos movimientos, ni quería tomar partido a favor ni en contra de nadie. Estaba más allá de todo eso. Advertía también que ninguno de ellos lo miraba. Rankl tenía los ojos fijos en la madera que tallaba, Max Grivel raspaba ociosamente con una uña teñida de tabaco una mancha en el borde de su chaqueta, mientras Agno observaba sus propios dedos, que se deslizaban por el teclado del piano.

—No, no lo vi. ¿Quedó estropeado?

Ellos alzaron la vista y lo miraron, escrutándolo, inquisitivos, pero él sostuvo la mirada, reforzando fácilmente la mentira con el aplomo que le habían dado sus años de guerra.

—No, se atascó simplemente. Por suerte no ha sido nada grave. Actualmente no es fácil en este país reemplazar o reparar camiones.

—Me lo figuro. —Estas palabras retrajeron la conversación a sus cauces ordinarios. David comprendió que habían aceptado su afirmación.

—Usted es inglés, *monsieur*, desde luego. —Grivel adelantó levemente el cuerpo, sonriendo, y prosiguió sin aguardar respuesta—: ¿También ha sido soldado?

David asintió, depositando su vaso vacío.

—¿En la campaña de África?

La voz de Grivel había perdido su expresión indolente. David supuso que ahora tenían curiosidad por saber cuál era el motivo de su llegada a Kabarta, pero al alzar la vista para responder, comprendió que su intuición lo había llevado por un camino falso, porque Agno y Rankl no le prestaban atención a él sino a Grivel, como si estuvieran listos para interrumpirlo con palabras o hechos, si hablaba o procedía sin cautela.

—No, no estuve en la campaña africana.

—¿Entonces, quizá sea ésta su primera visita al país? ¿A Kabarta? —preguntó Rankl.

—Sí, es mi primera visita, pero no puedo decir que el tiempo me haya dado una bienvenida demasiado entusiasta.

Agno se echó a reír.

—Estas son las últimas lluvias. Mañana hará un hermoso día, y tendrá usted todo el sol que necesita para pasar unas buenas vacaciones.

—No estoy de vacaciones. He venido por negocios.

Su voz, aunque amistosa, no les dejó otra alternativa que la franca curiosidad, la pregunta directa y sin rodeos. No la formularon, pero se esforzaron, hasta cierto punto, por mantenerle en la conversación general; Grivel se volvía amablemente hacia él, y su risa los rodeaba a todos con su juvenil acento, inofensivo y cordial. Rankl, sin embargo, intervenía poco en la conversación.

Poco más tarde David se excusó.

—He tenido un día agotador —dijo—. Buenas noches a todos.

—*Dormez bien!* —canturreó Agno, sin volverse, y Grivel murmuró, con los ojos brillantes: “*Bonsoir, monsieur*”, mientras David subía la escalera. Rankl se limitó a gruñir.

Al llegar al rellano de la escalera, David se detuvo en la oscuridad. Allá abajo, el salón del café era un manchón de luz. Permaneció un instante pensativo, y oyó que el piano cesaba de tocar. Hubo un silencio, como si los hombres esperasen, dándole tiempo para alejarse. Después oyó el estallido de las voces, aunque no alcanzó a discernir las palabras.

Avanzó silenciosamente por el corredor y entró en el cuarto. Si estaban intranquilos ñor él, se inquietaban innecesariamente, porque no abrigaba intención alguna de inmiscuirse en sus problemas o en sus planes. Había venido a Kabarta para trabajar, y no quería complicar su trabajo delatando a una inmundada pandilla de traficantes de armas. Que hicieran lo que quisieran, pensó; tarde o temprano se quemarían los dedos, y otros los reemplazarían. Sus años de tensión y participación en la guerra le habían dejado, como a tantos otros, una torcida concepción, no del bien y del mal, sino de la obligación que uno tiene de enfrentarlos francamente y de tomar partido a favor o en contra. Era más sencillo, más descansado, limitarse a mirar y dejar que obraran las circunstancias y el tiempo; la guerra le había infundido el deseo de asumir, por un tiempo, el simple papel de espectador.

Una vez en su cuarto recordó el revólver y las balas, los sacó del bolsillo de su abrigo y los guardó en el cajón superior de la pequeña cómoda. El cajón, deformado por la humedad, entraba con dificultad. Lo cerró con llave, y descartó el incidente de sus pensamientos. El cansancio lo invadió como una droga, y se tendió en la cama, escuchando el gemido moribundo del viento y el rumor del mar, hasta que se quedó dormido.

Abajo, en el salón, Agno giró lentamente sobre el taburete y miró a los otros. Rankl seguía trabajando en su tarugo, tallando laboriosamente y con infinito cuidado la cabeza de un muñeco. Dominic había vuelto a la cocina con Georgette.

—*Eh bien, mes amis, que pensez-vous* —Agno dejó que la pregunta flotara a la deriva.

—Pudo haber visto el camión —dijo Rankl.

—Dijo que no lo vio.

—Eso es lo que él dice.

Agno gruñó a través del humo de su cigarrillo:

—No podemos pedirle una declaración firmada. Debemos conformarnos con su palabra...; y con nuestro sentido común.

Max tendió su vaso al ver que Agno llenaba el suyo, y observando el líquido que subía en el interior del vaso manchado por las huellas de sus dedos, dijo:

—No tenemos por qué preocuparnos. No creo que haya mentado. En una noche como ésta es fácil perder el camino. Además, si hubiera visto el camión, habría hecho algo..., habría ido a la gendarmería.

—De todas maneras, yo no estoy satisfecho —insistió Rankl.

—Podrías interrogarlo —sugirió Max despreocupadamente—. Decirle así: Perdóneme, pero ¿mintió usted cuando dijo que no vio nuestro camión? ¿Quiere ocultarnos el hecho de que nos supone culpables de traficar en armas de tanto en tanto?

Rankl se echó a reír y meneó la cabeza.

—Está bien, Max. Está bien. Quizá haya dicho la verdad, pero estuvo en un tris de sorprendernos.

—Ese es un riesgo normal en todo negocio. Incluso se puede sacar una póliza de seguros para protegernos contra esa eventualidad...

—¿Para qué habrá venido aquí? —interrumpió Rankl.

—Me resulta simpático —dijo Agno pensativamente—. Tiene esa actitud imperturbable y segura propia de ciertos ingleses, que parecen estar diciendo a cada instante: “Si le gusta, bien; y si no...”.

—Es inofensivo —concluyó Max—. Tócanos algo suave y decadente, Agno.

—Esa es una buena idea —asintió Agno, comenzando a tocar, sabiendo que sólo postergaba la impaciencia de Rankl, y divertido por ella.

—¿Para qué habrá venido? —repitió Rankl insistente.

—Deberías imaginártelo —contestó Max con calma—. Agno lo adivina, y yo también. Después de todo el ruido que ha hecho *monsieur* Serafis este año pasado, no es un secreto. Ahora trata de adivinar.

—¿Qué es ese muñeco? —Agno encendió un cigarrillo en la colilla del que acababa de fumar. En las manos de Rankl la madera empezaba a cobrar vida, hazaña que Agno había presenciado tan a menudo, y que nunca dejaba de despertar su curiosidad.

—Es para Anna. A ella le gustan mis muñecos. —Se interrumpió, con el cuchillo ocioso en la mano. Después se levantó—. Ya veo... Es alguien que ha venido a llevarse las cosas del castillo. Quizá cuando se las lleve el viejo se quedará tranquilo.

—Se sentirá desdichado... hasta que encuentre algún otro motivo para fastidiar a la gente —dijo Max, incorporándose.

—Serafis es demasiado rico para dejar a la gente en paz. Sólo los desposeídos conocen la tranquilidad. —Agno los observó mientras se encaminaban hacia la puerta.

—Estás borracho, Agno. —Max abrió la puerta y Rankl lo siguió pesadamente, abotonándose la chaqueta.

—¿Me lo reprochas, o me tienes envidia?

Max le envió un beso en la punta de los dedos, con su rostro juvenil momentáneamente surcado de arrugas, su cuerpo alto súbitamente rígido y firme, aprontándose para afrontar a la noche tormentosa. Al verlo, Agno sintió renacer su afecto. Era un buen muchacho, pero demasiado joven, demasiado irreflexivo.

—Envidia, quizá.

—No me la tengas.

—¿No?

—No. *Qui couche avec la soif se lève avec la santé.*

Rankl empujó el hombro de Max, y ambos desaparecieron. Agno contempló el candelero del piano y se puso a pensar en un *bistro* situado en la esquina de la Rué Le Sueur y la avenida Foch, donde solía tocar el piano. Parecíale oír el siseo de la máquina *express* del café, y ver las luces de los automóviles reflejadas en la húmeda avenida... Sabía que un momento más tarde sacaría del bolsillo una gastada fotografía, preguntándose por qué lo hacía, cuando ya la esperanza estaba tan muerta como la cara de la foto.

Anna entró y le tocó el hombro, salvándolo de ceder a la costumbre.

—Ya es hora, Agno. Voy a cerrar el negocio y apagar las luces.

Él se levantó.

—*Bien, ma petite.* —Le tocó el brazo y sonrió, y ella le respondió con otra sonrisa.

III

Cuando David despertó, el sol entraba por las ranuras de los postigos formando anchas franjas de luz. Abrió la ventana, y la mañana surgió ante sus ojos en un teatral despliegue de esplendor, como si lo estuviese esperando. La lluvia había cesado. La arena, el contorno distante de un promontorio, el ángulo recto de la escollera de la pequeña bahía con sus galpones de chapa, y los mástiles de algunas embarcaciones ligeras que se mecían suavemente, con sus cascos ocultos detrás del muro de piedra gris, se destacaban vívidamente en la claridad matutina. El mar jugueteaba perezosamente con la dorada orilla de la playa y en el horizonte su tonalidad azul turquesa se confundía con el cielo. Algunas gaviotas, cual fragmentos de papel sacudidos por el viento, se elevaron revoloteando sobre el agua al extremo de las escolleras. La gloriosa mañana hundía en el recuerdo el ayer oscuro y tormentoso, con sus deslumbrantes tonalidades azules, verdes y doradas.

Se puso su pantalón de baño y, descalzo, bajó quedamente, cruzando la silenciosa casa para ganar la puerta. Sobre la playa notó fría la arena, a la sombra del café, pero la sintió cálida al avanzar un poco más. El sol matutino le resultó agradable sobre los hombros. Con un leve grito de alegría, saboreando ya el placer que gozaría su cuerpo joven y ansioso de ejercicio, corrió hasta el mar, y cuando el agua le llegó a las rodillas empezó a nadar, zambullendo su cabeza en el fresco elemento, sin ver otra cosa que la opacidad azul verdosa en torno suyo.

Cuando estuvo bien mar adentro, se volvió, y sacudiendo el agua de sus cabellos miró hacia Kabarta, que aparecía a lo lejos como una franja blanca de casas bajas, junto a la carretera que bordeaba la playa, con uno que otro falso pimentero de color verde ceniza entre los edificios, una gran mancha de buganvillas a un costado del “*Café des Amis*”, una doble hilera de gruesos datileros que subrayaban el sendero arenoso que llevaba al muro de la bahía, y un grupo de indolentes acacias que se prolongaba más allá de las últimas habitaciones que se encontraban al este del valle...

Todo aquello era nuevo para él, pero no inesperado, pues confirmaba el terreno que había estudiado en el mapa. El valle del Oued Mabeuse se extendía desde el mar en amplio y suave movimiento, elevándose y

angostándose hasta perderse en el verdor de los lejanos cerros que llegaban hasta el mar para terminarse en dos cabos sobresalientes cubiertos de alcornoques y altos brezos mediterráneos que formaban una espesa *broussaille*, entre la cual erguían de tanto en tanto sus picachos unas piedras grises y desnudas. Una leve columna de humo se elevaba al pie de las colinas hacia la izquierda y, entre los árboles, observó un claro cercado de cactus donde sé agazapaban las chozas de adobe y paja de un aduar árabe. Al oeste del valle, al pie del cabo y donde la carretera sube para desaparecer en un desfiladero entre las montañas, vio la blancura de una torre y tuvo un vislumbre de cúpulas cobrizas que se erguían entre un grupo de pinos. En ningún otro lado, excepto en el pueblo mismo, había señales de casas.

Nadó a lo largo de la playa hasta que llegó a la amarillenta y fría desembocadura del Oued Mabeuse que avanzaba por debajo del puente de madera y se arrojaba al mar enturbiando su claridad con sus revueltas aguas tormentosas. De pronto se sorprendió al oír voces y risas. Volviéndose, vio a Anna y a Max Grivel que nadaban hacia él. Le saludaron a gritos y él les contestó agitando la mano. Nadaban en torno suyo, con movimientos fáciles y seguros, cual dos animales acuáticos juguetones e inquietos. Su amistad ganó a Redfern, y al poco rato todos reían como buenos camaradas.

Anna se zambulló bajo el agua y Max exclamó:

—¡Cuidado con sus piernas, *Monsieur*!

David se volvió dispuesto a alejarse, pero ya una mano se había apoderado de su tobillo, arrastrándole hacia abajo. El joven se sumergió para enfrentar a la joven y Max pasó a su lado, y durante un rato los tres se trezaron bajo el agua, entrelazándose sus brazos y sus piernas mientras sus rostros sonreían silenciosamente. Cuando volvieron a la superficie y Max libró sus pulmones de agua y aire exclamó:

—¡Se vuelve loca en el agua! ¡Se le sube a la cabeza!

Se abalanzó hacia Anna, pero ésta, elevando sus manos, se zambulló lejos de él. Redfern, arrastrado por la tumultuosa irrupción y extrañamente feliz por la amistad y alegría del ataque, partió tras ella, persiguiéndola en el agua clara, viendo ante él el cuerpo frágil, la movediza mancha de la malla azul y gorra blanca. La cogió por el tobillo y ella, volviéndose, quiso libertarse pateando. Pero él se mantuvo firme, deslizando las manos por su piel, y luego, al volver ambos a la superficie, él la tenía por el brazo, y el rostro sonriente de la joven se encontró tan cerca del suyo que poco faltó para que lo rozara. Luego el agua le entró en la garganta al arrastrarlo Max hacia abajo, desde atrás.

Cuando volvió a subir, ambos le aguardaban.

—¡Paz! —exclamó aspirando el aire con el cuerpo dolorido. Unos minutos más tarde se hallaban acostados al sol sobre la arena. Anna, despreocupada, estaba tendida de espaldas, con el agua que le chorreaba de su cuerpo bronceado sobre la arena seca.

—¿Nada todas las mañanas? —preguntó David.

—Casi —fue Max quién contestó—. Le agrada enormemente. Hubiera debido ser sirena.

—Sí, me agrada —dijo Anna volviéndose de costado—. Es hermoso poder patalear y moverse a gusto. En el agua no se lastima a nadie, ni siquiera a uno mismo. Parecería que el agua nos quita la violencia y cuando terminamos de chapotear es siempre la misma buena agua. Cuando nado diríase que se despierta en mí un diablillo, pero ya está dormido de nuevo.

David comprendió lo que la joven sentía. El estar dentro del agua constituía para él una pasión. La sensación de sentirse sostenido, moviéndose confiado, desembarazado de todo contacto con la tierra, era una alegría que jamás mermaba. A veces había entrado en el agua colérico y fatigado, encontrando allí rápido sosiego que le dejaba el pensamiento libre para moverse sin que la presión de las emociones lo molestara.

Anna lo observaba mientras se hallaba allí sentado, con la cabeza inclinada hacia delante, viéndolo a través de la cortina de su cabello. Notó que su primera impresión había sido equivocada. Háblele creído seco, imponente y poco dispuesto a salir de detrás de las barricadas de una reserva prudente. Ahora comprendía que era sociable, de conversación fácil, cuidando sin embargo de no imponer ninguna confidencia que no le solicitaban. Cuando él la miró no advirtió la inevitable subida y bajada de ojos que encontrara en la mayoría de los hombres, el lento examen que primero se ocupaba de su cuerpo y, después, descubría a la persona que era ella. Tenía la impresión de que la miraba con toda franqueza, apreciando con justeza todo lo que en ella había. Esto despertó su simpatía e interés, y a su vez lo miró con una curiosidad más amplia y más personal. Era más joven de lo que creyera en un principio; tal vez tuviera apenas algo más de treinta años. Tenía un rostro de mandíbula fuerte y tanto su cuerpo como sus movimientos y palabras denotaban vigor y energía, y también cierto desasosiego; pero tenía la costumbre de relajar de tanto en tanto sus músculos, como ahora: un relajamiento deliberado de los músculos y de la expresión que ocultaba la fuerza de su cuerpo y mente. Y como ella también estaba llena de salud y poseía un cuerpo vigoroso y fuerte, le agradó su fuerza, así como sus

tranquilo ojos castaños, sus cabellos rizados por la humedad del baño y el tranquilo reposo de sus largas manos sobre sus rodillas.

—¿Para qué ha venido aquí? —preguntó de pronto Max.

David creyó advertir que más que curiosidad había en la pregunta una franqueza que denotaba la intimidad naciente entre los tres. Contestó sin reservas.

—Vine a ver a *monsieur* Paul Serafis.

—¿Serafis? —Anna se echó el cabello hacia atrás y el sol jugueteó en sus sienes desnudas durante un momento.

—¿Usted lo conoce?

Ambos se echaron a reír.

—Todo el mundo en Kabarta conoce a *monsieur* Serafis.

—Es un excéntrico —dijo Max—. Vive en el Château Ben Negro, allí —y señaló con un movimiento de cabeza hacia las torres cobrizas de la casa situada al pie del cabo.

Al moverse su cabeza, David notó que llevaba al cuello una cadenita de oro de la cual pendía un pececillo también de oro, un dije árabe de buena suerte. Atraído por Max y sintiendo simpatía por él, pensó en lo que diría si supiera la buena suerte que lo amparaba en ese momento. Pero abandonando ese pensamiento repitió interrogante:

—¿Excéntrico?

—Max quiere decir que siempre se está quejando de algo. Cada vez que viene a Kabarta es para quejarse de algo. Que la dirección de puentes y caminos no cumple con su trabajo. O que Douvet (es el gendarme de aquí) no tiene bastante energía con los árabes. Estos roban con la misma naturalidad con que respiran...

—O que los perros ladran demasiado de noche. Nunca es algo serio, pero él hace que lo parezca. Ese es el privilegio de ser rico.

—Pero también es muy generoso, Max.

—Sólo porque quiere hacer su voluntad.

Redfern asintió con la cabeza.

—Creo que conozco esa clase de individuo. Sea como sea, él es la razón de mi visita.

—¿Vino usted por la colección d'Aigremont? —preguntó con franqueza Max.

—Sí. ¿Saben ustedes algo de ella?

Max se echó a reír.

—¿Sabemos, Anna?

Anna se puso de pie.

—¡Estamos cansados de ese asunto! *Monsieur* Serafis estuvo molestando a las autoridades durante meses y meses para que se la llevaran. Y eso lo ha puesto iracundo. Usted debe de ser un profesor o algo por el estilo, ¿no?

—Algo por el estilo —sonrió David poniéndose de pie al mismo tiempo que Max. Los tres se encaminaron por la playa hacia el café.

Mientras tomaba su café con panecillos en el largo comedor que daba a la playa, se puso a pensar en Julie. Si Julie no hubiese muerto, él no habría venido a Kabarta. El trabajo le había sido ofrecido con toda simpatía después de la muerte de su mujer por Lord Stansted, presidente del University Museum, que sabía que se hallaba aún indeciso acerca de sus futuras actividades. Un periódico londinense habíale ofrecido un puesto importante que convenía a la experiencia que tenía de Europa. Hasta ahora, y por razones que aun él encontraría difíciles de explicar, no había podido decidirse.

—Le dará la oportunidad de alejarse, Redfern, y de encontrarse a sí mismo. Tal vez mientras esté allí consiga tomar una determinación. Aun si no lo hace, el cambio le resultará beneficioso.

Nada había dicho de Julie, pero había estado pensando en ella, David lo sabía. Siempre habían sido buenos amigos, y la brillante frivolidad de Julie divertía y agradaba al realismo sólido y astuto del anciano.

Y comenzó a darle detalles sobre la historia de la colección, algunos de los cuales ya conocía. La constituían antigüedades etruscas, únicas y de enorme valor, llevadas a Francia de excavaciones efectuadas en propiedades italianas del abuelo de los d'Aigremont durante el siglo XVIII, antes de que las autoridades prohibieran el retiro de Italia de todos los restos etruscos. Los d'Aigremont, franceses y excéntricos, jamás permitieron que se examinara la colección. La mayor parte del tiempo había permanecido embalada. En 1940, antes de la ocupación alemana, Félix d'Aigremont habíala evacuado a Kabarta. La barcaza que trajera la colección a la costa desde Phillippeville se había hundido junto a la escollera de Kabarta, y allí permaneció hasta que llegaron los aliados, pues Félix d'Aigremont murió de fiebre en Phillippeville una semana después del naufragio y antes de poder llegar a Kabarta, al Château Ben Negro que acababa de alquilar. El castillo fue utilizado como cuartel general por los británicos durante un tiempo, y los ingenieros reflotaron la barcaza pensando que la podrían utilizar. Los cajones que contenían la colección fueron apilados en el castillo y se mandó una nota sobre ellos al cuartel general de la división británica. La nota tardó cuatro años en tornarse efectiva. En su testamento d'Aigremont dejaba la colección

al British Museum, cosa que amargó profundamente a los arqueólogos y filólogos franceses; ya que algunas de las estatuas y piezas de bronce tenían inscripciones, y se creía que merced a ellas podría llegarse a una reconstrucción más comprensiva del idioma etrusco, que hasta entonces permanecía en el misterio, con la excepción de ciertas formas elementales.

—Es exactamente el trabajo que le conviene —habíale dicho Lord Stansted, y David recordaba cómo el anciano, reclinado contra el respaldo de su sillón, elegante y atildado, con su corbata y su ralo cabello canoso que dejaba entrever su cráneo rosado, había esperado alguna vacilación de su parte. Pero él no había vacilado. Quería aquel trabajo porque anhelaba el movimiento, la obligación impuesta de acción y responsabilidad, a fin de ahogar las demás preocupaciones de su mente. Su interés de estudioso por la colección era nulo en ese momento; pero ahora, sabiendo que sólo se hallaba a pocos metros, se despertaba su impaciencia por verla.

Terminó su café, frío ya, con una mueca, y subió a su cuarto en busca de su portafolio. Un poco más tarde se hallaba en camino, bordeando la playa hacia el Château Ben Negro.

En el puertecillo, junto a los galpones de cinc, varios árabes andrajosos se hallaban echados en el suelo, descansando al sol, rodeados de moscas; otros charlaban alrededor de un camión que descargaba corteza de corcho, formando en el suelo una pila rojiza al sol que perfumaba suavemente el aire con un agradable olor de madera.

Al pasar David junto al camión, advirtió que era el mismo que viera empantanado la noche anterior. Sobre el galpón más grande veíase pintada en letras azules la siguiente leyenda: *Entreprise Générale de Kabarta*. Vio a Agno reclinado contra el galpón, fumando y mirando trabajar a los árabes. El hombre elevó perezosamente una mano en señal de saludo, diciendo:

—*Bonjour. Aujourd'hui ça va beaucoup mieux, ¿eh? Bientôt la chaleur viendra.*

David devolvió el saludo. Más tarde, cuando hubo dejado la ciudad a sus espaldas, tomó la polvorienta carretera, siguiéndola en su ascensión hacia las cúpulas y torre de Ben Negro, perdido por el momento entre los árboles. A una milla de la ciudad, el camino se bifurcaba; el que se dirigía al interior giraba a la izquierda y era por ése por el que había venido la noche anterior. Redfern siguió el de la costa. Comenzaba a trepar ahora en forma pronunciada, y los arbustos y la vegetación llegaban hasta su orilla. De tanto en tanto, veíase entre los árboles el precipicio. De pronto apareció a su derecha un angosto camino, y se encontró ante un largo portón blanco con las

palabras: Ben Negro, pintadas en negro encima. Empujó el portón, que se abrió, y avanzó por un camino que serpenteaba ante él, sombreado por oscuros pinos. La base de los árboles se perdía entre espesos macizos de azaleas y adelfas, pero de tanto en tanto veíase algún claro plantado con naranjos cargados de frutos y cuajados de azahares que llenaban el aire con su persistente aroma. Al terminarse los árboles el joven cruzó un patio de grandes losas rodeadas de cuadros de manzanilla y pequeñas espalderas de viñas. Y en medio del semicírculo que formaba la terraza central se erguía Ben Negro. Subió los anchos escalones, consciente del rumor del agua que caía en triple chorro dentro de una fuente a su derecha, desbordándose después en cascadas hacia una serie de pequeños estanques.

El edificio parecía un gigantesco pastel de bodas en estuco, maderas, mosaicos y terracotas con tracerías de piedra, columnas retorcidas y persianas pintadas. En los ángulos del mismo había pequeños grupos de torres en forma de minaretes con sus cúpulas de cobre brillantes y verdosas, mientras en el centro se erguía una torre rectangular rodeada de un parapeto y techada con tejas, que recordaba el renacimiento italiano. Sin embargo, y a pesar de toda su fantasía, Redfern pensó que era más bien agradable, y que aquella confusión y desorden tenía alguna esotérica unidad de diseño que eventualmente podría descubrirse al familiarizarse con el conjunto.

Se acercó al ancho pórtico. Flanqueaban la puerta dos enormes jarrones que desbordaban de petunias blancas y magenta. Habían observado su llegada, pues la puerta se abrió silenciosamente y se halló frente a un árabe alto, vestido de blanco y con la cabeza cubierta por un fez oscuro.

—Desearía ver a *monsieur* Paul Serafis.

El sirviente le invitó a pasar con un ademán, y la puerta se cerró dejándolo en una refrescante penumbra. El hombre aguardó, cortés y silencioso, y David le dió su nombre. El sirviente desapareció.

Hallábase en un largo y fresco vestíbulo, a cuya izquierda arrancaba una ancha escalera que subía en espiral al cuerpo de la torre principal, iluminada únicamente por la luz del techo de la torre que se filtraba por unos vidrios opalinos, produciendo una tenue claridad. Un pequeño estanque hundido ocupaba la mayor parte del vestíbulo; a ambos lados del mismo se erguían unas columnas rodeadas de siemprevivas que nacían en unos enormes tiestos de tierra cocida. Entre las columnas veíanse oscuros arbustos con flores pálidas y frías. El agua del estanque estaba inmóvil y, bajo las hojas de los lirios flotantes, algunos peces se deslizaban perezosamente. Redfern tenía la impresión de estar en una caverna submarina cuya vida se desarrollaba con

lentitud en las sombras. La quietud del ambiente era opresiva, las sombras, la luz anormal y la silenciosa vegetación sugerían que aquella atmósfera había sido deliberadamente planeada a fin de producir una sensación de expectación, y que sin embargo adormecía toda pasión hasta el extremo de hacerle olvidar a uno el tiempo. David acarició la superficie lisa de un “kylin” chino que adornaba el pie de la escalera. Él contactó con las antiguas líneas de la cabeza de león, la fría porcelana que se apoderaba del calor de su piel, fortalecieron su interés en el pasado, en una civilización muerta desde hacía mucho tiempo.

Cuando regresó el sirviente condujo a David al último piso, a una habitación de la torre central. Era alargada, estaba cubierta por espesas alfombras y de sus muros grises colgaban cuadros llenos de luz y color. Un ancho ventanal sin cortinas ocupaba todo uno de los muros menores y ante él se veía un escritorio de madera negra, tipo ministro, repleto de papeles en desorden, tinteros y libros. Los otros muebles los constituían un diván, algunas sillas y un pequeño armario cerca de la puerta. Era una habitación extraña e incómoda, inundada por la cruda luz que venía del ventanal desde el cual se divisaba una magnífica vista del mar y Kabarta.

Redfern se detuvo al trasponer la puerta, y al cerrarse ésta detrás de él, en el breve momento de que dispuso antes de verse en la necesidad de hablar, observó a los dos ocupantes de la habitación. Ambos lo miraban, curiosos y en silencio.

Una muchacha árabe se hallaba sentada sobre el diván, con un libro entre las manos, descansando su cuerpo contra los almohadones, delgada y graciosa, con una fuerza contenida y tranquila. Su negra cabellera echada hacia atrás dejaba al descubierto su amplia frente, y sus ojos, después de haber examinado atentamente al recién llegado se fijaron en su libro. Redfern notó que al leer sus labios se movían, como si se esforzara por dominar las difíciles frases con infantil tenacidad. Pero no había nada de infantil en el cuerpo envuelto en pliegues de seda verde: era un cuerpo de mujer, pleno y bello, que desmentía la inocencia de su tranquila postura.

—Adelante y tome asiento, señor Redfern —dijo una voz profunda y resonante. El hombre que estaba hundido en un ancho sillón detrás del escritorio, señaló una silla junto al mismo.

—Gracias.

—Si hubiera sabido que usted estaba aquí habría enviado un auto a buscarlo. Rhadija —y con su ancha y blanca mano señaló una caja de cigarrillos sobre el escritorio, movimiento que hizo brillar levemente los

pliegues de la fina casaca de seda negra que llevaba Serafis. Rhadija se deslizó del diván con ondulante movimiento y tendió la caja a Redfern, y mientras éste se servía un cigarrillo la joven le presentó un encendedor, yendo a enroscarse de nuevo sobre el diván, como si jamás se hubiera movido.

—La caminata me resultó agradable. Supongo que usted habrá adivinado a qué obedece mi presencia aquí, ¿verdad, *monsieur*?

Serafis asintió con la cabeza.

—Entonces, tal vez desee usted echar una ojeada a estos papeles —dijo David, tendiéndole su pasaporte y sus cartas credenciales del Ministro de Argelia y de las autoridades del Museo de la Universidad. Mientras Serafis los estudiaba se puso a observarlo. Tenía el rostro ancho y fofo, con pliegues de carne que le caían en torno a la boca casi como papadas. Su cutis era muy blanco, sus ojos negros remotos, pequeños y penetrantes bajo las espesas cejas. Estaba recostado en su butaca como un indolente mandarín, dándole el sol de la ventana sobre la cabeza casi calva. Al leer los papeles adelantó sus gruesos labios, moviendo su corpulento cuerpo para acomodarlo mejor en el mullido sillón.

Serafis elevó la vista y devolvió los papeles.

—No lo esperaba hasta dentro de tres o cuatro días.

—En efecto. En un principio debía ir a Argelia, pero tuve la oportunidad de volar directamente hasta Bóne.

—Me alegro de verlo. He estado insistiendo en Argelia desde hace más de un año para que mandaran alguien a buscar esas cosas. Usted tendrá toda la ayuda que necesite de mí —hizo una pausa mirando a Redfern y luego, con amplia sonrisa, prosiguió—: ¿Me permite preguntarle, *monsieur*, qué cargo ocupa usted en la Universidad actualmente?

—Ninguno. Por varias razones me pidieron que hiciera este trabajo, dado que momentáneamente me encontraba libre. Pero antes de la guerra me ocupaba en investigaciones, y tenía una cátedra de filología.

—¿Qué sabe usted de los etruscos?

—Estuve efectuando investigaciones etruscas bajo la dirección de McIver hasta que estalló la guerra.

—¿Y luego? —el tono era amistoso.

David se encogió de hombros.

—Me convertí en soldado, *monsieur*.

Serafis se puso de pie.

—Bien... Ahora permítame que le muestre dónde están las cosas aquellas, y luego podrá usted tomar sus disposiciones para sacarlas de aquí. No le

ocultaré el hecho, *monsieur*, de que durante el pasado año a menudo he deseado que los etruscos jamás hubieran existido. Me han causado un montón de disgustos. En fin, ahora está usted aquí y créame que eso me alegra.

Salieron de la habitación, y al pasar junto a Rhadija, David notó que la joven seguía con la mirada a Serafis. La expresión de sus ojos revelaba profundo cariño.

Bajaron por las escaleras principales hasta la planta baja, y luego Serafis lo condujo por una serie de habitaciones hacia el ala de la casa que quedaba alejada del mar. Su paso por las distintas habitaciones fue demasiado rápido para que Redfern pudiera tener otra cosa que una breve impresión de riqueza y gusto, un tanto extraño. Notó algunas pinturas y bronceos que le hubiera agradao examinar con más detenimiento, muebles dorados tapizados con antiguos brocados, hermosos cortinajes y el brillo de delicadas porcelanas. En todas las habitaciones del castillo reinaban los tonos sombríos del vestíbulo, una atmósfera que se infiltraba por todo el castillo, excepto en el cuarto de la torre donde lo recibiera Serafis.

Pasaron por una puerta baja a un amplio depósito cuyo piso quedaba algo más bajo que el nivel del suelo y cuyas ventanas empotradas en los gruesos muros tenían vidrios opacos. A un costado del depósito estaban apilados numerosos cajones de madera cubiertos de polvo y paja. Algunos se hallaban manchados por el agua, y la mayoría de ellos tenían sus tablas podridas o arrancadas.

Al verlos David se sintió de pronto entusiasmado, y el entusiasmo se adueñó de él tan rápidamente que comprendió que debía de haber estado dormitando en su interior desde hacía tiempo, sin que él se percatara de ello. Para eso había venido, eso era lo que le interesaba, ése era su trabajo. Dentro de esos cajones, lo sabía, podían encontrarse las respuestas a muchas preguntas que se habían formulado generaciones de estudiosos, y que el tiempo había retenido hasta ahora. Esa posibilidad avivó su interés, haciéndole olvidar a Serafis mientras caminaba junto a los cajones, tocándolos, inclinándose a veces para leer alguna inscripción pintada en ellos. De rodillas junto a un cajón al que le faltaban unas tablas y que mostraba el metal gris de su forro interior, David oyó la respiración pesada de Serafis y notó la sombra del hombre sobre la madera manchada de agua de mar del cajón.

—Arriba, en mi despacho, *monsieur* —dijo con tranquilidad— me resultaba difícil ver en usted al profesor; al soldado sí, eso era fácil. Pero ahora, veo en usted al investigador —dejó escapar una risita suave,

complacido por su propia agudeza—. Le entusiasma la perspectiva de ver todas estas cosas, ¿eh? —dijo señalando con un gesto los cajones.

David se puso de pie.

—Muchos se sentirían entusiasmados si estuvieran aquí conmigo. ¿Conoce usted la historia completa de 10 que hay en estos cajones?

—Conozco más de lo que deseo. Es una colección de antigüedades etruscas de gran valor que pertenecían a *monsieur* Félix d'Aigremont. Me encontré con él una sola vez, cuando se puso de acuerdo conmigo para alquilarme esta casa en 1940. Era un hombre con demasiada poca imaginación y demasiado dinero. *Monsieur* d'Aigremont murió de fiebre en Phillippeville poco después de desembarcar, dejó todo esto —y de nuevo la blanca mano esbozó un amplio gesto señalando los cajones— a su museo, cosa que causó cierta amargura a nuestros propios arqueólogos, según tengo entendido. Cuando regresé de América en 1945, las encontré aquí, y poco más o menos cada dos meses he escrito para que vinieran a retirarlas, y poco más o menos cada cuatro meses he recibido la visita de autoridades de Argelia, París y qué sé yo cuántos otros lugares. Me resultaron un verdadero estorbo, señor Redfern, irrumpiendo estúpidamente en mi vida, haciéndome perder mi valioso tiempo y mi tranquilidad de espíritu.

Este año pasado sólo he deseado una cosa: que alguien viniera a llevarse todo eso, a fin de que terminen de una vez la correspondencia, las visitas y demás desagradados. De ahí el placer que experimenté al verle a usted —hizo una pausa, sonriendo—, de ahí mi aparente grosería ahora al decirle que espero que su permanencia aquí sea breve. Mañana espero ver la luz trasera de su camión alejándose de mi casa. Lamentaré sinceramente nuestro corto trato, pero grande será mi felicidad al saber este cuarto vacío y que mi tranquilidad ya no se verá a la merced de burócratas de tercer orden con pronunciado don de locuacidad”.

David comprendió que Serafis hablaba con sinceridad. Estaba realmente convencido de que el pequeño reino que constituía su casa y su propiedad había sido seriamente amenazado por las autoridades. Y en sus palabras se advertía cierta ira, cierto desdén por el hecho de que asunto tan trivial hubiera tardado tanto tiempo en solucionarse. Quería que lo dejaran solo en la torre de marfil de su tranquilidad. Lo oyó que decía:

—De aquí en adelante, cuando alquile alguna de mis casas, descartaré a los millonarios y a los arqueólogos. Dejan demasiado desorden —y se echó a reír roncamente.

David encendió un cigarrillo, reclinándose contra uno de los cajones.

—Lo comprendo y simpatizo con usted. Pero la guerra, la apertura del testamento y la oposición de ciertos centros culturales de Francia fueron los causantes de la demora. Muchas son las personas que hubieran deseado ser los primeros en mirar dentro de estos cajones.

Serafis sonrió.

—¿Acaso los etruscos, una raza muerta, con una lengua muerta, despiertan tanto interés?

—Creo que usted se sorprendería si supiera cuánto interés despiertan — contestó David con sencillez.

Mientras hablaba sintió que su propio interés aumentaba. Ante ese misterio, la ficción más atrevida resultaba pálida y desnuda. ¿De dónde había venido esa raza civilizada con su amor por la belleza y la forma? ¿Qué ideas habían dado forma a la sencillez y firmeza de su civilización, que había surgido en torno a las marismas etruscas y luego se extendió por el interior de la península itálica para ser desplazada por el brutal materialismo de los romanos? Era una raza que se erguía llena de belleza y promesas, pero la malignidad de la estupidez, la codicia y el poder la habían aniquilado, dejando sólo algunos restos diseminados, una que otra referencia en Herodoto y en alguna obra romana y nada más... Tal vez en aquellos cajones la historia pudiera retroceder un poco más, ensancharse, pues toda la verdad estaba sumida en las tinieblas de los tiempos. La idea de que él pudiera ayudar a despejar parte de aquella penumbra del pasado era lo que entusiasmaba a Redfern, con ese entusiasmo propio del investigador. En aquellos cajones se guardaba la belleza, pero también la ciencia, y ante ambas cosas David se dijo, sin falsa modestia, que él era el hombre apropiado para el trabajo que le habían encomendado. Por ello fue que volviéndose hacia Serafis pudo decirle con apenas un dejo de disculpa en su voz por el sentir del otro:

—Han sido necesarias una serie de circunstancias para que yo me encuentre aquí... Que un francés, profundamente herido por no haber sido elegido miembro de su Academia, dejara sus tesoros a los británicos... y que después de un sinnúmero de contratiempos me encomendaran la tarea de hacerme cargo de esos tesoros... Pero, *monsieur* Serafis, si usted cree que verá mañana la luz trasera de mi camión alejándose de su casa, se equivoca. Lo siento mucho, pero no puedo trabajar tan de prisa.

Al terminar de hablar, el cambio sobrevenido en el rostro del hombre le sorprendió. La piel floja se había puesto tensa, los ojos negros miraban con cólera, y los labios chatos expresaban profunda severidad.

—¿Y por qué no? ¿Y por qué no, *monsieur*? —el tono era duro e impaciente.

IV

David, de pie en los escalones de la gendarmería, encendió un cigarrillo. Ante él estaba la Place Maréchal Bugeaud, plaza principal de Kabarta, repleta de bulliciosa muchedumbre. Se hallaba rodeada por una hilera de casas de techos chatos, con los frentes pintados de blanco, y aquí y allá, la sombra de alguna callejuela o el escaparate oscuro de algún comercio. En medio de la plaza veíase una fuente de hierro en cuyo centro se erguía una mujer encapuchada sosteniendo un jarro en la mano, del cual en un tiempo había caído agua. Pero ahora la fuente estaba seca y el amplio pilón de piedra se hallaba lleno de tierra y papeles, y varios árabes dormían dentro tumbados al sol.

Aquel desordenado conjunto de movimiento y color agradó a David. Una yunta de bueyes bayos, uncidos a un carro, mantenían gachas sus cabezas junto a una vinatería, y el color agrio y fuerte del vino llegó hasta él desde la oscura abertura del sótano, donde algunos árabes y el dueño francés estaban descargando un pesado barril del carro. En el mostrador de un calderero un muchacho, sentado con las piernas cruzadas ante un pequeño yunque, golpeaba un trozo de metal, con la cabeza inclinada hacia adelante, de modo que la borla de su fez se balanceaba suavemente sobre su trabajo. De tanto en tanto movía la cabeza para conversar con un grupo de muchachos sentados en el suelo delante de la tienda, y la blancura de sus dientes, el repentino resplandor de su rostro al ser iluminado por el sol, se destacaban vívidamente contra las sombras del negocio. Una hilera de borriquillos de pelaje gastado, con un enjambre de moscas alrededor de la cabeza, apareció de pronto en la plaza. Un árabe de largas piernas cabalgaba al frente, y sus pies desnudos se arrastraban por el suelo mientras acicateaba a su animal para que no dejara de avanzar. Alguien le gritó desde los puestos junto a la plaza y él elevó una mano en señal de saludo. La cabalgata se detuvo ante al corralón de un mercader de granos, cuya puerta hacía de esquina a la plaza, y los animales permanecieron inmóviles y pacientes bajo el hostigamiento de las moscas y el peso de los dobles sacos de granos que colgaban de sus lomos.

El bullicio y el color llenaban el lugar; frutas y verduras apiladas en los puestos, una hilera de ganchos con carne colgada, ante la cual un vendedor junto a su parrilla cortaba trozos de carne para asarla, una pirámide de

cacharos de tierra cocida, una manta extendida cubierta de tortas y roscas sobre las cuales un muchacho soñoliento mecía con indiferencia una pantalla de palma...; el olor a comida, a carne y a polvo, una rica amalgama de calor y sudor humanos flotaba en el ambiente con una acritud casi tangible.

Esto, pensó David, es Kabarta. Ayer, para él, su existencia era remota. Hoy él formaba parte de ella. Tenía ante sí la plaza, dura y substancial en la luz solar, y el polvo levantado por el paso de hombres y animales que llegaban a la feria semanal se depositaba en fina capa sobre su chaqueta.

Era un pueblito extraño, lleno de sol, de suciedad, de polvo y calor, deslumbrante de belleza y color.

En el edificio que estaba a su espalda se hallaba Douvet, el gendarme a quien le enviara Serafis para que le consiguiera peones. Douvet había prometido algunos hombres y un capataz árabe llamado Aribi, advirtiéndole que era el mayor ladrón de Kabarta. “Todos los árabes son ladrones, y Aribi es el padre de todos los ladrones, pero es un buen trabajador”. Serafis había montado en cólera al explicarle él que no podía retirar en seguida todos los cajones. Estaban podridos por el agua de mar y antes de moverlos debían ser puestos en condiciones. También había insistido en que debía cotejar su contenido con las listas en su poder. Durante un momento Redfern pensó que llegarían a reñir, pero finalmente Serafis había comprendido sus razones. No obstante, el hombre se había separado de él malhumorado y disgustado. Redfern lamentaba el incidente, pero nada podía hacer.

Descendió los pocos escalones, y al llegar abajo tuvo que describir una curva a fin de evitar un grupo de hombres que miraban a otros dos que regateaban el precio de un cajón de gallinas. De pronto, sintió que alguien le tomaba el codo por detrás.

—Usted es Redfern, ¿verdad? —no había disfraz en la voz; era americana y amiga.

Redfern se volvió, encontrándose ante un rostro bronceado y amable, cubierto con ligera barba cobriza y coronado con hirsuto cabello color arena.

—Sí, yo soy —contestó.

—Yo soy Weaver, Joe Weaver. Ya he oído hablar de usted. Basta con que un extranjero esté aquí cinco minutos para que todo el pueblo empiece a zumar. Vino usted para llevarse esa colección de Ben Negro, ¿no es así?

—Sí —repuso, y luego con curiosidad añadió—: Usted es americano ¿verdad?

—¡Claro que sí! —Joe avanzaba junto a la hilera de puestos. Era alto y ancho, y tenía el andar bamboleante de un oso. Daba la impresión de ser un

gigante afable, un poco molesto de su propia fuerza, como si tuviera miedo de aplastar las cosas con sus enormes manazas y pies descomunales calzados con sandalias. Llevaba un *overall* azul y suelto que dejaba al descubierto su pecho, y pantalones blancos. De un brazo le colgaba un canasto.

—Oiga —dijo deteniéndose de pronto frente a un puesto lleno de bandejas de pescado—, no me vaya a decir que jamás oyó hablar de mí...

David sacudió la cabeza.

—Lo siento. ¿Debiera conocerlo?

—Tal vez no. Esa es una de las razones por las cuales estoy aquí. —Tomó dos pescados de una bandeja y pidió el precio en una mezcla de francés y árabe—. Allá en los Estados Unidos ya empezaban a conocerme demasiado bien, pero por asuntos poco favorables para mi persona, ¿comprende? Siempre ocurre así. Uno trata de conseguir cierta clase de fama y termina por conseguir otra... ¿Le dije que era pintor?

—No.

—Pues lo soy. Estaba en camino de ser un Grant Wood, con una técnica para carátulas de revistas e ingresos que ningún artista podía tener... Entonces me vine para aquí, a ver si podía encontrar lo que quería. Oiga —prosiguió discutiendo con el vendedor—, el pescado no es para mí..., es para mi gata.

El árabe sonrió y durante un momento siguió regateando con volubilidad, hasta que Joe, encogiéndose de hombros, pagó el precio convenido.

—Son todos unos bribones, pero me agradan.

—Pero ¿por qué está usted aquí? ¿Por qué vino a Kabarta?

—Porque una señora de edad me dijo cierta vez que a pesar de que toda persona normal puede encontrar todo lo que desea en América, un pintor podría tal vez advertir que le faltaba algo... y en ese caso debía ir a cualquier lugar poco distante del Mediterráneo. Por lo tanto, tomé un alfiler y un mapa a gran escala, y heme aquí. Oiga..., tengo que comprar unos tomates... Allí hay un puesto que los vende.

Siguieron pasando ante los puestos, Joe haciendo sus compras y charlando con Redfern y discutiendo con los vendedores. Resultaba claro que era querido y su presencia bienvenida, y David encontró divertida su compañía. Además, aprendió muchas cosas de él. Joe conocía a todo el mundo, y estaba dispuesto a hablar de todos con una despreocupación absoluta de las convenciones. Max Grivel era un buen muchacho, pero a veces bebía demasiado. Douvet, el gendarme a quien Redfern acababa de visitar, era el amante de la empleada de "Postes et Télégraphes". Agno sólo vivía con el recuerdo de una vieja historia de amor y con buenas dosis de "pernod". Rankl

era un tipo rudo, de mal carácter, pero sus muñecos eran exquisitos. Serafis era un viejo cascarrabias con demasiado dinero y una pronunciada inclinación hacia la soledad y las jóvenes árabes. Georgette y Dominic venían de Marsella; en un tiempo Dominic había integrado un equipo de football francés que jamás había ganado un campeonato. Era considerado descortés hablar de ello a Dominic, ya que él había sido guardavalla. Anna había venido de Francia después de la guerra, con su padre.

—Su padre desempeñaba en Francia un empleo oficial de escasa importancia, y se plegó a la gente de Vichy. Supongo que no pudo hacer de otro modo, pero después de la victoria le quitaron el empleo, y fue cuando vino aquí. Murió de malaria, o tal vez de descorazonamiento, hace doce meses. Anna siguió con el café ayudada por Georgette y Dominic. Es una muchacha llena de coraje...

—¿Y por qué no regresa a Francia?

—Tal vez no tenga a nadie allí. Tal vez le agrade este lugar. No sé —Joe hizo una pausa—. Este es un lugar extraño. A veces me agrada y otras no. Hay sólo un puñado de franceses aquí, los demás son todos árabes, y las dos razas no se entienden muy bien. Eso hace que los franceses se agrupen. Además, la mayoría de ellos están emparentados o tienen intereses en común. ¿Por qué no viene a mi casa a beber un trago de ginebra o un vaso de marsala? Hace bien hablar inglés de nuevo.

Subieron a la vieja *voiturette* de Joe y fueron hasta su “*bungalow*” que quedaba un poco más lejos que el *Café des Amis*, sobre la playa. Joe preparó las bebidas y luego dió de comer a su gata siamesa.

—Cuando huele el pescado no me deja en paz hasta que se lo doy —explicó.

David lo observaba, advirtiendo los movimientos diestros y fáciles de sus manazas. Era una persona que jamás habría soñado encontrar en Kabarta, y sin embargo su singularidad le pareció de pronto apropiada. ¿Habría en Kabarta algo que fomentaba la singularidad en las personas? Por un momento se sintió incómodo, como si se hallara a punto de descubrir alguna singularidad en su propia naturaleza. La sensación era fantástica, pero persistió tenaz durante un rato a pesar de su razón.

Con calma dijo:

—¿Y qué encontró usted en Kabarta? ¿Encontró lo que vino a buscar?

—Todavía no. Lo malo es que a veces empiezo a dudar, y no sé qué vine a buscar.

Redfern le echó una rápida mirada y Joe, con un amplio gesto de la mano, le señaló los lienzos apoyados contra la pared.

—Eso es lo que quiero decir. Nunca se puede reproducir con exactitud un lugar como éste.

Redfern le siguió, observando las telas. Vio a Kabarta bajo los más variados aspectos, bajo el cálido sol de la siesta, muerta e inmóvil, Kabarta sombría bajo el viento de la madrugada que perseguía gruesas nubes sobre el valle y las colinas...; todo estaba allí, el polvo, el bochorno, el color, el viento y la lluvia; las blancas sombras de las casas de techo chato, las exuberantes flores y los árabes harapientos durmiendo sobre las recalentadas lajas del muelle. Al llegar al último de los lienzos, los ojos de David fueron atraídos por una pintura que colgaba del muro, apartada, y con tosco marco. Era Kabarta también, una Kabarta de sombras nocturnas en tonos azules y grises, fríos y vagamente hostiles, y sin embargo, bajo la frialdad se tenía la sensación del calor que aún irradiaba de los muros castigados por el sol. La playa y las casas, la línea de las colinas y las pocas figuras parecían estar aguardando, como si se acercara el momento en que la vida y el espíritu contenido en las sombras y las casas tranquilas estallarían en algún amenazador espectáculo. David sintió que aquello había sido pintado por alguien que odiaba aquel lugar. Se volvió mirando a Joe, pero el rostro amable negó inmediatamente aquel cuadro.

—Ese no es suyo —dijo David—. Estoy seguro de que no lo es.

—Ya quisiera yo que lo fuera —contestó Joe—. Entonces sí que podía hacer mis maletas e irme. No... ese pertenece a Max Grivel.

—No entiendo... ¿Es pintor?

Joe sacudió la cabeza.

—No, no es pintor. Es simplemente un maldito artista natural..., algo que yo jamás fui, pero que daría mi mano izquierda por ser. Sí, señor, eso es lo que es Max Grivel, un muchacho sin dos pensamientos consecutivos en la cabeza, que viene aquí cuando siente ganas de agarrar los pinceles... Y esa es la clase de cosas que hace. Debería estar en París, estudiando en serio.

—¿Pero por qué diablos no lo hace?

—Eso es lo que le pregunté. Hasta le ofrecí ayudarlo, darle cartas de presentación. Pero ¡bah...!, mañana, siempre el mañana. Creo que en el fondo le agradaría ir, pero le resulta difícil decidirse.

David, recordando la debilidad en el rostro juvenil iluminado por la luz de los faros y su parecido con Julie, se volvió hacia Joe insistiendo:

—¡Pero debería irse! No hay nada que lo retenga aquí, ¿verdad?

La pregunta quedó en suspenso entre ellos. Joe señaló el cuadro con un gesto de la cabeza.

—¿Le parece a usted que le agrada el pueblo?

—No. Entonces, ¿por qué se queda?

Joe se dirigió hacia la ventana.

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa? En Kabarta no hay que buscar razones. Hay que contentarse con observar.

Cuando David dejó a Joe se sintió curiosamente obsesionado por Max Grivel. Trató de analizar las razones de una simpatía tan repentina y las halló en Julie. Por poco que conociera a Max, lo había visto lo suficiente como para determinar que tal vez hubiera gran similitud en sus naturalezas, poseedoras ambas de una notable gracia y simpatía. Julie había sido pronta y llena de vida, y sin embargo, débil y vacilante, sin pensar jamás en el mañana... Max tenía además talento, cosa que no poseía Julie. La economía natural de sus propios hábitos y pensamientos, el desagrado que le producía la pérdida, ya fuese de tiempo o de talento, hicieron que el interés de David por Max fuese mayor que el ordinario. Pensó que él también insistiría para que siguiera el consejo de Joe y se fuera a París. Era una convicción muy fuerte en él, como si le incumbiera cierta responsabilidad en que aquel talento no se perdiera. Mientras regresaba al café comprendió que eso también le venía de Julie. Debido a que junto a ella había fracasado, sentía ahora la imperiosa necesidad de ayudar a Max a seguir por el buen camino, como si ayudando a ese joven para que sacara provecho de su talento (mediante un oscuro proceso de contabilidad humana) su débito hacia Julie quedara saldado. Decidió que en cuanto viera a Max le hablaría de su pintura.

Aquella tarde comenzó su trabajo en el Château Ben Negro. Las puertas del depósito fueron abiertas de par en par y la luz solar entró a raudales. Cuando llegó, los obreros prometidos por Douvet ya lo esperaban. Eran cuatro árabes vestidos con harapientos trajes europeos, y Aribi, el carpintero Aribi era un hombre tranquilo y observador, de unos cincuenta años, que llevaba una vieja levita negra, y debajo de ella una gastada túnica y pantalones rojos remendados. Iba descalzo y alrededor de la cabeza tenía envuelto un trapo blanco. Su rostro reflejaba una expresión tranquila y seria mientras escuchaba las instrucciones de Redfern; era el rostro de un hombre anciano, y sin embargo con algo de la solemnidad e irreverencia reprimida de un muchacho. Hablaba correctamente el francés, pero los demás obreros se expresaban en una mezcla bastarda de francés y árabe, hablando en *sabir*, que

es una combinación que interesó a Redfern como filólogo y que, con el transcurso de los días, llegó lentamente a poseer.

Los cajones, explicó David, debían ser examinados uno por uno, cotejándose su contenido, y luego reparados al igual que sus forros interiores. Una vez hecho esto, los cargarían en un par de camiones y los llevarían a Bóne, donde ya él había tomado las medidas necesarias para su embarque para Inglaterra. Había veintitrés cajones; su contenido era valioso y él sabía exactamente lo que contenía cada uno. Si trabajaban bien, les pagaría bien. Si ocurría algún inconveniente, se encargaría de que fuera castigado.

Aribi asintió con la cabeza, fijos sus ojos en los cajones apilados.

—¿Cuántos cajones hay, *monsieur*?

—Veintitrés —dijo David, que tenía la lista procedente de los albaceas de d'Aigremont.

Aribi sacudió la cabeza.

—Hay veinticuatro, *monsieur*.

—No, veintitrés.

Aribi volvió a sacudir la cabeza.

—Cuenta usted, *monsieur*.

David se volvió hacia los cajones y los contó. Aribi tenía razón. Había veinticuatro. Se puso a cotejar lentamente sus números, pues estaban marcados correlativamente. En su lista no se hacía mención de un vigesimocuarto cajón, pero al mirar éste advirtió que formaba parte de la colección y que también se hallaba manchado por el agua de mar. Era un cajón de unos noventa centímetros cuadrados.

—Alguien debió de cometer un error.

Aribi tocó el cajón con la mano.

—El hombre es el hijo del error, *monsieur*. ¿Quiere que lo abramos?

—Más tarde —dijo.

El trabajo debía hacerse metódicamente. A medida que abrían un cajón tenía que hacer una lista detallada de su contenido. Utilizando papel carbónico pensaba sacar cuatro copias, una para él, dos para el Cónsul Británico de Bóne, quien se ocupaba del embarque y del seguro, y la última para las autoridades de la Universidad. Comenzaron por el cajón número uno. El contenido estaba detallado así: "*Caldero de bronce sobre trípode, rodeado por cuatro cabezas de serpiente, ¡una de ellas falta, con inscripciones en el borde exterior*".

Aribi se quitó solemnemente su levita y la dejó sobre un cajón. Sus movimientos indicaban el valor que daba a aquella prenda antigua. Entre los

árabes arrastraron el primer cajón. Uno de sus costados de madera estaba deteriorado, y pronto quedó libre su envoltorio metálico. Redfern rompió los sellos de la tapa y a los pocos instantes estuvo el caldero en medio del depósito. Excepto la cabeza de serpiente que faltaba, estaba intacto, y al verlo allí a la luz solar con su bronce manchado y opaco, David sintió que su entusiasmo aumentaba. Nada demostró sin embargo ante Aribi o los otros; pero cuando hubieron sacado el cajón de madera afuera y se hallaban ocupados poniéndole una tapa nueva, dejó caer la mano sobre los costados curvos del caldero. Estaba tocando ahora lo que otros hombres habían tocado y tenido quinientos años antes del advenimiento de Jesucristo, y durante un momento el tiempo quedó anulado, y le pareció tener bajo su mano el símbolo material del eterno destino del hombre. Miró la inscripción, pero estaba gastada y sucia, y sólo pudo descifrar unas pocas palabras a la luz cruda del sol... *Tinia...*, el equivalente etrusco para el Júpiter romano... *turce alpan*. Era un regalo de alguien, probablemente para un altar. Veíanse otras palabras, nuevas para él, posiblemente nuevas para todos aquellos que compartían su interés. Complicadas investigaciones que hacían parecer insípida la ficción detectivesca, reconstituirían la ciencia que por ahora permanecía oculta para ellos.

Aribi regresó y se le quedó mirando. No demostró interés alguno en el bronce. Desembalaron otros tres cajones. Uno estaba lleno de tazones de plata y búcaros con inscripciones de nombres de familia. Otro contenía una laja de piedra, probablemente de alguna tumba, con la figura de un guerrero, y el tercero la arcaica cabeza de una diosa esculpida en *caliza fétida* y pintada en desteñidos rojos y ocre, parte, sin duda, de un pilar funerario. Aparecía rajada en la base, daño que no estaba señalado en la lista y que probablemente había sido ocasionado durante las aventuras que había corrido la colección en la época de la guerra.

Al caer de la tarde David echó de menos su cortaplumas. Lo había estado usando para ayudar a desembalar, y la última vez que lo vio estaba sobre uno de los cajones. Recordando la fama de Aribi, esperó a que el hombre entrara solo. Cuando así lo hizo, se acercó a él, y pensando que la franqueza era lo que mejor le convendría, tendiéndole la mano le dijo:

—Déme mi cortaplumas, por favor, Aribi.

—¿Su cortaplumas, *monsieur*? —contestó el árabe, cuyo rostro siguió impassible.

—Sí —repuso David, aguardando siempre con la mano tendida.

Así permanecieron un instante, uno frente a otro, y Redfern tuvo la impresión de que si demostraba el más leve indicio de indecisión, su cortaplumas estaría perdido para siempre.

Aribi hundió una mano en el bolsillo de su túnica y sacó el cortaplumas. Lo tendió a Redfern, mientras una débil sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Lo tomé prestado, *monsieur*, para utilizarlo allá fuera.

—No dudo de usted, Aribi.

Aribi se inclinó levemente:

—Mentir es una debilidad, la verdad es salud, *monsieur*.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted.

—*Monsieur* es un hombre comprensivo. Me ocuparé de que los trabajadores le sirvan bien.

—Gracias. Y puede tomar mi cortaplumas prestado cada vez que lo desee.

—Es un lindo cortaplumas, *monsieur*.

Sin embargo, a pesar de la sencillez y tranquilidad, el incidente dejó a David una sensación de inquietud. Aribi lo había estado poniendo a prueba, y él se había desempeñado bien, pero a pesar de ello se sentía disgustado.

Siguieron trabajando en silencio, vigilándose mutuamente, pero sin decir nada. Aribi entraba y salía, y los obreros afuera hablaban perezosamente unos con otros. Empezó a disminuir la luz y Aribi encendió las lámparas eléctricas. La habitación quedó de pronto inundada de cruda luz que hizo resaltar las sombras geométricas de los cajones. Afuera los árboles y arbustos y la línea distante de las colinas habían adquirido un suave tono pastel gris-azulado, y una niebla blancuzca temblaba en la atmósfera quieta.

De pronto, David se dirigió hacia el cajón número veinticuatro, junto a la pared, y lo ladeó. Era pesado.

Aribi lo observaba.

—¿Va a abrirlo, *monsieur*?

—No sé. Es tarde... —Su mutua curiosidad los acercó.

—Un agujero en la tierra es un misterio, pero la mano del hombre es el amo. Ábralo, *monsieur*. Ponga su mano en el agujero.

David sonrió.

—Así es cómo uno se hace morder la mano. Sin embargo... —Su vacilación le abandonó—. Déme el martillo y el formón.

Entre los dos aflojaron un costado del cajón, retirando de él su envoltorio metálico. Rompió los sellos con su cortaplumas y abrió la tapa. La caja metálica estaba rellena con aserrín. Fueron quitándolo con cuidado y David sintió bajo su mano la lisa superficie del metal. Cuando el objeto estuvo libre

de aserrín, con la ayuda de Aribi lo levantó, colocándolo encima del cajón. Luego retrocedieron levemente, guardando silencio. Fue un momento que David jamás podría olvidar. Ni el tiempo ni el recuerdo debían empañarlo. Era como si alguien hubiera entrado en la habitación detrás de él, hablando con voz clara y en un idioma jamás oído antes, y sin embargo perfectamente comprensible para él: *“Esto es lo que te doy, sin saber de donde vino, sabiendo sólo que existe”*.

El objeto que tenían ante ellos parecía vivir, su cuerpo sinuoso y lleno de movimiento, a pesar de su remota procedencia, parecía eternamente vivo, lleno de una vitalidad y belleza que el tiempo jamás destruiría. Era un lagarto de bronce, una salamandra de unos sesenta centímetros de largo, con la cabeza erguida y ligeramente echada hacia atrás, y el largo cuerpo formando un ondulante declive desde el poderoso cuello hasta la graciosa y levantada cola. Bajo la luz eléctrica titilante por el enjambre de insectos que revoloteaban en torno a la lámpara, el pálido vientre parecía palpar con el acompasado movimiento de la respiración. El gastado baño de oro que cubría las escamas aparecía manchado y empañado, pero donde la luz tocaba los agudos bordes de las escamas, despedía un fulgor que daba una misteriosa impresión de refrenado vigor. Alrededor del cuello tenía un tieso círculo de llamas, lenguas de fuego que rodeaban al animal, dejándolo sin embargo indemne.

Los ojos, en medio de la achatada cabeza miraban con una serenidad que parecía combinar la profunda despreocupación por el calor que rodeaba su cuerpo con la desafiante seguridad de su espíritu, espíritu que cobraba vida en la espléndida postura del poderoso cuerpo tan firmemente plantado sobre las cortas patas.

En ese momento, mientras ambos miraban la salamandra, David, instintivamente y sin detenerse a analizar, sintió el poder inherente a su simbolismo, y tuvo la sensación de que aquella figura había despertado en él un momento de malestar que gradualmente le daba una sensación de vergüenza de sí mismo. Le decía algo directamente a él, pero por el momento su intelecto no buscaba palabras para expresarlo, sólo su emoción respondía, apremiándolo para que se volviera. Fue entonces cuando oyó a Aribi murmurar a su lado: *“Allah il Allah ou Mohamed rassoul Allah...”*. El árabe se volvió hacia la puerta como si quisiera librarse de una presencia que invadiera la habitación. Después de ese momento Aribi jamás volvió a mencionar la salamandra de oro, ni a prestarle atención, y cuando miraba en su dirección, sus ojos se deslizaban, velados, sin ver.

David lo oyó retirarse. Se acercó más a la figura, refrenada su embarazosa emoción por su reacción ante su belleza. Adelantó la mano y tocó la ancha cabeza, dándole el contacto la satisfacción final, incapaz de lograr sólo con la mirada. Era la obra de un maestro y le resultaba fácil comprender por qué d'Aigremont no había incluido esa pieza en su lista. Era algo que un hombre debía ansiar conservar a su lado, en la seguridad de su propia casa, celosamente, sin que otros lo tocaran o lo vieran...

Cuando Aribi y los demás hubieron partido, permaneció delante de ella, impotente contra la turbación que creaba en él, y sin lograr comprender su razón. Sólo sabía que si bien el mirarla le resultaba agradable, el impacto estético se desvanecía rápidamente dejándole una emoción que nada tenía que ver con su belleza y que lo llenaba de malestar, dándole la sensación de que hubiese algo incompleto en él. Y también descubrió en sí mismo como un presentimiento de culpabilidad, que no tenía deseo alguno de examinar. ¿Por qué sería? La pregunta latente le produjo cólera. Volviéndose, empezó a cerrar las puertas.

Mañana pondría nuevamente aquella figura en su cajón y se olvidaría de ella. Hoy estaba cansado y su imaginación lo dominaba. Pero al apagar las luces antes de retirarse, comprendió que su imaginación sólo era la fiel sirviente de un amo oculto, y que no encajonaría la salamandra... El orgullo se lo impediría.

V

Al día siguiente, Redfern fue con su auto hasta Ben Negro. La carretera de Ain Draham había sido reparada y Max habíale traído su auto aquella mañana temprano. Cuando regresó a la hora del almuerzo, trajo consigo un pequeño modelo en plata del hígado humano que encontrara en un cajón de objetos pequeños que abrieron esa mañana. El hígado estaba dividido en secciones, en cada una de las cuales estaba inscrito el nombre de una divinidad etrusca. Le había llamado la atención y deseaba examinarlo con más detenimiento. Fue a su cuarto y abrió el cajón de la cómoda que estaba cerrado con llave. El hígado era pequeño y valioso y no quería que anduviera por ahí. Tiró del cajón, forcejeando, pues debido a la mala calidad de la madera no corría con facilidad. Al abrirse, el revólver que se encontraba en su interior se deslizó hacia adelante golpeando contra el frente del cajón. David, sin prestar atención al arma, permaneció con el hígado en la mano, dándole vueltas. Largo tiempo atrás habría desempeñado algún papel en los ritos adivinatorios de los etruscos, para quienes las pasiones eran presididas cada una por un dios distinto y creían que cada parte del hígado ejercía su influencia sobre las facultades de la mente y el cuerpo...

Mientras permanecía así junto al cajón abierto, frotando suavemente la masa de plata, limpiando la suciedad de uno de los nombres inscritos, oyóse una suave llamada a su puerta entreabierta y entró Max Grivel. Llevaba sandalias de cáñamo y había llegado por el corredor sin hacer ruido. Permaneció allí junto a la puerta, sonriente, mientras la leve brisa que llegaba por la ventana abierta agitaba suavemente su camisa de seda. Al mirarlo, David se sintió turbado por su parecido con Julie. El anhelo, el placer y la vivacidad que reflejaban el largo rostro un tanto femenino conspiraban para hacer más sorprendente el parecido.

—Vine a ver si le agradaría salir de pesca esta tarde... ¡Hola! ¿Qué es eso? —Max se acercó vivamente, atraídos sus ojos por el hígado de plata.

David salió bruscamente de su sorpresa, se olvidó de Julie y de los pensamientos que se la trajeron a la memoria.

—Es una de las cosas del Castillo Ben Negro —dijo tendiéndoselo a Max mientras con la otra mano empujaba el cajón para cerrarlo. Pero el cajón se

quedó atrancado, y entonces volvió a empujarlo impaciente con la palma de la mano. El golpe hizo tambalear todo el inmueble.

—Nunca lo cerrará así... Usted no comprende los muebles de por aquí. El calor y la humedad lo comen todo. Hay que seguirles los caprichos... como a una mujer. Con suavidad... Deje, le enseñaré —Max dió unos pasos hacia adelante.

—Puedo solo, no se moleste... —Trató de interponer su cuerpo entre la cómoda y Max, pero era demasiado tarde. Ansioso por ayudar, Max se hallaba ante él con sus manos ya sobre el cajón.

—Así...

Las manos que se movían para obligar al cajón a que entrara se detuvieron. David evitó los ojos de Max. Miraba las manos. Largas y fuertes, permanecían en suspenso, cual un par de quietos halcones, sobre el revólver. Finalmente, Max lo tomó.

—Usted cree en la conveniencia de estar armado, ¿no? —sonrió, dando vuelta al revólver, y entonces su semblante se puso tenso al leer la inscripción que tenía encima. Echó una rápida mirada a David.

—¿Y por qué no?

David sabía que no era el momento de lamentarse por lo ya inevitable, y aunque comprendía claramente cómo hubiera podido evitarse aquel momento, no lo lamentó. No lo que hubiera podido ser si se hubiese limitado a volver a arrojar el revólver en el barro de donde lo recogiera, o si hubiese simplemente cerrado con llave su puerta antes de abrir el cajón, sino aquel inevitable momento en que Max tenía en la palma de su mano el revólver era lo que debía afrontar.

—¿De dónde sacó esto?

Observando el semblante del joven, David advirtió en él una sospecha que arrasaba todas las barreras, cual impetuoso torrente.

Aun entonces David sabía que hubiera podido buscar alguna disculpa, inventar alguna historia que satisficiera a Max. Pero recordando su conversación con Joe, no sintió deseos de evitar la verdad. Max le había obligado a encarar la situación, y de pronto tuvo el convencimiento de que debía emplear su ventaja para ayudar al joven. Convencido de esto, ofreció sin embargo al otro la oportunidad para evadirse. Si Max la aprovechaba, sabría que nada podría hacer para ayudarlo.

David tomó el revólver de manos de Max y lo colocó con el hígado dentro del cajón que cerró después de forcejear un poco.

—¿Por qué me lo pregunta?

David se volvió hacia él, reclinándose contra la cómoda.

—Porque si usted lo desea podemos retroceder hasta el momento en que entró usted en esta habitación para invitarme y arrancar de nuevo desde allí. Robaremos al tiempo treinta segundos. Ni usted ni yo los echaremos de menos, y lo que ocurrió durante ese lapso podrá olvidarse.

Max sacó un cigarrillo, y nervioso lo encendió. Luego meneó la cabeza.

—Usted sabe muy bien que no podemos robar esos treinta segundos y que no podemos olvidar. Y aun si pudiéramos, no querría hacerlo, porque es contrario a mi modo de vivir. Ese es uno de nuestros revólveres. Lo reconocería en cualquier lado. ¿De dónde lo sacó?

—Lo encontré la noche que llegué a Kabarta, al pasar junto a su camión empantanado en el camino.

—¿Usted dijo que no lo había visto!

—Mentí.

—Usted adivinó que Rankl y yo...

—Lo vi a usted, y no me fue difícil relacionar a Rankl con usted.

—¿Por qué no ha hecho usted nada? ¡Hubiera podido acabar con nosotros...!

—No hice nada... No me pregunte el porqué ahora. Es difícil de explicar.

—Acercándose al joven, David lo tomó del brazo—: Usted quería que yo fuese a pescar con usted... Tengo ganas de ir. Bajaremos a beber algo y luego iremos a alguna parte a conversar...; las lanchas son lugares apropiados para conversar..., el rumor del mar llena bien las pausas embarazosas.

Bebieron algo en el bar, y luego salieron caminando, sin hablar, yendo ñor la plaza hasta el depósito de corcho. Al llegar a la escollera de piedra Max bajó a un bote de remos que estaba atado junto a la lancha a motor perteneciente a la fábrica de corcho. David lo siguió. Había aparejos de pesca en la proa. Max tomó los remos, mientras David observaba el azul cambiante del agua y la calina que flotaba en torno al pie del acantilado más allá de Ben Negro. Detrás de él se hallaba Kabarta, envuelta en la somnolencia del sol y de la tarde. La madera bajo sus manos estaba caliente y la pintura ampollada, pero había una leve brisa sobre el agua, que venía de tierra, cargada del rico aroma de los valles y colinas.

Max observaba a Redfern mientras remaba. Redfern había estado enterado del contrabando de armas, y de su participación en él y de la de Rankl, y hasta le había visto a él aquella noche ante las luces del camión embarrancado. Recordaba ahora cómo habían hablado de Redfern preguntándose si sabría algo, desechándolo luego. Recordaba cómo su simpatía por aquel hombre

había ido en aumento hasta sentir por él verdadera amistad..., y durante todo ese tiempo aquel hombre había llevado dentro de sí la semilla de la traición. En ese mismo momento hubiera podido encontrarse en una celda de Bóne, teniendo como único porvenir la tristeza de un largo cautiverio. Más de una vez había contemplado la posibilidad de dejar Kabarta, llevándose el escaso dinero ganado y yendo a París para seguir el otro camino tan a menudo señalado por Joe. Mientras vacilaba entre la fácil seguridad del mañana, el momento presente casi habíale robado su facultad de elegir. El descubrimiento de Redfern destruía su paraíso absurdo. Ahora se veía compelido a huir.

Dejó de remar. Anclaron el bote arrojando al agua una pesada piedra atada a una soga, y dejaron flotar sus líneas mientras la fuerte corriente de la bahía formaba ondas en el punto donde las finas cuerdas entraban en el agua. Fue entonces cuando David empezó a hablar:

—No quiero hacerle ninguna pregunta. Usted no tiene obligación ninguna para conmigo, ni yo quiero creársela. Si me permito darle un consejo es porque tengo la esperanza de que podremos ser amigos.

—Usted no puede pretender tener amistad conmigo.

—No pretendo nada. Lo que quiero decirle es que tiene usted que salir de aquí. Tiene que irse a París y formarse allí una situación.

—¿Por qué dice usted... París?

—Joe me enseñó sus trabajos. Es tonto que no haya ido antes.

—¿Le parece?

—Por supuesto. Tal vez no sea fácil. Si usted se queda aquí, algún día le ocurrirá algo. Joe le ayudará, y yo también tengo buenos amigos en París. Le daremos algunas cartas de recomendación.

—Perdería el tiempo. —El cinismo en la voz de Max carecía de convicción.

—Es usted quien está perdiendo su tiempo aquí, y si otra persona y no yo hubiera encontrado el revólver, a usted habrían dejado de lado sin otra cosa para premiar sus esfuerzos que unos pocos francos fácilmente ganados.

Max miraba su línea pensativo; luego dijo con rudeza:

—Me iré. Lo decidí hace un momento, en su cuarto. Diré a Rankl que me voy a Túnez por un par de semanas, y nunca más volveré. Pero hay muchas cosas que usted no sabe.

—No quiero saber nada. Cuanto menos sepa mejor será.

—No me refiero a Rankl y a mí, ni al asunto de las armas. Me refiero a mí mismo. Al motivo por el cual me encuentro aquí.

—¿Tiene importancia? ¿Ahora que se va?

—Sí. Si vamos a ser amigos, debe usted saber la clase de hombre que soy.

—No tiene por qué decirme nada —contestó David, ansioso por detenerle, pues sus palabras eran un eco de Julie, el deseo de rebajarse antes de poner en práctica una nueva resolución. El contener una confesión en ese momento sería una señal de fuerza, y buscó esa señal en el rostro de Max.

Pero el otro prosiguió, encontrando evidente placer en vituperarse.

Soy inglés..., desertor del ejército británico.

Redfern escuchó en silencio y sin condenación el extraño relato de la vida de aquel hombre.

—Mi madre era francesa. Se divorció de mi padre, que era inglés y yo fui criado en Francia. Sólo soy inglés de nombre. Trabajaba en Inglaterra cuando estalló la guerra...

Dunkerque lo había visto, joven y curiosamente temerario. Regresó con un brazo herido y una mención. Después se apoderó de él la inseguridad, y unos temores inexplicables. Fue entonces cuando comenzó su batalla interior en pugna con las realidades exteriores. Fue llevado al África del Norte con el Primer Ejército y debido a su nacimiento había sido agregado a las fuerzas francesas como oficial de enlace. Poco antes de la caída de Túnez saltó con una mina mientras manejaba un Bren. Al volver en sí se encontró con todos sus compañeros muertos. Comprendió entonces que, para él, la guerra había terminado. Reconociendo el poder de su miedo desapareció en el laberinto de Túnez, renunciando al mismo tiempo a su pasado y a su nombre. Se había convertido en Max Grivel, con documentos falsos y un pasado falso, y al alejarse la guerra de África, él permaneció atrás, conociendo por casualidad a Rankl en una de sus visitas a Túnez.

Max no hizo esfuerzo alguno para justificarse. Refería hechos, pero al hacerlo afirmaba su reciente resolución de alejarse de Kabarta. En todo su relato no dió detalles de Rankl ni del contrabando de armas, y Redfern no le hizo preguntas.

Cuando hubo terminado, Redfern se puso de pie y empezó a quitarse la ropa.

—Creo que una zambullida nos haría bien a los dos. Venga.

Max siguió su ejemplo. Intuía la comprensión de su compañero. De pie en la canoa, desnudos, el sol pegaba sobre sus cuerpos bronceados.

—Esta noche será mi fiesta de despedida. Nadie lo sabrá, excepto usted y Joe. Mañana, ebrio o sobrio, dejaré Kabarta.

Durante un momento David calló. Sabía que no había poder capaz de impedir que Max se embriagara para su despedida. Un par de gaviotas de cabezas negras planearon sobre el bote, y Max volvió la cabeza para mirarlas. En ese momento David vio el fulgor del pececillo de oro que colgaba de una cadenita alrededor de su cuello.

Con calma dijo:

—Cuando volvamos le daré una carta para algunos amigos míos en París y Joe hará lo mismo. Algún día, tal vez, pueda ir hasta allí a verle —sonrió con el sol en los ojos y la piel tirante sobre sus pómulos; y Max comprendió que no había ni aversión ni recriminación en él. Redfern se zambulló haciendo saltar el agua en brillantes gotas y Max se arrojó torpemente detrás de él en el mar, como si quisiera disipar su propia soledad.

VI

Rankl avanzaba por el estrecho sendero de la colina dominada por Ben Negro cuando vio a Anna. La joven estaba de pie junto a la orilla del agua, mirando al mar. Rankl hizo una pausa, observándola. Ella no le había oído. Permanecía en el suave atardecer, con la leve brisa soplando los pliegues de su falda contra su cuerpo, destacando la línea de sus muslos. Al verla así solitaria junto al mar, en su soledad despertó una extraña curiosidad en él. Hasta ahora había tenido por ella un respeto que la mantenía apartada de su habitual actitud hacia las mujeres. Ella había sido simplemente Anna, a quien le gustaban sus muñecos, una niña. Ahora la veía como mujer, como alguien que podría disipar su propia soledad.

Avanzó despacio por la pendiente hasta la playa sin que se oyeran sus pasos sobre la tierra apisonada, mientras dentro de sí sentía un tumulto que le era familiar. Un sentimiento pesado le agitaba, sentimiento que se unía a la excitación que le producía la vista del cuerpo de Anna moldeado por las caricias de la brisa marina. Su quietud y aislamiento le sugirieron la idea de que bajo toda su alegría y su actividad la joven ocultaba una angustiada soledad, y aquel pensamiento le hizo intolerable la suya propia. Tal vez ella sentía lo mismo que él, odiaba su soledad y la torturaba la idea de sus energías desperdiciadas. La idea repentina de una intimidad que los enriqueciera a ambos lo enardeció. Jamás la había tocado ni se había acercado a ella..., retenido por una especie de respeto incomprensible y por lo que podrían pensar los demás; Max que se burlaría de él, Agno, cuyas palabras cansadas herirían su orgullo como un cuchillo, y de Joe, asombrado, que lo miraría como si fuese un gorila, enjaulado pero impertinente.

Mientras avanzaba por el sendero, Anna se volvió y vino hacia él. Aquello le pareció como un augurio. Ella sabía lo que estaba pensando e iba hacia él. Pero la joven se detuvo, sentándose sobre una roca chata. Él bajó hasta ella. Anna elevó la vista al oír sus pasos sobre la arena. Rankl se detuvo a su lado.

—¿Qué está haciendo aquí, Anna? —su voz era áspera, y ocultaba su emoción. Hubiera deseado extender la mano y tocarle el cabello.

—Necesitaba tomar un poco de aire fresco y estar sola —contestó Anna con sencillez. Deseaba que Rankl se alejara. En ese momento era como una

sombra a su lado. Le agradaba pasearse sola por la playa en ese intervalo, antes de que comenzara el trabajo de la noche en el café. Hoy, por alguna razón ignorada, había sentido mayor necesidad que otras veces de alejarse del café y de Kabarta.

—Usted se siente sola, lo mismo que yo —dijo Rankl.

Anna no le contestó, pues apenas si le había oído.

Rankl se sentó sobre la arena, con las piernas cruzadas, haciendo girar su cinturón a fin de que su cuchillo envainado colgara cómodamente a su lado. Colocó sus grandes manos de dorso cubierto de oscuro vello sobre sus rodillas, apretando con los dedos la tela tirante de sus pantalones. Cohibido por BU silencio, metió una mano en el bolsillo.

—Aquí tengo algo para usted. —Acababa de sacar un muñeco esculpido en madera y que representaba los solemnes rasgos de Aribi vestido con su levita andrajosa—. Le agradan mis muñecos, ¿verdad?

Anna lo tomó, sosteniéndolo en las manos, y sonrió. Era un Aribi pequeño, y su pequeñez y delicada fidelidad de rasgos le agradó. Durante un instante salió de su ensimismamiento para maravillarse del arte que se ocultaba en las manos oscuras y de torpe apariencia de Rankl.

—Gracias, Rankl, es muy amable de parte suya.

Su gratitud lo animó.

—Le haré otros —dijo ansioso—. Todos los que guste. No tiene más que decírmelo. Son buenos compañeros, ¿sabe...? Se les puede hablar y ellos nunca contestan. —Se echó a reír, con la esperanza de verla sonreírse, y luego añadió vivamente—: La compañía es necesaria en Kabarta. Es malo estar solo, ¿verdad?

Anna hubiera deseado decirle que se retirara, pero no pudo encontrar palabras para alejarlo sin desaire, sin herir el afecto que adivinaba que él sentía por ella.

—Kabarta resulta solitario a veces —prosiguió él—. Cuando la soledad nos abrumba, debemos hacer algo para reaccionar... Parece usted cansada. Lo que necesita son unas vacaciones.

Anna sonrió, abstraída.

Rankl la miró. Tendiendo la mano hubiera podido tocarle la pierna. Se quedó mirándola fijamente, tratando de encontrar algo que decir. La piel aparecía bronceada y suave en la pálida luz, y la falda moldeaba perfectamente el muslo. Paseó sus ojos por su cuerpo. El misterio hizo nacer en su imaginación un tormento de deseo. Sólo tenía que alargar la mano para

tocar la carne cálida de su cuerpo, para sentir la suave curva en que el cuello se unía a los hombros...

—Podría llevarla a Túnez la próxima vez que yo vaya allí. —Se sorprendió al oír su propia voz. Estaba irreconocible, débil por el apetito que lo consumía—. Le agradaría... Podríamos divertirnos y no nos sentiríamos tan solos. ¿Qué dice usted, Anna? —Alargó su mano y la colocó sobre la rodilla de la joven. Su brazo temblaba.

El contacto sobresaltó a Anna. Entonces se dió cabal cuenta de su presencia. La sombra que estaba a su lado había cobrado vida. Retiró su rodilla y vio el oscuro fulgor de los ojos, el húmedo brillo de los dientes entre los labios entreabiertos y el tosco círculo de oscura barba.

—Retírese y déjeme sola, Rankl —dijo con tono impaciente. Aquellas palabras fueron para Rankl como un golpe en el rostro, un rechazo de toda su simpatía y comprensión, un desafío al dominio que había ejercido sobre sí mismo. Iracundo y amargado, ya nada le importaba, y se dejó llevar por la pasión.

—Usted llegará a quererme... Yo le enseñaré a quererme —gritó de pronto, y en ese grito se sentía la desesperación. Se lanzó hacia adelante tomándola con sus manos, abrazándola anheloso, su pecho contra el de él. El perfume de su piel lo embriagó, y violentamente buscó sus labios. Ella, forcejeando, se apartó, sorprendiéndole con su fuerza. Lanzando una blasfemia el hombre se abalanzó hacia ella. Ella, muy erguida, le aguardaba, y su actitud lo contuvo momentáneamente.

—¡Váyase, Rankl, váyase! —Sentía cólera y miedo a la vez, y su cuerpo temblaba a pesar de que se esforzaba por ocultar su debilidad. Al sentir el cuchillo en su cinto mientras forcejeaba para librarse del hombre, lo había cogido, desenvainándolo.

—Anna...

Con la respiración jadeante, pronunciando cada palabra con deliberación, la joven exclamó:

—Si vuelve a tocarme, lo mataré...

Entonces vio que ella tenía su cuchillo. Su fuerza y la cólera que mantenía su mente más clara que la suya propia lo impresionaron, haciéndosela más deseable que nunca.

—Anna..., quiero que seamos amigos. —Dió un paso hacia adelante. Anna tenía el cuchillo, y los hombros sobre los que caía su cabello suelto, se estremecían con la respiración agitada. Su belleza lo atrajo, y se acercó, moviéndose sus ojos de la punta del cuchillo a su rostro. Anna aguardó.

—Váyase, Rankl... Váyase y olvídense de esto. Yo también lo olvidaré.

—No quiero lastimarla, Anna... Pensé que usted se sentiría solitaria como yo... —Rankl sabía que con aquellas palabras acababa de aceptar la derrota y la humillación. Volviéndose, se alejó.

Por el sendero que bajaba de Ben Negro se oyó el ruido de alguien que se acercaba. Rankl miró hacia allí, y luego, sin una sola palabra, se alejó por la playa, perdido en las sombras de los arbustos de tamarindos. Anna se acercó a la orilla del agua y arrojó el cuchillo al mar. Con rápidos movimientos se quitó la arena del vestido y se alisó el cabello. El recuerdo de la proximidad de Rankl la hizo estremecer, pero ya no sentía cólera contra él. Sólo se sentía disgustada consigo misma, por haberle permitido acercarse tanto, por haber estado tan ensimismada en sus pensamientos que su presencia había sido irreal hasta que sus manos la habían tocado. Volvió a estremecerse. Y girando sobre sí misma, vio a David Redfern que se acercaba cruzando la playa.

—¿Está usted bien? —preguntó, y Anna comprendió que había visto a Rankl.

Su presencia la tranquilizó.

Asintió con la cabeza, incapaz en ese momento de confiar en sus palabras.

David, alargando la mano, la tomó del brazo, y juntos comenzaron a caminar lentamente hacia Kabarta. Su mano sobre el brazo de la joven era liviana; si la hubiese mantenido con firmeza habría traicionado la cólera que aún lo embargaba. De pie en el sendero que dominaba la playa había visto el final de la turbia escena con Rankl. Y al bajar corriendo hacia ellos sintió que dentro de sí despertaba una furia salvaje contra aquel hombre. En esos escasos segundos que tardó en llegar a la arena y advertir que Rankl ya había partido, había adueñado de él una emoción enteramente primitiva. Quería golpear y estrangular a Rankl... Ahora, caminando junto a Anna aquella pasión se disipaba, y comprendió que si había acudido en su ayuda no era simplemente por espíritu de caballerosidad. Momentáneamente su ira había alcanzado las profundidades de los celos... Y era esto lo que lo retenía ahora. En un tiempo Julie le había dado celos, pero su autodomínio de hombre civilizado no había permitido que se rindiera a ellos. Anna, sobre quien no tenía ningún derecho, había hecho nacer en él el deseo primitivo de castigar a Rankl... Ahora luchaba contra el pensamiento de que aquella joven pudiera despertar en él algún sentimiento particular. Sin embargo, si así no fuera ¿por qué ese deseo de castigar a Rankl? A su lado, Anna se detuvo.

—Quisiera un cigarrillo.

Él le acercó el fósforo observando su ensombrecido ceño mientras ella inclinaba la cabeza hacia el fuego. Su mano no tembló mientras sostuvo el fósforo.

—¿Vio a Rankl? —preguntó Anna con tranquilidad.

—Sí.

—Es como una criatura. Trata de tomar lo que quiere.

—Lo que quiere es que le rompan el cuello. —Pronunció las palabras sin que se las dictara su voluntad. Hubiera podido ser un extraño el que hablaba.

—Si yo hubiese sido un poco más lista no habría ocurrido. Estaba soñando.

—¿Con qué? —Era una excusa para evitar hablar de Rankl.

—No sé. —Luego, a fin de huir de la confusión de sus pensamientos añadió—: Tal vez con Francia.

—¿Desea usted regresar allá?

—Regresaré..., a fin de año, cuando termine el contrato de alquiler del café.

—Creo que hará bien. Kabarta no es lugar para usted. —Se sentía más feliz ahora. El extraño lo había abandonado.

—¿Por qué dice eso? ¿No le gusta Kabarta?

—Yo no tengo que vivir aquí.

—Ha cambiado... —Durante un momento permaneció pensativa—. Cuando llegué con mi padre me gustaba. Pero ahora a veces, me siento perdida aquí. Como si algo anduviese mal...

—¿Algo?

—Sí..., no puedo precisar qué. Algo... algo que... que espera... —Se echó a reír vivamente—. Es posible que esté diciendo tonterías.

—Quién sabe... —repuso Redfern pensando ahora con calma en Max, Rankl y sus asuntos.

Anna sintió la palma de su mano contra su codo al ayudarle él a subir los empinados escalones del camino de piedra que conducía hacia la plaza. De pronto sintió deseos de apoyarse contra aquel brazo, firme y seguro, que la llevaba hacia adelante.

Caminaron en silencio hasta el café. Frente a las luces que salían de las ventanas revoloteaba errabundo un murciélago, y el movimiento de sus alas contra la claridad sugería la idea de un pensamiento aprisionado en la mente que se negaba a ser aplacado o a terminar su intranquilo aleteo. La joven se volvió hacia David.

—Gracias por haberme acompañado hasta aquí, y por haber conversado conmigo.

Y se alejó antes de que él pudiera contestarle. Durante un rato Redfern permaneció allí, mirando su mano, cálida aún por el contacto del brazo de Anna.

Esa noche David no bajó al salón principal del café hasta avanzada la velada. Por la tarde había estado con Max y Joe. Joe había escrito un par de cartas de recomendación para amigos suyos en París. Permaneció mirando largo tiempo a Max cuando el joven le comunicó su decisión de partir, pero sin formular preguntas molestas. Al retirarse Max, habíase limitado a decir a David con una sonrisa:

—Usted tendría que ser agente de seguros. Un hombre capaz de persuadir a Max debe saber hablar.

Por un instante David sintió deseos de decirle la verdad. Pero luego decidió no hacerlo, no por Max, sino por sí mismo. No se sentía con ganas de explicar las razones que le habían impulsado a mantener en secreto el contrabando de armas. Cosa extraña, ante Joe, en ese momento, tenía la misma sensación de malestar que había experimentado ante la salamandra de oro. Ahora, sentado arriba en su cuarto, oía el sonido del piano y las risas. Finalmente bajó. Sabía que Max lo estaría esperando.

Max estaba allí, bebiendo con Joe, Agno y Douvet, y el salón estaba lleno de gente. Max lo llamó, con el rostro acalorado y el cabello revuelto por haber estado jugueteando alegremente con Joe.

—¿Qué va a tomar? —Preguntó Max, mientras se sentaba junto a ellos—. ¿*Pernod, cassis, cognac, vert gallant...*? Todas joyas en el collar de la borrachera —y mientras hablaba hacía sonar cada una de las botellas nombradas golpeándolas con la punta de un cuchillo.

—Vino tinto.

Max tomó la botella y le sirvió. David, al observarlo, advirtió que había estado bebiendo por demás.

—¡Cuánta gente hay aquí esta noche...!

—Han venido todos para verlo —contestó Agno—. Es usted el acontecimiento más interesante ocurrido aquí desde que terminó la guerra.

—¡Bah...!

—No cabe la menor duda —confirmó Max. Agno, terminando de un trago el contenido de su vaso, volvió al piano y comenzó a tocar de nuevo, improvisando. Dos parejas empezaron a bailar. Una la formaban el gendarme

Douvet, flaco, pequeño y seco, y una mujer alta de rostro solemne, con un leve bozo negro que le sombreaba el labio superior.

—Esa es *Madame* Labrée —dijo Joe—. Me recuerda una de esas mántides en actitud de orar...

La otra la componían el *garde forestier* Martín Bichon, hombre pesado y fuerte, con rostro duro y curtido, y una joven baja y gordezuela que se meneaba sacudiendo brazos y caderas. Era Marcela Douvet, hija del gendarme y de su esposa muerta muchos años atrás. A una mesa junto al bar se hallaba sentada una pareja de edad mediana; el hombre, de cabello gris, vestía un implacable traje de dril blanco y la mujer, pequeña y vivaz, miraba con curiosidad y benevolencia a todo el mundo con sus inquietos ojos negros. Sonrieron y saludaron con la cabeza a Redfern al mirar éste hacia ellos.

—¿Quiénes son?

—*Monsieur* y *Madame* Guillard. Ella se ocupa de la escuela. Es mixta, ¿sabe? Concurren niños franceses y árabes. Él es el inspector de Pesas y Medidas del distrito.

—Son dos de las personas más agradables que conozco —dijo Max—. Típicos, cien por ciento coloniales. Viven aquí y pertenecen a esto, no como la mayoría de los demás, que sólo tiene una idea: ganar lo más que pueden para regresar a Francia. —Había una leve amargura en su voz.

Redfern comprendió que el Café des Amis era el centro social de los franceses de Kabarta. Aquí, una vez terminado el trabajo del día, venían para reafirmar esa solidaridad tan necesaria para un puñado de gente rodeada por una raza distinta. Por un momento el café era una pequeña Francia donde el recuerdo y la esperanza revivían, y se olvidaba el calor polvoriento y el violento colorido de Kabarta. Observó a Georgette, que servía con el rostro acalorado y siempre locuaz, y a Dominic, que llenaba los vasos detrás del mostrador, tranquilo pero sin embargo atento. No había señales de Anna. Notó también que lo observaban. Era un forastero y un objeto de legítima curiosidad. Pero gradualmente la curiosidad se aplacó. Uno o dos se acercaron a la mesa donde estaba sentado y le fueron presentados por Max, quien, riendo, le daba el título de: *le professeur anglais*. Luego, de pronto, en medio de la seguridad de la reunión animada, recordó el contrabando de armas, y sus ojos se pasearon por el salón. ¿Quiénes otros estaban complicados con Rankl y Max? Y repentinamente se sintió desconcertado por el enigma de los rostros y modales de toda aquella gente.

—Señor Redfern. —Anna se hallaba ante él. Sonrió; el reflejo de las luces del café sacaba destellos de oro a sus delicados cabellos ondeados—. Me

estaba preguntando si baila usted tan bien como nada.

—¿Quiere salir de la duda? —y poniéndose de pie y enlazándola con el brazo empezaron a girar por el salón. Pasaron junto a Agno y llegaron hasta ellos algunos jirones de humo de tabaco por encima del hombro de David al inclinarse el hombre para saludarlos.

Anna tenía la sensación de que los ruidos y movimientos de la habitación se intensificaban, el perezoso golpear del piano, la aguda nota de una cucharilla revolviendo en un vaso, las caras a través del humo, las voces, los colores de los carteles de propaganda tras el bar y el leve rozar de la arena entre sus zapatos y las baldosas del piso. Sentía que poco a poco la embargaba un extraño poder, llenándola de un regocijo al cual no podía dar nombre ni origen. Sólo sabía que era agradable estar bailando, agradable ser ella misma y sentirse con vida.

David bajó la vista para mirarla, pero su rostro estaba vuelto hacia otro lado. Oyó la música repercutiendo en el ambiente como si tratase de escapar y las paredes la rechazaran. No le parecía que fuese él quien estuviera bailando, sino un extraño, un ser de sangre nueva y sensaciones turbadoras, alguien que él había conocido y olvidado hacía largo tiempo. Experimentó una gran concentración de pensamiento y recuerdos, los cuales, agolpándose en el presente, le daban la impresión de la fantasía, haciendo de él un desconocido que caminaba por un país de absurdos panoramas y figuras incongruentes, fantasía que llevaba aparejada una familiaridad apaciguante, como si hubiera conocido todo aquello antes, como si hubiera sabido que Anna sería la primera mujer con quien pudiera bailar después de Julie, sabido que Max le estaría sonriendo por encima de su vaso de *cognac*... Max, que estaba a punto de huir a París...

Al bailar con Anna se vio obligado a admitir lo que hasta entonces había tratado de negarse a sí mismo, es decir, que algo había cambiado dentro de él desde su llegada a Kabarta. Hasta ahora siempre se había sentido seguro de sí mismo..., aun en el momento de su fracaso con Julie jamás había dudado acerca de la nobleza del modo civilizado con que habían encarado el asunto. Esa seguridad lo abandonaba ahora. Al encontrarse ante la salamandra de oro había sentido una falsedad dentro de él que no podía explicar. Caminando sobre la playa junto a Anna había advertido que la joven despertaba en él algo que jamás había experimentado junto a Julie. ¿Qué era lo que sentía hacia esa joven? El pensamiento que luego siguió fue uno que hacía tiempo trataba de evitar, y para el cual no tenía respuesta. ¿Estaba enamorado de ella? ¿Lo estaba? Con ira desechó el importuno pensamiento. Deseaba ahora no haber

venido nunca a Kabarta, con sus oscuros alcornoques y su brillante mar; deseaba que los tesoros etruscos de allá arriba, en el Ben Negro de Serafis, jamás hubieran existido...

—*Vous savez danser bien...*

Miró hacia abajo y se encontró con los ojos azules de Anna, límpidos, felices y confiados. Sonrió y su rabia se disipó. Luego a espaldas de la joven, en la entrada del salón, vio a Rankl. Acababa de llegar y se hallaba allí, de pie y silencioso, con la chaqueta abierta, dejando ver su camisa tirante sobre el pecho, con la cabeza hacia adelante, observando; la cicatriz de su labio se elevaba al tocarla con la punta de la lengua, y tenía los ojos fijos en ellos, mirándolos bailar. Al verlo David leyó con claridad las señales de celos y de odio sobre el feo rostro barbudo. Luego Rankl se volvió hacia la oscuridad y Joe, adelantándose, sacó a Anna de entre los brazos de Redfern.

David regresó junto a Max, que se hallaba de pie cerca del piano, hablando aprisa, excitado por su resolución y por la bebida con la cual se despedía secretamente de Kabarta. David sabía que era inútil tratar de detenerlo. Ese era su momento de renunciamiento y debía tomarlo como su naturaleza se lo exigía. Sus ojos cayeron sobre Agno, mustio y retraído. El hombre tocaba las teclas con una leve expresión de sorpresa al advertir el sonido que seguía a cada uno de sus movimientos, y canturreaba para sí mismo:

*Si vous voulez que j'aime encore
Rendez-moi l'âge des amours...*

Levantando la cabeza, Agno le sonrió, sin dejar de tocar.

—Algo le ha ocurrido a Max. ¿Verdad, Max?

El joven hizo un gesto vago con la mano.

—Son mis pies... No quieren mantenerse sobre el piso.

Agno asintió con la cabeza.

—Te están creciendo alas... Sí, esta noche tienes alas.

—Y mañana tendré las consecuencias de una borrachera.

Agno miró a David, con una astucia soñolienta en los ojos.

—Me parece que nuestro amigo no tiene tiempo ni para alas ni para borrachera ¿eh?

—Ya es bastante con que tenga los dos pies sobre el suelo, Agno. Venga, Max...; un poco de aire fresco le hará bien —y tomando al joven por el brazo se lo llevó.

Afuera, en la tranquilidad de la plaza, Max se despidió de David. Se tambaleaba un poco y, debido a la noche cálida, su chaqueta estaba húmeda de sudor.

—Mañana no me verá, pues habré partido. Pero le escribiré... algún día. ¡Oh, sí, le escribiré! Ya sé... Ahora estoy borracho, y es posible que usted me encuentre repulsivo. No se preocupe, esta noche pertenece al pasado.

—Creo que debería irse a descansar ahora, Max. —Su tono era amistoso, pero en ese momento, y dado el afecto que sentía por el muchacho, habría deseado verlo más sobrio, más reflexivo.

—Me voy. Pero aun la cama será dura para mí esta noche. Daré vueltas y más vueltas como una balsa. Vamos, levante su ánimo. Nada había en nuestro convenio que me impidiera emborracharme un poco esta noche.

En torno a ellos la plaza estaba fría y oscura. Un perro vagaba inquieto alrededor de la fuente seca. Kabarta respiraba aún suavemente detrás de sus postigos cerrados, y los muros blancos parecían rostros impasibles que los observaban mientras hablaban.

David sonrió, sosteniendo el brazo del otro. Era inútil razonar con la mentalidad, en ese momento infantil, de Max. El haber conseguido que partiera de Kabarta era bastante.

—No hay convenio alguno entre nosotros, Max. Váyase a la cama, y si no lo veo mañana antes de su partida, le deseo buena suerte y buen viaje. Estoy seguro de que le irá muy bien.

Durante un instante sus manos se encontraron. David regresó al café. Max se alejó tambaleando entre las sombras. Un poco más allá del café se encontró con Rankl. Este pasó su brazo por el de Max, sosteniéndolo, y se encaminaron hacia su casa, pequeño *bungalow* a orillas del Oued Mabeuse, cerca del puente que cruzaba el río. La vigorosa figura de Rankl sostenía la inseguridad del otro, sin titubear.

—Estás muy ebrio esta noche, Max. No es bueno.

El muchacho se echó a reír y volviéndose miró a Rankl de frente.

—Resulta muy agradable, viejo oso. Mañana me voy a Túnez. ¿No te gustaría venir?

Rankl no contestó. Ayudó a Max a entrar en la casa y cuando hubieron llegado al dormitorio se quedó mirando a la alta figura que rodó perezosamente sobre la cama. Agachándose junto al lecho, Rankl empezó a quitarle los zapatos. Era un servicio que a menudo había desempeñado, y al hacerlo adquiría una extraña sensación de gratitud y fuerza.

—¿Para qué vas a Túnez? —preguntó levantando las largas piernas y tirando de los pantalones.

—Para tomarme unas vacaciones. ¿Por qué no hacerlo? Por ahora, nada tenemos que hacer aquí. Estamos de acuerdo sobre eso, ¿verdad? Nada podemos hacer mientras haya un forastero en el pueblo.

—Me agradaría ir a Túnez también.

Max se echó a reír, y volvió su rostro hacia la pared al sentir náuseas.

—Cuando yo regrese, Rankl. Cuando yo regrese irás tú. —Empezó a reír, y luego de pronto quedó silencioso, echado de costado y respirando pesadamente.

Rankl lo sentó en la cama y le quitó la chaqueta, dejándolo acostado en camisa y calzoncillos. Cuidadosamente, Rankl recogió la ropa desparramada. Luego miró a la figura inmóvil. Cuando Max estaba así, impotente, le agradaba. Cuando despertara sería distinto. Max estaría nuevamente fuera de su alcance.

Arrojó la ropa del muchacho sobre una silla y al hacerlo la chaqueta se deslizó al suelo y vio asomar del bolsillo interior el" borde de tres sobres blancos. Lleno de curiosidad se inclinó y los sacó del bolsillo. Estaban dirigidos a personas de París, húmedos por el calor del cuerpo de Max, de modo que cuando tiró cuidadosamente de la solapa ésta se despegó sin romperse. Rankl fue a su cuarto, se sentó bajo la luz y empezó a leer las cartas.

La silla de caña chilló bajo el peso de su cuerpo. Desde el estante que corría a lo largo de un costado de la habitación lo miraba una hilera de muñecos silenciosos, cuyos sombreados rostros de madera parecían palpitar con fantástica vida a la luz de la bombita eléctrica que colgaba del techo e irradiaba vacilante por el revolotear de numerosos insectos. La tiesa asamblea lo observaba: Anna, una niña sonriente; Douvet, flaco y disecado por el calor y el exilio; Marcelle, con sus mejillas y pechos llenos; Bichon, de rostro duro y bronceado; Dominic y Georgette, Serafis y Agno, y al extremo de la hilera un recién llegado, Redfern, aun sin vestir, con su rostro delgado y comedido sin pintar y sus ojos carentes de vida mirando el vacío.

De pronto, Rankl se puso de pie, abrió la puerta de la habitación de Max y se quedó mirando al cuerpo inerte que roncaba. La delgada cicatriz se levantó al ser frotada la oscura barba por la velluda mano. Afuera, el agua del río golpeando contra las maderas del puente producía un ruido quejumbroso e insistente en la noche, al correr el caudal amarillento rumbo al mar.

VII

En Ben Negro el trabajo proseguía firmemente. Serafis jamás molestaba a David. A veces, al final de un día de trabajo, cuando cruzaba el jardín hacia la playa, veía a Serafis sentado sobre un banco de piedra fumando un cigarro, con un libro en las manos, su rostro protegido del sol poniente por un sombrero panamá. A poca distancia, Rhadija, vestida de púrpura y con faja de oro, solía estar cortando ramas floridas de azaleas. La incongruencia entre su orientalismo rico y gracioso y el provincialismo regordete y confortable de Serafis hacía sonreír a Redfern para sus adentros. Serafis hubiera estado más en su lugar saboreando un Dubonnet en el bulevar de Bone. El único saludo entre ellos era una leve inclinación de cabeza a la distancia o un leve alzar de la mano.

La primera tarde después de la partida de Max había caminado por la playa hasta la desembocadura del Oued Mabeuse, y arrojado en el río el revólver y las balas. Max había partido y ahora la evidencia que él tenía desaparecería. Se sentía libre.

Una tarde, David invitó a Joe y a *monsieur* Guillard a que subieran a ver la salamandra de oro. Desde que la desembaló permanecía colocada encima de su cajón, y el joven sabía que por molesto que fuera su dominio de sí, no volvería a embalarla hasta que hubiese terminado su trabajo. Era, lo sabía, ese efecto inquietante que la salamandra ejercía sobre él lo que le había impulsado a invitar a Joe y a *monsieur* Guillard a que fueran a verla, deseoso de saber en qué forma les afectaría. Pero se sintió defraudado. Fuere lo que fuere lo que sintieron, lo ocultaron sin dificultad y ninguno de los dos demostró deseo alguno de hablar de ella en términos personales. Casi pudo sentir en ellos cierta cautela que, cosa curiosa, lo irritó consigo mismo. Después que hubieron partido se sintió malhumorado, malhumor que aumentó por el hecho de no corresponder a ninguna causa determinada.

Fue una desgracia que cuando ya se disponía a dejar de trabajar echara de menos su cortaplumas, que no encontró encima del cajón junto a la pared donde lo había dejado.

En ese momento llegó Aribi viniendo de afuera. A pesar del calor del día, ahora que el trabajo estaba terminado habíase puesto su vieja levita, y

permanecía allí, mirando a David, con su largo rostro oscuro solemne y lleno de solicitud, expresión que David consideró insincera, semejante a la de un muchacho que trata de encubrir alguna travesura.

—¿Sabe usted dónde está mi cortaplumas? —preguntó con irritación.

—¿*Monsieur* lo perdió?

David frunció el ceño. El calor del día había resultado agobiador en el depósito, y reconocía que estaba de mal humor. Secretamente había decidido que, antes de irse definitivamente, regalaría el cortaplumas a Aribi. Pero en ese momento su mal humor le hacía intolerable la tramoya.

—Usted sabe que lo he perdido, Aribi, entréguelo. —Avanzó hacia el hombre, tendiendo la mano, observando el lento movimiento de la lengua de Aribi mientras el árabe se frotaba el borde de su labio inferior con ella, gesto característico en él, pero que en ese momento resultaba irritante.

—*Monsieur* sabe que yo soy el sirviente y él el amo. ¿Qué es lo que *monsieur* desea que le dé?

—Deme mi cuchillo, Aribi.

—Un cuchillo entre enemigos es más veloz que una lengua afilada, *monsieur*. Entre amigos sólo sirve la verdad.

David sacudió su cabeza con impaciencia.

—Si usted está tratando de decirme que no tiene mi cortaplumas, Aribi..., no lo creo. Y hemos jugado a este jueguito antes. Vamos, dímelo, no sea así —añadió con tono engatusados que no surtió efecto sobre Aribi. El hombre permanecía de pie en el vano de la puerta, sin moverse, los pies descalzos plantados en el polvo caliente. Detrás de él veíanse las colinas del interior sombreadas con oscuros parches de alcornoques y las puertas bajas de sus valles luciendo el verde apagado de los huertos de olivos y los tonos más claros de los campos de cebada. De la cuenca del Oued Mabeuse una pareja de cigüeñas, como movidas por un resorte, se remontó hacia los techos de Kabarta. La irritación, aumentada por el calor del día, se acentuó de pronto en David por las corrientes extrañas de sentimiento y atmósfera que emanaban del extenso valle de brumoso colorido, de la plaza castigada por el calor y de las casas de Kabarta que se veían alineadas en el semicírculo que formaba la playa, extensa por la marea baja.

—Quiero mi cuchillo, Aribi. Si usted no me lo da, tendré que tomarlo. —Estaba montando en cólera, y si bien sabía que era poco prudente, no tenía el poder de contenerse.

—*Monsieur* puede tomar lo que es suyo —contestó Aribi—. Es un buen cuchillo, y es verdad que he pecado al codiciarlo. Entre los de mi raza un

cuchillo hermoso es más apreciado que una mujer hermosa, pues con lo uno puede ganarse la otra...

David dió unos pasos hacia adelante y tomó al hombre por una de las solapas de la levita.

—Lo siento, Aribi, pero hoy me encontró usted de mal talante.

Aribi no hizo movimiento alguno. Permanecía allí, sometido, con el rostro solemne e impasible, pero con los ojos oscurecidos por alguna tenebrosa emoción. Las manos de David corrieron vivamente sobre los bolsillos de la gastada túnica, bajo la levita. No había nada en ellos. Los pantalones que llevaba Aribi carecían de bolsillos. David palpó los bolsillos del costado de la levita. Estaban llenos de diversas cosas. Introdujo su mano en el de la izquierda y sacó su contenido, una anticuada navaja de afeitar con mango de hueso, un pedazo de jabón seco envuelto en un trozo de género, una caja de fósforos y un monedero con cierre relámpago.

—Con esas cosas —dijo Aribi impasible—, un hombre puede viajar a cualquier parte sin perder su propio respeto.

La dignidad de su voz avergonzó a David. Se preguntaba ahora si Aribi habría tomado el cortaplumas o si él habría obrado precipitadamente. No obstante, habiendo ido tan lejos, ahora no podía detenerse. Volvió a poner las cosas en el bolsillo y empezó a sacar el contenido del otro. Mientras lo hacía, el olor a sucio que emanaba del cuerpo poco aseado de Aribi le subió a la nariz. Primero sacó una caja chata de cartón, del tamaño de una caja de cigarrillos, una botellita de agua de colonia, un trozo de alambre de cobre y dos cápsulas vacías de fusil calibre 16.

Con esas cosas en la mano, David comprendió que se había equivocado. Aribi no había tomado el cuchillo. Se sentía disgustado consigo mismo por haber permitido que la irritación se adueñara de él y disipara su buen sentido, y al mismo tiempo comprendía que cualquier disculpa sería una debilidad que haría que el hombre lo despreciara. Miró al árabe y una levísima sonrisa pasó entre ellos, triunfante de parte del árabe y de admisión de su error de parte del otro.

—El hombre —dijo citando a la vez al Coran y a Aribi— ha sido creado para la precipitación.

Aribi inclinó la cabeza.

—Y es el hijo del error, *monsieur*.

Tendió su mano para que le devolviera los artículos que Redfern aún sostenía. David se los pasó, pero al hacerlo la cajita de cartón se le cayó al suelo. Al golpear contra el concreto la tapa se abrió, y vióse un fulgor de oro

en el polvo. Ambos se inclinaron para recogerla. Al volver a erguirse, Aribi tenía la caja y David el dije que se escapó de ella. Era una cadenita de oro de la que colgaba un pececillo del mismo metal. David la sostuvo en el aire frunciendo el ceño, y del otro lado de la cadena vio los oscuros ojos de Aribi, que lo miraban tranquilos y llenos de curiosidad.

—¿De dónde sacó esto? —preguntó, advirtiendo que a pesar suyo su tono era casi beligerante. Aquella cadena era idéntica a la que había visto al cuello de Max Grivel.

—*Monsieur* es un buen amo y paga bien. Cuando un hombre tiene dinero compra dijes para su esposa, pues con ella sabe que su dinero está seguro. Allah ha sido bondadoso conmigo y me ha favorecido con tres esposas —dijo Aribi.

Redfern le interrumpió.

—Lo que me interesa es la cadena, y no sus esposas.

El árabe se encogió de hombros.

—¿La cadena? Se puede comprar una así en cualquier bazar, y durante la guerra vendí muchas iguales a esa a los soldados, para que les trajeran buena suerte.

—Así me han dicho. —Con Aribi no se podía llegar al fondo de la verdad o la mentira. David tuvo que admitir para sí mismo que ni siquiera Aribi era un ladrón tan perfecto como para hurtar la cadena del cuello de Max, pero como acababa de avergonzarse por su equivocación respecto al cuchillo vacilaba en acusarle de nuevo. Aribi debía de haberla comprado, tal como decía. No obstante, la coincidencia lo preocupaba.

—¿Y dónde la compró? —preguntó.

—En Kabarta, *monsieur*, hace unos días, a Sidi Ben Ahrim, cuya tienda se encuentra en la plaza Maréchal Bugeaud. Si *monsieur* desea una igual podrá conseguírsela por menos dinero del que le pedirían a *monsieur*. —Mientras hablaba alargó la mano y tomó la cadena, dejándola caer suavemente en la caja.

—No, gracias —contestó David, y volviéndose se encontró mirando a la salamandra de oro. La luz, jugueteando sobre sus flancos lisos, ondulaba como si los músculos tensos se movieran, y el collar de llamas filosas y agudas formaba, a la suave luz del atardecer, como un nimbo en torno al ancho cuello que parecía envuelto en verdadero fuego.

—¿*Monsieur* tal vez no crea en la suerte? —Al hablar, Aribi se acercó a los cajones apilados contra la pared de la habitación y comenzó a buscar entre las virutas del suelo, removiéndolas con el pie—. Sería extraño que no

creyera, pues he notado que los soldados ingleses y americanos creían mucho en ella. Para ellos era como una religión.

—Por supuesto, creo en la suerte, pero no quiero una de esas cadenas...

—Sólo cuesta quinientos francos, *monsieur*...

—No, gracias.

—Cuatro cientos, *monsieur*, y hago abandonó de mi comisión...

—Está usted perdiendo el tiempo, Aribi. Vamos, es hora de cerrar.

—El amo tiene la última palabra —contestó Aribi, e inclinándose hacia el suelo volvió a erguirse tendiendo algo a Redfern—. Aquí tiene su cortaplumas, *monsieur*. Estaba entre las virutas.

No se reflejaba sonrisa alguna en el rostro de Aribi, pero Redfern tenía la seguridad de que el hombre se estaba riendo un poco de él. Tomó el cuchillo sin decir nada, y se quedó mirando cómo Aribi desaparecía por la doble puerta.

Después de eso Aribi dejó tranquilo al cortaplumas. El juego había terminado. Trabajaron firmemente hasta el fin de semana y el domingo David decidió tomarse un descanso.

Se arregló para levantarse temprano, a fin de salir de pesca. Agno había puesto a su disposición un bote de remos que siempre estaba amarrado al muelle, cerca de los galpones donde se almacenaba el corcho.

Se sorprendió al ver que una pesada niebla blanca se extendía sobre Kabarta y el mar. No se elevaba a más de veinte pies del suelo y por encima de ella se erguían los techos de las casas y los árboles, que aparecían efímeramente frágiles. Caminó hasta la embarcación, llevando su traje de baño, una toalla y una lata con carnada que Dominic le preparó la noche anterior. Resultaba difícil ver a más de un par de metros de distancia, pero encontró el bote, dejó caer sus cosas en él, y empezó a desatar la amarra. El ruido de sus movimientos producía ecos en la niebla. Cuando ya estaba de pie en el bote, listo para desatracar con uno de los remos, oyó pasos que se acercaban precipitadamente en la niebla y vio una figura que avanzaba por el muelle. Aguardó y reconoció a Anna, vestida con pantalones color de herrumbre y *sweater* blanco.

—Anna..., ¿qué hace usted aquí?

—Dominic me dijo que usted iba de pesca. ¿Por qué no me invitó? Esta niebla se levantará más tarde y podremos bañarnos. —Bajo su brazo llevaba una toalla arrollada que arrojó al joven—. Hubiera debido invitarme. Usted sabe que me gusta la pesca.

David sonrió mientras levantaba un brazo para ayudarla.

—Venga, entonces. Pensé que estaría ocupada esta mañana. ¿No va a la iglesia?

—Ya fui a una misa temprana... Mucho antes de que usted se despertara. —Se echó a reír y luego le gritó—: ¡Cuidado! ¡Ahí voy! —Saltó dentro del bote, agarrándose de su mano. La embarcación se balanceó peligrosamente durante un instante y el agua formó suaves ondulaciones que desaparecieron en la niebla.

—¡Nos hará zozobrar! —exclamó David tambaleándose, y al sostenerla para afirmar su equilibrio, sus brazos la rodearon y la joven se encontró muy junto a él con el peso de su cuerpo contra su pecho, apoyando David sus manos fuertemente contra la espalda de ella. La sostuvo mientras el bote se estabilizaba y sintió el calor de su mejilla contra el borde de su mentón, su boca cerca de su suave cabello rubio. El bote estaba tranquilo y ellos permanecían inmóviles. Redfern sentía los latidos del corazón de la joven, y el calor de su cuerpo lo turbó. Luego ella se retiró un poco, elevando la cabeza y mirándolo. Sonreía con los labios entreabiertos y los ojos brillantes. Atraído por un poder que se adueñaba de él y hacía desvanecer todo pensamiento, inclinó la cabeza y la besó suavemente en los labios. El contacto de su carne era suave, cálido, y su boca sumisa y dócil contra la suya. La joven se inclinó hacia atrás, apartando su cuerpo de los brazos de David, y los dedos de éste, en el deseo de conservarla, se aferraron sintiendo la carne de sus brazos a través de la gruesa lana del *sweater*.

—Anna... —No hubiera querido dejarla ir nunca, ansioso de prolongar este momento indefinidamente, embriagado por su dulzura.

—No diga nada... —Su voz se desvaneció en leves ecos en la niebla—. Sosténgame nada más..., David. —Y al pronunciar su nombre cerró los ojos, como si la palabra removiera un pudor aun inseguro de sí mismo en la intimidad que les rodeaba.

Sus brazos la rodearon apasionadamente ahora, atrayéndola contra la dureza de su cuerpo. La boca de la joven se abandonó bajo la suya; era la boca que se entregaba, anhelante, de una mujer ansiosa por dar y conservar...

Cuando se apartó de él, pasándose las manos sobre el pecho a fin de alisar su *sweater*, elevándose sus hombros al ritmo de su respiración, le tendió una mano para tocarla de nuevo y ella se la tomó, pellizcándola suavemente con el pulgar y el índice.

—Es real —dijo—. Es real, David..., pero no hablemos de ello ahora. Siéntate y rema. Yo te miraré y tú me mirarás... y dentro de un rato podremos ser razonables...

Ella lo observaba desde la popa mientras él tomaba los remos y remaba. Salieron por entre la niebla, avanzando sobre la superficie oleosa y lisa del mar, engolfados en un mundo que sólo ellos conocían. Cuando estuvieron bien afuera, David dejó de remar, permitiendo que el bote flotara a la deriva, y apoyando sus codos sobre los remos que había retirado del agua encendió un cigarrillo. Anna rechazó uno con un movimiento de cabeza.

Mientras remaba, y durante el silencio, al observar a Anna ante él, con el rostro iluminado por una sonrisa solemne como si estuviera a punto de reír, había logrado poner en claro sus pensamientos. Ahora los introdujo en palabras, ansioso por aclarar lo que había entre ellos.

—Te amo, Anna. Cuando me vaya de Kabarta quiero que tú vengas conmigo, que seas mi esposa. ¿Aceptas?

—*Chéri...*, iría a cualquier lado contigo. Pero... ¿estás seguro...? Oh, ¿estás seguro de que me quieres?

—Más seguro de cuanto jamás lo estuve de cualquier cosa en mi vida. No me preguntes el porqué, pero sé que es así.

La joven, deslizándose del asiento de popa, fue a arrodillarse ante él, tomándole las manos.

—Yo también estoy segura. Creo que te amé desde el momento en que entraste en el café, todo embarrado y mojado, y con una manchita de barro en la mejilla. ¿Sabes que sentí deseos de alargar mi dedo y limpiártela... así? — y con la punta del dedo le tomó el pómulo.

David le tomó el dedo, besándolo. Luego, con toda calma, sabiendo que cualquier amenaza a ese momento debía ser afrontada en seguida dijo:

—Debo decirte, Anna, que estuve casado antes.

—No tienes por qué hablarme de eso... Lo que importa es ahora.

El joven meneó la cabeza.

—Es mejor que lo sepas. Ella murió.

Anna le sostenía la muñeca con los dedos.

—Hablame de ella entonces..., pero primero bésame. —La besó y luego guardó silencio, manteniendo la cabeza de la joven sobre su rodilla mientras buscaba las palabras con que expresar la experiencia y emoción pasadas.

Lentamente le contó todo, sin tratar de buscar razón alguna que disculpara su fracaso con Julie, aunque mientras hablaba comenzó a sentir que la substancia de su verdadero problema comenzaba gradualmente a emerger. No le dijo que nunca había amado a Julie, pues aquello no era cierto, y él sabía que ella no lo exigiría. Sólo sabía que su amor por Anna era algo que no soportaba comparación con los sentimientos que había experimentado hacia

Julie. Era más grande, despertando en él un sentimiento casi primitivo que llevaba en sí la certeza de no equivocarse. Mientras hablaba del fin de sus relaciones con Julie, se dijo que si Anna hubiera estado en el lugar de su mujer, él se habría portado en forma mucho menos civilizada; el recuerdo de Rankl sobre la playa caminando hacia él lo enfurecía aún ahora. Anna lo interrumpió con una frase que le demostró que, a pesar de su juventud, tenía ciertos conocimientos que él sólo acababa de adquirir.

—Con seguridad Julie debió de estar furiosa de que tú pudieras ser tan razonable con ella.

—De mutuo acuerdo decidimos ser razonables.

—No..., ella no quería que tú lo fueras. Ninguna mujer lo desearía. — Hizo una pausa y luego prosiguió, reduciendo sus propias relaciones a una proposición simple, definida—. ¿Te encolerizarías o te mostrarías razonable conmigo si yo le fuera infiel?

Lo repentino de la pregunta disipó todo pretexto de civilización. Le cogió bruscamente la muñeca, apretándosela.

—Te pegaría hasta obligarte a pedir perdón... y seguiría amándola.

Ambos se echaron a reír, pero la fiereza de sus palabras permanecía, y para Anna fueron como un sello en la felicidad que le había traído aquella mañana.

Sabiendo que acababa de hablar en serio, David advirtió entonces la hipocresía que le embargó antaño, hipocresía que, al instarlo a falsificar sus sentimientos hacia Julie, había precipitado la crisis. Aquel amor, distinto a este otro, había carecido de la pasión necesaria para encolerizarle. Julie, en cierta oportunidad, había calificado de “tan frío como un pez”, y no se equivocaba. Las imperfecciones de la naturaleza humana exigían, si hubiese habido amor, que el perdón fuera alcanzado mediante la amargura y los celos. Julie, más perspicaz que él, había esperado, no el razonamiento del ser civilizado, sino el golpe, la palabra dura y los celos apasionados del orgullo herido y del amor. Al contenerlos él, había comprendido que el amor de su esposo carecía de fuerza para suplantar la debilidad del suyo propio. David sabía ahora que no había necesidad de que revelara esto con palabras a Anna. La joven ya lo sabía. Sus palabras así se lo aseguraban.

El sol subía cada vez más alto y su calor disipaba la niebla. David siguió remando; de tanto en tanto llegaban a una zona clara, hasta que finalmente se vieron del todo libres de la niebla. Esta se hallaba detrás de ellos sobre el mar, vapor grisáceo que se arrastraba hacia la tierra. David se sorprendió al ver que la corriente que habían tomado habíalos llevado hacia el este, de modo que

casi no se veía Kabarta. Mirando hacia atrás, en busca de puntos de referencia en la costa, vio que las torres de Ben Negro estaban oscurecidas por la niebla que envolvía el cabo y sus árboles como si fuese una enorme sábana.

—Cuando se llega aquí se suelen encontrar corrientes peligrosas —dijo Anna—. Debemos anclar si queremos pescar.

Entre los dos echaron por encima de la borda la piedra que servía de ancla, riendo y bromeando, un tanto cohibidos el uno frente al otro, pero al avanzar la mañana su torpeza se disipó. Pescaron, compitiendo ambos, hasta que hubo una docena de peces en el fondo del bote, y luego Anna, poniéndose de pie, dijo que iba a nadar. David se quedó mirándola mientras se desvestía y aparecía bronceada en la blancura del traje de baño que llevaba puesto bajo la ropa. De pie en la proa, la joven le mandó un beso con la punta de los dedos y se zambulló. David se apresuró a seguirla, y al zambullirse el joven desde el bote, ella fue a juntarse con él bajo el agua. Lo agarró, y durante un momento permanecieron suspendidos en las profundidades verdosas, los brazos de él rodeando el cuerpo de la joven, el rostro riendo de ella junto al de él, y David la besó en el cuello y en los hombros y siguió besándola hasta que se elevaron y salieron finalmente a la superficie riendo y ansiosos por recobrar el aliento.

Jugaron en el agua, gastando sus energías y su felicidad contra la clara y verde embestida del mar, con una prodigalidad que competía con la generosidad de las emociones que acababan de descubrir. Nadar de prisa siguiendo la corriente, llenando de espuma el inquieto mar, y luego abandonar el cuerpo débil y desmayado al empuje del agua, o hundirse en la quietud de lo hondo y nadar a través de las sombras y transparencias de las distintas profundidades los libraba de preocupaciones.

—Debemos nadar siempre contra la corriente —dijo Anna en cierto momento—. Si nos dejamos llevar demasiado lejos por ella, jamás podremos regresar al bote. Es terriblemente fuerte allá fuera. —Y permitiendo que su cuerpo girara sobre sí mismo, se dejó deslizar hacia David, quien la recibió en sus brazos bajo el agua, y así se mantuvo.

—David...

—Anna...

—¿Me amas?

David se inclinó, besándola, y luego, al arquearse el cuerpo de la joven entre sus brazos, posó sus labios en la mojada curva que señalaba el nacimiento de sus senos. La joven huyó, dejando que la corriente la llevara de regreso al bote, gritando por encima de su hombro.

—¡Estoy cansada! ¡Voy a salir del agua!

Él la miró subir, y luego, lleno de vitalidad, se volvió, hundiendo su cabeza en el agua, nadando con la corriente, y luchando luego contra ella deseoso de gastar su vigor y a fin de evitar que sus pensamientos le llevaran hacia la embriagante contemplación de su felicidad, lo mismo que solía hacer en el pasado, cuando quería ahuyentar alguna perplejidad o un malhadado pensamiento, se puso a pronunciar con cada brazada algún nombre dictado por su fantasía... Alichino, Rubicante, Farfarello, Calcabrina... Entró en una zona de niebla a través de la cual el sol parecía un gran globo rojo, y luego, falto de aliento, se dejó flotar sobre el agua con las piernas y brazos extendidos.

A pocas yardas de él, un bulto pálido y azulado quebró la superficie del agua. Por un momento el agua pasó suavemente por encima del bulto, y luego éste se sumergió, quedando el agua tranquila de nuevo. Solo, David sintió un leve estremecimiento de temor. Se dijo que sin duda sería algún delfín tomando el sol, pero no pudo menos que sentir cierto pánico al pensar en la vastedad del mar y en los seres que lo pueblan. Ese elemento no era el suyo. Él era el intruso.

El bulto volvió a aparecer en la superficie, ahora más cerca de él, pasando a su lado impelido por la corriente, y esta vez, al aparecer, giró sobre sí mismo en forma grotesca y como si estuviese a merced de las aguas. Luego, con una gracia lenta y macabra que ahuyentó el temor dejando en su lugar el horror, se hundió suavemente. Una mano y un brazo pálidos se elevaron durante un breve instante de las aguas, y ante David apareció la sonrisa de un rostro muerto, con ojos cerrados y labios hinchados, grotescamente burlesco.

El joven se oyó decir a sí mismo en una voz que resonaba hueca: “¡Cielos! ¡Si es un hombre!”. Y, lo mismo que un niño asustado por una cortina movida por el viento, esperó, lleno de horror, que apareciera por segunda vez y confirmara así su presencia. Pero el mar lo mantenía oculto y las olas ondulaban unas tras otras, grises y abultadas en medio de las guirnaldas de niebla que iban esfumándose, hasta que de pronto apareció el sol brillando con todo su fulgor.

Con la deslumbrante claridad solar David recuperó su sentido común y dominó su horror. Al igual que un hombre que en medio de su sueño es sacado de una pesadilla por un peligro real, se volvió vivamente y comenzó a nadar con violencia, impulsado por la corriente, y tras algunos segundos se sumergió bajo el agua, buceando en medio de aquellos muros verdes y transparentes iluminados por el sol. No había nada. Subió de nuevo a la superficie y siguió nadando, echando atrás la cabeza para llenar sus pulmones

de aquel aire cálido. En ese momento divisó la figura de Anna, que le hacía señas desde el bote. Volvió a sumergirse tratando de bajar lo más hondo posible, y cerrando los ojos.

Cuando volvió a abrirlos fue para ver a Max Grivel, absurda marioneta hinchada, su camisa azul formando un globo detrás de él y con las piernas grotescamente encorvadas, como si caminara hacia él, mantenido bajo la superficie por algún capricho de la descomposición del cuerpo y el oscilante balanceo de las expansiones gaseosas. La figura pasó a su lado como un hombre que lleva prisa, arrastrada por la corriente, erguida por la volatilidad indecente del cuerpo, y al pasar, un remolino de agua, infundiéndole vida a aquel mundo de jade, elevó profanamente un brazo de la figura haciéndole esbozar un amistoso gesto de saludo, y la cabeza sin vida cayó y pareció mirar de soslayo a Redfern con una sonrisa torcida, que hizo olvidar al joven su horror, dejándole la mente clara y llena únicamente de la ira más intensa. Instintivamente, alargó el brazo y su mano alcanzó el hombro de la camisa azul. Tiró de ella. La tela podrida se desgarró quedándosele en la mano y el remolino caprichoso hizo que una mano le tocara el rostro, y Redfern pudo ver con toda claridad el hinchado torso peludo que subía y bajaba y la cabeza colgante y sin vida. Luego, obedeciendo a un súbito impulso de la corriente, el cuerpo fue arrastrado lejos de su alcance.

Redfern subió en busca de aire para sus doloridos pulmones. Se dejó flotar sobre el agua, tosiendo, escupiendo y presa de náuseas. Vomitó, alejándose luego de aquella inmundicia, enjugándose la boca y el rostro con el agua salada mientras nadaba, pero la inmundicia y el horror estaban dentro de él y sabía que mientras viviera le acompañaría el recuerdo de lo que acababa de ver.

Anna le ayudó a subir al bote, y mientras se secaba las manos y buscaba un cigarrillo en el bolsillo de su chaqueta, vio en su rostro que algo había ocurrido. Aguardó, sabiendo que hablaría, alarmada por él, compartiendo el horror que se reflejaba en su rostro y cuya causa ella aún desconocía. David chupaba ansiosamente su cigarrillo. Le parecía estar viendo aún a Max, el rostro hinchado vivido en su mente, y la camisa desgarrada en su mano... Al torso girando delante de él con la marca en V de su escote quemado... y de pronto recordó que aquel cuello no tenía cadenita alguna. Luego se acordó de Aribi, con su semblante solemne e inmóvil, de pie ante él, con una cadenita de oro de la cual pendía un dije del mismo metal en forma de pececillo... En ese momento tuvo la casi certeza de que Max no se había ahogado por accidente. Por el momento eso era lo único que le interesaba: saber. Miró a Anna, a la

mujer con quien iba a casarse, a la joven que gracias a su amor le había hecho ver con claridad el error y engaño del pasado, y la belleza sana de la joven ahuyentó el recuerdo de lo que acababa de ver. Su inocencia, su amor y su franqueza eran como un grito agudo en un lugar desolado, humano, fortalecedor, clamoroso de esperanza comparado con la atmósfera hedionda y taimada en la cual actuó y murió el otro.

—Acabo de ver a Max Grivel —dijo—. Muerto. Debe de hacer varios días que está muerto. Pasó a mi lado arrastrado por la corriente... Estaba muerto y... y horrible. —Hizo una pausa mientras observaba el agua que goteaba de sus piernas sobre las tablas del bote.

—¿Estás seguro? David..., ¿estás seguro? Max se ha ido a Túnez. —Alargó la mano y tocó la de Redfern, pero éste la retiró. El horror que lo envolvía aún era tan intenso que no le era posible permitir que ella lo tocara.

—Siéntate allí. No te acerques a mí durante un rato... Me siento sucio. Sí, estoy seguro. Era Max.

Anna retrocedió.

—¡Pobre Max! No puedo creerlo. ¿Cómo puede ser?

Y luego, como si un extraño pronunciara las palabras que él no tenía el valor de formular, habló de la segunda verdad que se había revelado a él ese día:

—Puede ser. Es. Y yo he sido el causante. Si yo hubiera hecho lo que debí hacer el mismo día que llegué a Kabarta, Max tal vez viviría..., sería desgraciado quizá, pero al menos estaría con vida, con esperanza, con un porvenir por delante... Pero fui un tonto egoísta. Pensé que podía vivir según mis propias leyes, vivir con otros hombres y no cumplir con mis obligaciones hacia ellos porque ellos no parecían tener ninguna para conmigo. —Se echó a reír amargamente—. Pensé que podía ser el juez cuando sólo era el reo, y cuando empecé a juzgar no sabía que sólo estaba juzgando mi propio caso contando con un manojo de falsedades... ¡Cielos! ¡Qué estúpido he sido!

Nada hubiera podido mantenerla alejada de él ahora. Se acercó a David rodeándole las rodillas con los brazos, estrechando su rostro contra su cuerpo húmedo.

—Deja de hablar así, David... Dime claramente qué ha ocurrido y no pienses en ti. Si Max se ha ahogado ¿qué tiene eso que ver contigo? No creo que sea Max... Max partió para Túnez.

David sacudió la cabeza.

—Era Max. Lo vi frente a frente. No puede haber error.

Y le contó la historia de su llegada a Kabarta, su descubrimiento del contrabando de armas y su decisión de callar, y luego lo ocurrido entre él y Max, cuya consecuencia fue la decisión de éste de marcharse a París. Le habló de Aribi y de la cadenita, y de su sospecha de que la muerte de Max no fuera accidental. Mientras hablaba, Anna lo miraba, y al ver sus ojos David comprendió que en ellos no había censura alguna para él. Con su amor había dado su lealtad.

—¿Nunca sospechaste o sentiste que ocurría algo anormal en Kabarta? Desde el tiempo que hace que conoces a Max y a Rankl, ¿jamás viste u oíste algo sospechoso?

La joven sacudió lentamente la cabeza, y David tuvo la plena seguridad de que era sincera, lo que le produjo una sensación de inmenso bienestar.

—Nunca —dijo—. Y ahora me cuesta creerlo... Sólo lo creo porque tú me lo dices. Que Kabarta sea extraño... sí, lo he sentido. Desde nuestra llegada cambió, pero a veces desconfío, diciéndome que quien cambió fui yo... Después de la muerte de papá me sentí muy solitaria durante un tiempo y las cosas me parecieron distintas... lo mismo las personas. Pero seguí pensando que era mi imaginación. Hiciste mal en no ir a la gendarmería, David. Comprendo el motivo por el cual no lo hiciste, pero fue un error lo mismo...

Su honestidad era una fuerza, independiente de su amor, y le resultaba imposible descartarla. Para ella el bien y el mal eran dos cosas distintas la una de la otra y no podía existir ninguna sutil combinación entre ellas, ningún sofisma o bruma metafísica que deformara la llaneza de su pensamiento. Esa era su juventud, y el duro valor que no toleraba complejidades de comportamiento.

—He hecho un embrollo de las cosas..., un embrollo criminal.

—¡No, no! —exclamó Anna vivamente—. En eso también te equivocas. Todos nos equivocamos... Pero no importa mientras seamos honrados con nosotros mismos después..., aun cuando sea demasiado tarde.

—¡Ay! Es ya demasiado tarde ahora.

—No es demasiado tarde para que vayas a ver a Douvet. No eres responsable de la muerte de Max, haya ocurrido como haya ocurrido.

—Rankl debió descubrir que Max desertaba..., habrá desconfiado de él.

—Sólo nos queda una cosa que hacer. Debemos ir a ver a Douvet y contarle todo. Ellos buscarán el cuerpo... Y Douvet hará lo que deba con Rankl. Nuestra línea de conducta es clara.

La joven se hallaba sentada, su rostro tenso y decidido, con el cabello húmedo suavemente ondeado sobre el cuello.

—No —contestó David enérgico y firme—. Escucha, Anna —y tomándola por los hombros la obligó a mirarlo—; te amo y no quiero que te veas mezclada en nada de esto. Este asunto es cosa mía. Yo iré a ver a Douvet y se lo contaré todo, pero sin mencionarte a tí para nada. No hay necesidad de que te mezcle en esto. Nadie nos ha visto salir juntos esta mañana, a causa de la niebla. Cuando regresemos, tú te irás por tu lado y yo por el mío.

—¿Y por qué?

—Porque tal vez las cosas no resulten fáciles después que haya hablado a Douvet. Este pueblo es pequeño. Rankl puede poner dificultades... y hasta puede haber algún peligro. Si Aribi está complicado en el asunto, es posible que también lo estén otros árabes. Tú debes estar completamente ajena a todo el asunto. He sido tonto antes, pero ahora soy cuerdo. No es conveniente que te inmiscuyas a menos que te veas obligada a ello. Ahora te llevaré de regreso a la costa y te desembarcaré disimuladamente. Esta mañana sólo debe pertenecemos a nosotros dos. Diré a Douvet que me hallaba solo cuando descubrí el cuerpo.

Anna accedió ante su insistencia.

—Comprendo, *chéri*... ¡Pobre Max...!

Max había sido asesinado, pensó David. Y exigiría que se hiciera justicia, que fuera castigado el hombre que había puesto fin a su alegre espíritu y extravagante talento, que había mirado bajarse los pesados párpados sobre sus ojos juveniles y había visto su rostro, tan parecido al de Julie, hundirse en la nada. Y eso había ocurrido en gran parte debido a que en un arranque de fariseísmo, él, David, había decidido ocuparse de sus asuntos y hacer un trato con el mal. Lo embargaba ahora una profunda cólera, que duraría hasta que viera el fin de las tinieblas que arrastraron a Max hasta la muerte echando sobre él su mano tenebrosa.

Remó por entre la niebla que iba disipándose y varó el bote en la arena en un punto alejado de la bahía. Bajó al agua y llevó a Anna a la costa en sus brazos. Antes de que la depositara en tierra, la joven le rodeó el cuello con los brazos y apretó su rostro al de él, y por un momento permaneció como una criatura en los brazos que la estrechaban protectores. Cuando la puso en tierra la joven le dijo con calma:

—En cuanto se lo hayas contado todo a Douvet las autoridades se harán cargo del asunto y todo marchará bien. *Au revoir, chéri*...

Le envió un beso con la punta de los dedos y luego, volviéndose, se alejó en medio de la niebla por la playa. En pocos segundos su silueta quedó perdida entre los velos de vapor.

Hizo zafar el bote y durante una hora siguió remando lentamente, hasta que por fin decidió regresar. Cuando amarró la embarcación al muelle el sol brillaba alto y ardiente sobre la bahía y Kabarta bailaba en una calma de variados colores; el cadmio de la arena seca, el verde polvoriento de los árboles y las cascadas púrpuras de la buganvilla. Se había vestido de nuevo y mientras se hallaba de pie sobre las piedras grises del muelle sintió la transpiración que corría por sus axilas. Del pueblo llegaba el rumor y griterío de voces y por un claro entre las casas vio el movimiento de las pequeñas figuras en la plazuela.

—Sidi ben Ahrim —se dijo de pronto para sus adentros—. La tienda estará abierta y tendría que pasar delante de ella para llegar a la gendarmería.

VIII

La tienda de Sidi ben Ahrim estaba frente a la fuente seca en la parte oriental de la plaza, donde la hilera de casas bajas arrojaba una angosta franja de sombra sobre el gastado pavimento. Redfern fue saludado por el olor húmedo y cálido de legumbres y cocina, de perros y hombres, huía de la plaza para refugiarse en la penumbra. Un anciano con un turbante oscuro envuelto alrededor de la cabeza y una túnica blanca sucia arremangada sobre sus piernas cruzadas, conversaba tranquilamente con otros tres árabes sentados delante de él. Había una gravedad en ellos que contrastaba en forma extraña con los dos niños vestidos sólo con cortas camisas, que jugaban ruidosamente en el arroyo de aguas sucias; sus oscuros ojos se volvieron curiosamente hacia Redfern cuando éste pasó. Era casi la hora del almuerzo y no había señales de los habitantes franceses. Una mujer pasó en silencio, elevando la mano al pasar junto a Redfern para sostener el velo que le cubría el rostro.

En el borde de la fuente una paloma de ancho pecho y plumas tornasoladas que brillaban al sol espantaba un par de gallinas delante de ella dejando oír un sordo arrullo. El grito agudo de una risa boba resonó de súbito, procedente de una alejada callejuela que desembocaba en la plaza, y apareció una mula cargada con dos hatos de leña conducida por un muchacho de unos diecisiete años. Era Abad, el semi bobo que proveía de leña al café y vivía en un pobre aduar más allá de Ben Negro. Dirigió algunas palabras incomprensibles a Redfern y a los hombres que estaban hablando, y siguió conduciendo la mula, bailando detrás de ella en el polvo en forma extraña y absurda. Redfern conocía al muchacho. Había visto a Anna regateándole el precio de su leña algunos días antes, en la puerta del café.

David se detuvo ante la oscura caverna que era la tienda de Sidi ben Ahrim, y un muchacho con un bonito fez rojo y túnica color gris pálido levantó la vista de su banco y le sonrió. Sus dientes y el blanco de sus ojos hacían más intensa la oscuridad detrás de él.

—Alá lo ha hecho feliz —dijo señalando con la cabeza hacia Abad que desaparecía.

Y siguió golpeando un prendedor en el cual engastaba pequeñas turquesas. La plata árabe era rústica y pesada. Sobre el banco, delante de él,

se veía una colección de brazaletes, anillos, pequeñas réplicas en cobre de la fuente de la plaza, y ceniceros y bols con dibujos geométricos incrustados en plata. De la oscuridad llegaba hasta ellos el olor acre y pesado a carbón de leña y mijo cocinándose.

—¿Eres Sidi ben Ahrim? —preguntó David con calma.

El muchacho contestó sin levantar su cabeza.

—No lo seré, ¡loado sea Alá!, mientras viva mi padre. Pero si desea comprar algo —y la deslumbrante sonrisa volvió a aparecer un momento mientras levantaba la cabeza—, entonces *monsieur* puede hablar conmigo, pues un hombre hace mejor compra con un muchacho que con un viejo mercader. ¿Busca algo, *monsieur*?

—Busco buena suerte —contestó David.

—Puede serle concedida a *monsieur*. Pero temo que haya acudido a una casa equivocada. Sidi ben Ahrim ha carecido de suerte desde el día de su nacimiento, y yo soy su hijo.

—Existen dijes que un hombre puede llevar para que le traigan suerte.

El muchacho elevó la cara y lo miró de frente, y David sintió que la fría mirada lo recorría por entero. Metió su mano debajo del banco y sacó una bandeja de dijes que colocó ante Redfern. Este los miró y en seguida advirtió que lo que buscaba no estaba allí. Eran dijes ordinarios, fabricados en serie, que probablemente Sidi ben Ahrim compraba al por mayor en Túnez o Argelia. Sacudió la cabeza.

—No hay nada ahí que me agrade.

—Esto es lo único que tenemos, *monsieur*. Tal vez *monsieur* preferiría que le hiciera un par de gemelos... Los que lleva están bastantes gastados.

David echó una mirada a sus gemelos y vio que el dibujo en esmalte sobre la superficie de oro estaba, en efecto, bastante gastado. Julie se los había regalado hacía muchos años.

—No —contestó con leve irritación—. Lo que quiero es un dije que me traiga buena suerte. Entre los de tu raza el pez es considerado de buena suerte, y me dijeron que podría comprar aquí una cadenilla de oro y un dije así.

El muchacho asintió con la cabeza.

—Sé lo que *monsieur* busca. Pero es difícil conseguir oro en estos tiempos... Antes solíamos hacer y vender esas cosas, pero ahora...

Habían estado hablando en francés. En ese momento, desde la trastienda llegó hasta ellos el sonido breve y cortado de las sílabas del idioma árabe, y de la oscuridad emergió una alta figura que avanzó hacia la pálida claridad. El

muchacho saltó de su banco, esbozó una breve reverencia a Redfern, y sin mirar al hombre que acababa de entrar, desapareció en la trastienda.

—¿*Monsieur*? —la expresión y el tono de esa única palabra, ricos en disculpas y halagos, contrastaba con la orden breve y seca impartida al muchacho. David se encontró con un árabe alto vestido con una sobria túnica roja de anchas mangas colgantes. El rostro era delgado, amarillo, de rasgos pronunciados y angulares y pobladas cejas oscuras.

—Estaba pidiendo a su hijo...

—Es mi hijo, *monsieur*, pero es un tonto. Un hombre puede dar a su hijo su nombre pero no su sabiduría. Cuando dice que no hacemos tales cadenas tiene razón. Pero si *monsieur* hubiera venido unos días antes hubiera tenido la felicidad de poder venderle una, la última que nos quedaba. Desgraciadamente...

—¿Ya la vendió?

—Sí, *monsieur*. Pero si puedo servirle en alguna otra cosa...

—No. Sólo quería una cadena así.

—Siento decir a *monsieur* que ha llegado demasiado tarde.

David advirtió que el hombre lo observaba, y tuvo la impresión de que detrás del oscuro rostro se ocultaba una actitud de tranquilo desprecio. En la inmovilidad del silencio que se produjo entre ellos, silencio que Sidi ben Ahrim soportó con más facilidad que él, David sintió como si fuera acumulándose algún poder hostil sobre él y recordando de pronto una positiva ventaja, se alegró pensando que iba a poner todo aquel asunto en manos de Douvet, y que la responsabilidad ya no sería suya. El poner aquello en manos de la autoridad lo dejaría libre. Pero ahora, en aquel momento indefinido, aún era cosa suya, y lo que leía en el rostro impasible y serio de aquel hombre alto y flaco desafió su audacia, despertándole el deseo de seguir hablando.

—No importa —dijo, añadiendo luego vivamente—: ¿Quién la compró?

No había esperado advertir confusión alguna en el hombre, y no la advirtió. La fuerza que lo enfrentaba podía equipararse a la suya.

—Creo que *monsieur* ya lo sabe. ¿Acaso no desea usted comprar una porque admiró la que le enseñó su obrero Aribi?

David comprendió que allí no ganaría más de lo que ya había ganado. Estaba seguro ahora de que Aribi y aquel hombre se entendían, y también de que la cadena que poseía Aribi jamás había sido comprada por él en aquella tienda. Y mientras permanecía allí de pie, con el sordo rumor del arrullo de las palomas de la fuente en los oídos, tuvo la intuición del odio que se agazapaba en las sombras amenazadoras.

—Así es —dijo con calma—. Por lo visto, tendré que conformarme con no poseer una igual.

Sidi ben Ahrim inclinó ligeramente su largo cuello, y por primera vez sonrió, dejando ver sus dientes manchados.

—*Monsieur* no necesita dije alguno para traerle suerte. Tiene una sabiduría que le protegerá. —El cumplido fue debidamente comprendido por David. El hombre no habría podido hablar con mayor claridad si le hubiese dicho que le convenía ocuparse de sus propios asuntos y nada más. David, diestro en apreciar la sutileza de idioma de otra raza, comprendió que las palabras encerraban una amenaza delicadamente disfrazada.

Se volvió. Evitó entrar por la puerta principal de la gendarmería pasando ante ella y abandonando la plaza. Sabía que el árabe lo estaría espiando desde la negrura de su negocio.

En los fondos del pequeño edificio de la gendarmería encontró una puertecita cuya pintura azul estaba resquebrajada por el sol, y entró. Se vio en un oscuro corredor que conducía al estrecho pasillo del frente. Unos momentos más tarde se hallaba ante Douvet.

El hombre, sentado en su sillón con los pies descalzos sobre el escritorio, había estado durmiendo. No llevaba uniforme, sino un traje gris arrugado y camisa abierta.

—Hoy es domingo, *monsieur*, y no estoy de servicio..., pero vengo aquí en busca de un poco de tranquilidad. —Agitó su mano hacia un botellón de marsala y algunos vasos que se hallaban sobre un rincón de la mesa—. Permítame, *monsieur*, ofrecerle algo.

Redfern lo observó mientras servía la bebida, calzándose al mismo tiempo unas sandalias que se hallaban debajo de su silla. Bebieron y pronto el humo de una *Gauloise jaune* se irguió, rodeando el rostro delgado y lleno de arrugas de aquel hombre reseco por el calor y fatigado por el destierro, cuyo cabello gris formaba parches sobre su largo cráneo haciendo recordar a algún líquen seco. A pesar de que era gendarme y parte de la organización militar, Douvet ejercía también los poderes de la policía. Kabarta era demasiado pequeña para merecer una autoridad policial separada. Él desempeñaba ambas funciones, y si necesitaba ayuda siempre podía acudir a La Calle o Ain Draham, que quedaban a pocas horas de distancia.

—Siento molestarlo, *monsieur*, pero creo mi deber informarle sobre cierto asunto. —David hablaba en forma solemne, y tuvo la impresión absurda de sentirse como se sentía a menudo cuando comenzaba una conferencia; algo

tieso y torpe en la elección de las palabras, cosa que, por otra parte, desaparecería rápidamente.

Douvet asintió, sin inmutarse.

—Oficial o extraoficialmente, *monsieur*, es para mí un placer tenerle aquí. ¿Le agrada el marsala? Hace bien beber un poco de alcohol en una mañana calurosa como ésta. Espesa la sangre. Prosiga, *monsieur*, soy todo oídos. Se reclinó contra su sillón y David adivinó que esperaba el relato de alguna ratería árabe, algún inconveniente con sus obreros o alguna historia que merecía la gastada simpatía y las acciones cansadas que aun valían a pesar de haber perdido toda sinceridad.

—Le ruego me deje decir todo lo que tengo que decir; es una historia larga, y cuando termine contestaré cualquier pregunta.

Douvet asintió con la cabeza, frotándose su mandíbula de barba crecida. Apoyó los codos sobre el escritorio, sosteniendo su rostro con las manos, y escuchó. Con toda tranquilidad David se lo contó todo, excepto la parte desempeñada por Anna. No mencionó para nada a la joven. Douvet le observaba con mirada fija, frotándose siempre la mandíbula con sus dedos manchados de nicotina. Sólo una vez se movió durante el relato, y fue para alcanzar su vaso y llevárselo a los labios mientras David hablaba de su visita al negocio de Sidi ben Ahrim. David, que trataba de descubrir en él alguna señal de emoción, nada vio. Hubiera podido estar contando su cuento a un antiguo sacerdote habituado a los displicentes desasosiegos de la vida de las tribus. Una vez que hubo terminado bebió, empujando el vaso para sorber hasta la última gota del líquido dulce, y luego encendió un cigarrillo.

Douvet, irguiéndose, permitió que por primera vez trasluciera lo que sentía. Silbó y luego dijo con firmeza, impresionando a Redfern por su sutileza:

—¿Cómo entró usted en este edificio?

—Por la puerta del fondo. Nadie me vio.

—Deberá retirarse por la misma puerta —hizo una pausa, frotándose el mentón—. *Monsieur*, usted habría debido venir a verme antes. —Hablabas con severidad.

—Lo comprendo. Pero eso no importa ahora.

—No. Pero es mi deber el señalarlo.

—¿Qué piensa usted hacer?

Douvet guardó silencio durante un momento, con la mirada fija más allá de la ventana, y Redfern vio que la punta de sus dedos extendidos, que se hallaban unidos en actitud de plegaria, temblaban ligeramente.

—Muchas cosas, *monsieur*. Pero debemos ser cuidadosos. Para comenzar, usted dice que Rankl y Grivel hacían contrabando de armas. Estas debían llegar por mar en los barcos que vienen en busca de su corcho. ¿Tiene aún el revólver?

—Lo tiré el río.

—Es una lástima. Rankl puede haber asesinado a Grivel, pero tendremos suerte si su cuerpo es arrojado a la orilla. Todo el mundo conoce las corrientes de la bahía. Cuando el ganado es arrastrado por el Oued Mabeuse en invierno, durante las crecidas, a veces se queda flotando allá fuera durante días y días. Pero la corriente más allá de la bahía se interna en el mar. Una vez que Max se encuentre en ella, sólo Dios sabe donde irá a parar... Malta, Sicilia o tal vez Pantellaria. Y con seguridad Aribi sabe algo respecto a eso, puesto que tiene la cadena de Max. —Fijó una mirada penetrante en Redfern y agregó—: Kabarta es un lugar pequeño, *monsieur*, y un lugar extraño. Hay que proceder con cautela. Informaré a las autoridades de La Calle hoy mismo, pero primero debemos hacer otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Quiero pedirle que no diga nada de esto a nadie. Usted comprende la necesidad de ello, ¿verdad? Retírese usted de aquí como si nunca hubiera venido. Yo sabré encontrarle cuando lo necesite.

—Por supuesto.

—Luego deberé hablar a *monsieur* le Maire.

—¿Al alcalde? ¿Hay uno aquí?

—*Mais oui!* ¿Por qué no iba a beberlo? Debo hablarle de esto antes de comunicarme telefónicamente con las autoridades. Usted comprende, yo soy directamente responsable ante él.

—Pero ¿quién es el alcalde? Nunca pensé que lo hubiera aquí.

Douvet sonrió.

—Mucho desearía, *monsieur*, que no lo hubiera, pues es *monsieur* Serafis, y créame que le resultará muy desagradable un asunto de esta clase. Adivino que pasará un mal cuarto de hora.

—¡*Monsieur* Serafis...! —David podía imaginarse fácilmente cuál sería su reacción.

—Tal vez también hable a Rankl. ¡Oh, no se preocupe, *monsieur*, no cometeré ninguna imprudencia tonta! Pero nos conviene saber cómo fué Grivel a Túnez... Es lástima, *monsieur*, que no haya venido usted a verme antes. Las cosas hubieran podido ser distintas. Pobre Max...; es triste morir joven.

David se puso de pie.

—Me reprocharé mi estupidez durante mucho tiempo, *monsieur*. Hay ciertas cosas en las que es mejor no pensar. Por el momento, sólo deseo una cosa...

—Lo comprendo, *monsieur*. No se preocupe..., déjelo por cuenta nuestra. El contrabando de armas será detenido, y si hubo crimen, alguien pagará por él. Yo quería mucho a Max. Cuando lo necesite a usted, *monsieur*, iré a verle. Mientras tanto, no diga nada. Está usted en Kabarta y no en Londres, y es usted nuestro único testigo. Lamentaría encontrarlo con un puñal clavado en la espalda... y recuerde que aquí no sólo los árabes usan puñales. Otros han adquirido el hábito, y es difícil que en semejante asunto estén complicados sólo dos hombres.

—Me cuidaré.

—Bien. —Luego, mientras Redfern ganaba la puerta, Douvet dijo con calma, levantándose a medias de su silla—: ¿Está usted seguro, *monsieur*, de no haber mencionado esto a nadie más? ¿De no haber sugerido nada a nadie..., por ejemplo a *monsieur* Weaver o a *monsieur* Guillard?

Redfern, volviéndose, miró al hombre. Comprendió entonces, al mirar el rostro viejo y arrugado, que acababa de presentarle un problema mayor de cuantos había enfrentado hasta entonces, y cuya complejidad sólo ahora empezaba a advertir, despertando en él los primeros fantasmas del miedo. Douvet también, pensó, quería evitar un puñal clavado en la espalda, y de nuevo lo humano de esa debilidad le hizo simpatizar con el hombre. Quienes enfrentaban el peligro sin temor eran tontos. Y Douvet no era ningún tonto, de eso estaba seguro.

—No, *monsieur* —mintió con calma—. Usted y yo somos las únicas personas en Kabarta que lo sabemos. —El recuerdo de la advertencia de Douvet respecto al puñal en su espalda, y el evidente y creciente temor del hombre le confirmaban la sagacidad de mantener a Anna alejada del embrollo.

—Eh bien, *monsieur*, *au revoir*.

David partió. Douvet volvió a dejarse caer en su sillón escuchando los pasos que se alejaban, y luego reinó profundo silencio en la habitación.

Durante unos momentos Douvet permaneció semisentado y semiacostado contra los duros brazos de su sillón, y lentamente en su rostro viejo y cansado fue reflejándose una pasión en la que se mezclaban el temor y la ira. Del seco cutis apergaminado de su frente comenzó a brotar el sudor, que secó con un gesto impetuoso y vivo de su mano. Inclinandose hacia adelante alargó el

brazo en busca del botellón. Su mano temblaba al llenar el vaso. Se echó el líquido en la boca como si tuviese los segundos contados, y el desordenado movimiento de la nuez estiró la piel grisácea del cuello.

—*Merde!* —La sucia palabra pareció calmarlo. Alargó la mano y acercó hacia él el aparato telefónico, y mientras levantaba el auricular dijo en alta voz—: “Cette fois il a trop fait... —y luego, con viciosa ira, exclamó—: “Le sale ballot!”.

Desde el otro extremo del cable se oyó una voz delgada e irreal en la vibrante transmisión.

—Habla Douvet, *monsieur*. Debo ir a verle en seguida.

Un murmullo de ecos metálicos llenó la habitación.

—*Monsieur*, en este momento no puedo tomar en consideración su conveniencia, o mejor dicho —y una levísima ironía se deslizó en la voz del gendarme— es el momento en que más debo tomarla en consideración. Voy a verle, *monsieur*. Usted comprenderá cuando me vea. Algo ha ocurrido. ¿Comprende? Voy en seguida para ahí. —Dejó caer el auricular en la horquilla, cortando así la otra voz en medio de una contestación irritada.

En su despacho del Château Ben Negro, *monsieur* Serafis se quedó con el receptor mudo en la mano. Lo sostuvo un momento ante él frunciendo el ceño y luego lo colocó lentamente en su lugar. Se puso de pie y se acercó despacio a la ventana sin cortinas, chupándose las mejillas fofas de su cara rubicunda mientras cavilaba sin prisa en las palabras de Douvet. La luz del sol que llegaba por la ventana arrojaba pequeñas sombras en los huecos de sus mejillas hundidas. De pie allí, bajo y grueso, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta blanca, el aire que soplaba de la ventana jugueteando con el cuello suelto de su camisa de seda, se quedó mirando el polvoriento camino que llevaba a Kabarta.

Un abejaruco de brillantes colores (*un chasseur d’Afrique*) revoloteó refulgiendo al sol y fue a posarse un instante sobre el cable telefónico, desapareciendo luego. Las pardas aguas del Oued Mabeuse se deslizaban con lentos movimientos de culebra por entre sus barrancas bordeadas de bambúes, y en la encrucijada, a una milla de distancia, donde bifurcaban los caminos de Ain Draham y el de la costa, un muchacho árabe se irguió del polvoriento triángulo de tierra parda y arrojó una piedra a una cabra rezagada. Serafis vio sobresaltarse la negra bestia que elevó la cabeza, y cómo se balanceaba desgarbada y pesada su ubre contra sus delgadas ancas, mientras iba trotando a unirse con el resto del rebaño. Todo aparecía claro y nítidamente delineado en la fuerte luz que anulaba la distancia dando la impresión de que una mano

extendida alcanzaría el lejano valle y podría tocar la oscura alfombra de árboles y sentir la superficie caliente de las rocas grises. Se notaba movimiento en la carretera: un leve penacho de polvo se levantaba en la blanca cinta y apareció un hombre pedaleando con energía una bicicleta. Serafis sonrió, y sobreponiéndose a la ansiedad que le dominaba con la seguridad que le conferían sus propios poderes, el ancho rostro blanco tomó una expresión de arrogante desprecio.

Rhadija entró en la habitación detrás de él, llevando una bandeja con una botella de Orvieto y un vaso. Él la oyó, pero no se volvió. Al posar la joven la bandeja el borde del vaso tocó la botella y una nota pura y frágil tembló en el aire.

—Trae otro vaso, Rhadija —dijo siempre mirando el movimiento de la carretera—. *Monsieur* Douvet no tardará en estar con nosotros.

Cuando Douvet subió las escaleras y entró en la habitación, Rhadija estaba sentada sobre el largo diván, leyendo, y Serafis aún se hallaba ante la ventana. Éste se volvió, señalando una silla junto al escritorio.

—Debe estar usted sediento, *monsieur*, después de ese viaje.

Sirvió el vino y observó a Douvet mientras lo bebía. Cuando el hombre hubo depositado de nuevo el vaso, Serafis dijo con calma:

—Y bien, ¿cuál es la cosa tan importante que nos priva a ambos de nuestra siesta?

Douvet echó una mirada hacia Rhadija, graciosamente enroscada sobre el diván con su libro sobre la falda.

—No hay nada que Rhadija no pueda oír —pronunció la voz de Serafis, que había perdido parte de su buen humor.

—Perfectamente, *monsieur*. Deseo saber si Grivel se ahogó naturalmente o si... —Vaciló, evitando la palabra, sacudiendo un poco de polvo de las rodillas de su pantalón.

—¿O si fue asesinado? —Serafis estaba tranquilo, interiormente divertido al observar la emoción del otro hombre.

—Sí, *monsieur*.

—Fue asesinado.

Douvet no hizo un solo movimiento. Era lo que había estado esperando. Ni una vez, desde que le habló Redfern, había abrigado la más leve esperanza de que fuera en otra forma. Conocía a Serafis, conocía la crueldad que se ocultaba detrás de su afable excentricidad, y sabía también que la inteligencia acompañaba cada paso que daba aquel hombre. No era ningún tonto, y durante un momento su temor se arrulló con ese conocimiento. Serafis jamás

corría riesgos que pudiera evitar. Irguió los hombros, pensando en el dinero que dentro de tan poco tiempo le llevaría de regreso a Francia, donde terminaría agradablemente sus días en Auvergne. Redfern le había hecho temer que todo aquello se disiparía, pero ahora, ante Serafis, recobró a la vez el valor y la esperanza.

—Tal vez quiera usted decirme lo que ha ocurrido, *monsieur*...

—¿Quiere saberlo, Douvet? ¿Le parece sensato? Usted ya conoce mis principios. Lo que no es necesario, no es sensato saberlo...

Serafis se hallaba reclinado contra el respaldo de su silla; observaba divertido la sucesión de pensamientos que adivinaba conmovían a Douvet. Algo había marchado mal y el desafío que aquello implicaba lo llenaba de excitación.

—Es necesario ahora, *monsieur*. Dentro de un momento comprenderá usted por qué.

—Muy bien. Grivel fue asesinado por Rankl por orden mía. Fue muerto de un golpe en la nuca, en el corredor de esta casa.

—¿Cuándo?

—Por la mañana temprano, tres días atrás. Vino a pedirme dinero para ir a Túnez a pasar unas vacaciones. Yo hubiera podido creerle. Era momento oportuno para que fuera a Túnez, ya que no había nada que hacer mientras el inglés estuviera aquí. Pero, desgraciadamente para Grivel, Rankl había descubierto que no tenía intenciones de regresar de Túnez. Pensaba irse a París, a pintar... No estaba mal dotado, aunque personalmente considero que carecía de verdadero talento. Su carácter era esencialmente inestable, y debido a ello tuve que hacerlo matar. Como usted comprenderá, Douvet, tengo demasiadas cosas en juego aquí y en otros lugares como para arriesgarme a que un hombre como Grivel ande suelto. Algunas copas de más, un momento de debilidad y hubiera hablado demasiado. Sólo aquí, bajo mis ojos, estaba seguro.

—Sus motivos son siempre inobjetables, *monsieur* —dijo Douvet con toda cortesía.

Serafis rió entre dientes.

—Es usted un sentimental, Douvet. La muerte de Grivel no es muy importante comparada con el comfortable retiro que usted ansia. ¿Lo hubiera usted sacrificado por Grivel?

Douvet elevó la vista.

—No.

—*Alors, nous sommes d'accord.*

—Y... ¿qué hicieron con él?

—Esa noche Rankl y Aribi lo llevaron a la playa, y cargándolo en un bote remaron mar adentro, arrojándolo luego en la corriente mayor. Hay pocas probabilidades de que su cuerpo sea devuelto a la costa. Usted conoce esa corriente. Y si por casualidad ocurriera, bueno, se ahogó, y el golpe en la cabeza fue causado por las rocas... Nadie se interesaba por él, nadie lo llorará. Max Grivel era sólo un nombre... Para los suyos hacía tiempo que había muerto. Se emborrachó mucho la noche antes de venir aquí, tanto que hubiera podido caerse en el río al regresar a su casa. Nada puede marchar mal.

Douvet sacudió la cabeza.

—Y sin embargo algo ha marchado mal, *monsieur*. En primer lugar, el inglés sabe que Rankl y Grivel hacían contrabando de armas, aunque ignora que usted es su jefe. Sabe también que Grivel era inglés, y esta mañana ha visto su cuerpo en la bahía, a pesar de que no pudo recuperarlo... —Hizo una pausa, observando a Serafis.

El hombre no demostraba emoción alguna, excepto una presión ligeramente pronunciada de sus gruesos labios. Los grandes ojos oscuros observaban escrutadores a Douvet.

—Prosiga —dijo con calma, y tendió la mano hacia la caja de cigarrillos. Rhadija, poniéndose de pie, se le acercó con un encendedor.

—Dudo de que Rankl haya ido en el bote con Aribi. Aribi es un haragán y un ladrón. No llevó el cuerpo lo bastante lejos, de lo contrario no habría permanecido tanto tiempo en la bahía, y robó al cadáver una cadena que *monsieur* Redfern había visto al cuello de Grivel y que luego vio en poder de Aribi. *Monsieur* Redfern cree que Grivel fue asesinado, y asesinado precisamente por las razones que usted acaba de dar, *monsieur*. Y considera a Rankl como principal actor de todo esto, y, yo le prometí que informaría a las autoridades y que tomaría las disposiciones del caso.

Douvet se reclinó contra el respaldo de su silla. Hacía tiempo que conocía a Serafis, admirando su competencia y abominando su falta de sensibilidad, ignorando cómo reaccionaría ante cualquier situación. Ira, burla, indiferencia..., todo ello lo utilizaba para encubrir sus verdaderos sentimientos. Los gruesos labios estaban fruncidos, y los oscuros ojos, semejantes a aceitunas empañadas, se hallaban fijos en él.

Cuando Serafis habló, lo hizo con un murmullo seco y cortante.

—¿Sabe si ha confiado en alguien más?

—No. No habló con nadie excepto conmigo.

—¿Está seguro?

—Me dió su palabra.

Mientras Douvet hablaba, había ido desarrollándose ante Serafis el intrincado y accidentado panorama de la situación, y con el instintivo talento que lo caracterizaba, sopesaba ahora las posibilidades que existían de sobrevivir si se aventuraba en aquel campo lleno de escollos. La elección del movimiento adecuado, el “*camouflage*” capaz de ocultar la mala acción, dependían de la pregunta que acababa de formular. Si únicamente Redfern estaba enterado de aquello, entonces el hombre se había convertido por su misma cautela y probidad en una futura víctima. Seguro de sí mismo, Serafis se sintió embargado por una arrogancia mezclada de júbilo. Mucho era lo que había que hacer, pero el fin era seguro, y cuando llegara le dejaría a él, lo mismo que siempre, lleno de poder y gozando de los frutos que tan fácilmente obtenía. Comenzó a reír quedamente primero, sacudiendo sus hombros hasta que luego todo su cuerpo se vio estremecido por su hilaridad.

—Me alegro, *monsieur*, de que encuentre esto tan divertido.

Serafis dejó de reír de pronto y poniéndose de pie fue a sentarse sobre el antepecho de la ventana abierta, de frente a Douvet. Ya no había más risa en él. Cuando habló lo hizo con suavidad y decisión y sin rastros de emoción.

—Es usted un tonto, Douvet. No me río porque esté contento. Un hombre puede reír por histerismo, por temor, por ira, por orgullo... o por desprecio. Yo me río por desprecio, un desprecio profundo por los principios y conducta infantiles de otros hombres, hombres que se creen inteligentes y sensatos. ¿No siente acaso usted también desprecio por ese Redfern? ¿O será que usted está tan determinado a llevarse su pequeña fortuna de regreso a Francia que ya no le queda tiempo para pensar o sentir cualquier otra cosa?

—Supongo que usted también concede cierta importancia a la seguridad de su pellejo y a su fortuna —replicó Douvet, un tanto áspero.

—Sin duda. Pero tengo lugar además para otros sentimientos. He aquí un hombre que descubre un secreto y se queda tan tranquilo. Me resulta fácil imaginarme algunas de las razones de su proceder. Luego descubre a un compatriota y trata de salvarlo. ¿Salvarlo de qué? Principalmente de sí mismo. Y sin embargo, un poco de reflexión le hubiera demostrado que Grivel estaba destinado a destruirse a sí mismo. Grivel es muerto, y este hombre se torna virtuoso porque su buena obra ha sido frustrada, y cual pecador arrepentido, carente del valor necesario para mantener su pecado secreto y soportar tranquilamente su castigo, busca alivio tratando de reparar el error de su pasado, venganza, justicia...; sobre ellas estableceré mi orgullo y olvidaré mi humillación. ¡Ah, Douvet, usted no comprende la mente de los

hombres honrados, tan honrados que no pueden aceptar sus propias debilidades! Por lo tanto, viene a usted con la verdad. Y al hacerlo se destruye a sí mismo. Sí, por entrometerse en el pasado, por querer encubrir su propia debilidad, se destruye a sí mismo. ¿No siente usted ningún desdén por un hombre semejante? Es uno de los tantos que jamás aprenden, que siguen esperando que algún día descubrirán que son lo que no son. Pues bien... — encogió los anchos hombros, el problema estaba ya resuelto, y el tiempo no tardaría en borrar toda molestia y esfuerzo—: cuando muera tal vez aprenda a ser un poco más prudente, pero... será demasiado tarde.

Douvet se puso de pie, confundido.

—¿De qué está usted hablando?

—De muerte, Douvet. De la muerte de *monsieur* Redfern.

—¡Ya ha habido bastante muerte. ¡No quiero saber nada más de eso! ¿Me oye? —Su cólera ahora sobrepujaba a su temor.

—No sea tonto. ¿Quiere usted regresar a Francia o pudrirse en una cárcel de Argel? Grivel tenía que morir. Ahora Redfern también tiene que morir. Es la única solución. Escúcheme —Serafis hablaba ahora como si estuviera dando detalles de algún trámite común—: debe hacer ese trabajo, redactar sus listas y encajonar sus tesoros. Él mismo despachará los camiones para seguirlos luego. En ese momento le ocurrirá un accidente; dejaremos de lado su naturaleza por ahora. Usted hará el informe correspondiente. Tal vez tengamos aquí al Cónsul de Bóne... pero nada podrá hacer. Redfern estará muerto y con él su secreto, y la colección habrá partido. Mientras ha estado aquí jamás me sentí feliz. Si no fuera por la colección el accidente ocurriría antes, pero no quiero que llegue aquí otro inglés para terminar su trabajo. Los ingleses tienen la nariz larga, y no es éste el momento de que la metan en nuestras cosas.

—Pero él espera que yo haga algo respecto a ese asunto. Le dije que iba a consultarle a usted como alcalde de Kabarta.

—Magnífico, pero no haga nada más. Puede decirle que ya ha enviado su informe, que las autoridades están investigando... Se necesitan algunos días para todas esas cosas. Yo también hablaré con él. Le diré que estamos vigilando a Rankl y a Aribi... Sólo existe un peligro: que se impaciente y hable de esto con alguna otra persona.

—Me ha dado su palabra.

—Lo sé, pero no tengo la intención de confiar en ella. Usted debe decir a *madame* Labrée que retenga todas las cartas que envíe y que las traiga aquí. Y si quiere comunicarse por teléfono fuera de Kabarta deberá decirle que las

líneas están mal, y avisarme en seguida. Cuando la gente sabe que las autoridades están haciendo algo, se impacientan por conocer los resultados. Eso es lo único que tenemos que vigilar: su impaciencia. Pero él no debe sospechar que lo vigilamos. Somos bastantes en Kabarta para hacer eso, ¿verdad? ¿Acaso este lugar no me pertenece por entero? Prácticamente toda la población es mía... —Se hallaba ahora de pie y la excitación hacía brillar sus ojos—. Él tiene su secreto...; que lo guarde hasta la muerte. Circulará por Kabarta demasiado inocente para saber que casi cada hombre es su enemigo, demasiado estúpido para oler el peligro a pesar de que la atmósfera entera estará saturada de él. Este momento ha sido previsto, Douvet, previsto desde hace largos años. Con mi dinero he pagado por este poder, pues sin poder no hay seguridad. Un hombre no puede caminar solo sin perecer. Debemos organizar la estupidez y la codicia, el cansancio y la desesperación. —Se interrumpió de pronto echándose a reír, y acercándose a la mesa se sirvió un vaso de vino—. No, Douvet, usted no puede comprender todo esto. Usted toma por exageración lo que en realidad es la alegría de un triunfo inteligentemente concebido. Su mente está nublada por el temor de no ver nunca más a Auvergne... Lo verá, se lo prometo yo...

—Si usted lo dice, lo creo. —Douvet hablaba con sinceridad. Lo creía, pues el poder que aquel hombre tenía sobre él era seguro y reconfortante. Miró hacia Rhadija y tropezó con su vista. Le estaba mirando fijamente, traicionada por un instante su personalidad, y vio en ella como un reflejo del desprecio que sabía que en el fondo sentía Serafis por él. Molesto se volvió, ansioso por alejarse de ambos. Desde la ventana Serafis observó como abandonaba la casa, y de la blanca polvareda que levantaba la bicicleta sobre la carretera sus ojos se deslizaron hacia el arco de cobalto del mar. Allí, en algún lugar, el cuerpo de Max Grivel flotaba deforme, pero aquel horror no tuvo el poder de conmoverle o de empañar durante un instante siquiera la rica fantasía que adornaba su mente. Toda vida carecía de importancia, excepto la suya. Un hombre podía no tener otro concepto definido fuera de ese hecho, es decir, que su propio cuerpo, sus deseos eran su amo y sirviente, y que el vivir carecía de realidad excepto para la mente que registraba esa vida. Cada vida es un misterio, y el gran triunfo de la vida consistía en descartar todos los demás misterios, excepto la inminente excitación del propio.

Volviéndose, se dirigió a Rhadija, mirándola. La joven elevó el rostro hacia él, pero sin sonrisa, sin provocación, y ese sometimiento fue para él un estímulo que impetuosamente aumentó el alborozo que ya le embargaba. Se sentó a su lado y sus dedos regordetes cogieron el pequeño mentón.

Lentamente la atrajo hacia su pecho mientras sus anchas manos la sostenían. Ella seguía impávida, inmovible. Las gruesas manos recorrieron el blando cuerpo inerte hasta que los ojos oscuros de la joven se cerraron de pronto y su cuerpo se estremeció como si cayera en un trance.

IX

En la atmósfera tranquila las bujías, en sus altos candelabros de hierro, brillaban claras y serenas. Por encima de la baja balaustrada de la loggia guirnalda de petunias caían con gracia decadente, y en la pálida luz su color desteñido reflejaba toda la gama de los grises. Sólo brillaban la platería, la cristalería y en el cielo alguna estrella, haciendo que los árboles circundantes, los cerros y la oscura vacuidad del mar parecieran cercanos y opresores.

—Estaremos más cómodos afuera —había explicado Serafis a Redfern apenas llegado éste. Al caer la tarde de aquel domingo había telefoneado pidiendo a Redfern fuera a cenar con él. David comprendió que Douvet debía de haberle hablado, y por lo tanto sabía el motivo de aquella invitación. Pero hasta ahora nada había dicho, Rhadija, después de servirlos, acababa de retirarse.

David rechazó un cigarro, envidiando la fruición con que Serafis encendió uno y se reclinó contra su silla para fumarlo. Tomó un cigarrillo y se puso a observar la nube de humo gris que se elevaba lentamente hacia las bujías. Aquella tarde había contado a Anna su entrevista con Douvet, pasando el resto del tiempo en su cuarto, recostado sobre su lecho fumando y pensando. Sus pensamientos habíanle llevado lejos, pero sin darle gran consuelo. Con Julie se había engañado a sí mismo y Julie había sentido, sin poder definirla, aquella falsedad. Con Max había contribuido a una tragedia por su actitud indolente que le hizo rehuir la verdad. La justicia debía defenderse, por imperfectas que fueran las armas y métodos que se tuvieran al alcance. Esas imperfecciones hacían surgir otros problemas pero no ofrecían excusa alguna para que se eludiera la verdad, el mal debía ser afrontado con honradez. Y ese hombre sentado frente a él, con una gardenia en el ojal, regordete y confortable, era un camino hacia la justicia. El alcalde de un pequeño puerto africano, molestado en su tranquilidad por sus deberes, amante de su soledad y excentricidades y cuidando sus costosos caprichos con la tacañería de un avaro... Ese hombre era uno de los caminos hacia la verdad, pues por su cargo poseía las armas capaces de combatir el mal.

De pronto Serafis dijo:

—¿Sabe usted por qué le invité a que viniera aquí?

David asintió con la cabeza.

—*Monsieur* Douvet le habló, ¿verdad?

—Sí —contestó Serafis sin mirarle. Tenía los ojos fijos en un punto luminoso y que probablemente era el fuego de la choza de algún árabe en el cerro. Luego, ponderablemente, como si quisiera prevenirle de que no era prudente jugar con las autoridades, prosiguió:

—¿Está usted absolutamente seguro de todos los hechos de que ha informado a Douvet?

—Sí.

—¿Comprende lo serio que puede ser todo esto?

—Lo comprendo.

—¿Y no ha dicho nada a nadie más? Una palabra imprudente podría causar gran daño.

—Nadie más lo sabe.

Serafis sacudió la ceniza de su cigarro y lo miró.

—Bien. Usted debe comprender que para mí también esto es muy serio..., muy molesto, a decir verdad. No sólo soy el alcalde sino también soy el dueño de la *Entreprise Générale de Kabarta*. Y no es muy agradable pensar que mi gerente probablemente ha estado empleando mi negocio para sus fines ilícitos. No estoy acostumbrado a la deslealtad de mis empleados, *monsieur*, y puedo asegurarle que esto hace que tome un interés personal en el asunto que añade el resentimiento a mi natural deseo de que se haga justicia. Pero —y su voz tomó una monótona placidez— no por eso debo dejar de ser cauteloso. Debemos obrar con prudencia y mantener este asunto estrictamente entre nosotros. Por supuesto, deploro la muerte de Grivel, aun cuando haya estado traicionándome, pues era un muchacho simpático.

—No hablemos de Max...

—Me resulta fácil comprender sus sentimientos, *monsieur*. Debe de haber sido una experiencia horrible la suya. Permítame decirle que Douvet ha informado a los guardacostas de la región, pero conociendo las corrientes de por aquí como las conozco, dudo de que el cuerpo sea hallado. En cuanto a Rankl y Aribi, tanto Douvet como yo mismo los vigilaremos de cerca. Mientras tanto ha sido enviado un informe completo a La Calle, para que sea retransmitido a Bóne, y debemos aguardar las instrucciones de allí.

—¿Tardarán mucho en llegar?

Los negros ojos de Serafis permanecieron fijos en él, su rostro impasible.

—No lo sé, *monsieur*. La rapidez no es la característica de la burocracia, pero en este asunto me imagino que no perderán tiempo. Por supuesto trataré

de apremiarles. Mientras tanto, debemos ser pacientes.

—No podemos hacer otra cosa.

—Así es, *monsieur*. Como Alcalde lo único que le pido es su silencio y discreción, y su presencia cuando sea requerida. ¿Cuánto tiempo le van a tomar aún esas antigüedades?

—Creo que para el miércoles estarán todas embaladas y listas para partir. Pensaba despacharlas el jueves por la mañana por camión. Tendrán que viajar solas si yo debo permanecer aquí.

—¿Hay alguien que puede recibirlas en Bóne?

—Sí.

—Entonces no habrá inconvenientes. Usted debe continuar todo como si nada hubiese ocurrido, *monsieur*. Recuerde que Aribi es un hombre astuto. Trabaja con usted, y usted no debe arriesgarse a despertar sus sospechas. Que usted no viaje con los camiones nada significa. El sábado próximo tenemos nuestra gran cacería anual. Es más una excusa para beber y comer bien que para cazar jabalíes, pero tal vez le resulte agradable. Creo que sería perfectamente natural que un caballero inglés se quede un par de días más, después de la terminación de su trabajo, a fin de asistir a una cacería.

—En efecto. Pero espero que antes ya se habrán solucionado las cosas.

—Tal vez. Esperémoslo. Pero en caso contrario y si su presencia es aún necesaria aquí, puedo prometerle un día agradable. ¿Le agrada la caza? Bien, entonces podrá elegir entre mis fusiles. Pero no se descuide con nuestro *sanglier*... No se deja cazar con facilidad.

—Me quedaré, pues comprendo que me necesitarán. Es posible que tengan que diferir por bastante tiempo mi partida. Pero no me quejo de eso. Lo único que lamento es haberme equivocado tanto respecto a...

Serafis esbozó un gesto indulgente.

—Eso no es nada, *monsieur*. Todos nosotros cometemos errores. Es inútil buscar las razones que los originan. Mucho me temo haber sido yo también un tanto grosero con usted a su llegada. Lo lamento y espero que ahora tendrá mejor impresión de mí que en un principio. Sí —y su voz baja tomó una inflexión vagamente patética, una intimidad que favorecían la noche y las circunstancias—, usted debió encontrarme extraño. Soy extraño, *monsieur*. Un viejo recluso enamorado de la soledad y..., digámoslo con franqueza, tal vez un tanto excéntrico.

David dejó oír una leve risa.

—Tenía usted razón en disgustarse por mi llegada. Tengo entendido que ese asunto de la colección le ha estado molestando bastante.

—En efecto.

—Sea como sea, por lo menos usted me dejó trabajar tranquilo. Otras personas hubieran estado entrando y saliendo del galpón a cada instante.

Serafis llenó los vasos.

—Lo he dejado tranquilo, *monsieur*, porque no tengo interés en las cosas que sé que jamás podré poseer. No vaya a creer que soy insensible a las obras de arte. Mi casa y todo lo que me rodea prueban lo contrario. Pero me es imposible adorar una vitrina de museo, *monsieur*.

David sonrió.

—Durante mucho tiempo, *monsieur*, he sido conservador de museo. Debe cuidar lo que dice acerca de mis dioses.

—Nada más diré de ellos. Creo, *monsieur*, que usted y yo nos entendemos. Hubiéramos debido intimar antes. Ahora, por desgracia, nos queda muy poco tiempo. Pero trataremos de aprovecharlo bien —hizo una pausa y luego elevó su vaso—: lamentemos las circunstancias que nos han reunido, *monsieur*, y tratemos de aprovechar lo mejor posible el poco tiempo de que disponemos. Debe usted venir pronto a cenar conmigo.

Mientras avanzaba por el sendero que llevaba a la playa, Redfern pensaba perplejo en aquel hombre. Serafis se había enfadado con él cuando le había dicho que no podía retirar en seguida los cajones, y su cólera, a pesar de haberse aplacado, había subrayado ligeramente los escasos encuentros que tuvieron. Esta noche, tal vez debido al secreto que compartían o por que hubieran descubierto mutuamente su verdadera personalidad, habíase mostrado amistoso, y si bien había cierta extravagancia en él, se caracterizaba sólo por una inesperada tristeza y un gran cansancio..., efecto posiblemente de los disgustos que descontaba tendría cuando llegara a conocerse el feo asunto. Y, sin embargo, no hallaba ningún placer en sus pensamientos. El hombre lo había recibido bien, aunque siempre quedara entre ellos un punto de falsedad que incomodaba a Redfern mientras caminaba. Y esa falsedad parecía complementarse en las oscuras formas de Kabarta frente a él, o en la lisa superficie del mar. El agua parecía limitada por una piel oscura y aceitosa, que se movía y agitaba como bajo el impulso inquieto de una vida interior. No existe verdadera paz en este valle, pensó. Sólo la tranquilidad falsa que impone la noche al cubrir con su agitado sueño a la naturaleza y al hombre. El aire espeso del valle se amontonaba en la desembocadura del Oued Mabeuse, detenido por las oleadas de calor que se levantaban de la ardiente arena. De vez en cuando la brisa terrestre se abría perezosamente paso a través de la barrera, cargada con una mezcla de aromas y olores que

herían la nariz y la garganta como una droga: el estiércol seco por el intenso sol, el relente húmedo del lodo y la vegetación que rodeaban el río, el perfume sensual de las flores, buganvilla, hibisco, amarilis, brezo y tomillo se derramaban en el aire como una entrega apasionada, y entre aquellos perfumes se infiltraban los hedores de Kabarta, un flujo de aceite quemado, carbón, vino y comida, desperdicios y sudor salía de las blancas casas. Recordó repentinamente el frío viento de noviembre que empañaba la superficie del Serpentine, el cierzo que cortaba el aliento al volver la esquina para subir de prisa la escalinata de la universidad y luego el mes de mayo en su patria, con sus alegres campos floridos. Alzó la cabeza y divisó las casas bajas del pueblo perfilándose contra el cielo tachonado de estrellas. En ese momento comprendió que odiaba a Kabarta y que sentiría una gran alegría al alejarse de allí llevándose consigo a Anna. Entró en el *Café des Amis* con la sensación de que huía de la noche de afuera. El salón estaba repleto y varias parejas bailaban al son del piano. David se sorprendió de que no fuera Agno quien tocara. La música hubiera podido decírselo, pues era un ruidoso vals de taberna, alegre y pesado a la vez, completamente distinto de la música de Agno. Avanzando, vio que quien tocaba era Rankl. Se hallaba sentado ante el instrumento, sus pesados hombros subiendo y bajando bajo la camisa verde, riendo para sí mismo, y volviéndose de tanto en tanto para hacer una señal de aprobación con la cabeza a las parejas bailarinas.

David se sentó a una mesa con Joe y Agno.

—¿Por qué no toca usted? —pregunto.

Agno se encogió de hombros.

—Rankl está un poco ebrio y se siente alegre. Por eso toca valeses... Dentro de un rato se cansará.

—¿Dónde ha estado ocultándose toda la noche? —inquirió Joe.

—Estuve cenando con Serafis. Ahora que estoy a punto de irme se deshace en cortesías.

—Juegue a las damas conmigo. Estoy cansado de ganarle a Agno. —Joe vació la caja y empezó a colocar los peones—. Es extraño —dijo—, pero desde que se fue Max de vacaciones lo he echado de menos. De tanto en tanto solía venir a charlar conmigo. Echo de menos su risa y su alegría.

—Yo también —contestó David. Luego, mientras colocaba sus propios peones levantó lentamente la mirada y vio que Agno estaba observándole con el ceño ligeramente fruncido. Siguiendo un súbito impulso, Redfern le dijo—: ¿Usted también echa de menos a Max, Agno?

Agno asintió con calma.

—Es joven y alegre. Dos cosas que yo ya he dejado de ser. Resulta difícil decir si se echa de menos a alguien que siempre le recuerda esos dos hechos.

—Hay bastante alegría aquí esta noche —dijo Joe—. Todo el mundo parece haber bebido un poco más que de costumbre. Deben de estar festejando algo. Hasta los Guillardos parecen entusiasmados.

David notó, en efecto, el cambio en el ambiente. Era como si todos desearan sacudir las preocupaciones de la semana, y para ello elevaban sus voces y demostraban una inusitada exuberancia en sus movimientos. Douvet, que saludó con un movimiento de cabeza a Redfern al pasar bailando a su lado con *Madame* Labrée, parecía menos excitado que cualquiera de los demás. Pero Bichon, con su duro y curtido rostro fruncido por la risa, hacía girar a la regordeta hija de Douvet, y con la mano que le rodeaba el talle estaba haciéndole cosquillas. Redfern vio que le susurraba algo al oído y la joven empezó a reír nerviosamente mientras sacudía la cabeza. De pronto se encontró con la mirada de Redfern, e interrumpiendo su risa su rostro se tornó súbitamente solemne, como si él la hubiese sorprendido en medio de un momento íntimo y privado de felicidad. Guillard estaba argumentando acaloradamente con Dominic, quien, impasible, sostenía una botella de vino entre las manos, estudiando la etiqueta, sin dejarse impresionar por la avalancha de palabras. Anna, detrás del mostrador, conversaba con Georgette y sus ojos, pasando por encima de los hombros de la anciana, buscaron los de David. Durante un segundo le dirigió una levísima mueca. En un rincón, ante una mesa, cuatro trabajadores de puentes y caminos jugaban a las cartas, envueltos en una espesa nube de humo, y los movimientos vivos y violentos de sus manos al arrojar las barajas sobre la mesa contrastaban en forma extraña con su alegre risa.

—Tendrá que jugar un poco mejor si no quiere que le gane —dijo de pronto Joe comiéndole tres peones—. ¿En qué está pensando? Parece estar lejos de aquí.

La observación sobresaltó a David, y haciendo un esfuerzo trató de concentrarse en el juego. Había estado mirando en torno al salón, viendo a todos bajo una nueva luz, la pálida luz de su secreto, que parecía envolverlos. Todos parecían inocentes y felices, hasta Rankl, sentado allí, aporreando las teclas. Pero estaba seguro de que Rankl había asesinado a Max, y podía haber otros en esa misma habitación que... Agno tal vez... Sólo Dios sabía quién más compartía el mismo secreto, y sin embargo no daba señales de ello. La facilidad de simulación del rostro humano —pensó— era un triunfo que el hombre había logrado mediante siglos de maldad. Allí, en algún lugar de

aquella habitación, se hallaban quienes clavarían un puñal en su espalda, según le había advertido Douvet, si sabían que él sabía... Aquella idea le resultaba extraña, increíble, y no la hubiera tomado en cuenta a no ser por el horror de la mañana que aún lo embargaba.

—Habló demasiado pronto —dijo con tono ligero mientras hacía caer a Joe en una trampa que le aseguraba la victoria.

—Juega bien —pronunció Agno poniéndose de pie—. Da gusto ver a alguien ganándole, Joe.

—Es la primera vez que me ganan en Kabarta. ¿Qué les parece si bebemos a la salud del nuevo campeón? —Llamó a Dominic pidiéndole un *fine à l'eau*, pero cuando llegó la bebida Agno había partido y Rankl acababa de ocupar su lugar.

—*Bon soir, messieurs* —dijo sentándose con una torpeza pesada que hizo gemir la silla, y sonriendo a Redfern. David le contestó con una inclinación de cabeza, sintiendo que los músculos de su mandíbula se ponían tensos debido a la natural repugnancia que le inspiraba ese hombre, aunque su semblante nada reflejó.

—¿Por qué está usted tan alegre esta noche? —preguntó Joe.

—*Ach*, de nada sirve estar triste. Esta noche me siento feliz de encontrarme entre mis amigos —farfullaba pronunciando con dificultad las palabras—. No es bueno andar por el mundo sin amigos... La soledad es pernicioso... Debemos compartir la vida con nuestros amigos...

—La bebida le torna sentimental —observó Joe.

—No es la bebida..., hablo con el corazón —y se dió un puñetazo en medio del pecho.

David lo habría golpeado de buena gana. Sintió que le invadía una profunda cólera y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para aquietarla.

—Debe usted echar de menos a Max —dijo con calma. Si había esperado alguna sorpresa de parte de Rankl quedó defraudado.

El hombre asintió con la cabeza.

—Pero Max no me echará de menos. Lejos de la vista..., lejos del corazón. Así es él —y hundiendo una de sus manos en el bolsillo de su pantalón sacó algo que tendió a Redfern—. Es para usted, *monsieur*. Algo para que recuerde a Kabarta y a mí también cuando esté lejos de aquí.

David tenía en la mano un muñeco esculpido en madera a su semejanza. Se puso a observarlo, viéndose a sí mismo como Rankl lo veía con el rostro flaco, las pequeñas arrugas junto a los labios y el mentón firme y decidido...

sabía que se le parecía, y sin embargo, había en él un elemento perturbador y era vagamente caricaturesco.

Joe se echó a reír.

—Usted debería regresar a Suiza, Rankl, haría mucho dinero con los turistas.

—No soy suizo —contestó Rankl—, soy francés, *monsieur*, De Alsacia. Tal vez algún día vuelva por allí.

—Está muy bien —dijo David, y luego con cierta torpeza, añadió—: Gracias, Rankl.

Más tarde, en su habitación, colocó el muñeco sobre su cómoda. Quedó allí sentado, con las piernas extendidas y apoyado contra la pared, en una actitud de tan ridícula comodidad que el joven no pudo menos que echarse a reír. A pesar de que Rankl le desagradaba no podía negar que aquel muñeco le había causado placer. Resulta halagador que le hagan a uno un muñeco a su semejanza, especialmente cuando se sabe que el artista no siente ninguna simpatía por uno, y saber que él sabe que del orgullo deriva el placer, aun del hecho mismo de ser odiado.

X

A medida que transcurrían los días el sol se tornaba más fuerte, envolviendo a Kabarta en sus rayos abrasadores que a mediodía obligaban a todo ser viviente a buscar el refugio de la sombra, y por la noche, el calor que subía de la tierra recalentada hacía que la leve brisa que soplaba fuese cálida y sofocante. Prosiguiendo sus trabajos en Ben Negro, David no encontró cambio alguno en el modo de ser de Aribi. Al finalizar su día de trabajo había puesto su vieja levita, retirándose tranquilamente. Su tranquilidad irritó a David, encontrándola un tanto arrogante. Aribi debía saber que él había ido a casa del platero, y su confianza impresionaba a la vez que molestaba al joven.

El martes, al regresar de Ben Negro, se encontró en camino con Douvet, quien, llamándolo, le dió noticias reclinado contra el manubrio de su bicicleta y con su viejo rostro cubierto del polvo del camino. Le dijo haber hablado con Rankl, averiguando que éste había regresado solo del café a su casa, durmiéndose antes de la llegada de Max. A la mañana siguiente Max no se hallaba en el cuarto y Rankl supuso que se habría levantado temprano, yendo a la carretera de Ain Draham, donde sin duda algún camión le habría alzado. También dijo Douvet haber recibido noticias de las autoridades, que le habían dado instrucciones de no tomar ninguna medida por el momento. Estaban investigando en otras fuentes, y lo único que deseaban era que se mantuviera alerta.

—Aparentemente, *monsieur* —le confió Douvet—, no se sorprendieron tanto del contrabando de armas como era de suponer. Sin duda ya tenían algunas noticias al respecto, y están investigando antes de proceder a fin de descubrir cómo llegan a tierra las armas. En un asunto importante como éste, conviene andar con cautela. Si se recogen las redes demasiado pronto... podría correrse el riesgo de dejar escapar algunos de los peces más gordos.

David asintió con la cabeza.

—Comprendo. ¿Y de Max? ¿Han tenido noticias de él?

—Ninguna aún. Le diré que dudo de que se encuentre el cuerpo. ¿Y qué tal le fue con *monsieur* Serafis? Estaba muy enfadado conmigo..., como si yo tuviese la culpa de todo.

Mientras David le refería su cena con Serafis, Douvet lo escuchaba con la cabeza ladeada y los ojos fijos en el borde del espejo retrovisor del auto. Le hubiera agradado estar presente en la entrevista. Despertaba su sentido del humor. Ya había oído a Serafis reprender a Rankl y a Aribi por los errores cometidos. Aribi, después de admitir su robó, se defendió con la disculpa natural de que no le habían prohibido la ratería. Rankl, según adivinaba Douvet, habíase sentido turbado por cierto sentimiento de culpabilidad y afecto que le impidieron ir en el bote con el cuerpo de su víctima. El dejar ese trabajo a cargo de Aribi había sido un error, pues el árabe, obedeciendo a su natural pereza, en lugar de arrojar el cuerpo en la corriente que lo habría arrastrado rápidamente mar adentro, lo había dejado caer demasiado cerca de la costa. Serafis no mostró ninguna piedad por esos errores, reconviniendo a ambos con palabras duras. Pero, una vez pasada la cólera, el hombre no había perdido más tiempo con el pasado. El futuro era lo que importaba ahora, y con toda sangre fría había planeado la muerte de aquel inglés tranquilo y agradable. Al observar su rostro delgado y bronceado, Douvet, cosa extraña, no sintió la más leve compasión. No consideraba, a Redfern como a un ser humano, sino simplemente como a un extraño, a un nombre, que debía sufrir a fin que su propio porvenir y el de otros no se viera malogrado. El miedo, la ansiedad eran cosas que el hombre experimenta si permite que su mente vagabundee, pero Douvet tenía la suya perfectamente bajo su dominio.

—*Et voila, monsieur* —dijo subiendo de nuevo a su bicicleta—. *Pour le moment nous ne pouvons rien faire qu'attendre.*

Esa noche David puso sus listas al día. El trabajo estaba tocando a su fin ahora. Tenía por costumbre enviar las listas a Bóne conforme las iba terminando, es decir a medida que los cajones quedaban en orden, guardándose únicamente la copia que le correspondía. Fue al correo, y después de franquear su carta la entregó a *Madame* Labrée. El largo y flaco rostro de la mujer, con su bozo sobre el labio superior, no reflejó expresión alguna, y David se sonrió al verla leer sin disimulo alguno la dirección de la carta.

—¿Terminará pronto su trabajo aquí, *monsieur*?

—Muy pronto.

—Más vale así —contestó la mujer dejando caer la carta dentro de un cajón que estaba detrás de ella.

—¡No vaya usted a decirme que está deseando que me vaya! —dijo Redfern con tono ligero, preguntándose si le sería posible hacer sonreír aquel rostro solemne.

Pero el rostro reflejó la más leve sonrisa cuando contestó:

—*Au contraire, monsieur*. En Kabarta son pocas las distracciones, y usted nos da un motivo de conversación. Sentiremos su partida.

David sabía que era la amante de Douvet, y durante un momento se preguntó si éste no le habría dicho algo. Su reticencia e impasibilidad sugerían un conocimiento común a ambos, como si su tiesura fuese una defensa para que los demás no se enterasen.

El joven se volvió para retirarse, y al hacerlo sus ojos tropezaron con la cabina del teléfono público. Le embargó una súbita soledad y sintió deseos de oír una voz inglesa, de comunicarse con el mundo exterior, y disipar durante un momento la atmósfera pesada de Kabarta. El cónsul de Bóne era un hombre honrado, amistoso, que criaba pececillos rojos en grandes tanques en su casa. Sólo tenía que levantar el auricular para, conversar con él. Siguiendo su impulso se acercó al aparato y lo alzó.

—¿Con quién desea hablar, *monsieur*? —preguntó *madame* Labrée desde el mostrador. En el extremo del angosto espacio que había detrás, estaba un pequeño conmutador.

—Quisiera comunicarme con Bóne.

—¿Con Bóne, *monsieur*?

—Sí, con el Cónsul Británico.

La mujer se le quedó mirando durante un momento y luego, lentamente, sacudió la cabeza.

—*Je regrette, monsieur*. Pero la línea no funciona desde esta tarde temprano.

David colocó el auricular en su sitio.

—¿Y por cuánto tiempo estará mal?

Madame Labrée se encogió de hombros.

—¿Quién puede decirlo, *monsieur*? Desde la guerra las cosas marchan mal. Tal vez mañana pueda comunicarse. Los árabes suelen cortar las líneas para robar el alambre de cobre... Suelen hacer anillos y brazaletes con él para sus mujeres...

—¡Bien... paciencia!

Afuera, la plaza sumida en una nebulosidad de tonalidades grises y violetas, un resplandor nacarado, característica de la puesta del sol. Esa luz particular duraba apenas un instante y ya Joe le había hablado de ella, diciéndole haber tratado de captarla en algunas de sus telas. Los contornos de los edificios, suavizados por aquella tenue claridad, así como las personas

aparecían ligeramente fuera de foco, lo que daba al ambiente un aspecto de suave cuadro al pastel.

—*Bonsoir, monsieur.*

David levantó la vista, encontrándose ante Sidi ben Ahrim de pie frente a su negocio. Detrás de él su hijo estaba sentado sobre el banco de trabajo, y durante un momento el oscuro rostro se vio iluminado por la sonrisa que le dirigió. El padre también sonreía, pero con cierta tiesura.

—¿Sigue *monsieur* buscando buena suerte?

Se ocultaba alguna razón detrás de la pregunta, algún interés que parecía irónico o burlón.

—¿Y por qué no, *monsieur*? Sin suerte la vida de un hombre resultaría monótona. —Aquellas palabras eran un eco de las de Aribi, y no pudo dejar de sonreír al pronunciarlas.

Las mangas de la voluminosa túnica color mostaza se agitaron al moverse Sidi ben Ahrim y tender algo a Redfern.

—No quisiera que la vida de *monsieur* resultara monótona. He vuelto a comprar esto a Aribi. *Monsieur* me hará feliz si lo acepta.

David se encontró sosteniendo la cadenita con el pez de oro que viera en manos de Aribi. Momentáneamente no sintió ninguna emoción. Sabía sin lugar a dudas que tenía la cadena que Max había llevado alrededor del cuello. El pececillo resbaló del oro y lo vio en la palma de su mano, los ojos de esmalte azules y fríos.

—¿Cuánto le debo? —preguntó.

Sidi ben Ahrim sacudió la cabeza.

—Nada. El ser un comerciante no implica que no se pueda hacer presentes. Guárdela, *monsieur*.

—Entonces le encargaré a su hijo un par de gemelos y se los pagaré.

Sidi ben Ahrim se inclinó.

—Como guste, *monsieur*.

Cuando David ya se alejaba de ellos, el hijo le gritó.

—Llévela, *monsieur*. Tal vez le traiga la suerte que necesita.

Una vez en su cuarto, a pesar de que el gesto no era habitual a su naturaleza, Redfern se puso la cadena al cuello. Había pertenecido a Max, quien tanta suerte necesitaba y que jamás la había tenido. Al llevarla él era como si deliberadamente desafiara al destino. Su suerte también se había visto bastante retorcida hasta ahora. Tal vez el dije lo protegiera, confirmándolo en la convicción de que por fin estaba encontrándose a sí mismo y que su

comportamiento seguía el curso adecuado en medio de este mundo tan lleno de complicaciones.

Al día siguiente se tomó un descanso. Anna le había hecho prometer que pasaría el día con ella, y como sabía que el asunto de Max le obligaría a permanecer en Kabarta por algún tiempo, no le preocupaba perder un día de trabajo. Le había prometido seguir fielmente sus instrucciones. Después del desayuno salió solo en su auto tomando el camino de Ben Negro, pasando la encrucijada de Ain Draham y siguiendo por el camino de la costa, que corría entre la ladera del cerro a la izquierda y una alta meseta a la derecha que le ocultaba el mar. Algo más lejos, a la derecha, encontró el camino del cual le habló Anna y lo tomó. Era apenas un sendero para carros, que subía a la meseta y luego bajaba hacia el mar atravesando barrancos cubiertos de pinos, alcornoques y brezos. David sabía que no tardaría en desembocar en la costa por un profundo desfiladero, y que allí Anna estaría esperándole. Ella debía venir remando desde Kabarta, trayendo el almuerzo para ambos. Habían convenido en que sería más prudente si no partían juntos, dado que, debido al estado de cosas, David no deseaba que se divulgara la intimidad de sus relaciones.

El aire era brillante y diáfano mientras avanzaba por el estrecho camino, y las ramas de los pinos y alcornoques que lo bordeaban parecían recortadas en planchas de metal. Un pajarillo se levantó del polvo del camino y fue a hundirse revoloteando en la maleza. Al borde del arroyuelo que corría junto al sendero, altas calas erguían sus rígidas corolas en la sombra y una maraña de caléndulas tapizaba la tierra fangosa entre las rocas. Todo se delineaba claro, duro y brillante, y excepto algún pájaro que volaba o alguna bandada de mariposas que revoloteaba indecisa junto a las flores, nada se movía. Dentro de un mes, pensó David, todo el color y el verdor, salvo el de los árboles, habrá desaparecido y los cerros aparecerán calcinados por el sol. Y no se hallarán otras flores que las manchas moradas de la alhucema. Se desvió hacia un lado del camino aminorando la velocidad al advertir que avanzaba en sentido contrario un carro tirado por una mula. Estaba cargado con leña menuda y al pasar junto a él reconoció a Abad, pero el bobo no se fijó en él, siguiendo su camino murmurando algo entre dientes. Hoy, por alguna razón, su habitual alegría lo había abandonado y parecía no percatarse de la existencia del mundo a su alrededor.

El camino coronó el último declive y un momento más tarde David había bajado la pronunciada pendiente que iba a morir junto a la playa. Sentada en un bote al borde del agua se hallaba Anna. Saludándolo con la mano, la joven

echó a correr por la arena hacia él. David, tomándola entre sus brazos, la besó, y durante un momento los pies de la joven no tocaron el suelo.

Cuando volvió a dejarla en tierra, sonriente y sonrojada, su juvenil belleza le produjo una extraña sensación de angustia y felicidad. Se quedó frente a él con su sombrero de paja en la mano, el cuerpo erguido, los senos firmes bajo el corpiño blanco de su traje de baño, y debajo la piel atezada como un oscuro cinturón.

—Feliz cumpleaños, querida —dijo tomándole la mano y conservándola—. No tengo más que esto para ti. —Y mientras hablaba colocó entre los senos de la joven un ramillete de linarias que había recogido en el camino. Al colocarlo sus dedos tocaron la tibia curva del pecho y el contacto de su piel lo estremeció. Anna lo miraba, con los ojos fijos en los de él. Luego bajó la cabeza y le besó la mano.

—¡Qué hermosas son!

—Tienen el mismo color que tus ojos.

—¿Cómo supiste que era mi cumpleaños?

—Por los Guillard. Me invitaron a cenar para esta noche, diciendo que la cena era en honor tuyo.

—Sí..., ¿verdad que son amables? Pasaremos todo el día juntos... ¡Todo el día, David! Tú y yo solos —y cogiéndolo de la mano lo arrastró hacia el bote.

—¿Dónde vamos? —preguntó David tomando los remos.

—Hasta allí —contestó Anna señalando el mar. A un cuarto de milla más o menos, casi perdida en el azul deslumbrante del mar, se hallaba una pequeña isla.

—Se llama "*le Petit Chien*" —explicó la joven—. Ya estuve allí antes con papá..., para celebrar mi primer aniversario en Kabarta. Te agradará.

—Cualquier lugar me agradaría contigo... ¿Podríamos quedarnos allí y no volver nunca?

La joven se echó a reír.

—No hay agua potable.

Desembarcaron sobre la reducida playa de la isla.

Un farallón de cierta altura subía desde la arena hasta la alta meseta verde. Las gaviotas revolotearon asustadas y curiosas al arrastrar ellos la embarcación sobre la playa, pero al poco tiempo no les hicieron más caso. El día y la isla les pertenecían ahora. En traje de baño y sandalias exploraron el lugar, y cuando el sol les obligó a buscar la frescura se bañaron y luego se echaron a descansar a la sombra. La alegría y la felicidad de Anna

contagiaron a Redfern. Durante un momento parecieron dos niños, cocinando la comida que Anna llevó sobre un fuego encendido al abrigo del farallón, corriendo por la playa en busca de conchas y divirtiéndose en empujar con el pie las medusas o en observar entre las rocas grises la vida que se desarrollaba en las profundidades verdosas del mar.

Después del almuerzo, cuando el calor les obligó a refugiarse a la sombra, se echaron sobre la arena, uno junto al otro, al reparo del acantilado, y allí, mientras miraban el pálido cielo hablando con las manos entrelazadas, sintieron a veces conscientes el uno del otro, otras extrañamente alejados, felices al hallarse en el sonido de sus voces o al hundir los dedos en la arena.

—Tengo veintiún años —dijo Anna—, pero me parece como si acabase de nacer, como si viese u oyese todo por primera vez. Hasta hoy ignoraba que el mar tuviese tanto colorido o que la arena pudiese ser tan caliente y luego tan fresca a la sombra... ¿Comprendes lo que quiero decir? Es como si tuviera tanta vida dentro de mí que mi cuerpo no pudiera contenerla toda...

A medida que las tranquilas horas de la tarde se deslizaban, las palabras en su mente se transformaron en imágenes y su conciencia comenzó a oscurecerse, ora sumiéndose en la fantasía, ora volviendo por breves instantes a la lógica fría e irreal del sueño interrumpido...; y luego el instante huidizo en que el sueño libera al espíritu de sus ataduras y le permite vagar sin ser molestado.

De pronto Anna oyó que cambiaba el ritmo de la respiración de su compañero. Tendió el oído durante un instante, embargándola una gran satisfacción por la quietud y la paz que les rodeaba, y complacida por el sueño de David, que marcaba otro paso en sus relaciones. Cada día, cada momento traía su recompensa, y era como la mujer que contempla sus joyas a la luz y las vuelve con suavidad para gozar de los reflejos que brotan de ellas al herir el afecto sus distintas facetas. Sentándose sin hacer ruido se puso a mirarlo. David se hallaba acostado con su mejilla apoyada sobre el brazo. Anna se inclinó y besó el cuello bronceado. Él se movió y, envidiosa, quiso despertarlo, pero el deseo desapareció antes de que su conciencia pudiese captarlo. Se echó atrás y levantó los brazos dejando que el aire jugara entre sus dedos abiertos. Luego, feliz, volvió a recostarse y al poco rato ella también dormía.

El sol empezaba a descender levemente y las sombras de las rocas ya se alargaban sobre la candente arena; un airón, que había abandonado la tierra firme, se posó durante un momento en la orilla del mar, y después levantó vuelo en dirección a Kabarta, donde podría cazar las garrapatas de los bueyes;

sobre el acantilado que daba a la playa donde Redfern dejó su auto, Martín Bichon se hallaba sentado fumando, con los ojos fijos en la isla. Cuando por fin se levantó para internarse en las malezas, su rostro reflejaba cierta dulzura; es que pensaba en la hija de Douvet y en la suavidad de su cuerpo gordezuelo bajo sus manos. Fuera cual fuere la felicidad que el inglés encontraba en la isla, hacía bien en aprovecharla, pues pronto sería demasiado tarde. Desde su choza de guardabosque, más tarde, telefoneó a Serafis comunicándole dónde estaba Redfern, y Serafis, lleno de ira, no tanto por temor a que Redfern hablara a Anna de su secreto, sino impaciente por el hecho de que aquel día David no hubiera podido ser sindicado antes por sus agentes, le contestó duramente, pues la idea de que aquel día de vacaciones del inglés pudiera retrasar sus planes le resultaba intolerable. Bichon no se dejó impresionar por su ira, y una vez terminada la comunicación se echó sobre su jergón en la choza y bebió un par de vasos de té frío adicionados con un buen chorro de Armagnac, y luego se quedó dormido. Y en Kabarta, en aquella tranquila hora de la siesta, muchos eran los que, en medio de su somnolencia, reflexionaban... Agno, por ejemplo, se preguntaba si valía la pena el esfuerzo que implicaba recapacitar acerca del concurso de circunstancias que le llevaran al punto de sentirse impasible ante el asesinato de un hombre que había sido su amigo, y evadía su conciencia repitiendo un verso de Baudelaire: “*Un damné descendant, sans lampe, au bord d’un gouffre dont l’odeur...*”, cuyo final se perdió en su mente soñolienta; Douvet, con los pies sobre su escritorio, calculaba mentalmente lo que gastaría por año en su retiro de Auvergne, diciéndose que no se conformaría con una *Madame* Labrée, pues si las cosas marchaban bien durante un año más, podría tener “*une poule plus fine*”. *Madame* Labrée, aún bajo el mosquitero, con sus feos pies descalzos sobre una almohada y la cabeza sobre otra, pensaba con los ojos semicerrados en los oscuros cipreses que rodeaban el cementerio de San José sobre la carretera de Ain Draham, diciéndose que cuando ella muriera su monumento recordatorio, de hermoso mármol marroquí, sería el más importante de todos los existentes hasta la fecha, y se preguntaba si *monsieur* Guillard la ayudaría a encontrar una inscripción adecuada, pues si bien en vida jamás había sobresalido en nada ni despertado envidia, en la muerte... ¡ah!, las cosas cambiarán. Y en la trastienda del negocio de Sidi ben Ahrim, él con Aribi y otros tres árabes, sentados con las piernas cruzadas sobre el suelo ante una mesita en la cual se veían diminutas tazas de té de menta, conversaban.

La voz autoritaria de Sidi ben Ahrim decía:

—Cuando cena con el lobo, un hombre sagaz tiene a mano sus perros..., pero aquí tenemos a uno que cena con lobos y no tiene perros, y no conoce a los lobos, por eso me gusta. Me recuerda una leyenda *kroumire* del buen musulmán que fue tentado por un judío malvado: *que le Chitan l'empale jusq'a la fin des siècles!*

—¡*Nahdinh el youd!* —murmuró Aribi escupiendo, y luego se dispuso con los demás a escuchar, pues Sidi ben Ahrim poseía el arte de contar cuentos...

Un rayo de sol, cruzándole el rostro, despertó a David.

Permaneció un rato sin moverse, con los párpados apretados contra la roja claridad. Perezosamente alargó un brazo en busca de Anna. Sus dedos sólo encontraron la arena, y sobresaltado giró sobre sí mismo. La vio entonces, acostada un poco más lejos, durmiendo aún. Tenía el rostro vuelto de su lado y sonreía en su sueño. La belleza de sus bronceados brazos acariciados por el sol y la curva atezada de una pierna doblada hirieron sus ojos con una gracia simple e inocente. Amándola y deseándola permaneció durante un momento bajo el imperio del poder que emanaba del cuerpo de la joven, de la confianza inconsciente que se leía en sus labios entreabiertos y en el suelto cabello que movía la brisa.

Se acercó a ella. La joven se movió, volviendo a medias el rostro, y David oyó que murmuraba su nombre. Inclinandose hacia ella le tocó suavemente los labios con los suyos. La joven abrió los ojos cuando él ya se retiraba y durante un momento lo miró como si fuese un extraño. Hasta había la sombra de un temor o sorpresa en sus ojos, pensó Redfern. Luego desapareció aquella expresión y tendiéndole la mano le obligó a bajar el rostro, y con su brazo alrededor del cuello de Redfern lo mantuvo contra ella hasta que el soñoliento calor de su cuerpo se transmitió al de él.

—Estaba soñando contigo —le murmuró al oído, y luego su boca resbaló acariciante por la mejilla hasta hallar los labios.

—¡David..., David...! —Repetía su nombre con suavidad, y luego, con gesto vivo, estrechó al joven contra ella—. ¡David, quédate junto a mí..., no te apartes jamás de mí...!

—Siempre estaré junto a tí...

La joven volvió la cabeza y sus ojos se cerraron. Sonrió y David comprendió que toda la amargura la había abandonado. Quiso hablar, pero Anna le cubrió la boca con la mano. Luego, poniéndose de pronto de pie, echó a correr hacia el agua. Él la siguió y se internaron en el mar riendo bulliciosos. Aquella noche fueron a casa de los Guillard. Joe también había

sido invitado. Los Guillard vivían en una casita cuadrada, blanca, detrás de la escuela. Era limpia, pulcra y poco confortable. Los lustrosos muebles de la habitación principal, los tapetes con borlas, los cuadros de familia que pendían de los muros, los floreros adornados con ramas secas, el reloj de mármol negro junto a un tarro de vidrio que contenía una víbora venenosa conservada en alcohol, hablaban de un ambiente raramente habitado, de un hogar donde la vida está relegada a la cocina y al dormitorio. La cena se componía de una gran fuente de pollo al cuscús, una ensalada de langosta, tortas dulces y café negro con licor del distante monasterio de Thiba.

La cena rociada de buena bebida abrió la puerta a la amistad. Los Guillard resultaban simpáticos a David. Su mutuo cariño era franco y natural. Después de comer, Guillard le hizo una serie de preguntas sobre la Inglaterra de postguerra, sobre su propia vida y acerca de sus impresiones sobre Kabarta.

—¿Y cómo encuentra usted a *monsieur* Serafis? —inquirió Guillard.

—Jamás me molesta en mi trabajo. A decir verdad, lo veo poco.

—Cuando quiere puede molestar bastante —observó Joe. Guillard asintió con la cabeza.

—Es verdad. Pero es un buen hombre, no muy sociable, es cierto, pero sabe ser generoso. Es un hombre que no necesita de la amistad. Eso no es siempre bueno en una comunidad como ésta. En un lugar pequeño la gente debería estar unida.

—¿Y no lo está?

—No. Somos como pasajeros a bordo de un barco. Siempre tenemos la sensación de que la asamblea es sólo temporaria. A pesar de que he vivido aquí largos años, algunos de los habitantes son aún extraños para mí.

Anna y *Madame* Guillard, que habían estado levantando la mesa, regresaron de la cocina. Jugaron a las cartas, y era obvio que la bebida y la compañía habían tornado comunicativo a Guillard.

—No debe usted hacerle caso, *monsieur* —le avisó su esposa.

—No —rió Joe—. Tiene un auditorio internacional esta noche y sería una crueldad hacerle callar.

Anna salió en su defensa.

—No permita que le fastidien, papá Guillard. Me agrada oírle hablar.

—Gracias, Anna. Pero aunque nadie me escuchara, seguiría hablando. Es un modo de comprenderse a sí mismo. A veces sólo descubrimos nuestros verdaderos sentimientos al traducirlos en palabras.

—Pero ¿podemos siempre hacer eso? —preguntó David.

—Siempre podemos intentarlo, y eso es lo importante. Tal vez las palabras no nos llegan al mismo tiempo que el sentimiento. Pero después somos capaces de reflexionar y expresar nuestras sensaciones en palabras. Por ejemplo, *monsieur*, cuando me encontré frente a su hermosa salamandra el otro día tuve una sensación, una impresión, pero me sentí incapaz de traducirla en palabras...

—¿Y ahora? —inquirió David muy interesado, recordando la leve decepción que sintió cuando Joe y Guillard habían visitado el depósito.

—Ahora creo haber encontrado las palabras adecuadas...

—No hay palabras para expresar eso —interpuso vivamente Joe—. Lo único que hace falta es mirarla y sentirse satisfecho. Es una de las piezas más hermosas que jamás he visto. Me dejó confundido.

—Usted sólo la vio como artista. Todo el mundo sabe que los artistas no son seres humanos —contestó Guillard haciéndole una mueca a Joe por encima de su vaso.

—¿Y ahora encontró palabras para expresar su sentimiento? ¿Cuáles son? —insistió David.

Guillard se encogió de hombros.

—No son muy satisfactorias pero tendrán que servir. Lo primero de todo, reconocí su innegable belleza. Así es como decimos “gracias” al hombre (sea quien sea) que la hizo. Luego me pregunté por qué motivo la habría hecho. Qué tenía en la mente al hacerla. Veo ahora que era un hombre de gran esperanza y fe. El verdadero espíritu del hombre, la nobleza que nos es ofrecida a todos nosotros, debió decirse, es como una salamandra. Nada puede dañarlo. Conociendo el bien y comportándose adecuadamente, el hombre resulta inmune a la muerte espiritual. Al igual que la salamandra, vive entre las llamas sin quemarse. Si pierde esa nobleza, y hace un pacto con el mal, entonces las llamas comienzan a dañarlo. En ese momento el hombre necesita volver a aprender la verdad de que del corazón del fuego puede extraerse una fuerza, una serenidad que únicamente se encuentra afrontando el mal con valentía... Es un principio duro, y aun cuando no logremos ponerlo en práctica, pocos somos los que podemos negar su verdad.

Joe se echó a reír.

—¡Sabía que terminaría predicándonos un sermón!

Pero mientras David caminaba rumbo al café con Anna, conversando acerca de las disposiciones a tomar para que la joven pudiera ir a reunírsele a Inglaterra, y del agradable día que pasarían juntos el sábado durante la caza del jabalí, a la que asistiría toda Kabarta, comprendía que Guillard no había

predicado un sermón. La mayoría de los sermones repercutían hasta morir contra los muros de las iglesias. Las palabras de Guillard estaban llenas de vida y fortalecían una convicción que se había arraigado en él durante los últimos días. El malestar que sintió ante la salamandra de oro provenía, lo advertía ahora, de una comprensión instintiva de su significado y por el motivo de que a sabiendas había hecho un pacto con el mal en la carretera, la noche que llegó a Kabarta, y en otras ocasiones, cuando el orgullo lo había llevado a engañarse a sí mismo. Sabía que transcurriría mucho tiempo antes de que pudiera olvidar la vergüenza que le embargó al descubrir que una verdad sencilla era la más dura de reconocer.

Al cruzar la plaza, deslizó su brazo bajo el de Anna. La noche era clara y el cielo estaba tachonado de estrellas.

—Me agradan los Guillard —dijo.

—A mí también. Su bondad es cosa latente. ¡Cuánta necesidad tendría Kabarta de más gente como ellos!

Se detuvieron al llegar al café y David soltó el brazo de la joven. Ambos habían decidido que, por el momento, era más conveniente no anunciar su amor a los demás.

—Hace aún demasiado calor para dormir. ¿Quieres entrar?

Anna sacudió su cabeza.

—Vayamos a la playa. Con seguridad habrá una brisa agradable junto al mar.

David volvió a tomar su brazo y se volvieron hacia la arena.

Rankl les había visto cruzar la plaza. Estaba sentado a la sombra de la fuente, con las piernas cruzadas sobre el ancho borde de la misma. Vio a Redfern dando el brazo a Anna, los vio vacilar ante el café y luego volverse hacia la playa. Aquella mano apoyada sobre el brazo de Anna lo atormentaba. Dejó la fuente y caminó con tiesura hacia su casa. En su dormitorio encendió un cigarrillo y se sirvió un vaso de *cognac*. Al beberlo elevó la mirada y vio la figura de Anna sobre el estante, contra la pared. Le sonreía, joven y fresca.

Rankl lanzó una maldición en alta voz y levantando el vaso lo arrojó violentamente. El vaso se rompió contra la pared encima de la figurita de madera y sus fragmentos cayeron silenciosamente sobre la cama, bajo el estante.

XI

David oyó a Serafis entrar en el depósito. Estaba solo, sentado en el borde de un cajón cerrado, comiendo los sándwiches que había llevado para almorzar y mirando la salamandra de oro. Afuera, bajo unos árboles, Aribi y sus hombres estaban tomando su descanso de mediodía. Debido al día que pasó con r Anna y a ciertas dificultades inesperadas, la tarea se había retrasado algo. Aún tenían un buen medio día de trabajo delante de ellos, y luego terminarían. Al día siguiente sería sábado, el día de la caza del jabalí, y debido a eso no había podido arreglar que los dos camiones de la *Entreprise Générale de Kabarta* llevaran los cajones a Bóne antes del domingo. Los camioneros no tenían ninguna intención de perderse la cacería y la diversión que ella implicaba.

Oyó el suave ruido de los pasos del hombre sobre el polvoriento piso del depósito. Volvió la cabeza y le dirigió un saludo. Serafis se acercó a él.

—*Bonjour, monsieur* —dijo el hombre, y luego vio la salamandra de oro.

Un rayo de luz, proveniente de las ventanas, iluminaba su lomo, arrojando pequeñas medias lunas de sombra bajo las escamas.

—Es una hermosa pieza, ¿verdad? —dijo David rompiendo el silencio. Serafis se movió, esbozando su rostro fofo una amable sonrisa. Miró a Redfern y dijo suavemente:

—*Monsieur*, si hubiera sabido que estaba aquí, la hubiera robado mucho antes de que usted llegara. Todo hombre con sentimientos tiene que desear poseerla.

Serafis avanzó unos pasos y tocó el ancho flanco del animal. Había algo respetuoso en su gesto.

—¿Eso es lo único que siente usted, *monsieur*? ¿El deseo de poseerla? —David estaba recordando las palabras de Guillard y sus propios sentimientos—. ¿No le dice nada más?

—¿Y qué me diría? —inquirió el otro vivamente—. Su belleza es todo. La veo como una escultura hermosa, digna de ser codiciada, pero nada más. Algo me dice, *monsieur*, que usted se persuade a sí mismo de que ve algo más en ella. Usted es un místico, ¿no?

—Vivo entre los misterios. Tal vez eso me incline al misticismo.

Serafis se echó a reír ruidosamente, y su risa repercutió en forma desagradable en la habitación.

Desde que gané mis primeros diez céntimos he vivido en el mundo de los negocios prácticos, *monsieur*. Usted y yo vivimos en mundos distintos. Usted pertenece a un mundo de temores y propiciaciones, de ritos de altar, pensamientos confusos y encantamientos... En una palabra, cualquier cosa que lo aleje de la real verdad.

—¿Y cuál es?

—Que sólo podemos conocer unas pocas cosas, y que vale la pena conocerlas bien. Que un hombre es un animal peculiar y espléndido, gobernado por sus apetitos, y que finalmente debe morir. Hasta que llegue ese momento, *monsieur*, como bien y bebo bien. No descuidó ningún placer, mujeres, vino, halagos de una gran casa y privilegios de una posición pública. Cuando veo algo que deseo, trato de conseguirlo. El precio que pago por ello depende de la intensidad de mi deseo. Duermo bien de noche.

—Es usted un materialista.

Serafis se echó a reír.

—¿Eso le apena, *monsieur*?

—No; lo respeto por su franqueza. —Mientras hablaba, David pensaba en los demás que en esa misma habitación se habían hallado ante la salamandra. Aribi, que se había vuelto, pretendiendo ignorar su existencia; Joe que sólo veía en ella sus valores artísticos; Guillard y él mismo que habían encontrado en ella un significado trascendental, y ese hombre que simplemente codiciaba su belleza..., y la razón de esas distintas reacciones, comprendió, estribaba en los hombres y no en la salamandra. Cada uno la interpretaba de acuerdo a su propia naturaleza.

—Me halaga usted, *monsieur*. Lo que realmente vine a ver es cómo marcha su trabajo.

—¿Está usted muy ansioso por librarse de mí, *monsieur*?

Los oscuros ojos de Serafis lo miraron fijamente, y su grueso rostro estaba inmóvil y solemne cuando contestó:

—Muy ansioso. Soy franco con usted, ya lo ve, puesto que tengo esa fama.

—Pues bien, temo haberme retrasado algo. Ayer tuvimos unos inconvenientes con el encajonamiento, pero todo quedará terminado esta noche. Todas mis listas están terminadas y ya ensobradas para echar al correo —dijo David palpando su bolsillo donde guardaba su carta final para Bóne—. Y Agno me ha prometido un par de camiones para el domingo por la mañana.

Yo mismo embalaré la salamandra el sábado por la noche o el domingo a primera hora. No me llevará mucho tiempo. Pero, ¿y qué me dice del otro asunto, *monsieur*? No quisiera tener que permanecer aquí mucho tiempo después de la partida de los camiones. Me parece que las autoridades toman las cosas con calma... Francamente no entiendo por qué no han tomado aún medida alguna. Ya hace casi cinco días y...

Serafis advirtió la nota de impaciencia y comprendió el peligro de no hacer concesiones a la natural curiosidad y a la impaciencia de Redfern. Sería imprudente forzar demasiado su impaciencia por temor a despertar sospechas.

—No tiene por qué impacientarse, *monsieur*. He hablado a las autoridades de Bóne hoy por teléfono.

—¿Habló con Bóne? ¿La línea funciona de nuevo?

—Sí, *monsieur*.

—Pero yo creí que quienes intervenían aquí eran las autoridades de La Calle. Douvet me dijo...

—Pasaron el asunto a Bóne. A decir verdad, creo que toda la información fue remitida de nuevo a Argel en demanda de instrucciones. Mañana por la noche llegará un inspector con algunos, hombres y se efectuarán arrestos. Como usted comprenderá, no puedo decirle más.

—¡Por fin! Francamente estaba empezando a pensar que se habían dormido sobre el asunto. Y respecto a Max..., ¿lo encontraron?

Serafis meneó la cabeza.

—No. Como usted ya sabe, eso era muy difícil.

David permaneció silencioso durante un momento, pensando. Luego dijo lentamente.

—Si la línea funciona, creo que telefonaré al Cónsul en Bóne esta noche para decirle que los cajones irán el Domingo, pero sin mí. Y creo que tendré que darle también alguna idea de la razón por la cual...

—¡Pero eso sería peligroso, *monsieur*! —exclamó vivamente Serafis.

—¿Y por qué?

—No sería prudente hacerlo por teléfono.

—Usted mismo habló a Bóne sobre eso, y Douvet dió su informe a La Calle del mismo modo. No vaya a decirme que Rankl o sus cómplices tienen intervenidas las líneas telefónicas.

Serafis vaciló. Advirtió que, al tratar de aplacar la impaciencia del joven, había logrado despertar sus sospechas. Se encogió de hombros.

—Es probable que no, *monsieur*. Pero nunca se procede con suficiente cautela. Era esencial que Douvet y yo corriéramos el albur, pero sería

insensato arriesgarnos innecesariamente.

Redfern guardó silencio y Serafis abrigó la esperanza de que su sensatez lo hubiera convencido, aunque, a decir verdad, no temía en absoluto a Redfern, pues ocurriera lo que ocurriera el hombre se hallaba en su poder. Sólo deseaba que permaneciera ajeno al peligro que corría hasta el último momento, cuando ya no podría encontrar forma de huir de él.

—Sí, sin duda, tiene razón. No diré nada de Max ni de ese asunto. Sólo participaré al Cónsul que he sido demorado, y le pediré que se ponga en contacto con la policía de Bóne, la que le explicará la verdadera razón de mi demora. Así no habrá peligro alguno.

Serafis no arriesgó otra oposición. Ahora debía asegurarse de que el Cónsul de Bóne jamás recibiría la llamada de Redfern, y esta vez no sería suficiente inventar un desperfecto en la línea. Ahora, lo único que le quedaba era la acción directa. Se sentía profundamente excitado, sin rastro alguno de compasión, y su próximo triunfo hacía correr más aprisa la sangre en sus venas. Redfern moriría, y él proseguiría la línea ininterrumpida de su propósito. Dijo con calma:

—Muy bien, *monsieur*. Tal vez sea conveniente que así lo haga. Cuando haya terminado su trabajo aquí esta noche, venga a mi despacho a tomar algo antes de telefonear.

—Gracias, *monsieur*. Espero terminar para eso de las siete. Me alegraré mucho cuando todo este asunto esté concluido.

—*Monsieur* —dijo Serafis con toda sinceridad—, yo también. —Esbozó una leve reverencia y se encaminó hacia la puerta que daba al interior de la casa.

David lo observó mientras se alejaba entre los cajones, cual torpe escarabajo, con sus brazos extendidos, tocando los cajones que bordeaban su paso, casi como si fuese ciego. Una sombra cruzó el piso y al volverse Redfern vio a Aribi en el umbral de la puerta, alto, ridículo con su levita, con su rostro moreno arrugado por una amable sonrisa.

—¿Es hora de empezar, *monsieur*? —Aribi se le acercó permaneciendo de espaldas a la salamandra, y empezó a quitarse la levita.

—Sí.

Unos minutos más tarde David se encontraba deliberadamente perdido en otro mundo, en medio de una civilización tan remota que nada podía reclamar a la emoción, y que únicamente interesaba al intelecto; un mundo representado ahora por una colección de fábulas de oro con caballos alados,

un vaso rajado, unos pendientes de plata adornados con ónix y turquesas, y una delicada lámina también de plata decorada con hermosas guirnaldas.

Trabajaron toda la tarde en medio de un calor sofocante, hasta que por fin sólo quedó por clavar el cajón de la salamandra, que ya estaba listo para recibirla. Cuando llegara el momento de cargar los camiones, Redfern metería dentro esa última pieza y le clavaría la tapa.

Después de contemplar la obra realizada dirigió una sonrisa a Aribi. A pesar de lo que existía entre ellos no pudo demorar el momento de las congratulaciones, satisfecho por el trabajo bien hecho.

—*C'est fini*, Aribi.

—*Enfin*. Hay gran satisfacción en terminar bien las cosas.

—El domingo por la mañana lo necesitaré con sus hombres para que ayuden a cargar.

—Estaremos aquí, *monsieur*.

David se quedó observándolo mientras tomaba su levita y se la ponía. Permaneció silencioso un momento, abrochándose. Luego se inclinó, dirigiéndose afuera para ir a reunirse con los demás hombres. David lo siguió hasta la puerta, sorprendiéndose de que la tarde estuviese tan avanzada y que todo se hallara ya recubierto por el habitual velo de púrpura y azul. Esa noche, mientras observaba el panorama, embelesado por el suave colorido de las colinas y el valle, la luz pareció perder su suavidad tornándose de pronto dura y clara, y sobre la tierra las sombras se volvieron gradualmente más oscuras y frías, azules profundos y blancos verdosos, como el fuego de la luz lunar sobre humo viejo. Aquel había sido un día curioso de febril actividad, en que los minutos parecían transcurrir presurosos mientras tenía atisbos de que una fuerza enemiga circulaba amenazadora en torno de él. Era una sensación que estaba ligada al recuerdo de los momentos en que, en medio de la oscuridad, había estado esperando el rumor de una pisada, el instante en que estallara la violencia, con los nervios y el cuerpo tensos, doloridos por la angustia de la espera... Lo que necesitaba era algo de beber, y luego cenar con la sonrisa de Anna delante de él.

Se dirigió al vestíbulo de la casa donde a la tenue luz del crepúsculo las plantas arrojaban sombras grotescas. Se detuvo con la mano sobre la barandilla de la escalera, atraído por el lento movimiento de una carpa obesa y vieja en el tanque, su blanco cuerpo indecentemente cubierto de pústulas leprosas. El animal se hundió en las oscuras profundidades del agua, y de una de las habitaciones se oyeron las campanadas de un reloj que daba las siete. Mientras Redfern subía, el sonido de las campanadas lo siguieron

perpetuándose en mil frágiles ecos, persiguiéndolo, por alto que subiera, con sus notas que ahora parecían murmurar con colérica hostilidad, hasta que de pronto todo quedó en silencio.

Serafis lo esperaba en su despacho. Se hallaba sentado ante su escritorio, fumando. Rhadija estaba al otro extremo de la habitación preparando café.

—Adelante, *monsieur* —le dijo Serafis, y poniéndose de pie empujó una silla hacia el escritorio—. ¿Así que el gran trabajo está terminado?

—Sí, completamente terminado.

—Me alegro. Debemos festejarlo. Rhadija está preparando un poco de café, pero primero tomaremos un vaso de *whisky*.

La mano que tendía el vaso estaba firme, y los ojos que se encontraron con los de Redfern reflejaban sombría diversión.

Volvió a sentarse ante su escritorio frente a David, y en silencio se puso a admirar el color ambarino del líquido en su vaso. Luego, de pronto, dijo:

—¿Sigue queriendo telefonar a Bóne, *monsieur*?

El tono del hombre denotaba cierta brusquedad que dejó perplejo a David. Lo miró curiosamente, buscando alguna razón para la pregunta. Serafis le había ofrecido el uso de su teléfono. Al observarlo ahora notó que toda amabilidad había desaparecido de su rostro fofo. Muy serio, fruncía el ceño al mirarlo.

—Por supuesto que sí, *monsieur* —contestó David—. Creí que ya nos habíamos puesto de acuerdo sobre ese punto.

Serafis asintió, reconociendo la inevitabilidad de la respuesta, y luego preguntó con calma:

—¿Está usted casado, *monsieur*?

David se sorprendió.

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Y sus padres? ¿Viven? —siguió interrogando Serafis.

David se movió con cierta impaciencia fortalecida por el vago malestar que había crecido entre él y ese hombre.

—Han muerto. ¿Quiere hacerme el favor de decirme por qué me pregunta eso?

—Dentro de un momento. —Mientras hablaba, Serafis abrió un cajón de su escritorio y metió la mano dentro—. ¿Entonces usted está solo en el mundo? ¿No tiene ni esposa ni padres...? ¿Usted está solo con su trabajo?

—Preferiría telefonar en seguida y terminar de una vez con el asunto que me trajo aquí —dijo brevemente David—. En otro momento indagaremos en mi vida particular.

Serafis, al advertir la ira reflejada en el rostro delgado y los músculos tensos de sus mandíbulas, se echó a reír. Se sentía halagado y orgulloso, y deseaba prolongar aquel momento a la vez agradable y enervante.

—Permítame una última pregunta, *monsieur*, antes de que pierda los estribos. En el ejército a menudo debió usted de encontrarse en peligro. Debí de haber momentos en que la muerte le pareció muy cercana. ¿Siente usted miedo de morir, *monsieur*? —Al terminar la pregunta sacó la mano del cajón y la colocó sobre la mesa delante de él, empuñando el revólver.

Al pronunciar la palabra elevó ligeramente el revólver.

David se quedó mirando atónito el revólver. No lograba comprender el comportamiento de Serafis. Trató de dominar la ira que lo invadía y frunciendo el ceño dijo:

—Se está usted portando en forma muy extraña, *monsieur*. Le ruego me diga por qué está tan interesado en mi actitud ante la muerte, y por qué formula la pregunta con un revólver en la mano.

Serafis se echó a reír ruidosamente, echando su cabeza hacia atrás y sacudiendo sus hombros, pero sus ojos estaban abiertos y no abandonaron ni un instante a Redfern. Cuando se tranquilizó, inclinándose hacia adelante tomó el revólver entre sus gruesas palmas.

—Se lo pregunto, *monsieur*, porque soy un hombre curioso, curioso por saber cómo funciona la mente de los demás, y también porque mañana voy a hacerlo matar a usted.

David se puso de pie.

—Lo siento, pero no me agrada esa clase de bromas.

—¡Siéntese!

Al pronunciar la palabra elevó ligeramente el revólver.

Durante un momento se miraron en silencio por encima del escritorio, y David, molestó, advirtió lo aislado que se hallaba en esa alta habitación tranquila, deslumbrante de luz. No podía encontrar guía o ayuda para combatir la súbita fantasía que lo rodeaba. Sintió que su cólera aumentaba, pero se esforzó por aplacarla y, sentándose, dijo con calma:

—No le comprendo en absoluto, *monsieur*. Tal vez se digne usted explicarme por qué va a matarme. Ello tornaría más fácil nuestra conversación.

Serafis sonrió amablemente.

—Gracias, *monsieur*. Se está usted portando tal como esperaba lo haría y nos ha puesto cómodos a los dos. Sólo una mente sin cultura gusta del

melodrama, pero a veces resulta difícil evitar un momento de grosería. Le pido disculpas por ello. Termine su *whisky*, se lo ruego. Rhadija.

La joven se acercó trayendo la bandeja con el café, y los sirvió con movimientos graciosos y silenciosos. Redfern, a pesar de estar preocupado por su propio problema, se asombró de la impasibilidad de la joven, que le permitía moverse y servirlos como si nada fuera de lo común hubiera ocurrido en aquella habitación.

Serafis tomó su café a sorbos y luego levantó el revólver.

—Esta arma, tal vez lo haya notado usted, es del mismo tipo que la que usted recogió en el barro la noche de su llegada aquí, *monsieur*. Si la oscuridad de la noche lo hubiera retrasado algunos minutos..., si un árbol caído o una roca lo hubiesen desviado algo más, entonces nunca se habría producido este momento. Es curioso cómo un paso a la derecha o a la izquierda puede a veces significar la diferencia entre el cielo y el infierno.

—Atengámonos a los hechos, *monsieur*. Por el momento no me interesan las conjeturas metafísicas.

—Perfectamente. No es Rankl, sino yo el responsable del contrabando de armas.

Deliberadamente y con satisfacción, Serafis presentó a Redfern los hechos escuetos. David lo escuchaba. Por el momento lo embargaba una extraña tranquilidad que restaba todo horror a la situación. Comprendía ahora que no era la circunstancia de un pasó a la derecha o a la izquierda lo que lo había llevado ante aquel peligro, sino sus propios principios falsos. Por haberse imaginado que tenía el derecho de rehuir el mal, Max había muerto. Ahora le tocaba a él pagar sus errores en su propia moneda, con su propia carne y sangre.

—Por lo tanto, *monsieur* —estaba diciendo Serafis—, me veo obligado a matarlo a fin de protegerme a mí mismo. Este pueblo está lleno de gente mía. Todos sacan provecho de mi negocio, y he sabido limitar mis ambiciones. Entregó armas a quienes están dispuestos a pagarlas, y lo mismo que cualquier otro hombre de negocios, he abierto sucursales en otros lados, pero aquí es donde empecé a trabajar y no puedo permitir que usted se interponga en mi trabajo.

—¿Y cuáles son sus planes respecto a mí? A pesar de que las autoridades nada saben de todo esto, no le será tan fácil hacerme desaparecer.

—Al contrario, *monsieur*, nada podría serme más fácil. Yo encajonaré su salamandra, y sus cajones partirán el domingo sin usted. Pondré en el correo las listas que tiene usted en su bolsillo, y esta noche enviaré un telegrama a su

cónsul en Bóne, firmado con su nombre, diciendo que partirá el domingo. Mañana por la mañana, temprano, será llevado en su auto por el camino de la costa que conduce al Lac Dejerbi. Rankl y Aribi irán con usted. Usted irá al lago a cazar patos. A su regreso, tendrá prisa por unirse a la cacería del jabalí. Todo el mundo sabe lo aficionados que son los ingleses a la caza. Caza de patos por la mañana y caza de jabalíes por la tarde...; un día bien empleado. Pero en el camino de regreso su auto rodará en uno de los virajes. Será un accidente lamentable, *monsieur*, del cual Rankl y Aribi tendrán la suerte de salir ilesos (por supuesto, lo abandonarán en el momento propicio). Douvet redactará un informe y habrá una investigación, pero no arribará a nada. Nada puede marchar mal. No hay ninguna esperanza para usted.

—La esperanza es algo que no está en su poder negarme —replicó brevemente David. Veía ahora que el hombre lo tenía todo planeado, y para sus adentros tuvo que admitir que pocas eran las esperanzas que le quedaban. El accidente sería aceptado. Luego pensó en Anna y se sintió embargado por un profundo temor por ella. Cuando Anna se enterara de su accidente y que Aribi y Rankl habían estado en el auto con él, su sentido común le advertiría que su muerte había sido tramada. Tal vez entonces se dirigiera a las autoridades de Bóne o de La Calle para informarles de sus sospechas. Eso significaría el fin de Serafis. Pero si se dirigía a Douvet... Él iba a morir, al parecer, y ni siquiera tendría el consuelo de saber que a Anna no le ocurriría ningún daño. Su cólera se hizo más intensa. Inclinandose hacia adelante colocó sus codos sobre el escritorio. Si se abalanzaba sobre Serafis ahora, obligaría al individuo a hacer fuego, y una bala en su cuerpo no podría ser ocultada por ningún accidente. Serafis tendría que abandonar Kabarta. Tal vez lograría huir..., pero Anna estaría a salvo. Movi6 sus pies, a fin de tomar el envión necesario, pero el leve movimiento fue notado por Serafis quien sonrió meneando la cabeza.

—No lo haga, *monsieur*. Me resulta fácil leer sus pensamientos, pues eso es lo que yo habría hecho. —Con rápido movimiento metió el revólver en el caj6n—. Mire detrás de usted, *monsieur*. No estoy solo.

David se volvió vivamente y vio que acababan de llegar Rankl, Douvet y Agno. Se hallaban de pie, silenciosos, formando un semicírculo. Douvet tenía el traje polvoriento y estaba frotándose el rostro gris, con los labios fruncidos como si fuese a silbar. Agno, alto, fatigado, con sus delgados hombros encorvados, miraba sus manos, como si lo asombrara advertir que cada una de ellas aún tenía cinco dedos, y sus ojos evitaban a Redfern. Sólo Rankl lo miraba sin ninguna confusión. Lo miraba con fijeza, con su barbudo rostro

avanzado hacia adelante, descarado, decidido, y su cuerpo grandote lleno de vigor.

La ira de Redfern se trocó en desenfrenada furia, y saltando de su silla se lanzó sobre ellos.

La sorpresa de su embestida los hizo retroceder. Sus puños encontraron un rostro que gimió sorprendido. Luego la habitación retumbó con el ruido de cuerpos que caían y puños que golpeaban. Rankl se lanzó sobre él y el brazo largo de Agno se enroscó alrededor de su cuello. Solo contra todos, durante un momento los obligó a retroceder, y en ese momento vio a Rhadija, tranquila y curiosa, que lo miraba. Luego fue vencido por el peso de los hombres y sintió la barba dura de Rankl contra su rostro, la presión de sus músculos contra los suyos. Se tambalearon juntos durante un momento, hasta que algo duro le golpeó en un costado de la cabeza y cayó, perdiendo el sentido.

Serafis, de pie junto a Redfern con el revólver con que le había golpeado aún en la mano, dijo:

—¿Quién hubiera sospechado que fuera un hombre tan violento? Tendrás que tener cuidado, Rankl.

—No cometeré ningún error —contestó Rankl con los ojos fijos en el cuerpo inerte.

—Bien. —Serafis se volvió hacia Agno, que esta jadeante por la lucha.

—Cuando regreses al café, di a *Mademoiselle* Tabour que Redfern se quedó a trabajar toda la noche a fin de terminar su tarea. Dile que se encontrará con ella en Bourg Oussef para la cacería de mañana. Tengo entendido que hay cierta amistad entre ellos. No quisiera que se sintiera inquieta por él.

Y sonriendo se volvió.

XII

Estaba oscuro cuando David despertó. La cabeza le latía en el lugar del golpe, y sintió que tenía las manos atadas detrás de él y los tobillos fuertemente liados. Trató de moverse a fin de aliviar su cuello dolorido por su postura incómoda sobre el diván. Oyó moverse unos pies en la oscuridad y se encendió un fósforo. La llama iluminó por un instante los rincones lejanos de la habitación, moldeando brevemente un rostro alargado entre las sombras. Brilló el extremo rojo de un cigarrillo.

—Aguarde un momento... Encenderé la luz. —Reconoció la voz de Agno y le oyó levantarse y acercarse al conmutador. Se hizo la luz y vio a Agno de pie junto a la puerta de una habitación pequeña y sin ventana.

Se miraron uno a otro y David leyó la turbación en los ojos de Agno.

—Quisiera beber, Agno.

El hombre le sirvió un vaso de agua de una jarra que estaba sobre la mesa del centro de la habitación y se le acercó.

—Aguarde... Trataré de ponerle un poco más cómodo. —Una de las largas manos le sostuvo la cabeza, la otra le llevaba el vaso a los labios. Bebió con ansia, los ojos fijos en Agno. Su ropa olía a tabaco y aguardiente, y el rostro pálido y cansado carecía de expresión.

—Ha estado durmiendo mucho tiempo... Es casi de mañana.

—Gracias —dijo David dejando caer su cabeza contra el diván mientras un hilo de agua se le deslizaba por el mentón. Detrás de Agno había en la pared un panel pintado, parte de una *predella*, que parecía una brillante mancha de color y donde Redfern fijaba los ojos para aliviarse de su dolor de cabeza. Volviendo los ojos a Agno, dijo con brusquedad—: Caí en la celada directamente, ¿verdad?

Agno, volviéndose, fue a sentarse sobre su silla, fumando intensamente y ocultando su rostro detrás de una fina cortina de humo. No contestó.

—¿Verdad? —insistió David—. ¿Por qué no contesta?

—De nada sirve hablar de cosas así.

La voz cansada apenas se oyó como un murmullo en la habitación.

—¿Y por qué no, Agno? —repuso David vivamente y luego prosiguió con brutalidad—: No le queda más remedio que afrontar la situación ahora, Agno,

hable o no del asunto. Aquí no hay piano para ayudarle a evadirse de la realidad. Y esta es la realidad. Yo aquí atado, esperando que me maten, y Max... Usted simpatizaba con Max y simpatizaba conmigo... Siempre nos recordará, Agno..., siempre. Aun cuando esté sentado ante el piano tratando de eludir sus recuerdos, Max se hallará detrás de usted. —Se echó a reír, pues de pronto comprendió que tras sus palabras se ocultaba un instintivo intento de sobornar a Agno mediante su vergüenza, convirtiéndolo en un aliado—. ¿Por qué no dice algo, Agno?

El hombre se movió iracundo, y sin mirarlo pronunció:

—*Ferme ta gueule.*

Esas palabras destruyeron su incipiente esperanza. No era Agno quien había hablado. Era alguna otra entidad, creada por la confusión del dolor y la vergüenza que había envuelto al verdadero hombre dándole esta nueva forma.

—Bien. Lo dejaré tranquilo. De nada sirve hablar con usted.

—No está usted en condiciones de juzgar —dijo de pronto Agno—. Nadie puede juzgar. Tendría que saber demasiadas cosas. —Aquello no era una debilidad o el deseo de defenderse, sino una simple manifestación que no podía ser negada por su orgullo.

—Alguien juzgará algún día, en algún lado... Déme un cigarrillo.

Agno encendió un cigarrillo y lo colocó entre los labios de Redfern. David aspiró el humo con ansia, sintiendo su aspereza contra su garganta. Estuvo tentado de retirar sus palabras, de probar la bondad con Agno, diciéndole que olvidara lo que acababa de decir, pero su deseo murió casi en seguida de nacer. Acostado de espaldas, tuvo conciencia del miedo que lo embargaba, y también de la fuerza que anidaba dentro de sí.

—Ahí vienen —dijo Agno de pronto. Se puso de pie y fue a la puerta. Con la mano en el picaporte volvió su cabeza y por primera vez miró a Redfern en los ojos. Una sonrisa gastada y fatigada se dibujó en su boca y sus ojos se tornaron curiosamente tiernos.

—Lo siento, *monsieur*. Si yo viviese le ayudaría. Pero ya no vivo. Sólo sueño y mis sueños cuestan dinero. No gaste sus esperanzas o desdén en mí. Hace tiempo que he muerto.

Se oyó una llamada a la puerta y Agno la abrió. Entraron Rankl y Aribi.

—Son las cinco. Debemos partir. —Rankl avanzó. Llevaba un rompevientos de cuero, pantalones azules y una gorra de paño. Se acercó a Redfern y le quitó con gesto vivo el cigarrillo de los labios. El extremo del cigarrillo, que se había quedado pegado a los labios del joven, le desgarró la piel. Rankl notó el dolor y sonrió. David nada dijo.

—¡Aribi! —llamó Rankl dirigiéndose al árabe, y éste se les acercó. Debajo de su levita llevaba una bufanda oscura envuelta alrededor del cuello para protegerse del frío de la mañana. Se detuvo junto a Redfern y esbozó una breve inclinación.

—¡Bonjour, *monsieur*! Ha tenido usted mala suerte, *monsieur*.

David sacudió la cabeza. Fuese lo que fuese ese hombre, no podía dominar su sentimiento hacia él. Era un canalla, pero poseía una gracia que quitaba todo sarcasmo a su censura.

—Estaba ciego, Aribi. Hoy mis ojos están abiertos.

—Y mañana estarán cerrados —interpuso secamente Rankl—. Venga.

—Hoy —dijo Aribi sin permitir que las palabras de Rankl lo turbaran— vale diez mañanas, *monsieur*.

Entre Aribi y Rankl lo levantaron y lo llevaron fuera de la habitación. Agno seguía detrás. Bajaron las escaleras y pasaron por el vestíbulo adornado de plantas. David, a quien llevaban alzado, se fijó al pasar en los rasgos grotescos de un ídolo chino que parecía hacerle muecas y que le recordó la primera vez que entró en la casa. Le parecía que aquello había ocurrido mucho tiempo atrás, cuando aún podía sentir emoción y comprender.

Salieron por el ancho pórtico, cuyos pilares de madera brillaban pálidamente en la oscuridad, y descendieron por la amplia escalinata junto al agua que caía, peldaño tras peldaño, leve y musical, y que reflejaba la luz mortecina de las estrellas.

Se detuvieron más allá del cobertizo y lo pusieron en pie junto a su propio auto. Por un momento se tambaleó, duro y dolorido. Agno le ayudó a recobrar el equilibrio. En la fresca brisa matutina tuvo frío bajo su ligera chaqueta y sintió sus piernas entumecidas en sus oscuros *breeches* y pesadas botas.

Serafis avanzó desde la oscura puerta del cobertizo. Lo acompañaba Rhadija.

—Buenos días, *monsieur*. Lamento esta partida tan temprana, pero es necesaria. La mañana está algo fría. ¡Rhadija!

La joven avanzó hacia David y acercó a sus labios una taza de café. De su cuerpo emanaba un débil y agradable perfume, y por primera vez la oyó hablar.

—*Prends-le. Ça te fera du bien...* —Era el susurro de una criatura en la oscuridad, y se preguntó si la familiaridad del trato provenía de su conocimiento del triste destino que le aguardaba, homenaje que siempre acompaña a todos los sacrificios.

Bebió el café caliente que le sentó bien.

—Hay comida, si desea —dijo Serafis.

David sacudió la cabeza. En el silencio sintió el momento molesto que estaban viviendo. A pesar del peligro en que se hallaba, el joven no pudo menos que sonreír para sus adentros. Se hallaban en torno suyo, Aribi semejante a un cuervo friolento acurrucado en el destemplado amanecer, Agno quitando perezosamente el polvo del guardabarro del automóvil con el dedo y mirándolo de reojo como un muchacho sorprendido en el acto de escribir una mala palabra; y Serafis de pie junto a Rhadija, envuelto en una gruesa bata por debajo de la cual se movían las piernas de su pijama agitadas por la brisa, y que recordaba a un padre pomposo que acude a despedir al hijo que se dispone a partir de viaje. Sólo Rankl estaba en plena posesión de sí mismo. Rankl lo odiaba y su enemistad no presentaba ninguna debilidad. Aquél era el hombre cuya mano había estado sobre Anna, aquél era el hombre cuyo golpe había matado a Max. Contra él su ira era primitiva, contra los demás era fría y moral.

—¿Tiene todo? —preguntó Serafis a Rankl.

—Sí. —El monosílabo estaba cargado de impaciencia. Había sacado un revólver del interior de su rompevientos y lo estaba cargando.

—Nada debe marchar mal.

—Nada marchará mal. No soy una criatura. Vamos; debemos partir.

Pero Serafis los retuvo, como si aún no estuviera dispuesto a dejarlos ir.

—Traten de que usted y Aribi estén algo magullados. Deben parecer haber sufrido un accidente.

Rankl, impaciente, guardó su revólver.

—Descuide, todos estaremos magullados; sé lo que debo hacer. —Se hallaba ante Redfern, y al hablar la cicatriz de su labio se elevaba. Un recuerdo acababa de cruzar su mente; el de aquel hombre y Anna atravesando la plaza juntos—. Estará bien magullado, se lo prometo. —Y elevando el puño lo descargó contra la boca del joven. David cayó contra el auto y luego se deslizó al suelo quedando con el rostro contra la tierra. Sintió la sangre que manaba de su labio partido y se deslizaba por el mentón.

—¡Basta ya! —prenunció secamente Serafis.

Agno y Aribi nada dijeron. Levantaron a Redfern y lo arrojaron en la parte posterior del auto. Una perra de caza, blanca y negra, saltó del asiento al caer él adentro. La perra se quedó sentada sobre el suelo gimiendo y temblando, luego lamió el frío rostro de David. Este volvió la cabeza. Serafis le dijo algo, pero se sentía tan enfermo y sacudido por el golpe que no le prestó atención. El auto comenzó a moverse y mantuvo los ojos cerrados. Una

gran desesperanza empezó a embargarlo, y durante un momento sólo oyó el rumor de las voces de Aribi y Rankl que conversaban tranquilos. Al cabo de un rato, por el ruido que hacían los neumáticos al rodar, David comprendió que habían abandonado el camino enripiado de la propiedad y se hallaban en la carretera de la costa que llevaba a La Calle.

Avanzaban ahora por el camino que él tomó el día del cumpleaños de Anna, y que corría por el valle hacia los cerros. Dentro de poco, pensó, pasarían junto al caminito a la derecha que conducía al mar y que él había tomado. En algún lugar por allí, en un enmarañado aduar, Abad estaría despertándose para disfrutar de otro de sus días felices y desequilibrados. Anna tampoco tardaría en levantarse. Quizá fuera a bañarse en el agua fresca de la mañana, su cuerpo firme y hermoso. Abrió los ojos. Sus manos que seguían atadas a su espalda estaban entumeciéndose debido al peso de su cuerpo sobre ellas. Con la ayuda de sus codos pudo incorporarse algo y se quedó mirando el pálido haz de luz de los faros del auto que barría el camino. La perra saltó sobre el asiento y se acurrucó contra su cuerpo.

Desde que salieron, el camino iba subiendo levemente, hasta que de pronto los faros cesaron de iluminar las rocas y los árboles de los costados, disolviéndose su luz en la claridad naciente. Un viento frío entró por la ventanilla y David sintió el olor a mar. El auto viró, comenzando a descender por un sinuoso camino. El joven comprendió que habían llegado a la costa y se dirigían ahora hacia la amplia llanura donde se hallaba el Lac Dejerbi. A su derecha cada curva estaba señalada por una serie de postes pintados de blanco que indicaban el precipicio abrupto que caía hasta el mar.

Lentamente, mientras bajaban hacia la llanura, el cielo se iluminaba detrás de ellos y todo empezaba a colorearse, quebrándose la monotonía de árboles y arbustos. Siguieron avanzando un momento por la llanura y Redfern vio un mojón con la leyenda: "La Calle. 37 kms". Un poco más lejos pasaron una pequeña granja silenciosa, donde nada se movía. Luego viraron hacia la izquierda tomando un camino secundario lleno de baches. El auto se detuvo por fin, y Aribi y Rankl se apearon.

Se hallaban sobre una orilla cubierta de hierba. Se levantaba delante de ellos una espesa cortina de juncos, y por entre los juncos se divisaba una gran extensión de agua, oscura y opaca a la luz incierta del amanecer. Había dos fusiles de pequeño calibre para la caza de patos y tres rifles de mayor calibre debajo del asiento de Redfern. Rankl tomó uno de los fusiles para cazar patos y buscó en la gaveta del auto una caja de balas. El silencio del individuo parecía aumentar su crueldad. David comprendió que Rankl quería que todo

pareciese natural. Habría patos en el auto accidentado y también dos fusiles, así como los fusiles de mayor calibre para la cacería del jabalí a la cual pensaban unirse más tarde, y un canasto de provisiones para el día.

Aribi se sentó sobre el pasto, de espaldas al auto, y Rankl desapareció con el perro hacia el lago. La impotencia de hallarse allí acostado viendo los cuidadosos preparativos para su muerte hacía bullir de cólera a David. Con infantil impaciencia trató de forzar las ligaduras de sus manos, aunque sabía que su esfuerzo resultaría inútil. Sus pies estaban tan fuertemente atados que uno de ellos estaba entumecido por la falta de circulación.

Una rana empezó a croar a poca distancia hacia la izquierda, y vio que Aribi volvía la cabeza hacia ese lado. Aribi sentía cierta simpatía por él, lo sabía. Sería absurdo no aprovecharse de ello. Su experiencia guerrera le había enseñado a no descuidar ninguna posibilidad, por remota que fuera.

—¡Aribi! —gritó, y luego repitió el grito al ver que Aribi no se había movido.

Vio que el árabe se levantaba. En ese momento el sol iluminó la cumbre de los cerros más allá del lago y las oscuras aguas se tornaron plateadas.

—¿Qué? —dijo Aribi inclinándose levemente por la ventanilla del auto para mirar adentro.

—Aribi..., corte esas cuerdas. Le pagaré bien.

El árabe sonrió.

—Un hombre no se corta su propio cuello, *monsieur*.

—No le ocurrirá nada. Se lo prometo. Le doy mi palabra de que si me ayuda nada malo le ocurrirá. Y será bien recompensado. Tengo dinero, Aribi, bastante dinero como para enriquecerlo para toda su vida. Corte esas cuerdas, Aribi. —Hablaban con voz tranquila, sin que la esperanza la hiciera temblar, pues sabía el desdén que sentiría Aribi por cualquier ruego, desdén que resultaría más fuerte que todo soborno.

—¿Es usted hombre de palabra, *monsieur*?

—Sabe muy bien que lo soy.

Con calma Aribi contestó:

—Yo también, *monsieur*. Ya he dado mi palabra. El morir es cosa muy pequeña.

Comprendió entonces que había fallado.

—¡Váyase al diablo!

El oscuro rostro de Aribi no se conmovió.

—Alá lo decide todo, *monsieur*.

—Está usted demasiado seguro de Serafis. Todavía puede andar mal algo. Aún no estoy muerto.

—No puede asustarme, *monsieur*. *Monsieur* Serafis es hombre cuerdo; lo que él planea está bien hecho...

David dejó caer su cabeza hacia atrás, sonriendo a Aribi. Había algo en la naturaleza de aquel hombre que se parecía a la suya. Recordó al árabe en el polvoriento y caluroso depósito citándole el Corán.

—Alá es quien mejor sabe planear las cosas... Recuérdelo, Aribi... Recuerde cómo el escarabajo al horadar la tierra puede provocar una avalancha...

Abrió los ojos y advirtió que el oscuro rostro le observaba muy serio.

—Vivimos a la sombra de los riesgos, *monsieur*. Sólo un tonto puede pensar de otro modo.

Cuando terminaba de hablar se oyeron algunos disparos por la izquierda. Un disparo tras otro y luego los ecos que resonaban a través del lago. Se oyó en lo alto un susurro de alas. David vió que Aribi levantaba los ojos y luego bajaba su vista hacia él, y como si prosiguiera alguna conversación interrumpida, inconexa, entre amigos, dijo:

—Hay pocos patos ahora. En un tiempo, *monsieur*, se podía cruzar el agua sobre sus lomos, y una redada podía alimentar a una familia por muchos días. En los días de mi padre, que Alá se digne tenerlo a su lado, había tal cantidad de flamencos aquí, que cuando se elevaban por el aire el cielo se arbolaba cómo la mejilla de una joven al dejar caer su velo ante su amado. Y también había cebúes, *monsieur*... Sólo hay provecho y felicidad para nosotros en el pasado, *monsieur*. Él futuro es como una mano que lentamente nos aprieta...

Y lo extraño era que las palabras eran amistosas. Aribi había ignorado deliberadamente todo, excepto la personalidad de cada uno de ellos. Ninguna otra cosa importaba. Que estuviera a punto de matar a un hombre no significaba que debía ser descortés en su conversación con él.

Hubo cierto movimiento entre los juncos y apareció Rankl. Se acercó al auto y arrojó algunos patos en el espacio libre ante el asiento posterior. Había un pato y dos cercetas. Sin una palabra abrió su fusil y lo descargó, arrojándolo luego junto a las aves.

—Quítale las botas —ordenó a Aribi— y embárraselas. —Tenía sus propios botines sucios de barro y el perro detrás de él estaba mojado y temblando.

Aribi quitó las botas de Redfern sin aflojar la cuerda y se las llevó hacia el lago. Un momento más tarde el auto rodaba de nuevo por la carretera, camino

de regreso. El perro, enroscado sobre el asiento tenía la cabeza apoyada sobre las piernas de Redfern y de tanto en tanto lo miraba con ojos curiosos inyectados en sangre.

—¿Tendrá que morir el perro también? —formuló la pregunta mientras corrían por la carretera principal.

—¿Y por qué no? Es sólo un perro... Un perro más. —Rankl se echó a reír y el mal humor de la mañana pareció abandonarlo. David supuso que hasta entonces había estado ocupado con sus planes, evitando cualquier cosa que pudiera distraerlo. Hasta ese momento las cosas habían marchado bien. Podía, pues, permitirse un momento de relajamiento.

—¿Y también a Max le consideraba... un perro más?

Rankl no se conmovió.

—Con Max fui demasiado sentimental, *monsieur*. Hubiera debido ir en el bote con Aribi. Entonces no hubiera usted tenido ningún disgusto. Ahora usted tiene que sufrir porque yo he sido lo suficientemente tonto como para no querer ir en el bote con su cuerpo. Pero con usted ningún sentimiento me molesta. Ya se terminaron los picnics con Anna... Todo lo que debo hacer lo haré.

David comprendió que detrás de las palabras de Rankl había algo más que la crueldad de un hombre obligado a la violencia a fin de salvarse a sí mismo. Se advertía el goce que la situación le producía al satisfacer su odio originado por los celos que sentía por Anna.

David tuvo que admitir, al menos momentáneamente, su propia impotencia. Allí, en el auto, la bestialidad se hallaba muy cerca de él. La colección etrusca y la salamandra de oro irían a Inglaterra sin estar mancilladas por su tragedia. Debido a su propia bajeza, a la perversión espiritual que demostró, las llamas lo reclamaban.

El auto comenzó la larga ascensión desde la llanura. A través de los pinos que se erguían junto al abrupto precipicio de la izquierda aparecía el mar, fragmento de esmalte azul verdoso curiosamente acentuado por el cálido tono rojizo de los troncos de los pinos.

El auto se detuvo. Se hallaban ante una pendiente. Delante de ellos la ruta descendía durante unos treinta metros para luego doblar bruscamente hacia la derecha. Marcando la curva veíanse unos postes pintados de blanco y unidos entre sí por unas maderas formando parapeto, un auto que bajara demasiado velozmente y no virara a tiempo rodaría unos doscientos metros entre los brezos hasta el mar. Más allá de la curva, ocultes durante un trecho por el

acantilado que sobresalía, David vio la carretera que subía entre los árboles para perderse luego en el valle que llevaba a Kabarta.

—Aquí —dijo Rankl secamente, y volviéndose hacia Redfern le dirigió una mueca. Bajó del auto, vaciló un instante y luego se inclinó para retirar la llave de contacto. Aribi también bajó mientras David los miraba sintiendo un vacío en el estómago. Había llegado el momento, y los dos hombres no daban muestras de excitación alguna. Para ellos se trataba de un trabajo a realizar, un trabajo que debía llevarse a cabo bien y con rapidez. La perra tembló, dejando escapar un sordo quejido.

—Haz bajar al animal y tráeme el martillo pesado que está en el baúl.

Aribi abrió la portezuela para que bajara la perra, la cual después de permanecer un instante inmóvil en el sol se puso a bostezar.

David oyó al árabe que abría el baúl. Luego apareció con un martillo pesado. Comprendió que pensaba derribar algunos postes a fin de que el auto, al avanzar lentamente, pudiera caer por entre ellos en el espacio.

Indeciso, Aribi miró a Rankl.

—Ven —le dijo éste señalando los postes. Aribi depositó el martillo en medio del camino y regresó al auto. Con cuidado se quitó la bufanda y la levita, que dejó sobre el respaldo de su asiento. Arremangándose fue a unirse a Rankl.

David los miró alejarse, seguidos por la perra. Cuando regresaran sería el fin. Rankl le daría un golpe y ese golpe significaría la muerte. Por lo menos le sería evitado el horror de rodar en el vacío hacia las rocas junto al mar. Le quitarían las ligaduras y lo colocarían ante el volante, con la perra, los patos y los rifles detrás. Aribi volvería entonces a ponerse su levita y de pie en el estribo irían hasta el borde del precipicio, saltando a tiempo para ponerse a salvo. Aun así, pensó con una mueca, Aribi arriesgaba estropear tan preciada levita. Miró la prenda cuidadosamente doblada sobre el respaldo del asiento, sus pesados faldones cayendo hasta las aves amontonadas. El ojo sin vida del pato tenía un falso brillo, y un hilo de sangre seca manchaba la comisura de su pico... Parecía que hacía tanto tiempo que Aribi, de pie ante él, se había sometido a que le registrara los bolsillos. Recordaba aquel momento con claridad. Al tender al árabe las menudencias que le pertenecían éste había dicho: “Con estas cosas un hombre puede viajar a cualquier parte sin perder su propio respeto”. Si él se hubiera detenido entonces, su propio respeto y su vida no se habrían visto en peligro. Hubiera permanecido en la ignorancia y jamás habría comprendido ciertas cosas... y su vida no habría conocido aquellos momentos de angustiosa espera. La pareció ver de nuevo la figura de

Aribi, alta y oscura contra la claridad de la puerta abierta; Aribi guardando sus pertenencias en su bolsillo: el monedero con cierre relámpago, la caja de fósforos, el pedazo de jabón seco envuelto en un trozo de género, y la anticuada navaja de afeitar con mango de hueso blanco...

Allí abajo, en la curva, se oyó el primer golpe del pesado martillo contra los postes, y la madera que se astillaba. Aquel primer golpe le hizo vibrar por entero, y le pareció que de pronto acababa de quebrarse algo que obstruía su mente, dando libertad a una descabellada esperanza. Aribi era un ser esclavo de las costumbres. Jamás cambiaba nada. Eso significaba que en los bolsillos de su levita se encontrarían las mismas cosas que él viera antes, y entre ellas..., ¡entre ellas se hallaría la larga navaja de afeitar con mango de hueso blanco!

Oyó de un poste que caía, y comprendió que los momentos de gracia que le quedaban eran pocos. A pesar de sus ligaduras, el cuerpo tenía aún el poder de arquearse y curvar los músculos del estómago, y sus doloridas muñecas tenían sus dedos libres y, aunque entumecidos obedientes a su mando, y su boca podía morder y desgarrar.

Cual torpe gusano rodó del asiento. El duro metal de las escopetas lastimó sus brazos y su rostro cayó sobre el suave y ligeramente cálido cuerpo de las aves recién muertas. Luego, haciendo un esfuerzo, se incorporó logrando asir con los dientes los viejos faldones de la levita, tironeando consiguió que ésta se deslizara por encima del respaldo del asiento; la prenda se le cayó sobre la cabeza, envolviéndole sus negros pliegues en su oscuridad. Rodando de un lado para otro y luchando contra la exigüidad del estrecho espacio entre los asientos, consiguió levantar la cabeza y dejar la levita debajo de su cuerpo.

Mientras los dedos libres de sus manos atadas se movían ciegamente detrás de él entre los pliegues del paño, oyó el golpear del martillo en el camino. Encontró un bolsillo y sus dedos lo exploraron exteriormente, pero era el que no le interesaba. Volvió a rodar sobre sí mismo e inclinando la cabeza tironeó el paño con los dientes, consiguiendo después de inauditos esfuerzos dar vuelta a la prenda hasta que el otro bolsillo quedó hacia arriba. Sus dedos palparon el grueso paño y sintieron el contorno alargado de la navaja de afeitar. El conseguir introducir sus manos en el bolsillo hizo brotar en su frente el sudor que comenzó a chorrearle por el rostro hasta que sintió en la comisura de sus labios su salado sabor. Luego, por fin, sus dedos encontraron la navaja.

Los minutos que siguieron fueron de verdadera pesadilla, convirtiéndose el tiempo en un implacable demonio que lo perseguía. Oyó que los

martillazos cesaban en el camino. Sus uñas buscaron a tientas la muesca de la navaja y con doloridas manos la abrió. Sintió la hoja filosa fría contra su carne. Luchando, consiguió sentarse y con los dedos de una mano colocó en posición la hoja de acero y empezó a cortar furiosamente. Sintió la navaja hundirse en su carne y comprendió que la cosa pegajosa y tibia que mojaba sus dedos era su propia sangre. Luego la hoja mordió la gruesa cuerda. Siguió aserrando, jadeante e inclinado hacia adelante. Por fin las cuerdas cedieron y sus manos quedaron libres. Un momento más tarde estaba frotándose las piernas desatadas también, manchando su pantalón con la sangre que manaba de un largo tajo que tenía en el índice izquierdo. Alá, pensó, es quien mejor sabe planear las cosas. Se incorporó, levantando con cautela la cabeza por encima del nivel de los asientos. Aribi y Rankl acababan de volverse e iniciaban el regreso hacia el auto. Detrás de ellos veíase la brecha de los postes abatidos.

El tiempo estaba en contra de él, pero su práctica guerrera le dejaba la mente clara. Rankl había sacado la llave de contacto, por lo tanto no podía utilizar el auto. Debía enfrentarlos ahí mismo. Tomó uno de los rifles de caza. Una mirada le bastó para saber que la cámara estaba vacía. En la gaveta del tablero había varias cajas de cartuchos. Inclinandose hacia adelante tomó una, dejándola caer en seguida pues estaba llena de cartuchos para los rifles de menor calibre. Al dejarla caer un grito le hizo levantar la cabeza. A través del parabrisas vio a Aribi y a Rankl que corrían. Acababan de verlo. Cogió Otra caja, más pequeña y más pesada y comprendió que era la que necesitaba, pero si esperaba a cargar el fusil, cuya marca desconocía, le alcanzarían.

Se abalanzó sobre la portezuela y bajó a la carretera. Rankl elevó la mano e hizo fuego. El perro dejó oír un gemido medroso. La bala de revólver picó en el polvo a los pies de Redfern, quien partió corriendo encorvándose lo más bajo posible. Jadeante y sin aminorar su velocidad trató de cargar el rifle. Oyó a Rankl que gritaba colérico contra Aribi detrás de él, y otro disparo llenó de ecos la hondonada. Siguió corriendo, ocultándose detrás de las rocas y rogando a Dios que la hondonada no terminara en un callejón sin salida. Poco a poco la hondonada iba disminuyendo de profundidad y girando hacia la izquierda, y de pronto apareció ante él un trecho de unos veinte metros que no presentaba otra protección que una que otra mata de brezos o enebros. A toda carrera lo cruzó, seguido por el violento silbido de una bala de rifle. Evidentemente sus perseguidores habían tomado los otros rifles pesados. La densa sombra de un alcornoque surgió ante él, y se precipitó a ocultarse allí. Jadeante y sin aliento se echó a tierra; volviéndose luego, se puso a observar

la hondonada, y cargó su rifle. Apareció una figura trepando trabajosamente. Hizo fuego y la figura cayó, pero él comprendió que había errado el tiro, sus manos duras y su cuerpo fatigado carecían de firmeza.

Momentáneamente reinó absoluta quietud. Ante él se extendía la hondonada iluminada por la luz del sol, y más allá, a través de la cortina de pinos, podía divisar el arco chato del mar.

XIII

Bourg Oussef era una granja que distaba unos doce kilómetros de Kabarta y que quedaba junto a la carretera costera que llevaba a La Calle. Se hallaba en el largo valle que dividía la quebrada meseta de la cadena principal de cerros que venía de tierra adentro. Hacia el norte, el valle subía hasta el borde de la meseta, y aquella ladera veíase salpicada por gruesas rocas, espesa maraña de brezos y descuidadas plantaciones de olivos, alcornoques y fresnos. Hacia el sur, el valle descendía suavemente al principio para elevarse luego hasta la cima del macizo principal bordeado de árboles. Junto a la carretera blanca y polvorienta corría un arroyuelo bordeado de flexibles bambúes, detrás de los cuales veíanse sembrados de trigo y centeno, plantaciones de tabaco y habichuelas y, cerca de la granja, algunos acres de naranjos y viñas.

La estructura de la Bourg Oussef recordaba los revueltos tiempos del principio de la colonización. Estaba rodeada por un alto muro almenado con ancho portón que daba al camino y cuyas pesadas puertas de madera estaban ahora abiertas. Dentro del recinto del muro y en el amplio patio que formaba, hallábanse varias casitas de una sola planta para los trabajadores franceses. El edificio en sí, de estilo renacimiento francés, era sencillo y a la vez ligeramente pomposo, y ocupaba el lugar principal del patio. Dos torres pequeñas se erguían a cada extremo de la construcción y en el centro sobresalían tres amplios ventanales. En medio del patio había un pozo, y un pequeño portón en los fondos del patio daba acceso al campo hacia el sur. El conjunto había sido construido para poder resistir el ataque y el sitio. Ahora, bajo el sol matutino, el patio estaba lleno de vida y movimiento. Cuatro camiones se hallaban estacionados en él. Habían traído a los cazadores de Kabarta. Estos se hallaban en torno a una larga mesa fuera de la casa, desayunándose, y el bullicio de su risa y charla asustaba a las palomas que anidaban en las torres de la granja, y revoloteaban ahora inquietas por el patio.

Anna, con *breeches* de montar, blusa azul y un rifle colgado del hombro, se hallaba en la mesa junto a *monsieur* Douvet y *madame* Guillard. Douvet estaba desayunándose copiosamente y Anna pensó que ese festival, lo mismo que todos los demás, sería una buena excusa para comer y beber, más aún que

para cazar. Bichon, el guardamontes, al extremo de la mesa, ya estaba acalorado y alegre, y daba bromas a Marcelle Douvet y *madame* Labrée que, por casualidad, parecía divertirse y estaba animada. Agno se hallaba sentado sobre un cajón dado vuelta, charlando con el dueño de la granja, sonriente, el rostro apergaminado y arrugado, y jugueteando sus largas manos con el portafusil que sostenía entre las piernas.

—¿Cuánto tiempo estarán cazando patos? —preguntó Anna a Douvet.

—No mucho, no mucho... —contestó éste con la boca llena de jamón, y haciendo una pausa le sonrió—. Usted sabe lo entusiastas que son los ingleses por la caza. No tardarán en llegar. Espero que su prisa por llegar no les haga manejar con imprudencia... Es un camino un tanto peligroso y...

—¿Sabe, Anna? —*susurró madame* Guillard—. No creo que Bernardo — era su esposo— hubiera debido venir. Toda la noche la pasó con dolor de estómago y mire ahora la cara que tiene... ¿Por qué beberá vino a estas horas? ¿Sabe lo que le ocurrió el año pasado?

Anna sabía lo que le había ocurrido el año pasado. *Monsieur* Guillard había conseguido caminar por el valle sólo dos horas, echándose luego a la sombra y negándose a moverse más. Dominic le había hecho compañía, regresando ambos a casa al día siguiente en un carro árabe. La cacería era así. Quienes deseaban cazar escalaban los cerros y se unían a los batidores árabes de Kabarta, y para los que deseaban divertirse, comer y beber, había las abundantes provisiones traídas por los camiones.

Anna miró en torno suyo. Conocía a todos los que allí estaban y sin embargo, debido a la ausencia de una persona, todos le parecían extraños. Hasta los Guillard se le aparecían sólo como una mujer irritable y un hombre pomposo y débil, ansioso por divertirse aun a costa de su salud. Miró hacia el portón, esperando a cada instante oír el ruido del auto de David. Sin saber exactamente por qué se sentía nerviosa, inquieta. El mensaje de que trabajaría la mayor parte de la noche y sólo se uniría a ella después de la caza de patos había despertado cierto recelo en su mente. Aquella no era la forma de comportarse habitual de David. Y también encontraba extraño que hubiera partido en compañía de Rankl. Hubiera deseado interrogar a Douvet sobre aquello, pero no quería traicionar el secreto que David le impuso. Debía, pues, consolarse con la idea de que tal vez formaba parte del plan del joven el esforzarse para que Rankl no sospechara nada. Un grupo de muchachos árabes pasaron junto a la mesa persiguiendo un perro que acababa de robar un salame. Los hombres se volvieron azuzándolos y Bichon, gritando, disparó al aire su rifle. Anna se echó a reír cuando el perro desapareció bajo el montón

de muchachos que lo perseguían y cuando uno de ellos se escabulló de entre los demás huyendo a todo correr y dando grandes mordiscos al salame. Si contiene carne de cerdo, pensó, su padre con seguridad lo apaleará.

Normalmente la tardanza que caracterizaba ese desayuno la irritaba. Parecía que nadie tuviera prisa en dejar la comida y la bebida, y nunca terminaban de ponerse de acuerdo para formar los pequeños grupos que saldrían a cazar juntos. Hoy no le molestaba aquella tardanza, pues a cada momento esperaba ver llegar a David.

Lentamente, el patio empezó a vaciarse; pequeños grupos se alejaban de la reunión general dirigiéndose al portoncito de los fondos, seguidos por un par de muchachos árabes, uno de los cuales siempre llevaba una damajuana de vino, y a medida que se esparcían por las laderas, oíase resonar los disparos en la mañana clara. Hoy Kabarta estaba de caza, y cazaba cualquier cosa. Ningún pájaro podía abandonar su arbusto sin que se oyeran varios tiros, ni ninguna liebre dejaba su guarida sin que una jauría de perros la persiguiera... Nada que se moviera, ya fuera lagarto o tortuga, estaba a salvo, y cuando los batidores de Kabarta se acercasen a la línea de caza y un jabalí o algún puerco espín apareciera a través de las malezas, el valle retumbaría con los disparos de los entusiasmados cazadores sobreexcitados por el buen vino...

Anna se vio obligada también a partir en compañía de los Guillard y Dominic. Cruzaron la carretera a fin de dirigirse hacia el norte del valle, y empezaron a subir hacia la meseta, hasta que ocuparon el lugar que les habían designado, a mitad de camino entre la carretera y el barranco. De allí comenzaron a avanzar lentamente. Anna permanecía rezagada, volviéndose de tanto en tanto para escudriñar la larga carretera, pero no había señales de auto. Caminaban despacio, pues *monsieur* Guillard estaba dando una conferencia al silencioso Dominic que llevaba el vino, y de tanto en tanto se sentaba y se secaba el rostro sudoroso con un pañuelo, murmurando feliz: “*Quelle chaleur! C’est le pays du diable...* Pero me agrada; vamos, Dominic, pásame la Dama..., quiero acariciarla un poco...”.

—¡Bernardo!

—Calla, calla, mamá... Hoy no —contestaba Guillard sonriendo picarescamente a su esposa—. Hoy soy un colegial de vacaciones... Mañana será tiempo de preocuparme por mi estómago...

—Es malo para el flato —comentó brevemente Dominic—. Cuando jugaba al football jamás bebía vino.

—Es malo para el flato aun cuando no se juegue al *football*. ¡Ah...! ¡Escuchen a esos tontos disparando sus fusiles contra nada y contra todo! Pero nosotros somos más cuerdos, ¿verdad? —Y radiante, Guillard palmoteaba su rifle—. Nos quedamos tranquilos de modo que cuando aparezca el jabalí dentro de una hora o dos, vendrá hacia nuestro lado, porque será el rincón más tranquilo de todos... Los jabalíes siempre huyen del ruido. Y nosotros estaremos esperándolos. Papá Guillard así, y Dominic y las dos señoras listas... —al hablar apuntaba con su rifle a los arbustos delante de ellos—, y cuando sus ojillos de azabache brillen... ¡Pam! —disparó dos tiros y luego miró con orgullo en torno suyo. Todos se echaron a reír y les resultó difícil persuadirle para que siguiera avanzando. Durante una hora más siguieron caminando, y al final Anna tomó la delantera. La bulliciosa alegría de Guillard no concordaba con su estado de ánimo, y sentía la necesidad de estar sola. Los demás la dejaron partir y después de un rato la joven se encontró bajando hacia la carretera. Cuando David llegara a la granja y encontrara que todos habían partido, posiblemente seguiría por la carretera con su auto a fin de alcanzarlos. Decidió por eso bajar al camino y seguir por él. Detrás de ella oyó a Guillard que reía. Luego, poco a poco, la distancia apagó los sonidos, y adivinó que Guillard y Do minie no tardarían en sacar sus barajas e instalarse en algún rincón a la sombra para jugar y terminar el vino, y probablemente al no estar ella allí, hasta *madame* Guillard se uniría a la partida, olvidándose de su impaciencia contra su esposo.

Junto al arroyuelo, sobre un pequeño montículo, a unos diez metros del camino y dominándolo, encontró la sombra de un árbol, y allí se sentó. Su amor por David hacía nacer en ella una ansiedad indefinida. Lo aguardaría allí hasta que llegara. Se recostó sobre la hierba y se puso a mirar el cielo a través del follaje. En alguna rama del árbol una cigarra dejaba oír su chirrido frenético, pero Anna no lo oía, pensando en David. Ante ella se abría una vida nueva, de emociones nuevas que no afrontaría sola. Ahora las alegrías y pesares de la vida les pertenecían a ambos. Era algo nuevo “para ella que sus pensamientos incluyeran automáticamente a otra persona, y allí recostada saboreaba el placer de esa sensación.

Debajo de Redfern, la hondonada que unos momentos antes había estado tan tranquila retumbó con el eco de varios disparos. Oyó las balas desgarrar las hojas por encima de su cabeza y luego vio a la perra correr desde una roca y cruzar, con la cola entre las patas, hasta una mata de enebros. Hizo fuego

contra el arbusto y vio saltar algunas de las ramas. Retrocedió un poco y se quedó atisbando algún movimiento. Hacia su izquierda la pared de la hondonada se erguía aún en forma abrupta. El intentar escalarla le colocaría como blanco para sus adversarios. Siguiendo aquel camino llegaría a la carretera que conducía a La Calle y a la seguridad. Pero el riesgo a que se exponía se lo vedaba. A la derecha, el muro de la hondonada aparecía lleno de grietas y su inclinación más suave que la del otro permitía escalarlo más fácilmente. Comprendió que si permanecía donde estaba, uno de sus perseguidores podría avanzar por su flanco sin ser visto por entre las rocas, mientras el otro lo mantendría inmovilizado en su lugar amenazándolo con su arma. Un axioma de táctica guerrera dice: “Jamás debe mantenerse una posición cuyo flanco esté expuesto”.

Disparó dos tiros al azar, a fin de mantener agazapados por un momento a sus perseguidores, y luego se internó cuidadosamente en la espesa cortina de alcornoques que obstruía la parte superior del cañón de la hondonada. Se movía a prisa, con la esperanza de ganar terreno, lo que le daría tiempo para girar a la derecha cuando llegara al final de la hondonada y tomar rumbo hacia La Calle. Pero detrás de él, el ruido de arbustos que se quebraban y los tiros disparados al azar, que resonaban entre los oscuros árboles, le dijeron que los otros habían advertido aquel peligro. Abandonando toda precaución, parecían decididos a impedirle que girara hacia la derecha, y en ese momento se veían favorecidos por el flanco desnudo del muro de la hondonada que lo mantenía a él en la misma dirección, y también por la ladera izquierda que le obligaba a dirigirse hacia la cima del cerro tras el cual se ocultaba el largo valle que llevaba a Ben Negro. Giró a la derecha entre los árboles, acercándose al desnudo muro que los flanqueaba, decidido a aprovechar la primera oportunidad que se le presentara para escalarlo. Pero al cabo de un rato sintió que el terreno bajaba en pronunciado declive. Ante él se erguían macizos de alcornoques cuyas ramas, en ciertos lugares, tocaban casi la tierra y le obligaban a bajar la cabeza mientras corría, y comprendió que había traspuesto la cima de la hondonada. Una abertura le permitió ver el muro de la hondonada a su derecha, irguiéndose hasta la cima de las ondulaciones que formaban el lado derecho del valle que llevaba a Kabarta. Unos minutos más tarde había traspuesto ya los árboles y corría por la ladera abierta del valle, y a su izquierda una ancha franja brillante a la luz del sol señalaba el camino que se alejaba de la costa rumbo a Kabarta. Detrás del mismo divisábase la meseta que bordeaba el valle, a cuyo extremo se encontraba la pequeña bahía donde él había ido a encontrarse con Anna.

Volviéndose y protegiendo su cuerpo detrás de una roca que se erguía entre la hierba dura, vio a Rankl y Aribi que salían de la cortina de árboles. Se detuvieron para escudriñar el largo valle. Redfern abandonó la protección de la roca y echó a correr hacia un grupo aislado de árboles. Ningún disparo lo siguió, aunque tenía la seguridad de que lo habían visto. Desde su abrigo vio como se acercaban lentamente y comprendió que lo que querían era mantenerse fuera del alcance de sus balas, obligándolo a avanzar hacia el valle. Con amarga cólera comprendió su táctica, pues más adelante ya no encontraría la protección de árboles y rocas... Pero si permanecía allí para hacerles frente... ellos eran dos contra uno. Sin embargo, aun en medio de su amargura lo embargó la esperanza y el consuelo. La desesperación de ellos dos debía ser tan grande como la suya propia, y el peligro que corrían igual al de él, pues ahora debían actuar a plena luz. En algún lugar del valle se llevaba a cabo la cacería de jabalí y allí él encontraría gente. No todo el mundo en Kabarta compartía el secreto de Serafis, no todo el mundo estaba sobornado por él. Si pudiera alcanzar el grupo de *monsieur* Guillara, Dominic o Joe, su inocencia lo protegería y acarrearía la destrucción de Serafis. Se volvió y siguió avanzando, sabiendo que pronto no estaría solo. Su situación le obligaba a apelar a los demás. Lo único que tenía que hacer era tratar de no equivocarse.

Manteniéndose fuera del alcance de las balas de sus enemigos, siguió avanzando, y advirtió que en cuanto trataba de aumentar la distancia que los separaba, sus perseguidores avanzaban con mayor rapidez a fin de conservar siempre entre ellos la misma separación. Comprendió que por el momento no tenían otro plan que obligarlo a avanzar hacia Kabarta y ningún deseo de acercársele. El sol estaba alto y caliente ahora, y la desnuda ladera con sus pequeños arbustos de enebros y brezos no ofrecía ninguna sombra. En cierto momento llegó a un arroyuelo oculto entre una espesa maleza, y dejándose caer junto al agua bebió con avidez. Aquel instante que estuvo acostado en el suelo le hizo comprender lo cansado que se hallaba.

Siguió avanzando con la chaqueta abierta, a fin de disfrutar de la escasa brisa que corría. Envolvió su pañuelo mojado en agua alrededor de su dedo herido. La cuesta aparecía descampada y sólo de tanto en tanto se erguían algunos olivos. Al pie de uno de ellos una niña árabe que cuidaba unas cabras le sonrió. Él, automáticamente, le devolvió la sonrisa. Libre de los olivos ahora, vio al pie de la ladera y junto a la carretera del valle los blancos muros de una granja y en su patio el movimiento de diminutas figuras y los oscuros contornos de camiones estacionados. Recordando lo que había

contado Anna de la cacería, adivinó que aquello sería Bourg Oussed, la granja, punto de reunión de los cazadores, y se dirigió hacia ella. Unos minutos más tarde atravesaba el portón del muro que rodeaba el patio de la granja. Algunos árabes se encontraban junto a los camiones y unos niños jugaban cerca del pozo. Se acercó a los árabes y los interrogó sobre la cacería; uno de los camioneros, le dijo que ya había empezado y que todos habían partido rumbo al valle. Un poco más tarde los camiones regresarían a mitad del camino de Kabarta para encontrarse con los cazadores para el almuerzo.

—Usted puede venir conmigo, *monsieur* —ofreció el camionero—. Así se evitará la caminata.

Mientras el hombre hablaba David advirtió que entre ellos existía un sentimiento, no de sorpresa, sino de calma expectativa. Lo observaban con mirada tranquila y soñolienta, con una tolerancia apenas velada, como si supieran que, fuera lo que fuera lo que había ocurrido, su gesto contra el destino resultaría fútil.

—¿Está el dueño de la granja en casa? —inquirió.

—No hay nadie, *monsieur* —y los ojos del árabe se dirigieron a su mano vendada—. *Monsieur* está lastimado, yo lo llevaré. —Hizo un movimiento hacia Redfern.

—Estoy muy bien —contestó David y se alejó, sintiendo sus miradas fijas en él.

Salió del patio y volvió a subir por el valle. El mantenerse en la carretera sería exponerse a que lo alcanzaran y lo derribaran de un tiro desde algún camión. Cuando se encontró a salvo en la ladera de la colina se volvió para mirar detrás de él y vio que Rankl y Aribi lo habían seguido a la granja. Ahora en el patio reinaba vida y movimiento. Luego vio que Aribi y otros seis hombres salían al valle y avanzaban lentamente detrás de él, y a la luz del sol pudo ver el brillo de sus fusiles. Oyóse el zumbido del motor de un camión que se ponía en marcha y que, poco después, trasponiendo el portón tomaba la carretera. Mientras lo miraba avanzar supuso que alguien se dirigía a Ben Negro a fin de informar a Serafis. Dentro de poco las fuerzas que hasta entonces había sabido evadir se reorganizarían y se volverían contra él mejor dirigidas y más implacables que nunca.

De la espesura, delante de él, se elevó una bandada de codornices y estallaron varios disparos. David se dió prisa, pues sabía que en cuanto se difundiera la noticia de su huida sus probabilidades de escapar disminuirían. No todos los cómplices de Serafis debían de conocer su sentencia de muerte, aunque todos debían de saber el peligro que él representaba. Mientras

ignoraban lo ocurrido, él podría pasar entre ellos sin peligro en busca de alguien en quien pudiera confiar.

Llegó al borde de una leve depresión y fue saludado por un estallido de risas. Debajo de él, sentado sobre unas rocas, se hallaba un pequeño grupo de hombres formado por Bichon el guarda bosque, dos obreros del galpón de corcho y dos muchachos árabes. Todos, excepto los muchachos, estaban armados. Mientras bajaba advirtió que Bichon y los otros dos franceses estaban bebiendo. Se hallaban sentados en semicírculo y se pasaban de unos a otros un gran frasco oscuro. Bichon fue el primero que lo vio, y durante un breve instante su rostro reflejó profundo estupor, pero casi en seguida agitó una mano en señal de saludo.

—Venga a beber con nosotros, *monsieur*. Hace calor.

David tomó el frasco y bebió, fijos sus ojos en los hombres.

—Gracias. ¿Qué ocurrió? Llegué algo tarde.

—Nada, *monsieur* —rió uno de los hombres—. Caminamos y caminamos y hasta ahora no hemos visto nada. Pero más tarde los batidores aparecerán al otro extremo del valle y entonces pam, pam, pam... —E hizo girar su rifle en semicírculo apuntando a un imaginario jabalí.

—¡Cuidado con ese rifle, estúpido! —gritó Bichon—. No les haga caso, *monsieur*... Están un poco así, así... —Y como si hubiera dicho un chiste graciosísimo se echó a reír y todos le acompañaron. Uno de los hombres rodó por la hierba y un muchacho árabe lo ayudó a incorporarse, colocándose luego con su espalda contra la del hombre a fin de ayudarle a mantener su postura.

—Ando buscando a *monsieur* Guillard y a *mademoiselle* Tabour —dijo David—. Prometí acompañarles.

—¡Oh!, están muy lejos..., allá arriba, en algún lado —y Bichon señaló vagamente hacia el valle—. Quédese aquí, *monsieur*, será mejor para usted. Terminaremos este frasco —palmoteó amorosamente la panzuda botella— y luego perseguiremos. Hoy todo el mundo se emborracha un poco. Es permitido... Quédese con nosotros, *monsieur*. —Y avanzando quiso tomar a Redfern por el brazo.

—Lo siento, pero debo ir a reunirme con los demás.

—No, *monsieur*, debe usted quedarse. Bichon lo cuidará bien —gritó uno de los hombres. Pero David ya se alejaba por la colina. Al volverse vio el rostro de Bichon tenso de cólera y azoramiento. El hombre adivinaba que algo andaba mal y su ignorancia sólo servía para confundirlo.

Un poco más tarde, al mirar hacia atrás vio que Aribi y sus hombres lo habían alcanzado, y observó la misma maniobra deliberada que había tenido lugar en Bourg Oussef. Bichon y su grupo se unieron a los perseguidores y la línea se extendió. Vio que uno de los obreros borrachos se tambaleaba y caminaba ayudado por un muchacho árabe.

Avanzaban sin ninguna prisa, como si no desearan alcanzarlo antes de recibir instrucciones. Buscando entre ellos a Rankl no pudo encontrarlo y supuso que el individuo había ido con el camión en busca de Serafis.

Hacía calor, mucho calor, y el sudor le pegaba la camisa al cuerpo. El saberse perseguido ponía sus nervios en tensión, y a veces se sentía tentado de cubrirse y detenerlos con su fuego. Era una tentación originada por el deseo de alguna acción positiva, pero su razón se lo negaba. Vio también al volverse de tanto en tanto, que el ala derecha de sus perseguidores se elevaba cada vez más por la cuesta, en el deseo evidente de rodearlo y obligarle a bajar hacia la carretera. Contrarrestó este designio durante un momento avanzando con mayor rapidez, a fin de mantener su posición.

A lo lejos podía ver ahora el valle que se estrechaba a medida que se aproximaba a Kabarta. Los pronunciados declives estaban ahora en parte cubiertos de alcornoques, entre los cuales de tanto en tanto se destacaban los altos arabescos de algún pino solitario. El camino reverberaba a la luz del sol y las rocas formaban parches blancos en la arena y la tierra pardusca. Al atravesar un matorral pudo sentir el calor que emanaba de las plantas, y cuando cruzó un espacio donde habían quemado la maleza se levantaron del suelo bocanadas de polvo negro. Hacia la izquierda y entre el borde resquebrajado de la meseta se divisaba el mar, parecido a una fuente de peltre pulido que resplandecía sin color, y más allá, la línea pálida y humosa del horizonte, y el cielo desvaído cuyo color aumentaba hasta el azul profundo del cenit. Un lagarto se deslizó de una roca y del valle llegó hasta él el estampido de repetidos disparos y oyó a sus espaldas el ladrido excitado de un perro. Volviéndose, lo vio corriendo detrás de una liebre que Bichon y los árabes habían espantado. Estallaron gritos y risas, pero la línea de sus perseguidores siguió avanzando hacia él, encerrándolo, rodeando la colina, manteniéndose siempre la distancia de trescientos a cuatrocientos metros.

Echó una mirada hacia el extremo de la línea en la parte baja del valle y reconoció la figura de Aribi por su oscura vestimenta, moviéndose por la carretera, y comprendió que aguardaba el regreso del camión.

De pronto encontró un pequeño sendero y lo siguió durante un tiempo, feliz de poder avanzar con mayor facilidad, hasta que vio tres figuras delante

de él. Por un momento sintió que le embargaba la esperanza, pues una de las figuras era de mujer. Entonces reconoció a *madame* Labrée, y con ella estaban Douvet y un árabe de alta estatura. Instintivamente cambió de rumbo, bajando por la colina a fin de evitarlos, y corriendo pasó a unos cincuenta metros de ellos. El ruido de sus pasos los hizo volverse. Vio el rostro flaco y serio de Sidi ben Ahrim, y luego el asombro reflejado en los rasgos fatigados de Douvet. El hombre, movido por la sorpresa, alzó su rifle e hizo fuego. La bala picó el polvo algo más lejos de David. Mientras corría, el joven se volvió y con su propio rifle hizo tres disparos, rápidamente y sin apuntar. Vio al grupo echarse a tierra, lo que le permitió ganar terreno y alcanzar unos arbustos. Luego siguió corriendo por campo descubierto, semi agachado a fin de evitar las balas, pero no volvieron a disparar detrás de él. Jadeante continuó su fuga, achicando los ojos lastimados por el fuerte fulgor solar. Diez minutos más tarde vio que él había perdido su posición en la loma y que poco a poco iban copándolo, pero también vio que la distancia entre él y sus perseguidores era mayor que antes. Ahora los separaba más o menos un cuarto de milla.

Deliberadamente siguió bajando con rapidez hacia la carretera. La línea de sus enemigos empezó a enderezarse y David comprendió que ahora trataban de empujarlo hacia el norte y posiblemente hacia el mar. Con el instintivo razonamiento del perseguido comprendió la cordura de aquella maniobra. Trataban de alejarlo de la dirección general de la cacería a fin de excluir a todos aquellos que ignoraban la necesidad de su muerte. Los inocentes irían a Kabarta para encontrarse con los batidores, mientras los otros le perseguirían.

Llegó a una pequeña plantación de viñas y siguió corriendo a lo largo de los pasadizos. El movimiento de su chaqueta desprendió una nube de polvo de las anchas hojas. Corrió por entre ellas, hasta que de pronto se encontró en la carretera. Hizo una pausa, tentado de seguir por ella y utilizar su lisa superficie para ganar distancia. Pero un momento de reflexión le hizo comprender que sería peligroso, y luego, como para fortalecer la resolución ya tomada, vio a lo lejos en el camino la blanca polvareda levantada por un vehículo en movimiento. Adivinó que se trataba del camión que regresaba de Ben Negro. Abandonó el camino y se internó entre los bambúes del arroyuelo que corría junto a la carretera y empezó a vadearlo. El contacto del agua produjo un frío glacial a su cuerpo acalorado y empezó a temblar. Subió hacia un pequeño montículo de hierba coronado por un árbol solitario, y al llegar a él Anna se incorporó, acercándosele.

—¡David! —la ansiedad desfiguraba su voz, y el gesto desesperado con que le rodeó con sus brazos le hizo comprender que había estado observando angustiada lo que ocurría y compartía su temor.

—¡Anna! —contesto él besándola y estrechándola contra sí—. No debemos quedarnos aquí... Ven. —La arrastró casi con ira, pues odiaba la alegría que su presencia le procuraba, ya que comprendía que ahora el peligro también la amenazaría a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te persiguen?

—¿Dónde están los Guillard? —inquirió el joven. Estaban subiendo precipitadamente por la ladera ahora, y el hablar resultaba un trabajo penoso para el sofocado Redfern.

—Allí...; lejos, muy lejos.

—¡Maldición! ¡No pueden ayudarnos! Pero Joe... ¿está por aquí?

—No. El nunca sale de mañana. Por lo general se une a la cacería para la hora del almuerzo.

—¡Maldita sea su pereza!

—¿Qué ocurre, David? Debes decírmelo.

—Sigue avanzando. Si nos alcanzan, estamos perdidos los dos. Si hubiera sabido que estabas sola ahí me habría mantenido alejado.

Le tomó la mano, ayudándola a escalar una roca y luego, mientras seguían avanzando, se lo contó todo. Cuando hubo terminado, la miró de reojo preguntándose lo que estaría pensando la muchacha. Su rostro joven y hermoso estaba profundamente pensativo. Fresca y descansada, le resultaba fácil seguir los pasos de David.

—Tenemos que llegar a Kabarta, David. No habrá esperanza alguna para nosotros si siguen acorralándonos hacia el mar. En Kabarta debe de haber gente que no es de Serafis, un teléfono o un auto..., cualquier cosa... Pero de este lado sólo hay el mar.

—Lo sé —hizo una breve pausa en su carrera—. Mira atrás, allí...

Se hallaban ahora en un lugar alto, y la distancia entre ellos y sus perseguidores era siempre la misma. Abajo, en la carretera, el camión acababa de detenerse casi en el mismo lugar donde él la había cruzado, y esparcidos en abanico por la colina veíase a sus enemigos.

—Saben lo que deben hacer ahora —dijo David con amargura—. Serafis les ha dado sus órdenes.

—¿Crees que dispararán contra nosotros?

—Sí; e inventarán la historia de algún accidente de caza. Serafis no es ningún tonto, y sabe cuando debe correr un riesgo.

La joven se reclinó contra él, respirando con dificultad.

—¿Qué haremos?

Cosa extraña, no sentía la necesidad de otro apoyo más que el de Redfern. Antes, siempre había estado acostumbrada a afrontar sus propias dificultades, bastándole su propio juicio. Ahora su confianza descansaba plenamente en David, y a pesar de la amargura con que hablaba adivinaba en él una gran fuerza.

—Sólo hay una probabilidad. Estuve pensando en ella mientras bajaba hacia el camino. Debemos llegar al borde de la meseta lo más rápidamente que nos sea posible. Una vez allí, podremos desaparecer de su vista, y luego, en lugar de seguir hacia adelante, tomaremos hacia la derecha para tratar de llegar más allá de su flanco. Si nos damos mucha prisa lo conseguiremos. Pero deberemos detenernos y ocultarnos antes de que ellos lleguen al borde de la meseta. Si nos ven, estamos perdidos. El asunto es saber cuánto tiempo podemos correr antes de ocultarnos, y eso significa que deberemos calcular el tiempo que les llevará llegar al borde de la meseta después que nosotros. ¿Estás lista?

Anna asintió.

—Ven entonces.

A unos doscientos metros del borde de la meseta, línea quebrada que se destacaba contra el cielo, el suelo se tornó rocoso y su declive más pronunciado, y estaba cubierto de morenas formadas por las piedras que la evasión había desprendido del borde de la meseta. David no prestaba ninguna atención a Anna. Sabía que donde él fuere ella le seguiría. Los escaramujos y aulagas desgarraban sus ropas mientras avanzaban, pero no les prestaron atención. Durante un rato disfrutaron de la sombra de unos pinos y luego llegaron a las rocas desnudas y treparon por ellas encorvados; aferrándose a las piedras y a los afloramientos de las rocas, mediante inauditos esfuerzos lograron escalarlas, con los rifles que les golpeaban el cuerpo, el sudor que les caía en los ojos y que atraía una nube de moscas que les molestaba sin cesar. Los guijarros se deslizaban bajo sus pies, sus pulmones luchaban por recobrar el aliento y el aire, cálido y pesado, carecía de frescura. Siguieron siempre adelante, sin ahorrar esfuerzos, hasta que sus músculos como bandas de acero les impedían cualquier movimiento. Avanzaban con dificultad a la sombra de un risco, hasta que de pronto, por encima de sus cabezas, en lugar de rocas vieron el cielo azul. Se hallaban al borde de la meseta y ante ellos, ondulando suavemente, se extendía hacia el mar la amplia llanura salpicada de tanto en tanto con uno que otro árbol.

—¡Ahora! —dijo David, cuando desaparecieron por encima del borde de la meseta. Viraron hacia la derecha y empezaron una loca carrera por la meseta, y mientras corrían David trazaba automáticamente el camino que debían seguir, y calculando la delantera que llevaba a los otros los imaginó trepando por la ladera de la meseta. Los veía subir más alto, siempre más alto..., abriéndose paso entre las rocas como él lo había hecho antes, acercándose cada vez más al escarpado borde. Reunió sus energías para aquel esfuerzo extraordinario, y de pronto los latidos de su corazón se transformaron en una sensación separada, un ruido y un dolor que marcaban el paso de su esfuerzo. Oyó que Anna tropezaba. Se dió vuelta la levantó y siguieron corriendo. Ahora la hierba había dejado lugar a matas aisladas de brezos y pastos duros que rodeaban aquí y allá algún árbol solitario.

—Cuando lleguemos al segundo árbol... ¡a tierra! —gritó jadeante David.

Bajo sus ojos el suelo era una mancha confusa, gris y verde; las ramas bajas le azotaban el rostro y deseaba volver la cabeza para poder observar el amenazador horizonte. El árbol parecía extremadamente distante, pero no cejaron en su empeño, manteniéndose agazapados mientras corrían y temiendo a cada instante oír el grito lanzado por algunos de sus perseguidores al divisarlos.

—¡Ahora, ahora! —las palabras le salieron casi como un grito, mientras se arrojaba dentro de las zarzas al pie del árbol, arrastrando a Anna detrás de él. Cayeron entre las ramas secas y durante un instante sólo tuvieron conciencia del alocado latido de su sangre en sus oídos y del suplicio que significaba conseguir respirar. Durante un momento David sintió que no le importaba si nunca más volvía a moverse. Luego, luchando su mente contra su debilidad física, levantó la cabeza. Desde el centro de la maraña de arbustos a la sombra del árbol que se erguía, miró hacia el horizonte. A unos cincuenta metros de ellos el extenso borde de rocas pareció oscilar entre la calina producida por el intenso calor, y mientras miraba apareció una cabeza y unos hombros y luego, lentamente, todo el cuerpo de un hombre. Permaneció inmóvil, escudriñando la meseta ante él, y unos segundos más tarde aparecieron otras figuras que se destacaron contra el cielo, la última de las cuales se hallaba a por lo menos cuatro metros detrás de ellos. Dió unos pasos hacia adelante, volviendo la cabeza a fin de inspeccionar mejor el terreno. Si seguía avanzando pasaría a escasos metros de los arbustos donde ellos estaban ocultos.

—Es Agno —susurró Anna. David le colocó una mano sobre el hombro.

—Si nos ve, dispararé contra él. Entonces tú baja de nuevo hacia el camino y yo seguiré hacia el mar... No queda otra alternativa. Tal vez logres llegar a Kabarta... —Sintió bajo su mano que el cuerpo de la joven se ponía tenso y que se disponía a protestar, pero luego se aquietó. Él, siempre oculto entre los arbustos, no perdía de vista a Agno que se acercaba, y lentamente le apuntó con su fusil, listo para disparar contra él.

XIV

Agno avanzaba con la chaqueta abierta. Su rostro sudoroso brillaba como si hubiese sido lustrado, y al caminar volvía la cabeza a derecha e izquierda escudriñando todo con cuidado.

Anna, acostada junto a David, con su cuerpo contra el de él y su mano asida de su muñeca, pudo sentir la tensión de sus músculos. Compartía su excitación y expectativa, y momentáneamente no sentía temor. Estaba convencida de que mientras estuviera con él, nada malo podría ocurrirle. Había orgullo en su propia seguridad, orgullo arrogante pero innegable, y en ese momento comprendió que si David hacía fuego contra Agno ella le desobedecería y correría con él, fuera donde fuera.

Agno llegó a la altura de los arbustos. Detrás de él, extendiéndose por la meseta, se hallaban los demás. Hizo una pausa volviendo la cabeza y su mirada se posó en los arbustos. Anna sintió los músculos de la muñeca de David que se ponían tensos. Agno miró hacia ellos, parecía que forzosamente tendría que verlos, pero su rostro permaneció impassible y luego prosiguió su camino. Un instante después el grito lejano de uno de sus compañeros lo alejó hacia la izquierda.

—No nos vio —pronunció David jadeante.

—No tardarán mucho en advertir que no estamos delante de ellos.

—Lo suficiente para permitirnos tomar cierta delantera.

Permanecieron quietos durante un rato más y luego, cuando sus perseguidores desaparecieron tras una leve ondulación de la meseta, David se puso de pie y dijo:

—Vamos. —Tomó la mano de Anna, e inclinándose lo más posible a fin de disimular su presencia, se alejaron siguiendo la orilla de la meseta.

Cinco minutos más tarde habían llegado al borde oriental de la meseta y comenzaban a descender por una ladera cubierta de tupidos montes, hacia el valle donde se hallaba el camino que David había tomado cuando fue a encontrarse con Anna. De tanto en tanto, por algún claro entre los árboles, podían verlo, tranquilo y lleno de color en el cálido sol. Avanzaban en silencio, cada cual Ocupado con sus pensamientos. Delante de ellos y bastante cerca, según podía calcular David, se encontraría la verdadera línea de

batidores, los árabes que habían partido temprano del pueblo a fin de recorrer el largo valle hacia Bourg Oussef. Supuso que Rankl y Serafis los habrían hecho avisar y que ellos también estarían esperándolo. Si bien sólo estaban armados con palos, el peligro estribaba en que en cuanto los vieran pasarían rápidamente la noticia a los demás, y entonces se malograría la ventaja obtenida en la meseta. La única esperanza para ellos era llegar a Kabarta, donde, si no lograban telefonar, podrían al menos conseguir un auto para llegar hasta Ain Draham. El evitar a los batidores era más bien cuestión de suerte. Tal vez su línea no alcanzara hasta donde estaban ellos. Podían, pues, moverse ahora con relativa seguridad bajo la protección de los frondosos robles, pero en cuanto se alejaran de los árboles tendrían que volver a andar con cautela. Aprovechó aquel momento de quietud y paz para recobrar fuerzas. Alargando la mano. David tomó el brazo de Anna, y ella, volviéndose hacia él, le sonrió.

—¿Estás bien? —le preguntó con calma.

La joven asintió, y luego dijo suavemente:

—Esta mañana, cuando tú no estabas, tenía miedo. Pero ahora ya no lo tengo, aunque en realidad debería seguir teniéndolo.

Llegaron a una especie de zanjón que poco a poco fue ensanchándose, hasta que desembocaron en un sendero de la selva bordeado por altos árboles. El sendero avanzaba tortuoso, evitando las enormes rocas que encontraba en su recorrido. Fue después de rodear una de ellas cuando David se detuvo de pronto, reteniendo con la mano a Anna. Ante ellos, donde el sendero se ensanchaba para llegar a un pequeño claro entre los árboles, veíase un carro. Una paciente mula entre los largueros, rodeada su cabeza por una nube de moscas, permanecía inmóvil, mientras el semi-bobo Abad cargaba de leña el carro canturreando suavemente. David y Anna permanecieron inmóviles. Abad no les había visto y David no tenía deseo alguno de que les viera.

—Vayamos hacia la derecha, entre los árboles —susurró a Anna. Mientras hablaba, una voz los llamó desde la izquierda.

—¿Qué les ocurre...? ¡Diríase que acaban de cometer un crimen!

Se volvieron y vieron a Joe Weaver. Estaba sentado entre dos árboles al borde del claro. Se puso de pie y se acercó a ellos. En el claro, Abad seguía cargando su carro sin fijarse en ellos.

—¡Joe! ¡Cuánto me alegro de verlo! —exclamó David yendo hacia él.

El joven se quedó mirando la ropa desgarrada y mojada de Redfern y luego sus ojos se dirigieron hacia Anna. Un largo desgarrón iba desde el

hombro de su blusa a su cintura. Se lo había hecho al arrojarse entre los arbustos. El amplio rostro alegre se tornó súbitamente serio.

Una repentina sospecha cruzó la mente de David.

—¿Qué hace usted aquí, Joe?

—Voy a reunirme con los cazadores... Abad me trajo desde el camino principal en su carro. No me gusta internarme por estos caminos malos con mi viejo auto, y lo dejé en la encrucijada.

—Joe, estamos en un aprieto —dijo Anna. Había adivinado la sospecha que acababa de nacer en la mente de David, pero conocía a Joe y sabía que si él se mostraba indigno de su confianza, ya no podría creer en nada más en este mundo.

—Prosiga. No se necesita ser muy perspicaz para advertir eso.

La vacilación abandonó a David. Cuanta más gente estuviera enterada, mayor sería la seguridad para ellos.

—No tengo tiempo para entrar en detalles. Nos persiguen, y cerca de aquí deben encontrarse los batidores, buscádonos.

—Dígame en pocas palabras de qué se trata —pidió Joe. Su rostro ya no reflejaba chanza alguna.

—Serafis y Rankl han estado introduciendo armas clandestinamente en Kabarta desde hace largos meses. Ellos mataron a Max. Descubrí sus maniobras y trataron de matarme. Prácticamente todo el mundo en Kabarta está enterado del asunto. Ahora toda la cacería es en nuestro beneficio, pero hasta ahora...

—Bien, bien, no necesito más detalles. Pobre Max... ¡canallas...! ¡Ya sospechaba yo que algo andaba mal en este pueblo...!

—Tenemos que proseguir. En cuanto lleguemos a Kabarta quizá podamos telefonar o conseguir un auto. Pero si algo nos ocurriera..., entonces usted sabrá lo que tiene que hacer.

Joe se colgó el rifle al hombro.

—Escúcheme: hay una choza de un guardabosque en el valle. Iré allí y telefonaré a Ain Draham pidiendo socorro. Nadie sospechará de mí. Ustedes dos sigan adelante. Si los dos tratamos de hacer algo, tendremos más probabilidades a nuestro favor. En cuanto haya telefoneado trataré de alcanzarlos. —Les sonrió: la seriedad de su rostro había desaparecido dando lugar a la indiferencia feliz y despreocupada que le era habitual, como si ningún riesgo serio reclamara su atención—. No pongan esa cara... ¡Vamos, ánimos...! En cuanto a los batidores...

—¿No podríamos ir a la choza del bosque con usted? —preguntó Anna.

—¡Oh, no! —interrumpió David—. Eso significaría retroceder hacia nuestros enemigos y si ellos llegaran a vernos perderíamos la ventaja lograda. Ahora lo único que nos queda por pasar son los batidores.

—Tal vez Abad pueda darles una mano para eso. Está por regresar a Kabarta. Ya conocen ustedes a Abad. Es tan bobo y estúpido que si le dicen que quieren regresar al pueblo metidos bajo su leña, se lo permitirá. Para un bobo como él, eso nada tiene de anormal. —Y Joe se echó a reír.

—¡Qué genio es usted, Joe! —exclamó David.

—Quizá tenga razón, amigo. A veces estoy por creerlo yo también. Vayan ahora, y no se preocupen acerca de la llamada a Ain Draham. Yo me encargo de ella.

Y sin otra mirada se volvió y desapareció entre los árboles para tomar el camino que trepaba por la ladera del valle.

Unos minutos más tarde Anna explicaba a Abad lo que querían. El rostro suave y de expresión vacua del bobo no reflejó sorpresa alguna y David que lo observaba tuvo la impresión de que el muchacho, interrumpido en su quejumbroso canto, seguía su melodía para sus adentros. Asentía suavemente mientras Anna le recalca en árabe lo que esperaban de él. Cuando hubo terminado de hablar, el muchacho dijo algo breve con voz joven y aguda. Anna meneó negativamente la cabeza.

—¿Qué dice? —inquirió David.

—Que estaríamos más cómodos si fuéramos sobre la leña en lugar de ir abajo.

—Dile que preferimos ir debajo a fin de evitar el sol, y que no debe decir a nadie que estamos ahí.

Anna sonrió y volvió a hablar a Abad. Sin una palabra, el muchacho fue hacia la parte posterior del carro y empezó a arreglar los haces de leña. Al cabo de un rato había preparado un largo espacio donde Anna y David se deslizaron. Abad colocó otro haz al extremo del carro y lo ató luego todo con una cuerda liviana. Se acercó después a la mula y tomando la corta rienda empezó a tironear del animal lanzando unos gritos agudos y destemplados. El carro empezó a moverse con un chirriar de ruedas sobre el terreno rocoso y desigual.

Dentro del carro los jóvenes fueron arrojados el uno contra el otro al primer barquinazo y David colocó sus brazos alrededor de Anna a fin de estabilizarla. La claridad del día formaba estrías de luz en el estrecho recinto donde se hallaban acostados, y un polvo fino se elevaba del piso de tablas del

carro. Hacía calor, y sabían que en cuanto salieran de la sombra protectora de los árboles se tornaría aún mucho más intenso.

—No podremos aguantar hasta Kabarta... Cuando llegemos a la carretera, si vemos el auto de Joe y la costa está libre, lo tomaremos.

Sintió el cuerpo de Anna que se sacudía entre sus brazos, y volviendo la cabeza vio que se reía en silencio. Le sonrió. Por el momento el peligro había pasado y su angustiada emoción tomaba el respiro que tanto necesitaba.

—Sí fueras a ponerte histérica —le murmuró David bajando la cabeza hasta que sus labios se encontraron junto a su mejilla— conozco un medio muy bueno para curarte.

—Entonces Pruébalo...

—Tú lo has querido.

Y buscando sus labios la besó.

Seguían bajando a tumbos por la ladera, hasta que de pronto Abad empezó a cantar.

—Podría quedarme aquí eternamente —dijo Anna. Estaba acostada sobre el brazo de David, mirándolo enternecida. El joven le sonrió.

—Personalmente preferiría algo más amplio y estable. ¿Te parece que Abad sabrá portarse si encontramos a alguien?

—Cuando canta así significa que no tiene interés alguno en el resto del mundo. Hace un momento no estabas muy seguro de Joe..., ¿verdad, David?

—Por un momento dudé..., pero ahora no. En este momento no puedo imaginarme cómo pudo alguien haber vivido en Kabarta sin darse cuenta de lo que ocurría.

—Son bastantes las personas que no sabían. A veces resulta muy fácil no ver lo que tenemos bajo la nariz.

—¿Sabes lo que tienes bajo la nariz ahora?

—¿Qué?

—Esto. E incorporándose levemente la besó, y David sintió que su cuerpo temblaba. La estrechó contra sí y, recordando el momento en que, en su auto, había estado aguardando el fin, sabiendo que la había perdido, le embargó el temor de que este momento presente fuera irreal y el otro el verdadero, que estuviera aún aguardando la muerte y que lo demás fuese ilusión. La joven dejó escapar un gritito de dolor y él aflojó su brazo. Anna volvió la cabeza de modo que él sólo pudo ver la curva de su mejilla, pero adivinó que sonreía feliz.

El movimiento del carro se hizo más sereno, y se oyó el áspero ruido de los guijarros aplastados por las ruedas. Habían salido del camino para tomar

la carretera que debía llevarlos al valle principal. Los costados del carro estaban formados por cuatro varas y podía ver la ladera del cerro sembrada de grandes rocas, a cuya sombra crecía el pasto verde en contraste con los brezos y helechos quemados por el sol que los rodeaban. Algo más arriba erguíanse altos árboles. Mientras miraba vio salir de entre los árboles a varios hombres, que gritaban y agitaban palos. Eran los batidores árabes, hombres y muchachos, y algunos jóvenes franceses de Kabarta. Con ellos venían también algunos perros.

—Ahí están —murmuró Anna—. Espero que Abad sabrá portarse como es debido.

El bobo, junto a la cabeza de la mula, casi ni vio los hombres que bajaban por la ladera. Con la cabeza echada hacia atrás, cantaba con los ojos fijos en el cielo. Sus pies feos y deformes pisaban el áspero pedregullo y bajo su túnica llevaba la sucia camisa abierta hasta el ombligo. Su voz resonaba entre los árboles y de vez en cuando espantaba las moscas con una rama. Uno de los árabes, llegando al camino, le gritó, agitando los brazos, y Abad le saludó con una nota más aguda de su canción. El árabe le contestó con una obscenidad y los batidores acogieron con una risotada las palabras de su compañero; luego, golpeando sus palos contra las rocas, cruzaron ruidosamente la carretera siguiendo por donde había venido el carro. Sus gritos se oían claros en el aire cálido, pero poco a poco fueron perdiéndose hasta que se oyó sólo el canto informe del pobre bobo.

Los hombres habían surgido y desaparecido tan rápidamente que apenas si los fugitivos tuvieron tiempo de temer que se detuvieran a interrogar a Abad. Era casi como si el riesgo no hubiese existido. Ahora en el anticlimax de la emoción, protegidos por la leña, con la piel ardiendo y cubierta de polvo a causa del incómodo lecho, sintieron una especie de vergüenza al considerar la elaborada huida, como si fueran niños a quienes acaban de sorprender en una travesura y se hallan frente a un adulto perplejo... Para Anna el momento estaba lleno de excitación y sentía ganas de reír, como ya lo experimentara antes cuando subieron al carro. Para David, que observaba la ladera a través de las ramas de los árboles, el momento era familiar. Otras veces había experimentado aquel intervalo gris que sigue a la tensión. Era un momento lleno de peligro, le decía su experiencia, pues cuando los sentidos se nublan la impaciencia puede dejar de lado toda cautela.

—Debiéramos salir de aquí ahora —dijo volviéndose hacia Anna— y dirigirnos a Kabarta ocultándonos entre los árboles. El camino no es seguro.

—¿Y si tomáramos el auto de Joe? Dijo que lo había dejado en la encrucijada un poco más abajo. Estaremos allí dentro de unos minutos.

—No sé qué hacer.

Si llegaban al auto de Joe y podían utilizarlo, entonces en contados minutos estarían en Kabarta. Mientras que si iban a pie por entre los árboles del bosque, tardarían casi una hora, con el riesgo tal vez de ser vistos por algún rezagado. Personalmente hubiera preferido tomar el auto, era el medio más cómodo, pero eso significaba permanecer en el carro unos cinco minutos más..., y en esos minutos el instinto le decía que residía el peligro. Cada vez que se dejaba la iniciativa al tiempo y a las circunstancias, la suerte hallaba medio de perder a un hombre.

—Bajemos..., iremos a través del bosque. Estamos muy lejos de los cazadores ahora, no nos puede ocurrir nada...

—¿Ahora?

—No. —Sus ojos estaban fijos en la ladera de la colina—. Cuando hayamos pasado la próxima curva. Allí los árboles son más tupidos... No estaremos mucho tiempo en campo abierto.

Guardaron silencio mientras el carro seguía avanzando por el camino cuesta abajo. La sombra de unas rocas cayó sobre ellos. Sintieron que el carro tomaba a la izquierda y cuando el sol penetró por los intersticios de las leñas, llenando de puntos luminosos su escondite, David alargó una mano y tocó el hombro de Anna. Antes de que pudiera hablar cesó el canto de Abad y con un grito impaciente hizo detener la mula. La mano de David mantuvo inmóvil a Anna que se disponía a incorporarse, mientras su propio cuerpo se ponía tenso. A través de la leña y debido al inquieto movimiento de la mula, podían ver por primera vez la carretera delante de ellos. A un lado de la carretera, y en dirección al valle, se hallaba detenido un auto abierto, y a su lado estaba parado Rankl. A sus pies estaba la perra que los acompañaba por la mañana para la caza de patos. El hombre tenía la chaqueta de cuero abierta, y llevaba la visera de su gorra echada hacia adelante, de modo que arrojaba una oscura línea de sombra sobre sus ojos. El rostro ancho y tosco estaba fruncido. Miraba a Abad mientras una de sus manos rascaba su tupida barba. Se acercó al carro.

—¿Dónde vas? —Hablaba una mezcla de francés y árabe que Redfern había aprendido a comprender de oírlo a sus obreros.

—A Kabarta —contestó Abad señalando el camino.

—¿Conoces al inglés que trabaja en Ben Negro?

Abad asintió con la cabeza, posándose sus ojos primero en el camino y luego en el cielo.

—Ando buscándolo. Tengo un mensaje importante para él. Importante, ¿comprendes? ¿Lo viste?

Abad sacudió la cabeza negativamente.

—Comprendes lo que te estoy diciendo. ¿Dónde está el inglés? ¿Lo viste por aquí?

Abad volvió a sacudir la cabeza.

—Leña..., leña para Kabarta.

Rankl, al observar el suave rostro del bobo, sintió un súbito deseo de golpear al muchacho y aplastar bajo sus puños tanta idiotez. Durante un momento su labio superior se elevó con gesto de cólera, y su blanca cicatriz se hizo más visible en la oscuridad de su barba. Su propio fracaso con Redfern, el profundo desprecio con el cual Serafis le impartió nuevas órdenes, habíanlo llenado de tal ira que ansiaba descargarla sobre alguien. No era ningún tonto, y había comprendido que la única esperanza de huida de Redfern estribaba en evitar el flanco de los batidores sobre la meseta. Si lo conseguía, entonces sólo le quedaría por evadir la otra línea de cazadores, y ese camino era el boquete entre las dos líneas que se movían a través de la comarca. Por eso era que estaba allí, a fin de vigilar la encrucijada y cerrar el paso al camino del valle, por si Redfern se veía obligado a tomarlo a fin de evitar la segunda línea de batidores.

La perra gimió de pronto, irguiendo la cabeza. Dentro del carro Anna y David permanecían inmóviles. Sus rifles se hallaban entre ellos, pero cualquier movimiento para ponerlos en posición los traicionaría por el ruido.

—¡Eres un estúpido! —chilló Rankl—. ¡Estoy seguro de que no entendiste una sola palabra de lo que te dije! ¿Viste al inglés? ¿Lo viste O no?

Abad retrocedió, recostándose contra la mula, y el carro se ladeó levemente. La perra se agitaba ansiosa; luego se acercó al carro y alzando la cabeza empezó de pronto a ladrar. Con rápido movimiento fue hasta la parte trasera del vehículo, meneando la cola, y se sentó mirando hacia arriba, con la lengua colgando.

Los suaves labios de Abad temblaron, y dejó escapar un gemido infantil. Rankl de pronto guardó silencio, y volviéndose se alejó hacia su auto. La perra lo miró, y empezó a gemir, escarbando impaciente el polvo con sus patas delanteras.

—¡Aquí! ¡Ven aquí! —llamó Rankl a la perra. Pero el animal no hizo el menor movimiento para seguirlo, en cambio colocó sus patas contra el haz de

leña que obstruía la parte trasera del carro, y empezó a ladrar frenéticamente.

Dentro del carro David oyó al animal, oyó como rascaba con las patas los leños amontonados y recordó la compasión que sintió aquella mañana por el pobre animal tembloroso y mojado mientras tenía su cabeza apoyada sobre sus piernas. En aquel momento había sentido compasión por el animal. Ahora la perra sabía que él estaba allí entre los haces de leña, y su ruidoso reconocimiento implicaba un serio peligro. Vio que Rankl se volvía del auto y gritaba al animal, pero éste no le hizo caso. El rostro del hombre reflejó la ira que su obstinación le producía. Luego, de pronto, la ira desapareció y excitado echó a correr hacia el carro.

—¡Ahí viene! —dijo David quedamente a Anna, y sin precaución ahora, cogió su rifle, aunque comprendía que era demasiado tarde y que ya nada podía hacer para ayudarse a sí mismo o ayudar a Anna.

Rankl, que acababa de llegar junto al carro, con vivo movimiento cortó la cuerda que sostenía la leña. Arrojó a un lado el haz y la luz invadió el largo hueco donde se ocultaban los fugitivos. Volviendo la cabeza, David se encontró con los ojos de Rankl, y vio que el hombre empuñaba un revólver. Una desagradable sonrisa se reflejaba en sus labios.

—Salga, Redfern, y no trate de hacer ninguna tontería. ¡Salga!

Ambos salieron avergonzados, cual dos escolares atrapados cometiendo una bribonada, y permanecieron de pie frente a Rankl. Este se reía quedamente, y la perra, alzándose contra Redfern, colocó su hocico en la acalorada palma de su mano. El joven sintió el frío hocico contra su piel y lo acarició. Anna, a su lado, esbozó un gesto maquinal para sacudir el polvo de su ropa. Rankl la detuvo con un movimiento de su revólver.

—¡No haga eso! Vayan al auto. ¡Los dos! Y mantengan sus manos a sus costados... Si intentan cualquier cosa no vacilaré en disparar.

Avanzaron los tres en silencio y cuando estuvieron junto al auto, Rankl llamó a Abad. El muchacho se le acercó torpemente. Sin apartar los ojos de sus prisioneros, Rankl dijo al árabe:

—Abad..., no sólo eres idiota, sino también mentiroso y casi me engañaste. No me agradan los idiotas ni los mentirosos, ni tampoco me agrada que me engañen. Te daré una lección. —El revólver se elevó una pulgada al moverse levemente David—. Tranquilo, Redfern..., de lo contrario le meteré una bala en el vientre.

—¡Deje a Abad! —gritó Anna.

—Merece una lección. —Al hablar Rankl se volvió vivamente y dió un puntapié al infeliz. El pesado botín golpeó brutalmente al muchacho en la

ingle. Con un grito de dolor, Abad cayó al suelo y allí permaneció, enroscado, gimiendo dolorido. Rankl dió un paso hacia él, siempre vigilando a Redfern y Anna y manteniéndolos bajo la amenaza de su revólver, y volvió a dar dos puntapiés más al muchacho, sin mirarlo. Abad quedó mudo e inmóvil.

David asió con fuerza la muñeca de Anna. Podía sentir la ira que sacudía su cuerpo y temía que cometiera una imprudencia irreparable. Sabía que Rankl dispararía sin vacilar. Lentamente sintió que su ira se aplacaba. Él, por su parte, sentía asco, un asco profundo hacia Rankl y hacia sí mismo. Todo eso era culpa suya, por haber recogido aquel revólver entre el barro y el agua en la oscura carretera que conducía a Kabarta, la noche de su llegada.

—Suban al auto —dijo con calma Rankl—. Guíe usted, Redfern, y usted —se volvió hacia Anna— siéntese a su lado. Llévenos a Ben Negro y no se detenga a menos que yo se lo diga. Si intenta alguna de sus tretas, tal vez consiga matarme, pero le aseguro que antes tendré tiempo de meterles a los dos una bala en la cabeza. —Hizo una pausa, mirando a Anna. Luego, casi como si se disculpara, le dijo—: Sé que en este momento usted me odia, pero cuando estemos delante de Serafis, si lo desea, tal vez pueda ayudarla... Podría usted estar segura con nosotros si quisiera...

Anna lo miró. Luego, volviéndose, subió al auto, y Rankl lamentó haber hablado.

El auto arrancó. David sólo necesitaba levantar sus ojos hacia el espejito retrovisor para ver a Rankl detrás de él, con la perra enroscada, a su lado, y el revólver descansando sobre las rodillas. Volvió ligeramente la cabeza y vio que Anna lo miraba. Una breve sonrisa se dibujó en los labios de ambos; era una señal consoladora, que marcaba su unión y que alejó un breve instante los temores que se agolpaban en el silencio de sus propios pensamientos. David volvió a mirar el camino. Era en ese mismo camino donde pocos días antes había pasado horas tan felices con Anna, que ahora se hallaba sentada a su lado. Nada parecía cambiado. El arroyuelo seguía corriendo bajo la sombra de las rocas y los árboles, las caléndulas y amarilis destacaban sus corolas marchitas en la verde hierba; y un enjambre de *chasseurs d'Afrique* se elevó de un arbusto, brillando sus alas de fulgores metálicos bajo los rayos del sol al abandonar la fresca sombra de los árboles. Sobre una roca al borde mismo del agua vio un macizo de linarias azules, del mismo color de los ojos de Anna... Y aquello le recordó el momento en que le prendió sobre el cálido pecho el ramillete recogido para ella. Las mismas cosas, la misma gente, el mismo odio y la misma felicidad... Sólo que ahora el molde había cambiado, y cada momento parecía presionarlos con celosa prisa, como si el tiempo deseara

librarse de ellos, al igual que lo había hecho con las flores marchitas que se deshacían en polvo bajo el implacable sol del valle.

XV

La choza del guardabosque era fresca, llena de luz verde y vacilante, reflejo de los árboles que la rodeaban. Joe, sentado sobre la mesa, con el teléfono en la mano, con sus largas piernas balanceándose, estaba hablando en el aparato con voz pausada y exagerado énfasis, como si hablara a una criatura de la cual deseaba hacerse comprender.

—*Monsieur*, le aseguro que no se trata de una broma. Usted debe venir en seguida y no solo, sino con sus hombres... Tendrá que hacer aquí cuando llegue, créamelo.

La delgada voz al otro extremo del cable estalló en una larga reconvención. Joe la soportó pacientemente, dejando vagar su mirada por la habitación. En la otra punta de la mesa se hallaba una botella de cognac, dejada allí por Bichon. Liberó una de sus manos y la atrajo hacia él, vertiendo parte de su contenido en un vaso que se hallaba a su lado. Contra la pared, junto a la puerta abierta, veíase una postal que representaba una estatua. Achicó los ojos, tratando de identificarla. La voz dejó de hablar; Joe se llevó a los labios el vaso que acababa de servirse y luego la voz distante volvió a dejarse oír, interrogando.

Joe asintió con la cabeza y luego contestó.

—Todo, *monsieur*, se lo aseguro, todo lo que le digo es cierto. Sé que cuesta creerlo. Lo sé. Escuche..., no le pido que me crea. Sólo le digo esto: que si usted no viene y estos hombres se salen con la suya, usted tendrá la responsabilidad de lo que pueda ocurrir. Comprendo que usted no desee perder su siesta... Elija usted. Después tendrá que responder ante sus superiores. Dígame, ¿viene o no?

Aguardó, mientras bebía el coñac. El hombre era un estúpido, por supuesto. Como todos los funcionarios, era incapaz de aceptar lo inesperado cuando ocurría, sin armar un lío, pero, como todos los funcionarios, no era tan tonto como para tomar una responsabilidad que más tarde pudiera causarle disgustos. El hombre volvió a hablar, interrumpiendo la pausa. La fina voz hablaba ahora con creciente autoridad.

Joe le interrumpió.

—¡Bien! Será mejor que los lleve a Ben Negro. Yo estaré allí —dejó el aparato telefónico y se puso de pie, al hacerlo vio a Agno, inmóvil en el vano de la puerta apuntándole con un rifle.

—Tal vez —dijo Joe sonriendo, hablando parte consigo mismo y parte a Agno— esa última observación mía haya sido un tanto prematura. Baje ese rifle, Agno. No se por que, pero esa actitud no cuadra con usted.

Avanzó, a fin de tomar su propio rifle que se hallaba apoyado junto a la puerta, pero Agno lo hizo caer de un puntapié. Joe se detuvo y luego retrocedió de nuevo hacia la mesa, observándolo.

No me obligue a usar esto, Joe... No quiero usarlo, pero lo haré si es necesario.

Joe observó el rostro cansado, la piel descolorida y tirante sobre los pómulos; los ojos, grandes, llenos de remota perplejidad, como si estuviesen embargados por un antiguo dolor.

—Yo quería mucho a Max —dijo con calma Joe—. Y usted también, ¿verdad?

—Sí. Pero me quiero más a mí mismo. Es una debilidad que casi todos tenemos. La muerte de Max fue una necesidad que me hicieron sentir después de ocurrida. Aléjese de esa mesa y vaya junto a la ventana.

Joe se levantó obedientemente.

—Ha llegado demasiado tarde, Agno. Acabo de hablar a Ain Draham.

—Le oí. Es costumbre mía llegar siempre demasiado tarde. Hace treinta años que llego tarde, pero lo mismo que un perro que sólo sabe una gracia, sigo haciéndola hasta que aburro a todo el mundo excepto a mí mismo. Y ahora...

—Y ahora... ¿qué? Ya está en camino un pelotón de hombres. Usted no podrá escapar, bien lo sabe... Si me hubiera enterado antes de que usted estaba mezclado en esto, lo habría molido a golpes hasta hacerle recobrar el sentido común, y tal vez...

—Tal vez...; esas son palabras que me desagradan. Hace años que me he dormido cantándolas... Y ahora ya no hay más ningún “tal vez”... De nada sirve pensar que tal vez ocurrirá algo que nos traerá lo que deseamos... Ya no sueño más que en que tal vez el sueño de un día será tan fuerte que se convertirá en realidad...

—¿Y qué diablos era lo que usted quería?

Agno sacudió la cabeza. Sentándose sobre la mesa, con su rifle cruzado sobre las rodillas, apuntando a Joe, un dedo sobre el gatillo, tomó el receptor con la otra mano.

—Cuando usted mira sus pinturas, Joe, y sabe que éstas no tienen lo que usted quiere que tengan..., ¿sabe cómo se llama lo que les falta? ¿Puede decírmelo en palabras?

—Quizá no pueda, pero algún día pintaré a mi satisfacción, y entonces sabré.

Así es como me siento yo. Tal vez algún día lo encuentre. En un tiempo pensé que era una mujer; luego, más tarde, creí que lo encontraría en la música, y después pensé que era Francia..., más tarde, la bebida... Ya ve, cuando más desesperados estamos, más absurdos somos... Y al fin creí que la indiferencia sería lo mejor, indiferencia hacia mí mismo y mis sueños, pero tampoco me satisfizo, y retorné a mis sueños, pero éstos me habían abandonado... Entonces recurrí a las drogas...

—¿Que le proporcionó Serafis?

—Sí.

—Es así como le dominó...

—No quiero su compasión. —Estaba ahora muy ocupado atendiendo a la muchacha que reemplazaba a *madame* Labrée y que acababa de contestarle.

—Comuníqueme con *monsieur* Serafis, en Ben Negro.

—¿Por qué se molesta en llamarlo ahora? Ya no podrá ayudarle.

—No trate de impedir que lo haga... Durante mucho tiempo él me ayudó con mis sueños... Le debo esto.

—No conseguiré escapar.

Agno sonrió.

—Eso no puede decirlo usted. Ese hombre es muy diferente de usted y de mí, Joe. Él no persigue lo que está fuera de su alcance. Eso es lo que lo hace tan poderoso y tan esquivo.

Una voz contestó al otro extremo del cable. Agno, con sus ojos fijos en Joe, dijo:

—¿*Monsieur* Serafis? Habla Agno. Escuche. —Y con calma le refirió lo de la comunicación telefónica de Joe a Ain Draham. La voz potente de Serafis llegó hasta ellos. Agno contestó a sus preguntas y cuando el individuo hubo terminado dijo—: ¿Y yo?

Hubo una pausa, luego unas pocas palabras y Agno depositó tranquilamente el receptor en su horquilla.

—¿Y usted? —inquirió Joe.

—Tendré que cuidarme yo solo... Él huirá. Es lo que suponía.

—¿Y yo? —inquirió Joe.

—No me dejó ninguna orden... Hubiera resultado inútil. Antes de que usted o yo podamos llegar a Ben Negro, ya habrá partido. Siempre tiene una lancha lista junto al muelle. Le resultará fácil desaparecer en el Mediterráneo.

—Agnó, trate de ser sensato... Escuche, siento simpatía por usted. Apártese de todo esto, y déjeme ir a Ben Negro.

Agnó guardó silencio por un momento. Luego sonrió, y era la sonrisa del Agno del café, soñando ante el piano con un vaso en la mano. Depositó su rifle sobre la mesa y se sirvió un vaso de cognac. Con rápido movimiento lo vació y se sirvió otro.

—Puede partir, Joe —dijo por encima de su hombro—. Yo me quedaré aquí. Quizá pueda usted detenerlo, quizá pueda yo salvarme de este lío... Pero no, no lo creo, Joe. *J'en ai marre de tout cela*. Puede llevarse su rifle si quiere.

Joe comprendió que nada podía hacer o decir que pudiera ayudar a Agno. Avanzó para tomar su rifle y al llegar a la puerta se detuvo. Agno lo miraba, con el vaso entre sus manos, la cabeza inclinada hacia adelante y balanceándose en forma grotesca entre sus delgados hombros, sus pantalones de sarga polvorientos y gastados.

Volviéndose, Joe salió afuera y la deslumbrante claridad del sol después de la penumbra de la choza lo encegueció momentáneamente. Se internó por entre los alcornoques corriendo, y de pronto, detrás de él, oyó el ruido que sabía seguiría a su partida: un único estampido de rifle amortiguado por las paredes de la choza. Siguió corriendo, alejando de su mente el cuadro del cual Agno era el principal protagonista y que pugnaba por imponerse a su imaginación.

Mientras Joe corría hacia el sendero que serpenteaba entre los árboles en dirección al camino que llevaba a Ben Negro, a donde tardaría por lo menos una hora en llegar, Redfern trasponía con el auto el portón del castillo y el pesado perfume de las azaleas, adelfas y azahares llegaba hasta él, mientras a poca distancia la rosada fachada del fantástico edificio se destacaba contra el cielo intensamente azul.

Durante el camino no había sido pronunciada una sola palabra. Rankl bajó ahora en silencio y les indicó que entraran en la casa. En silencio subieron la ancha escalinata hasta el pórtico. Junto a ellos el agua que caía de las fuentes descendía en cascadas de plata. Hacia la derecha se extendía el ancho valle y el blanco hacinamiento de casas de Kabarta. Anna miró a David, preguntándose cuáles serían los pensamientos del joven. Se mantendría firmemente erguido, con el rostro impassible, y le pareció que en él tomaba

cuerpo una firme resolución que no tardaría en llegar a un punto en que le obligaría a actuar. Tal vez Joe lograra telefonar, pero aun en ese caso, el factor tiempo para ellos era tan apremiante que resultaba difícil abrigar esperanza alguna. Al entrar en el fresco vestíbulo, Anna sintió que la sacudía el primer estremecimiento de la desesperación.

Se detuvieron un instante. El vestíbulo, después de la deslumbrante luz del sol, les pareció sumido en la oscuridad. Luego poco a poco las tinieblas fueron disipándose y el ambiente fue tomando un tenue color verdoso. Ante ellos se hallaba el oscuro estanque sobre cuyas aguas flotaban anchas hojas de lirios, con sus tiasas flores de apariencia artificial bajo la luz que caía de la claraboya de vidrio en lo alto de la escalera. Las plantas y arbustos alrededor de las columnas parecían respirar con una pesadez lenta y perceptible.

David miró hacia la escalera que se elevaba en espiral de un piso a otro de la torre, formando un gran embudo lleno de pálida claridad. Al pie de la escalera hallábase el oscuro estanque que de pronto pareció cobrar vida por el movimiento de los grandes peces. Sobre la mesa, junto a la escalera, estaba el “kylin” azul y verde. Recordó el día en que por primera vez entró en aquel lugar, y cómo había sentido la superficie lisa de la porcelana bajo su mano. Estaba recordando muchas cosas en ese momento, mientras vacilaba al pie de la escalera, aguardando alguna orden de Rankl. En el depósito, hacia la derecha, se hallaba la salamandra de oro, y sabía que para él era el símbolo de una verdad que ahora jamás podría negar. Repetidamente y en distintas formas la había negado en el pasado...; durante la guerra, con Julie, en la carretera la noche de su llegada a Kabarta... Si llegaba a salir de aquel aprieto con Anna, sabía que nada más tendría que hacer con la Universidad. Otras eran las cosas que lo reclamaban... Sonrió al pensar que aun ante la muerte el hombre no puede dejar de hacerse promesas a sí mismo.

—Suban al despacho de *monsieur* Serafis —ordenó Rankl brevemente.

David colocó su mano sobre la baranda de madera, pero al hacerlo hubo un movimiento en lo alto de la escalera y mirando hacia arriba vio a Serafis que se inclinaba desde el último piso. La voz del hombre les llegó formando ecos.

—Quédense ahí; en seguida bajo.

Retrocedieron, Rankl junto al estanque, Anna y David cerca de la escalera. Serafis empezó a bajar sin prisa, llevando una caja en una mano y un revólver en la otra. Se detuvo en el último peldaño y miró a Redfern en silencio. Su ancho rostro inexpresivo, sus gruesos labios fruncidos y sus

ojillos inmóviles. Vestía de blanco y a la pálida luz del vestíbulo la perla que llevaba en la corbata despedía un suave resplandor.

—Aquí están. Los capturé yo solo. —Había una nota de infantil alegría en la voz de Rankl—. ¿Qué hacemos con ellos?

Serafis se movió, volcando su atención hacia Rankl. Y de pronto sonrió, lo que hizo que su gruesa mano se estremeciera levemente. Con gesto fatigado metió el revólver en el bolsillo de su chaqueta.

—Nada —dijo.

—¿Nada? —repitió Rankl sorprendido y sin comprender, y luego añadió colérico—: ¡Pero tenemos que hacer algo! ¡Déjeme los a mí! Ya sabré lo que hacer con ellos.

—¡Nada! —repitió vivamente Serafis. Y volviéndose hacia Redfern le habló suavemente, casi con afabilidad—. Rankl no comprende. Cuando se encuentra en una situación como ésta sólo conoce una solución: la violencia. A mí la violencia me desagrada, *monsieur...*, tal vez más de lo que usted se imagina. Me desagrada aún cuando es necesaria. Y cuando es innecesaria la encuentro repugnante y molesta. Usted me ha causado muchos disgustos, *monsieur*, y por su culpa voy a perder mucho dinero y tengo que abandonar Ben Negro. Los disgustos los acepto resignado, pero la pérdida de dinero y de este asilo, me resulta difícil de perdonar.

—¿Y qué esperaba usted que yo hiciera?

—Exactamente lo que hizo, aunque me sorprende que lo haya conseguido. Es usted un hombre de recursos, *monsieur*.

—Basta de charla. ¿Qué vamos a hacer? —dijo Rankl dando un paso hacia adelante y frunciendo el ceño.

Serafis esbozó un gesto para que se alejara.

—Partir de aquí, Rankl. Ha llegado usted tarde, amigo mío. *Monsieur* Redfern ha enviado ya un mensaje a la gendarmería de Ain Draham. Usted me acompaña. Tenemos una hora por delante, lo que es suficiente.

—¿Es verdad? —preguntó Rankl volviéndose hacia Redfern.

—Lo es.

Rankl lanzó una blasfemia, y volviéndose impaciente hacia Serafis:

—¡Déjelos de mi cuenta! ¡Yo les daré su merecido!

Su rostro estaba desfigurado por un deseo de violencia.

—No pierda la cabeza, Rankl —contestó Serafis mientras se acercaba al estanque—. Tanto *monsieur* Redfern como yo estamos acostumbrados a las situaciones desagradables. Él me comprende perfectamente. Mi única intención ahora es huir. Podré recomenzar de nuevo. No tengo deseo alguno

de matarlo —y añadió inclinándose ligeramente hacia Anna—, ni tampoco a la señorita. Antes era necesario; ahora, sería estúpido y de nada serviría. Uno no se venga de un hombre matándolo. *Monsieur* Redfern comprende eso también. Cuando un hombre está muerto ya ninguna pérdida puede torturarlo. Pero *monsieur* sabe que soy hombre de negocios, y que tengo derecho a cierta compensación.

—¿Que piensa usted hacer? —inquirió David.

—Llevarme conmigo la salamandra de oro; eso me resarcirá en parte por la pérdida de las obras de arte de esta casa. También tengo intención de dejarlo a usted y a *mademoiselle* encerrados en mi despacho, y prenderé fuego a la casa, comenzando por el depósito donde se encuentran sus tesoros...

David sintió que Anna se movía a su lado, y posó su mano sobre el brazo de la joven.

—¡No puede hacer eso! ¡No puede hacer eso, Serafis...! Pronunció las palabras como un ruego. Pero Serafis permaneció impasible, sonriendo, y en su actitud había una especie de solemnidad que parecía nacer de algún noble pesar.

—Lo siento, *monsieur*. No crea que deseo destruir su colección. Lo único que me interesa es el incendio, mediante el cual ganaré tiempo. El depósito es el lugar apropiado para iniciarlo, ya que está lleno de paja y maderas...; la destrucción de la colección, para mí, es cosa puramente accidental. No obstante, la salamandra estará en buenas manos... y será algo salvado de la catástrofe.

—Pero usted dijo que no iba a tocarnos. En el incendio... —Anna se volvió de Serafis a Rankl—. ¿Por qué no le dice que nos mate de una vez? Sería lo mismo.

—Exagera usted, *mademoiselle*. Usted no sufrirá en absoluto del fuego. Cuando los gendarmes lleguen y encuentren la casa ardiendo, los salvarán a ustedes, y en su estupidez tratarán también de salvar la casa. Hasta pueden pensar que yo estoy en ella. Todo eso me dará tiempo. Si los gendarmes no llegan, siempre podrán ustedes saltar por la ventana. Es posible que se rompan una pierna o un brazo...

—Sería mejor terminarlos ahora —terció Rankl.

—Hará usted tal como yo digo, Rankl. Llévelos a mi despacho y enciérrelos en él. Luego baje al auto. Yo iré a reunirme con usted en cuanto haya terminado en el depósito... —Hizo una pausa, y por un momento permaneció allí parado, frotándose el mentón con la mano, observando a Redfern, como si esperara de él algún estallido. Redfern comprendía que

estaba gozando ese momento, sacando de él una satisfacción que le compensaba en parte de sus pérdidas. Vio también cuán grande era el poder de ese hombre que dedicaba toda su inteligencia al servicio exclusivo del mal, sin perder su tiempo o sus fuerzas en la venganza. Ninguna lealtad oscurecía sus propósitos, ningún deseo de trasponer los límites de la personalidad lo debilitaba.

—¿Nada tiene usted que decir, *monsieur*? —preguntó suavemente.

—Nada —repuso Redfern.

—Comprendo. Por un momento tuve la vanidad de esperar que tendría algo que decirme. Llévelos arriba, Rankl. *Adieu, mademoiselle; adieu, monsieur.*

Y rodeando el estanque se dirigió entre las columnas hacia la puerta que comunicaba con el depósito.

—¡Suban! —ordenó Rankl elevando su revólver y con rostro horrible y amenazador—. ¡Es un tonto! ¡Suban, les digo! —Su voz resonó casi como un grito colérico y apremiante. En Rankl había muerto todo sentimiento hacia Anna; la joven debía sufrir, y su sufrimiento lo dejaba indiferente, pero por Redfern sentía aún un odio intenso en su alma negra. Redfern le había quitado irremediablemente a Anna, Redfern había descubierto su maldad..., y ello merecía un castigo más satisfactorio que el propuesto por Serafis.

David empezó a subir las escaleras. Al volverse vio el semblante de Anna y por primera vez leyó en él la señal del miedo, y comprendió que el pensamiento que estaba en su propia mente también se hallaba en la de la joven. La sutileza de Serafis no estaba al alcance de Rankl. Para él la única satisfacción que podía sacar de la derrota era la violencia.

Subieron, girando a cada piso. Su mano se deslizaba sobre el pasamanos de madera, y abajo, al girar, podía ver el oscuro estanque con las pálidas corolas de las flores que erguían sus bocas mudas hacia la tenue claridad filtrada por la claraboya. A sus espaldas oía el delicado paso de Anna y detrás de ella las fuertes pisadas de Rankl. El hombre respiraba con dificultad, como si estuviese oprimido. David sabía que al llegar arriba dispararía su revólver contra él. Pues lo que estaba en su mente estaba también en la de Rankl. La desesperación y la astucia los unía.

Volvieron el ángulo del tercer piso; la claridad era mayor ahora por la proximidad de la claraboya. Al avanzar, apartando los ojos del estanque, los levantó, y al extremo del último descanso vio a Rhadija. Se hallaba junto a una puerta mirándolos subir. Silenciosa, con una blanca capucha de seda sobre su cabellera, su joven y escultural figura envuelta en los pliegues de una

túnica azul y dorada, los observaba. David se había olvidado de ella. Al verla ahora hizo una pausa, oyendo que también se detenían detrás de él los pasos. Rhadija se les acercó con movimiento vivo y tímido a la vez, como si deseara escabullirse.

—¡Rhadija!

Era Anna quien acababa de hablar. David se volvió a medias y vio que Rhadija acababa de detenerse junto a Anna. Algo más atrás estaba Rankl, esperando.

—¡Adelante! —pronunció de pronto Rankl, y avanzando empujó a Anna por el hombro con su mano libre. Anna se tambaleó, pero volvió a detenerse, volviéndose hacia Rhadija, a quien comenzó a hablar rápidamente.

Redfern quedó sorprendido por el tono de sus palabras. No le parecía que fuera Anna quien hablara.

—¿Sabes que se van, Rhadija? Abandonan Ben Negro... ¿Te llevan con ellos? ¿Te pidió *monsieur* Serafis que fueras con él?

—¡Adelante, adelante! —repitió Rankl con insistencia, pero antes de que el individuo pudiera tocarla, la joven avanzó hacia David, y al hacerlo se echó a reír con desprecio, el desprecio de una mujer por la debilidad de otra mujer.

—¡Pobre Rhadija...! Parten sin tí...

Anna, junto a David, levantó los ojos hacia él, y en ese momento el joven comprendió. Los ojos que le miraban estaban llenos de desesperación, asustados e implorantes... ¡Le imploraban que sacara partido de aquel instante! Vio que el rostro de Rhadija se contraía de pronto por la sospecha y la ira, y dirigiéndose hacia Rankl, poniéndose ante él, preguntaba en voz baja y angustiada.

—*Et moi? ¿Qu'est-ce qu'il a dit?*

Rankl elevó su mano libre para empujarla a un lado y durante un momento el cuerpo de la joven se encontró entre su revólver y David. David dió un salto hacia adelante y vio que Anna se aplastaba contra la baranda, sintió el cuerpo de Rhadija golpear contra su hombro al mandarla él contra Rankl, y cuando ambos cayeron alargó la mano consiguiendo apoderarse de la muñeca derecha de Rankl. Rodaron los dos, y momentáneamente se vio envuelto en la túnica sedosa de Rhadija, llenándose su nariz con su delicado perfume. Luego fue arrastrado hacia un costado al rodar Rankl, que forcejeaba por liberar su muñeca.

Anna avanzó hacia ellos y al quedar libre Rhadija la cogió por los hombros y la arrastró contra el muro, manteniéndola allí, a pesar de que no oponía resistencia alguna. El cuerpo de la joven estaba sacudido por

estremecimientos espasmódicos, como si de pronto la hubiera embargado un frío intenso. Anna miraba fijamente a los dos hombres mientras rodaban y forcejeaban. Vio elevarse el brazo de Rankl que luchaba contra la mano de David y sintió el desesperado movimiento de brazos y piernas como un dolor dentro de sí, contrayéndose dolorosamente sus propios músculos, y sus dedos se hundieron profundamente en los suaves hombros de Rhadija.

Se abrió una mano. Oyóse la respiración jadeante de los combatientes y el seco ruido de una tela que se desgarraba. El revólver se deslizó sobre las oscuras tablas y quedó girando en medio del piso durante un breve instante. Rankl elevó su rodilla y la hundió en el cuerpo de Redfern con un ruido que se oyó a pesar de las respiraciones jadeantes. Redfern cayó hacia atrás, incorporándose en seguida. Un instante permaneció tambaleante, llevándose la mano a la frente a fin de apartar de sus ojos el cabello en desorden. Vio que Rankl apoyaba los nudillos de sus manos sobre las tablas del piso, cual enorme gorila que tratara de incorporarse. Luego, ya de pie, se precipitó en silencio hacia Redfern, empuñando su puñal desnudo y amenazador, sus labios húmedos y separados y su rostro brutal deformado por el salvajismo de su odio.

Con una alegría que se originaba en la libertad de acción y en la liberación de energías primitivas, David sostuvo el encuentro, escurriéndose bajo el brazo levantado, mientras resonaba en su recuerdo la voz de cierto instructor del ejército que le vociferaba instrucciones, Rankl elevó su mano derecha y le golpeó. El puñal le desgarró el hombro, cortándole la camisa y marcándole en la piel una línea sangrienta. Al sentir el dolor del desgarrón en su hombro lanzó un rápido puntapié. Vio a su enemigo detenerse, vio su húmeda boca abrirse hasta que la blanca cicatriz junto a los labios pareció a punto de estallar. Y con un suspiro de dolor Rankl se inclinó; el rostro bajo el cuerpo doblándose y encogiéndose, como si buscara alivio al espantoso dolor que brotaba de las raíces de la vida. Tambaleándose aún por la pérdida del equilibrio, David lanzó su puño derecho contra el rostro que se inclinaba. Y cuando su puño dió contra la carne de su enemigo, volvió a recordar al instructor, semisonriente, agradeciéndole el haberle enseñado aquella treta... Rankl cayó hacia atrás, con los brazos en alto, y él, arrastrado por el ímpetu de su impulso, lo siguió. El pesado cuerpo golpeó la baranda de la escalera, quebrándola y cayendo por la brecha. Redfern logró asirse a la baranda rota y permaneció allí, jadeante, mirando el cuerpo que caía con los brazos y las piernas extendidas y haciendo piruetas acrobáticas. Rankl caía en silencio por el largo tubo de luz, y en la eternidad de aquel momento pareció como si

flotara, con los brazos y las piernas fuera de la oscura boca del estanque, luchando contra el poder que lo atraía hacia abajo. Luego dió contra el borde de piedra del estanque. El impacto hizo que su cuerpo saltara hacia arriba con las piernas encogidas, para caer luego dentro del agua. El rumor de la caída llegó hasta ellos, resonando extrañamente a través de los recodos de la escalera.

—¡David! —exclamó Anna corriendo a su lado. El joven cerró los ojos, luchando denodadamente contra el deseo de vomitar. Luego volvió a abrirlos y la joven lo besó. El contacto de sus labios pareció despertarlo de una pesadilla. Se volvió y recogió el revólver, y al erguirse vio a Rhadija que bajaba corriendo las escaleras.

—¡Deténla, David!

El joven corrió detrás de ella y Oyó que Anna lo seguía. Rhadija llegó al vestíbulo antes que él y corrió junto al estanque desapareciendo por la puerta. David se detuvo. Anna lo alcanzó.

—¡Avisará a Serafis!

El joven meneó la cabeza.

—Déjala. Ahora lo que le interesa es cuidar de sí misma. Nosotros somos quienes deberemos entendernos con Serafis.

Abrió la cámara del revólver y vio que estaba cargado. Sin prisa contorneó el estanque, seguido por Anna. Adivinó que la joven miraba dentro del agua al pasar y le dijo bruscamente.

—Nada podemos hacer ya; no mires.

Rodeando el estanque entraron en una elegante habitación con sillones de felpa roja y porcelanas de Sèvres, pasando bajo una serie de cuadros de gruesos marcos que representaba personajes con empolvadas pelucas, hermosos paisajes y profusión de cuernos de la abundancia. Sus personas se veían reflejadas por la superficie convexa de espejos dorados que los empequeñecían arrojándolos en el túnel de una habitación extraña. A su paso el aire se agitó haciendo estremecer los delicados caireles de las arañas, y aquel tintineo los persiguió como una voz cargada de fina malicia.

XVI

Serafis se hallaba de pie en medio del depósito. Detrás de él permanecían abiertas las puertas que daban al patio y sobre un cajón cerca de la entrada reposaba la salamandra de oro. Junto al muro de la izquierda se hallaban apilados los cajones listos para ser retirados. Desde el lugar donde estaba Serafis hasta la puerta que comunicaba con la casa y alrededor de los cajones había sido esparcida gran cantidad de paja empapada en gasolina; aún se podía ver la lata vacía a los pies del hombre. Sobre el cajón de la derecha estaba el revólver de Serafis, y en la mano éste sostenía una caja de fósforos y un fósforo listo para encenderlo.

Así es como lo vio David, figura rechoncha vestida de blanco, con las rodillas de su pantalón sucias por el trabajo que acababa de realizar, el rostro brillante de sudor por el calor del depósito, y detrás de él los colores violentos del patio, el verde de los arbustos, las colinas amarillentas, y la suave línea de árboles interrumpida por rocas grises que se destacaban con nitidez contra el cielo intensamente azul. El sol que entraba por las puertas abiertas hacía resplandecer la dorada superficie de la salamandra, cuya cabeza estaba vuelta hacia la puerta exterior como si aguardara la llegada de alguien.

David, de pie en el vano de la puerta, contuvo a Anna detrás de él. Serafis, al levantar la mirada, lo vio. Contra una de las ventanas, una mariposa prisionera batía sus alas en un esfuerzo frenético y estúpido por recuperar su libertad, y ese era el único ruido que se oía. Ninguno de los tres se movió. David tuvo durante un instante la impresión de haber vivido antes aquel momento. Había visto ya a Serafis de pie allí, con su grueso rostro carente de toda emoción, su voluminoso cuerpo vestido de blanco; había sentido el frío peso del revólver en su mano, oído el batir de las alas de una mariposa contra el vidrio, y supo que las palabras que pronunciaba ahora ya habían sido pronunciadas antes.

—Si se mueve, Serafis, dispararé.

Dispararía, no para matar, pero para herir y evitar que Serafis incendiara la habitación; pero el revólver que tenía en su mano le era desconocido, la luz insuficiente, y sabía que existía la posibilidad de que matara...

Serafis colocó las manos ante él, listo para frotar el fósforo contra la caja.

—¿Qué le ocurrió a Rankl? —La voz repercutió en la habitación. No hizo movimiento alguno.

—Ha muerto.

—Era estúpido pero leal.

—Quiero que deje caer esa caja de fósforos, dé media vuelta y salga de esta habitación con las manos sobre la cabeza.

Era una orden, breve e impartida sin emoción.

El rostro de Serafis se puso tenso.

—No estoy acostumbrado a que me den órdenes, *monsieur*.

Hablaba secamente, sabiendo que estaba aún lejos de la derrota. Si encendía el fósforo y lo dejaba caer, la nafta interpondría un muro de llamas entre él y Redfern, eso le daría tiempo para correr. Redfern dispararía, pero un revólver es un arma torpe. Sabía que debía correr el albur.

—Hará usted lo que digo o dispararé. —La voz de David era enérgica y carente de toda compasión.

Serafis suspiró y una sonrisa cansada se dibujó en su rostro. Tenía el aspecto de un hombre que abandona la discusión ante el entendimiento obtuso de una criatura y se resigna a ello. Luego se echó a reír, sacudiendo sus pesadas papadas.

—Soy hombre de principios establecidos, *monsieur*. Cuando me encuentro ante lo inevitable le hago el honor de reconocerlo en el acto. No niego que tiene usted ventaja sobre mí... pero no completa.

—Este no es momento para discutir, Serafis. Ya le dije lo que quiero que haga.

—Me divierte usted, *monsieur*. Un momento como éste debe prolongarse con un poco de conversación, pues es en esta clase de circunstancias cuando el hombre realmente habla en serio...

Al hablar hizo un rápido movimiento con su mano frotando el fósforo contra la caja, dando, al mismo tiempo, un salto de costado. Brilló la llama e instantáneamente Redfern hizo fuego. La bala golpeó a Serafis en el pecho, y el hombre cayó con gesto cómico. El fósforo encendido cayó entre la paja empapada con gasolina y se elevó una alta cortina de llamas. David gritó una advertencia a Anna y corrió hacia adelante protegiéndose el rostro con los brazos. Al llegar junto a Serafis vio que el hombre, con su ropa en fuego, trataba de levantarse, intentando alcanzar su revólver, que se hallaba sobre el cajón. Por un momento ambos se vieron envueltos por una cortina de fuego, y se oyó el crujir de la madera al ser alcanzados por las llamas los cajones resacos. David lo agarró por los hombros y lo arrastró afuera. Al hacerlo la

sangre comenzó a manar de la herida de Serafis. La cabeza del hombre cayó blandamente hacia adelante sobre su pecho teñido de rojo. David lo arrastró fuera del edificio, apagando a golpes las llamas de su ropa, pero de pronto sintió el cuerpo relajado bajo sus manos y comprendió que el hombre estaba muerto.

Anna se precipitó afuera con la salamandra entre los brazos. Mientras la joven la dejaba en el suelo, David apagó a golpes las chispas que se pegaban en sus ropas.

—¡Aprisa, David! ¡Podemos salvar algunas otras cosas!

Cuando volvieron a entrar en el depósito lo encontraron casi completamente invadido por las llamas y su ambiente sofocante de humo. Con la formidable energía que nace de la desesperación, David tomó un cajón ayudado por Anna. Lo llevaron afuera, y al volver a entrar oyeron que el fuego cambiaba de música, cantando ahora alegremente al ganar las resacas maderas que empezaron a chisporrotear y crujir.

Una y otra vez entraron, protegiendo sus ojos contra el terrible resplandor de los fondos del depósito, ahogándolos el aire lleno de humo acre, y de pronto advirtieron que otros estaban ayudándolos a salvar los cajones... Joe, algunos árabes, y sobre ellos persistía el rugido del fuego, y las lenguas amarillas y azules de las llamas brotaban de la oscuridad y se perdían en el aire.

Una hora más tarde Ben Negro había desaparecido, quedando en su lugar un montón de vigas retorcidas y ennegrecidas y de piedras humeantes. Aquí y allá aun ardían algunos focos, que poco a poco fueron apagándose, mientras una alta columna gris se elevaba en el cielo del atardecer hasta perderse paulatinamente en el azul pálido del firmamento.

David se sentó sobre uno de los cajones salvados que habían sido arrastrados bajo los árboles. Anna se hallaba recostada sobre el suelo, a la sombra. Joe hundía una taza en un balde de agua y bebía... Estaban todos sedientos, su ropa y sus cabellos chamuscados, las uñas rotas, las manos magulladas...

Joe pasó la taza de agua a Anna. Cuando ésta hubo terminado de beber alargó la mano y tocó el brazo de David.

—¿Cuánto crees que se ha perdido, David?

La joven miró los cajones diseminados y David, siguiendo su mirada, advirtió la salamandra de oro sobre la hierba. Con su pedestal oculto entre el pasto, parecía un ser viviente.

—No sé...; más o menos la mitad de las cosas, supongo. —Se sentía agotado. Dentro de un momento llegaría el jefe de los gendarmes que ahora estaba junto al cuerpo de Serafis y comenzarían el interrogatorio y todas las formalidades inútiles.

—Hiciste cuanto pudiste por salvar la colección... Nadie podrá culparte...

Tomó la copa que Joe le tendía mientras hablaba. No contestó, pero en su fuero interno sabía que lo de la culpa era cosa más compleja. El verdadero horror de todo aquello estribaba en la destrucción accidental que originó un principio erróneo. Él hubiera debido pagar sus errores, y durante un tiempo pensó que los pagaría, pero al final había sido otro quien pagó. Ese era el verdadero poder del mal. No siempre se volvía contra la persona culpable, sino contra otros, golpeando y destruyendo sin miramientos ni piedad, siguiendo su camino trazado, lleno de exigencias injustas. La consecuencia del error de uno alcanzaba a otras personas y otras cosas... Y el valor o los recursos del culpable nunca equiparaban sus pérdidas. Lo único que quedaba ahora era la fe y una maraña de hechos... y un poco más de cordura..., o (y sonrió tristemente para sí) un poco menos de locura.

Anna vio la sonrisa, acercándose a él le tocó el hombro con la mejilla.

—Ahí viene el jefe de los gendarmes.

—No tendremos ninguna dificultad con él. En lo que los atañe, por lo menos, todo es sencillo.

Colocó su brazo en torno a la joven mientras miraba acercarse la alta figura vestida de azul. Detrás de ella veíase el ancho valle del Oued Mabeuse, con sus aguas brillando a la luz del sol del atardecer, el mar incoloro extendiéndose sobre la dilatada media luna de arenas amarillas, el blanco hacinamiento de las casas de Kabarta y, detrás del pueblo, la curva de los cerros con sus oscuros macizos de alcornoques que se elevaban oscilantes en la bruma originada por el calor.

F I N



VICTOR CANNING (Plymouth, Inglaterra, 16 de junio de 1911 - Cirencester, Inglaterra, 21 de febrero de 1986), fue un prolífico escritor inglés de novelas de suspense, muy conocido a mediados del siglo xx gracias a sus novelas de intriga y misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine y a la televisión con guiones del propio Canning, destacando «La trama», dirigida por Alfred Hitchcock.

Su personaje más conocido fue el detective Rex Carver. En 1972 logró el CWA Silver Dagger por «The Rainbird Pattern».

OBRAS

- *Mr. Finchley Discovers his England* (1934).
- *Polycarp's Progress* (1935).
- *Fly Away Paul* (1936).
- *Two Men Fought* (1936), writing as Alan Gould.
- *Everyman's England* (1936), illustrations by Leslie Stead.
- *Matthew Silverman* (1937).
- *Mercy Lane* (1937), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Goes to Paris* (1938).
- *Sanctuary from the Dragon* (1938), writing as Alan Gould.
- *The Wooden Angel* (1938), writing as Julian Forest.
- *Fountain Inn* (1939).

- *Every Creature of God is Good* (1939), writing as Alan Gould.
- *The Viaduct* (1939), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Takes the Road* (1940).
- *Atlantic Company* (1940), writing as Alan Gould.
- *Beggar's Bush* (1940), stage play produced in Harrogate.
- *Green Battlefield* (1943).
- *The Chasm* (1947).
- *Panther's Moon* (1948) US *Hunter's Moon* – filmed in 1950 as *Spy Hunt*.
- *The Golden Salamander* (1949) – filmed in 1950.
- *A Forest of Eyes* (1950).
- *Venetian Bird* (1950) US *Bird of Prey* – filmed in 1952.
- *House of the Seven Flies* (1952) US *House of the Seven Hawks* – filmed in 1959.
- *The Man from the Turkish Slave* (1954).
- *Castle Minerva* (1954) US *A Handful of Silver* – filmed in 1964 as *Masquerade*.
- *His Bones are Coral* (1955) US *Twist of the Knife* – filmed in 1970 as *Shark!*
- *The Hidden Face* (1956) US *Burden of Proof*.
- *The Manasco Road* (1957) US *The Forbidden Road*.
- *The Dragon Tree* (1958) US *The Captives of Mora Island*.
- *Young Man on a Bicycle* (1958) – collection of novellas – US *Oasis Nine*.
- *The Burning Eye* (1960).
- *A Delivery of Furies* (1961).
- *Black Flamingo* (1962).
- *Delay on Turtle* (1962) – collection of novellas.
- *The Limbo Line* (1963) – filmed in 1968.
- *The Scorpio Letters* (1964) – filmed in 1966.
- *The Whip Hand* (1965) – the first Rex Carver book.
- *Doubled in Diamonds* (1966) – the second Rex Carver book.
- *The Python Project* (1967) – the third Rex Carver book.
- *The Melting Man* (1968) – the fourth Rex Carver book.
- *Queen's Pawn* (1969).
- *The Great Affair* (1970).
- *Firecrest* (1971).
- *The Rainbird Pattern* (1972) – filmed in 1976.
- *The Runaways* (1972) (part 1 of the Smiler trilogy).
- *The Finger of Saturn* (1973).
- *Flight of the grey goose* (1973) (part 2 of the Smiler trilogy).
- *The Kingsford Mark* (1975).

- *The Doomsday Carrier* (1976).
- *The Crimson Chalice* (1976) (part 1 of the Arthurian trilogy).
- *The Circle of the Gods* (1977) (part 2 of the Arthurian trilogy).
- *The Immortal Wound* (1978) (part 3 of the Arthurian trilogy).
- *Birdcage* (1978).
- *The Satan Sampler* (1979).
- *Fall From Grace* (1980).
- *The Boy on Platform One* (1981).
- *Vanishing Point* (1982).
- *Raven's Wind* (1983).
- *Birds of a Feather* (novel) (1985).
- *Table Number Seven* (1987) – completed by his wife and sister.
- *Comedies and Whimsies* (2007) – collection of short stories.
- *The Minerva Club, The Department of Patterns and Dr. Kang* (2009) – collection of short stories.

se

VICTOR GANNING

LA SALAMANDRA DE ORO



Lectulandia